Leonardo da Jandra

Bajo un sol herido



Bajo un sol herido

Leonardo da Jandra

dedicatoria

I

Cientos de miles, millones de estrellas punteando un fondo de negror más extenso que cualquiera de los cielos que había conocido. Increíble y fascinante, y más sabiendo, como todos ya sabían, que aquella alfombra rutilante, además de ser la primera capital del mundo, era también la manifestación más lograda del caos. Con la visión le cambió el sentimiento: allá afuera había algo a un tiempo imperial y monstruoso que no tenía explicación, algo total e irradiado como una desbandada de átomos, algo más próximo al silencio que a las palabras, y que producía en la raíz de la mirada un estremecimiento abismal. En las otras ventanillas los comentarios eran reflejo de asombros. Una noche excepcional, dijo alguien; pero a ella sólo le importaba la señal: clarísima bienvenida.

Caminó por el largo pasillo con la bolsa de cuero al hombro, aún entumida por tantas horas de vuelo, y el paso desconfiado de gacela en pradera caníbal. De cuando en cuando los ladeos nerviosos de la cabeza le ofrecían el vislumbre de su porte en los vidrios publicitarios, y con un aleteo preciso apartaba el mechaje que se le abría como cortina justo por mitad de la cara. Pero más que su aspecto, lo que le preocupaba ahora era llegar de una maldita vez a la sala donde pasaría la aduana.

Traía una sola maleta, del mejor cuero andaluz como la bolsa de hombro, y por fortuna fue de los primeros bultos que aparecieron en la banda metálica. La recogió de un tirón y, con auxilio de las rueditas, la arrastró hacia la salida. Dos hombres de

traje gris y con expresión metálica le cerraron el paso. ¿De dónde viene?, preguntó uno. Madrid, dijo soltando por un instante el asa de la maleta para apartar el cabello de la cara. Está bien, pase. Y siguió hacia la puerta. Los semáforos de la salida le detuvieron el arranque. Miró confundida hacia los lados y enseguida una mujer policía le señaló el botón. Hizo un gesto con los hombros para indicar que le daba igual, y al encenderse el foco verde una sonrisa le afloró espontánea: de todas maneras no dejaba de ser otra buena señal.

El tema del azar era ya vieja molienda de desacuerdos. Con Vicent Font de Riba sobre todo, la noche en que ambos conocieron a John Oster en casa de Xavier Ferral, el editor que compartían, y el famoso guaperas neoyorquino había dicho que para él el azar era una música que sólo los privilegiados oían. Font de Riba, tal vez por llevar la contraria como era su costumbre, replicó que el azar no era más que ignorancia mal asimilada; y entonces ella habló de Ilya Prigoguin y la nueva física de la incertidumbre, y Oster le celebró la referencia y se adueñó de la charla. Los personajes de mi nueva novela, dijo, se mueven precisamente en un universo heisenbergiano. No esperaba esta mierda, tronó Font de Riba y ya no cruzó más palabra con el estadounidense. Dos días después le dejó esta grabación en el teléfono: No es raro que el azar tenga tanto poder sobre nosotros, puesto que por azar vivimos... Como fuera, a ella no le quedaba duda de que había tanto de incertidumbre como de misterio, y en última instancia no era cuestión de creer o no creer, sino de que las cosas pasaran o no pasaran, ¿no le había dicho Niels Bohr al sorprendido Einstein que miraba la herradura clavada a la entrada del laboratorio, que la tenía allí porque le habían garantizado que producía igual efecto aunque no se creyera en ella?

Hasta ahora todo había salido sin torceduras, evidente refutación de la desconfianza de fondo que sentía, y que en realidad era más un ponerse a la defensiva que otra cosa. Por eso fue que al no encontrar lo buscado al primer golpe de vista, el ánimo se le enroscó en la garganta: sola, a las once de la noche, en una ciudad completamente desconocida y con un número de teléfono y una dirección como único asidero. Más de cien personas

esperando tras la verja, y ella parada al centro, apenas a unos metros de distancia, tragando saliva para soportar el azoro. Ni él ni nadie en su lugar, era de esperarse. Si bien lo había visto un par de veces, su rostro alucinado resaltaría al instante entre toda esa gente. Mierda, por qué demonios tenían que ser tan informales los mexicanos. No cumplen ni la cuarta parte de lo que te prometen, le había dicho Font de Riba... Cruzó la verja y, mientras buscaba hacia todos lados, los taxistas la acosaban como tábanos. La mano aferrada al asa de la maleta y masticando con rabia los agravios: ¡Chupapollas de mierda! Poniéndola así en evidencia ante aquellos tipos que le cerraban cada vez más el cerco al leer en sus labios, su rostro, en todo su crispamiento el desasosiego del cuelgue.

Haría una sola llamada y si no, derecho a un hotel. Buscó un teléfono. Había tres en serie, dos estaban ocupados y descolgó el tercero. Sólo entonces se dio cuenta que no tenía ni monedas mexicanas ni tarjeta. El hombre que utilizaba el teléfono contiguo, bien trajeado y risueño, reparó enseguida en el apuro y le hizo un gesto de ofrecimiento, acercando dos dedos en petición de unos segundos. Ella sacudió con enfado la cabellera y se dispuso al arrastre de la maleta. El hombre colgó la bocina y la alcanzó en dos trancadas. Tenga usted, dijo ofreciéndole la tarjeta. No, gracias, rehusó ella previniendo el acoso. ¿No quería hablar?, la tarjeta todavía al frente, en actitud que ella consideraba más de compromiso que de ofrecimiento. Gracias, no se moleste, puedo conseguir una. El hombre, que notó enseguida el ceceo, insistió al borde de la risa: Mire, mientras busca dónde cambiar las pesetas y conseguir una tarjeta, ese rostro tan bello que tiene terminará crispándosele. La tarjeta le llegó de pronto a unos centímetros del blazer de terciopelo negro, a la altura del escote que se abría generoso por la desabotonadura, y ella levantó la mano para evitar que fuera a descolgársela de manera ofensiva. En cuanto ella la tomó, el hombre, sin dejar de sonreír, sacudió la cabeza y se alejó a paso rápido.

Los tres teléfonos estaban libres ahora. Escogió el del medio y, antes de introducir la tarjeta, echó un último vistazo alrededor buscando al pelma ese que le había presentado Font de Riba

y que se había ofrecido a todo cuando ella decidiera ir a México. El telegrama donde avisaba del número de vuelo y hora de llegada lo había mandado hacía una semana, así que... Dejó la maleta a un lado y se dispuso a marcar el número que el tipo le había dado varios meses atrás en Barcelona. A la segunda señal una voz áspera y somnolienta rezongó del otro lado: ¿Bueno, bueno? ¿Quisiera ponerme por favor con Roberto de Villena? Aquí no vive nadie con ese nombre, y le colgaron. El rubor del coraje se le subió de golpe, el mismo sentimiento de zozobra que la embargaba cuando de niña su madre la mandaba al bar de la esquina por una gaseosa y creía ver todas las miradas fijas en ella. Mordiéndose el labio inferior, como solía hacer cuando las cosas se le negaban, alzó la tarjeta para comprobar si había marcado bien el número... Fue casi el rasgueo de una hoja, un chasquido apenas en medio del ruidal de trajines y altavoces. Al voltear, un tipo, vestido igual que cualquiera de los que se ofrecían como taxistas, jalaba ya de la maleta a paso rápido. No pensó ni en sus vestidos ni en la pulsera y aretes de oro comprados en Tunicia con buena parte del dinero que le habían dado con el premio a su libro de crónicas *El Maghreb desesperado,* lo único que le vino a la cabeza fue el cuaderno, el insustituible cuaderno con todas las notas que había ido acumulando sobre las opiniones vertidas por Valle-Inclán y otros autores españoles en torno a México. Y justo cuando iba ya dispuesta a todo, entre el flamazo del coraje y la crispadura del miedo, vio cómo otro individuo, con chamarra de cuero negro y lentes oscuros, interceptaba por un costado al que escapaba con la maleta y tras el choque lo dejaba tendido en el piso. Todo sucedió en unos cuantos segundos: la maleta suelta en el pasillo, el ladrón tirado sin la menor señal de vida y el otro cruzando a paso rápido y ocultando la pistola en la cintura. Alguien la tomó con fuerza de la mano y la arrancó del pasmo. ¿Es tu maleta?, le dijo acercándola al corrillo que empezaban a formar los curiosos. Ella asintió con la cabeza, mientras seguía mordiendo con fuerza el labio al ver cómo la mancha de sangre que escapaba por un costado del cuerpo caído se extendía sobre el piso de mármol. Sin decir otra palabra, Roberto agarró la maleta con la mano libre y continuó rumbo al estacionamiento.

La imagen de alumbrado y transgresor que recordaba de él, parecía ahora agrandada por el rictus contrariado de la boca y el escozor de la mirada. Un masticar silencioso de pensares los separaba. Él había intentado el acceso: ¿Llegaste a verlo bien? Pero ella fue tajante: ¡Mierda, cállate! Él metió la mano en la guantera del Jetta y extrajo un casete, que rechazó tras un vistazo; buscó otro y otro más, y por fin pareció encontrar uno de su agrado. Abrió la cajita con la mano derecha e introdujo la cinta en el aparato. En la esfera luminosa del tablero la aguja oscilaba entre el ciento diez y el ciento veinte, y era ella, con la vista fija al frente, la que parecía ir manejando, mientras él, en un relampagueo de miradas, trataba de encontrar en el rostro hierático de ella una señal para intentar el acercamiento. Del cenicero extrajo un cigarrillo de marihuana ya medio fumado y lo prendió; después, sin voltear siquiera, se lo pasó y ella siguió imperturbable. La mano permaneció extendida un buen rato. ¿Qué coño traes?, dijo apuntándola con su mirada sanguinolenta, ¿te pones así por quince chingados minutos de retraso? Ella reflejó en su rostro el peligro y él, con un drástico golpe de volante, evitó el auto que estaba parado esperando el cambio del semáforo y se pasó en rojo gozando la chirriadera de neumáticos. Esta pinche cucaracha es una mierda; pero si te dijera por qué no traje mi Mercedes no me creerías. ¿Puedes llevarme a un hotel?, dijo ella mirándole el perfil de capo siciliano. ¡Ni madres!, escupió tajante.

Los dos mirando ahora al frente, sintiendo cómo el cansancio había empozado las palabras. Sólo la música de *The Division Bell* parecía mantener el acuerdo de negaciones. Y de pronto, tras apurar el cigarrillo con una sonora jalada y tirar la bacha por la ventana, él subió bruscamente el volumen, volteó a verla e hizo una seña de atención con el índice hacia el aparato. Ella ni pestañeó: desde hacía rato venía mordiéndose el labio y con los pies afirmados en el piso como si ya previera el encontronazo. Al subir el volumen, las voces del coro llegaron convocantes: *Why won't you talk to me / You never talk to me / What are you thinking / What are you feeling...* Con un movimiento brusco ella apagó el volumen. ¡Joder, mi reina, vienes que ni la chingada!, rugió él, fijándola de nuevo con su mirada lumbrosa. ¡Vete a la

mierda! Carajo, ya te pedí disculpas, ¿no? ¡Cuidado, imbécil!, gritó ella al ver que iban a incrustarse contra un auto que cruzaba confiado con luz verde. En vez de frenar, él apretó a fondo el acelerador y pasó como ráfaga por delante del otro auto, que se quedó clavado y con el claxon histérico lanzando mentadas de madre. Él la desafió con una sonrisa maliciosa y ella se crispó aún más. Relájate, gachupitas, que estás en tierra conquistada, dijo palmeándole la rodilla. Y ella le apartó la mano con brusquedad. Él empezó entonces a decir algo, pero la sirena de una patrulla comenzó a aullar. Lanzó una maldición y disminuyó la velocidad hasta pararse. ¡Mierda, lo sabía, tenía que suceder!, escupió ella descontrolándose. Tranquila, dijo enseñándole el colmillo, que esto no es nada comparado con lo que vengo de hacer.

¡Oiga, está loco o qué!, gritó el policía al acercarse a la ventanilla.

Qué pasó, oficial, dijo Roberto tendiéndole una credencial que extrajo de su impecable billetera de cuero. De inmediato el policía se cuadró y pidió disculpas.

No hay pedo, oficial. Es que aquí mi dueña me la está haciendo de tos, dijo Roberto guardando la credencial en la cartera y ésta en el bolsillo interior del saco azul prusia de finísima seda, que con el chaleco y el pantalón le habían costado ciento cincuenta libras en Harrod's.

Pos lo que usté disponga, mi jefe, dijo el policía desviando con intención la mirada hacia el otro asiento.

Se agradece, oficial. Pero a ver cómo chingados la convenzo, dijo Roberto arrancando.

A sus órdenes, mi jefe. Y póngase águila, no vaya a toparse a la de malas con un pendejo deshorado.

Unos minutos después el auto llegó frente a una caseta de vigilancia. Roberto bajó el vidrio y asomó la cabeza. Le cedieron el paso y tras estacionarse bajó y fue a abrir del otro lado.

Servida, señora, dijo caravaneándose.

¡Eres un hijo de puta con suerte!, dijo ella al sentir de salida el roce del otro cuerpo.

Él la miró de soslayo y al bajarle la vista por la espalda alargó también la mano abierta con intención de palmear la sabrosa curvatura de las nalgas.

¡Cuidado y lo haces de nuevo!, lo encaró agresiva, en referencia a la noche en que la había palmeado en un bar de Barcelona mientras bebían con Font de Riba. El recuerdo de la bofetada lo obligó a retraer la mano, que se llevó con gesto travieso hacia la nariz para repetir con el índice y el pulgar los pases delatores de la habitual esnifada. Luego se adelantó a pulsar el timbre. Era un pequeño conjunto residencial formado por no más de diez casas pintadas de azul y blanco y con rejas de hierro forjado en las ventanas: a la luz adormecida de los faroles los jardines no eran más que sombras aterciopeladas.

Desde el instante en que vio cómo la mujer parada en la puerta también la veía, con aquella sonrisa abierta a la vida y aquel rostro anguloso y sensual, más mediterráneo que mexicano, supo que la resonancia era mutua. La mujer se adelantó para darle un beso en la mejilla, dejándole con el aleteo algo de cañaveral en llamas.

Sin Roberto, que se fue directo al baño, las dos pasaron a la que, sin que Trilce siquiera lo sospechara, iba a ser la recámara de su nueva vida: una cama amplia y cubierta con un rebozo de primores indígenas, una mesa, un librero chico y un armario, todos en un estilo sobrio e inobjetable, y al fondo un baño en consonancia, es decir, con el gusto colonial que de inmediato se percibía en todo lo demás. Trilce se acercó a la ventana que estaba a un lado de la mesa y corrió la cortinilla para ver el exterior.

¿Te gusta?, oyó a sus espaldas.

La verdad es que está muy bien, dijo volteando para encararla.

Me alegro, dijo la otra y enseguida prendió un cigarrillo. ¿Quieres?, le ofreció adelantando la mano con encendedor y cajetilla.

No, gracias.

La mujer le llevaba por lo menos una cuarta de altura. Mucho más bella ahora, de cerca y a la luz precisa de la habitación; la sonrisa a plenitud, con el café abrillantado de los ojos derramándose generosa.

Te pareces muchísimo a..., empezó a decir la otra.

No, por favor, odio eso, y le dio el lado bruscamente.

Trilce tomó la maleta y la colocó de un jalón sobre la cama. Le preguntó si era de ella el chalet y la otra dijo que lo estaba pagando. Trilce quiso entonces tirar del cierre para abrir la maleta y la anfitriona le sugirió que dejara el acomodo de las cosas para mañana y que fueran a la sala a tomar una copa. Frente a una mesa bien surtida con quesos y embutidos, Roberto se movía con señorío. Tenía en una mano una botella y en la otra un vasito que acababa de llenar. Con los brazos abiertos se quedó viendo a las dos mujeres que se acercaban. ¡Vaya par de vampiresas!, dijo ofreciéndole el vaso a Trilce, que negó con la cabeza para que la otra lo agarrara.

Puto día que ya se fue al carajo, dijo Roberto.

Ay sí, yo también lo tuve de la fregada, coreó la dueña de la casa. Tú también te ves algo cansada, le dijo a Trilce. ¿Por qué no te tomas un tequilita? Aunque sea uno solo. Y sin siquiera dar tiempo al rechazo le sirvió una copa. Luego la anfitriona y Roberto siguieron hablando de cualquier cosa, y Trilce, que estaba casi sin estar, afirmaba apenas o negaba con el vaiveneo de esa cabellera de serpientes doradas que, como le había dicho la dueña de la casa al salir ambas de la recámara, mucho le habrían de celebrar. Más en el recuerdo que en el presente, siguió oyendo la voz carrasposa y desangrada de Roberto, que le refería a la anfitriona lo sucedido en el aeropuerto; y mientras ésta realzaba el dramatismo con interjecciones y preguntas, Trilce sólo esperaba el momento en que alguno de los dos percibiera el sinsentido de prolongar la charla para evitarle la descortesía como única salida. Ya ni coraje sentía, sólo corcho, un cansancio sordo y renunciador que se iba acercando más y más al adormeciente hormigueo del vuelo. Y de pronto, como el crujir del fuselaje, la sacudió la voz de Roberto: ¿Qué onda, Poema? Pobrecita, está muerta, dijo la anfitriona. Mitad sueño, mitad desconfianza: algo le había quedado y le brincaba ahora como pájaro desquiciado dentro de la cabeza.

¿De qué hablábais?, dijo abriendo los ojos al máximo para disipar la negrura.

De esta ciudad, de lo fácil que es morirse por cualquier cosa, dijo la otra.

En todos lados, supongo, comentó Trilce con desgana.

¿Y qué carajos sabes tú si no te enteras de nada?, dijo Roberto violentando el tono, los ojos agresivos como colmillos dispuestos a la hincada y el desgarre.

¡Jo, que te aguante tu madre, tío!, clamó Trilce electrizándose, como si un frior de acero le hubiera espoleado el ánimo.

La mirada de Roberto aullante, con aquel fruncimiento, entre cínico y bestial, que asumía cuando tomaba conciencia del apodo con que se le conocía en el medio intelectual mexicano: el Maldito.

¡Siéntate, carajo!, le soltó a bocajarro al ver que se levantaba.

¡A ver, capullo de mierda, siéntame tú!, gritó ella amenazante. Así parada delante de él, con la cabellera enleonada y el fuelleo violento, daba una impresión tormentosa. El pase que se había dado al llegar tenía a Roberto en chispas. Sin embargo, aun en el límite de esos acelerones que tantos enemigos le producían, jamás perdía la cordura.

Relájate, gachupitas, le dijo suavizando el modo.

¡Vete a la mierda!, respondió encaminándose hacia la recámara.

Por qué no se calman de una vez, ¿eh?, terció la anfitriona ya exasperada por el desgaste.

Me gusta verla así, como un cuadro de Turner, un mar en llamas, comentó Roberto con la vista fija en la puerta de la recámara que acababa de cerrar con violencia Trilce.

¿Sabes qué?, lo enfrentó la otra tensa por el coraje. Cada vez estoy más convencida de que estás de veras enfermo.

Ven, dame un beso.

Los brazos abiertos para recibirla, la mirada remolona que ella tan bien conocía.

Eres de lo peor, Roberto. Y ante la sonrisa cínica: Te juro que me estás colmando.

Y, cosa nada extraña cuando se le negaba algo, él volvió a arrebatarse.

¡Bueno, carajo, me das un beso o no!

La mujer se le acercó decidida y le chasqueó los labios sobre la cara. Cuando se retiraba, él la tomó con fuerza de la muñeca y la atrajo hacia su boca. Poco a poco la mujer aflojó el rechazo y se dejó sentar sobre las piernas de Roberto, que le rodeó las nalgas con las manos y comenzó a sobárselas con morbo. Después siguió por los muslos y al llegar a la parte interior ella se incorporó de un salto y le dijo que por favor ya se fuera.

Todavía demoró un cuarto de hora, remoliendo entre maldiciones los sucesos de esa noche aciaga que parecía no querer acabarse; sobre todo el golpazo a su Mercedes, que era como si le hubiesen abollado su propia cara. La anfitriona, que ya conocía de sobra el final posible de esa nerviolera, le dijo a todo que sí acercándolo poco a poco hacia la puerta. Por último, antes de irse, él insistió en disculparse con la invitada, pero ella lo convenció de que no, que mañana podrían comer juntos y sería otra cosa.

No quiso darle vueltas al asunto sola. Se acercó sigilosa a la puerta de la recámara y vio que la luz seguía prendida y que adentro se oía un ligero rumoreo de ropas.

¿Estás despierta?, preguntó con voz culposa.

El silencio como aire empedrado, entre inquietud y rechazo. Levantó los nudillos y en el instante del golpe cambió de intención. Sólo quería darte el hasta mañana, dijo de soslayo, como dejándose sorprender por la falta de respuesta. Tras las pisadas y el chasquido del cierre, se abrió la puerta: estaba igual, el mismo rictus y la ropa puesta, aunque sin el saco. Las dos se abrieron de miradas y entonces Trilce comprendió de raíz lo que Font de Riba le había dicho sobre la novia de Roberto: Tiene la sonrisa más bella de México.

Oye, me preocupa la impresión que te hemos dado, le dijo con una dulzura que a esas horas producía doble efecto.

Ya lo conocía así, no te preocupes, masculló Trilce mientras regresaba a cerrar la maleta.

Para él no hay nada por encima de su maldito Mercedes, dijo la otra. Dejó luego que se esponjara el silencio y siguió: Cuando iba a buscarte la primera vez chocó...

Vaya, menos mal que no le sucedió nada, dijo Trilce por decir algo.

A él no.

Claro, al coche, y de nuevo mirándola con sabor a metal en la boca, dispuesta a no dejarse ablandar por ninguna excusa.

Dijo que está casi seguro de que lo mató.

¿Quieres decir que atropelló a alguien?

De lleno, a uno de esos pordioseros que están en las esquinas. Por querer llegar a tiempo al aeropuerto, y con el semáforo en rojo. ¡Ay, Dios mío, por qué tiene que ser así!

Mierda, dijo Trilce y en la boca comenzó a fluirle un rezume de sinsabores.

Ya más calmada, como si el compartir las culpas fuese un triunfo, la anfitriona se le acercó para despedirse.

¿Y ahora qué va a suceder?, preguntó Trilce pensando ya en buscar al día siguiente un hotel decente.

Tú no te preocupes, eso él ya lo arreglará, y la tomó por las dos manos y le selló los labios en la cara. Sólo quiero decirte que estás en tu casa. Que descanses, y se dio la vuelta. Cuando se disponía a cerrar la puerta, oyó la voz de Trilce: Creo que ya perdí el sueño, ¿me acompañas con otra copa?

II

Acababa de despedirse de las dos mujeres en el Museo de Antropología e Historia, de donde venía de presentar un libro. El Mercedes ya renovado, impecable en su brillo y él a tono con el saco azul marino y los pantalones color ostión sin una sola mancha o dobladura, y debajo del saco una camisa de listas azules sobre blanco, hecha a la medida en D'Angelis. El entorno era el de siempre: suspensión de mierda y gases (la ciudad de México, solía decir, es un enorme intestino con boca y ano) en una anormalidad ya normal a fuerza de sobrevivirla. Toda Reforma de punta a punta, un recorrido que le recordaba cierta grandeza insumisa, el México que aún se resistía a los Wal Mart y a los Cinemax.

Veía al secretario particular del procurador de Justicia cinco o siete veces al año, sin contar las llamadas por teléfono, siempre en el mismo restaurante y entrando inevitablemente a Reforma por el Periférico. Esta vez él le había hecho al funcionario unas preguntas por teléfono y la comida era el pretexto para encontrarse en privado. Adelante del Ángel de la Independencia, una manifestación de indígenas estranguló el tráfico. Al ver acercarse a una mujer con un bote, Roberto pulsó el botón para abrir la ventanilla.

¿Qué piden?, le dijo con gesto bronco.

Pos que nos dejen ser, gritó la mujer enfrentándolo.

¿Ser qué?

Pos lo que semos.

Cerró el vidrio y desvió la mirada al frente. Están locos, masculló viendo el circo que indios e indias, con sus atuendos de mil colores, armaban al meterse entre los autos. En otra circunstancia se hubiera puesto como perro de presa, pero ahora venía del templo mundial de la antropología, y cada vez que entraba en ese museo su ánimo se exaltaba hasta escindirse en dos mundos irreconciliables: lo que él era, y aquello que lo negaba. Por supuesto que los artífices de aquella grandeza no eran los miserables enguarachados de ahora; aquéllos habían desarrollado una religión, una ética y una estética donde la muerte era presencia sublime; éstos, despojados de sus mitos y tradiciones, eran una vergüenza histórica, una herida supurante que políticos de toda laya manipulaban -cerrándola o abriéndola a conveniencia- para mejor usufructuar la autoculpabilidad urbana. Una puta joda, escupió al tiempo que comprobaba en su Cartier un retraso de quince minutos.

Todavía perdió otros quince, bordeando el descontrol y pensando que aquella horda de humillados y resentidos que de pronto se había confabulado contra mestizos y criollos suponía un regreso al estado de barbarie, con la cadena interminable de ajusticiamientos y venganzas que ello inevitablemente conllevaba.

El Sevilla Palace no era un hotel del gusto de políticos y altos ejecutivos; ni lujoso ni muy caro, conservaba no obstante en su mobiliario y decorado un aire provinciano que a Roberto le calmaba su habitual hipercriticismo. Le chocaban esos hoteles posmodernos llenos de salas multimedia donde los *businessmen* gringos y nipones y los grandes vendedores de verdades (esoterismo, auto superación, etc.), hablaban de globalización y ventas, competitividad y ventas, mercados y más ventas. En el Sevilla Palace las puertas de las habitaciones todavía abrían con llave y no con tarjeta, y los mozos de servicio podían dibujarle al huésped un mapa preciso de la vida nocturna del centro de la ciudad, con sus perversiones y excelencias.

Pero sobre todo, a Roberto le gustaba comer en el restaurante del hotel porque le recordaba sus tiempos de aprendizaje en el medio periodístico. Y ahora, el respeto en el trato desde el momento mismo de entrar y la intencionalidad de las miradas -gente de

prensa en su mayoría- que lo seguían hasta la mesa, le hacían tomar conciencia de lo mucho que había subido en la vertical del prestigio.

El funcionario ocupaba ya una mesa con un whisky enfrente; atrás de él, dos mesas de por medio, la pareja de guardaespaldas observaba la llegada de Roberto. Con el saludo musitó una disculpa.

Los zapatistas, supongo, dijo el funcionario.

El jodido vaiveneo de nuestros políticos: le abren la jaula a la fiera y luego no se atreven a matarla.

No es tan fácil, Roberto. Tú sabes muy bien el papel que hoy en día juegan los medios.

La exacta y arbitraria dictadura de los mediocres.

El funcionario prefirió evitar esos ojos draculescos que se clavaban en él como dos garrapatas hambrientas. Levantó el vaso y, luego de un ligero sorbo, se quedó viendo la caprichosa turbiedad del contenido. Enseguida, y tras el saludo de cortesía, un camarero recibió la orden: un Herradura blanco y una Corona bien fría.

¿Y qué me tienes?, le dijo de golpe Roberto, con las palmas de las manos sobre el borde de la mesa, como si buscara apoyo para dar el salto.

Chamba, mano; mucha chamba, bisbiseó el funcionario sin atreverse a mirarlo.

Me vale madre, ¿y lo otro?

Un pordiosero de mediana edad. Ya se lo mandamos a la Facultad de Medicina para que practiquen los muchachos. Así que por ahí estás limpio, y ahora sí lo enfrentó con sus ojillos ratunos.

¿Y lo del aeropuerto?

Escoria, un pendejo protegido por la propia policía del aeropuerto. Hasta donde sabemos es el tercero, con la misma arma y similar procedimiento.

A ver, barájamelo despacio. ¿Quieres decir que ese cabrón ya se echó a tres más?

Dos en un taxi, al parecer el chofer y su compinche, y el otro, un carterista que faenaba en el metro de Balderas. Todos con una Beretta con silenciador.

Joder, si no conociera el *modus faciendi* de tus perros diría que estamos ante otro de esos pendejos vengadores anónimos.

Nuestros agentes no tienen nada que ver en esto, dijo el funcionario con un ligero énfasis de desagrado.

No, claro, son unos angelitos los hijos de la chingada.

El arribo del camarero abrió un paréntesis. Roberto pidió de una vez las cartas para ordenar y el otro levantó el vaso para pedir otro trago.

Demasiada confusión, mano. Ahora sí que ya no se sabe quién manda, si la Comisión Nacional de Derechos Humanos, la delincuencia organizada o nosotros...

Ninguno de los tres, ahora mandamos nosotros, dijo en pose altanera.

Pues sí, mano, los dichosos medios.

Roberto escanció medio caballito y dio luego un buen trago a la cerveza. El celular del funcionario comenzó a sonar y Roberto soltó unas palabrejas. Fijó su atención apenas para intuir quién llamaba, pero al ver cómo el otro adelgazaba la voz decidió mejor observar el entorno. Reconoció a un subdirector de un diario y a dos escritores mediocres que lo acompañaban, y con un ligero movimiento de cabeza correspondió al saludo. En otras mesas gente sin rostro, y sólo en un rincón, en divertido cacareo con un director de cine reconocido en el medio por la eficacia con que transformaba novelas infames en bodrios taquilleros, una interesante zorra rubicunda capaz de dejarse violar el tímpano por llegar al estrellato. Le puso encima la mirada hasta que la mujer, al verlo, enfrió de golpe la sonrisa. La mayoría de los ojos siente lo que percibe, pero los de Roberto más que sentir transmitían sentimientos. Y la mujer registró enseguida las sensaciones tortuosas que aquellos ojos le transmitían. Hubo en la mesa un acercamiento de cabezas y el director levantó su vaso en dirección a Roberto, que simplemente frunció el ceño con desprecio: los tipos de esa ralea lo incitaban al crimen, como cuando uno ve una cucaracha y desea oír el destripadero bajo el zapato. Disculpa, mano, dijo el funcionario apagando el celular. ¿Y qué, me trajiste algo?, se apresuró Roberto, sabía que una de esas llamadas podría ser terminal.

Abajo en el carro, luego te lo paso.

¿Buen material?

Como siempre, de lo mejor.

Roberto hizo un asentimiento de satisfacción y el otro aprovechó para mover sus piezas.

Necesito dos textos: un desplegado de cuatro o cinco cuartillas, que vamos a sacar en varios medios, poniendo en evidencia la indecisión y falta de criterio de la presidenta actual de la Comisión Nacional de Derechos Humanos como una forma de solapar a la delincuencia, y un *speech* de cinco cuartillas que se tiene que echar mi jefe sobre la eficacia de la lucha contra el narco. Aquí te adjunto los datos, dijo extrayendo del bolsillo del saco un sobre.

¿Y para cuándo?, carraspeó Roberto tras prender un cigarro.

Para ayer, dijo el otro, enfatizando la urgencia burocrática.

¡Pues que los haga su chingada madre!, la subida de tono rebotó por las mesas aledañas y puso a los guaruras en ascuas.

Cálmate, maestro. Yo sé que en un par de días los puedes hacer, el funcionario quiso adoptar un tono entre regañón y conciliador, que pensaba rematar con la oferta de un depósito inmediato en la cuenta de Roberto, pero la llegada del mesero con las cartas le cortó el vuelo.

¿Cómo están los calamares?, preguntó Roberto.

Usted ya sabe, don Roberto, que aquí todo es de primera. Tráeme entonces una crema de espárragos y unos calamares almendrados.

El funcionario se decidió por una sopa minestrone y unos medallones de lomo de res flameados con brandy.

¿Un vino del Rhin como siempre, don Roberto?

No, hoy no me apetece vino, sigo con lo mismo.

El otro se limitó a mover una mano horizontalmente sobre su bebida. Después, como si todo lo que se tuviesen que decir ya estuviera dicho, siguieron bebiendo entre parloteos esporádicos. El funcionario trataba de sonsacarle algún matiz novedoso sobre el caótico desempeño del partido oficial y el oportunismo de la oposición, hilachos de plática si acaso, pero Roberto estaba con el deseo en otra parte: esa mañana, en el museo, el acoso de los medios electrónicos y las miradas oficiantes habían convertido a

Celeste San Román en diosa, y él sólo pensaba ahora en la magnitud de la ofrenda que le esperaba. Al pasar hacia los baños, la rubia se esponjó con garbo y aceptó la mirada picosa de Roberto. Hija de la chingada yo sé lo que quieres, dijo entre dientes, siguiendo la insinuación del cadereo. Y el funcionario aprovechó para decirle que cuántas quería como ésa.

El día que tú o cualquier otro trepador de la infame putocracia oficial me tenga que conseguir un culo como ése, me pego un tiro, le escupió con saña facilona.

El funcionario esbozó una risita nerviosa y miró hacia los lados. Para su fortuna nadie parecía estar al tanto de las subidas de tono de Roberto. Hacía más de quince años que lo conocía y, lejos de mejorar, su conducta era cada vez más agresiva y alocada. Más que estimarlo, lo necesitaba, aunque en el fondo no podía dejar de reconocer que Roberto tenía un talento innegable, que sin duda lo hubiera proyectado hasta el firmamento mismo de la cultura nacional de no mediar ese modo intransigente con que enfrentaba los desacuerdos.

De pronto, y como solía suceder después de uno de sus ataques fúricos, Roberto comenzó a mascullar algo sobre una posible cena en su casa, con Celeste y una reconocida escritora española que acababa de llegar; tal vez la semana entrante, o mejor en un par de semanas, ya le avisaría con tiempo para agendar la fecha. El funcionario escuchó en silencio, mirando el bailoteo del último trocito de hielo en el fondo del vaso y pensando que con Roberto siempre sería así, un estar constantemente en guardia para evitar el carajazo o, en todo caso, capear la arremetida para que el destinatario fuese otro. Y esta vez le tocó al mesero, que se retiraba satisfecho después de haber dejado los segundos platos en la mesa.

Primero fue el olor, porque de aspecto no desmerecían, y al acercar la nariz al plato hizo una mueca agresiva, más sensibilidad ultrajada que otra cosa, y al instante se echó para atrás en un crispamiento beligerante. Verlo así, con aquel repiquetear de labios y los ojos como mastines tras una presa que desconocía por completo la amenaza, era señal inequívoca de que el conflicto ya iba de crecida.

¡Qué poca madre!, escupió para atraer al mesero.

El funcionario volteó hacia sus muchachos y palmeó varias veces hacia abajo, todo estaba bajo control. Cuando llegó el mesero, Roberto parecía resorteado y pinchoso. El funcionario esperaba con resignación el tronido, pero, para su sorpresa, Roberto sólo le dijo al mesero que por favor fuera a buscar al chef. El subalterno quiso remolonear preguntando el motivo, y Roberto fue tajante. Por eso, cuando al rato llegó el chef ya presuponía el agarre. Era un mestizo prieto, que podía tener la misma edad que Roberto, de caminar bamboleante y autocomplaciente por tanta visita al gimnasio. En la mirada nada especial, si acaso un rescoldo rencoroso, la conciencia de ser vulgar y desclasado en un mundo de jerarquías heredadas.

Chef, ¿le ha mamado alguna vez el coño a una puta a las dos de la mañana?, le soltó Roberto sin más preámbulos. El hombre coloreó el coraje y las manos se le fueron en descontrol hacia el mandil, que estrujó con un resentimiento de ciento cincuenta libras.

Pues así huelen estos calamares, concluyó Roberto, apartando con desprecio el plato hacia la otra orilla de la mesa, donde las manos del chef se retorcían ahora con intención asesina.

Ya déjate de numeritos, maestro, y pide otra cosa, dijo el funcionario por lo bajo. En realidad la humillación del tipo le valía madres, era una más de las muchas que vivía a diario en su trabajo y que de alguna manera contribuían a aumentar su autoestima; lo que ya era otra cosa era estar en la centradera de miradas, ponerse así en evidencia como un pésimo número de un mal circo. Pero no, Roberto lo sorprendió con el cambio de actitud. No se fue de bajada, como era de esperarse en él, en un discursear sobre su antigüedad como cliente y la repetida publicidad que le había hecho al restaurante de palabra y en un par de artículos periodísticos; no, simple y educadamente le dijo al chef que los calamares estaban mal descongelados.

¿No es en serio, verdad?, sonrió por primera vez el chef aflojando tensiones.

Roberto se inclinó sobre la mesa y levantó el plato pidiéndole al chef que oliera. Cinco, diez segundos estuvo el plato temblequeando en la mano; el chef sin atreverse y el funcionario,

entrando en distancia al ver que la escena perdía atención, jaló al mesero de un brazo y le dijo que sirviera otras bebidas. Roberto, con ojos enfueguecidos, insistió al límite, y el chef olió: rápido el primer planeo, detenidos los siguientes olfateos, como ratón ante el cebo salpicado con la sangre de la anterior víctima.

Huelen fuerte, pero de por sí es el olor del calamar, dijo sintiendo cómo aquella picazón le enfriaba los resquemores.

Están mal descongelados y punto, sentenció Roberto y desvió la mirada hacia el funcionario a manera de final.

Podría ser, no digo que no, pero, ¿cómo se tienen que descongelar, entonces?, el chef ya más sarcástico que encabronado.

¿Cuándo carajo abrió la cajita? Porque son de Ocean Garden, ¿o no?

Sí, claro, cajas de cuatro libras.

¿Cuándo la abrió, chef?

Pues, si no recuerdo mal, la abrí el sábado para un cliente que los pidió a la romana.

¿Y luego?

Pues los guardé otra vez.

¿En el congelador?

No, en el congelador no pues ya los había descongelado. ¿Cómo iba a separarlos si no?

O sea, que los metió en un recipiente de plástico dentro del refrigerador, no en el congelador.

Así fue.

¿Y qué día es hoy?

Viernes quince, dijo el chef sin siquiera pensarlo.

Ahí tiene, casi una semana estuvieron descomponiéndose lenta pero progresivamente, igual que nuestro jodido gobierno.

Nunca se me hubiera ocurrido, dijo el chef medio mosqueado por esa explicación que parecía traída de los pelos, y que sin embargo tenía todos los visos de ser cierta. Si usted me lo permite le voy a abrir una nueva caja, añadió, mitad por resarcirse y mitad por confirmar la sospecha.

Se agradece chef, pero mejor mándeme algo de preparación más rápida, como un buen corte de res a la plancha...

Cómo no, don Roberto. Con pimienta roja ¿verdad?

Escribió en su cuaderno: Hay siempre una estirpe atrás de nosotros y lo único que hacemos es retomar los anhelos inalcanzables. Terminando de releer la frase se puso a entretejer remembranzas. La primera vez que había registrado la palabra México había sido de boca de su madre, en aquellas lecturas tan entrañables; luego había oído a Cantinflas gritando ¡Viva México! en una película donde era imposible entender algo, pero que su madre celebraba con risas desbordadas. Indios sumisos y parias agradecidos, como si bastaran unos rollos de celuloide para amansar rencores y cerrar heridas, o peor aún, cuando se mostraba la maldad acartonada de caciques y robavacas que terminaban suplicando clemencia en manos del héroe cantor que siempre abría un paréntesis para endilgarnos una rancherada. El colmo eran las mamarrachadas gangsteriles que a veces pasaban en la tele y que no podían prescindir del cabaret como fondo para una moralina aldeana, con aquellos tríos tan empalagosos que hasta hacían revalorar los ayayayes de los charros. Y lo que llegaba del otro lado era peor; mejor factura y mejores actuaciones. Sin embargo, la mano negra del maniqueísmo anglosajón no distinguía matices: los indios siempre eran los malos, y del río Bravo para abajo todo era miseria y barbarie.

Si de algo no dudaba su madre era del papel formador de las lecturas; la voz cascosa y educada, y en los ojos aquel reflejo de veneración. Justo al día siguiente del entierro de la abuela se sentó frente a ella y le dijo: Trilciña, te voy a decir algo que es para mí importantísimo. Te puse ese nombre, que es el título del mejor libro de tu abuelo, porque pensé que tu padre iba a regresar y le gustaría. Ahora sólo tengo un capricho y quiero que tú me lo concedas. Toda la esperanza de mi dolor eres tú, ¿entiendes, amorciño? No tengo otra ilusión en la vida más que la de que tú seas escritora, y quiero que me prometas que vas a cumplir mi deseo, ¿sí, vidiña? La había tomado por el mentón con aquella dulzura tan suya, enfermiza de tan entregosa, y la cabeza se le había sacudido igual que un resorte al abrazarla y decirle que sí, un sí solo y agudo como un disparo, mientras pensaba que la otra promesa, la hecha a la Virgen, seguiría siendo la primera.

Sólo lecturas, puros libros de Valle-Inclán y México de fondo, como tierra de promisión que alcanzaría cuando fuera grande. Y claro, los comentarios: bordadillo de pasiones y fantasías.

México: todo lo que presuponía y mucho más. Tanta la ignorancia y tanta la complacencia que cerraba la intención desde el arranque. ¿La culpa? Los gobiernos a la cabeza, como siempre: en lugar de grandezas, trivialidades; de un lado el odio y el resentimiento, aluvión de siglos de ignominia; del otro la actitud ingenua del buen civilizado que, a fuerza de creer en el buen salvaje, no entiende que pedir e imitar inferiorizan a las otras culturas. ¿Por dónde empezar, entonces? La esencia sólo se muestra en las acciones, nunca en las palabras; o tal vez, como creía el maniático de Könisberg, la verdad de las cosas permanezca oculta e incognoscible y lo que percibamos no sea más que una parte de la mentira total que es nuestra visión del mundo. Tal vez, aunque... Lo mejor es seguir con el deslumbre y no ceder al influjo; ver, preguntar, leer, escudriñar y resistirse al reclamo. Ser puente, mediación que no se deje absorber por el deseo protagónico. Podría ser: algo entre crónica y artículo, lejos del arrebato que la crítica tanto celebró en su libro sobre el Maghreb, algo más sutil, más...

Fueron dos, tres, cuatro llamados con la impronta inconfundible de Celeste. Simplemente dijo: Entra, adelante, y la puerta no tardó en abrirse. Toda sol: ropa, sonrisa, andar; y tras el saludo el apagamiento. No se sube impunemente, le había dicho en el museo al ver cómo todo tipo de gente le salía al paso para tocarla, aunque sólo fuese con la punta de los dedos como lo hizo una anciana indígena; sentirla, acceder por un instante a lo que significa ser dueña durante una hora diaria de la atención de más de veinticinco millones de telespectadores. Al lado de este culto desbordado, los saludos de que era objeto ella, una de las escritoras más reconocidas de su generación, cuando entraba en una librería de Gracia o en algún bar de las Ramblas, no pasaban de ser simple escozor. . .

¿Cómo que el propio jefe?, le dijo Trilce confundida.

Sí, está loco. Habló directamente con el productor y le ordenó que pasara su voz al aire, como si fuera un televidente más, y

me lo soltó de golpe, conteniéndose para no dar motivo a su fama de vulgar, pero derechito y sin miramientos: ¿No era de mal gusto que una joven tan guapa y distinguida tuviera que enseñar tanta pierna? Y el pelo, ¿no era mejor recogerlo en un chonguito o una colita en vez de traerlo suelto? Y claro que lo reconocí al instante, ¿te imaginas si le hubiera colgado?, y sí cómo no, señor; disculpe si doy esa impresión, claro que sí, señor, por supuesto. . ., y siguió regañándome en público, hasta que la gente comenzó a llamar y llamar y se bloquearon las líneas, y todos: Que no, que era un gusto verme así de fotogénica, que estaba lindísima y decentísima, que ese señor que había hablado era un mocho perdido. Y el Ojo Insomne, te imaginarás, ya histérico rematado volvió a hablar al productor y le dijo que terminando el programa fuera yo a verlo a su oficina. ¡Chin, la que me puso!

Pues qué te puedo decir, chica. Yo lo mandaría a la mierda, pero sé que tú no puedes.

Es que no quiero...

Sí, tienes razón, no quieres, que es muy distinto. Entonces sigue, para qué darle más vueltas, te necesitan y la audiencia manda. En fin, qué quieres que te diga, la verdad es que para mí estás guapísima, y la remiró de arriba abajo. La confianza era otra; dos semanas de acercamiento insinuoso, con el mismo sentimiento e igual latir, entre la certeza de que tarde o temprano tendría que suceder y la duda remordiente por la existencia de Roberto. Freno de culpa nada, las dos con el mismo hormigueo aquella noche que venían de la fiesta con gente de la televisión y el cine, Trilce enardecida por los tequilas y Celeste con la prendidez de los whiskis excesivos que le había preparado su productor. Claro que los alcoholes habían contribuido, pero la atracción se daba con o sin alcohol. Y se había dado desde el primer descubrir, como si las miradas unieran de raíz lo que después sólo sería cuestión de fruto al punto... Y ahora que la veía de pie, altísima con esos tacones horrorosos que imponían los modistos misóginos de Nueva York y París, con esas piernas más famosas que las de cualquier futbolista y esa sonrisa que llenaba la pantalla de la televisión como un sol naciente, no podía evitar las

imágenes de aquella primera entrega, el derroche portentoso de su actuada desnudez, las propias caricias como si sus manos se extasiaran con otro cuerpo, la crecida y el primer estallido, los ojos cerrados, cerrada toda en un sentir que enseguida se totalizó en puro sabor y tacto.

No sabes lo importante que es para mí tenerte cerca en momentos como éste, le dijo abriéndose de brazos. Si hay algo que no puedo soportar es que me humillen, ¡y más ante mi público! Y la abrazó desde su altura, llenándole de besos la espesura del cabello, después la frente y la grácil naricita hasta que las bocas se encontraron.

Más tarde, Trilce terminó de alistarse y se juntó con Celeste, que la llamó desde su recámara para seguir la plática. Viéndola recordó las obviedades del estrellato, tanto tiempo de espejeo, tanto esfuerzo para seguir siendo siempre la misma; y sin embargo había que ensayar todas las posibilidades, cambiar sin dejar de ser la imagen que todos querían, exactamente igual que cualquier tiranía. El timbre de la puerta sonó al rato, cuando Celeste le pedía su opinión sobre las ofertas que le llovían para hacer cine y telenovelas.

Amplia la frente y amplias las entradas, un penacho de pelos como la cresta de un águila, con la misma mirada rapiñosa y la expresión del labio inferior crispada, como retorcedura de pico desgarrante. Era en verdad la encarnación de algo maldito, inatrapable y sorpresivo como el aleteo de un murciélago en una pesadilla, aunque lo diabólico fuera, como él mismo decía, una ramificación de lo dionisiaco. Le tendió la mano y la acercó para darle un beso en la mejilla, con señorío de lo suyo, de lo que estaba seguro no tardaría en ser dominio sometido a pesar de las reticencias actuales. Después le ofreció el regalo.

¿Qué es?

¡Ábrelo!, y al rasgar el envoltorio se le llenaron los ojos de ilusiones. *Todo Valle-Inclán en México,* leyó emocionada y enseguida le dio las gracias de todo corazón, junto con otro beso que él entendió como puerta franqueada.

A tus pies, Poema. Y conste que se lo bajé al propio Luis Mario de su biblioteca.

Ella abrió la gruesa revista monográfica con la misma inquietud de un niño que recibe un juguete y quiere instantaneizar su eficacia.

Con gesto rotundo Roberto le cortó el anhelo: Luego, Poema, llevamos ya un cuarto de hora de retraso.

Llegaron a las tres cuarenta y cinco y, aunque la cita era a las tres, el anfitrión apenas se estaba instalando. En el trayecto, mientras pormenorizaba sobre Juan Ramón Ramos -de cómo había pasado de crítico mamón a director de la sección cultural de uno de los mejores periódicos de México-, Roberto había respondido a la preocupación de Trilce por la tardanza con una frase muy suya: En México, la puntualidad es un vicio de la plebe. También de origen español, por supuesto, le había revirado Trilce. Y él, apenas una ranura maliciosa reflejada en el espejo interior, se apuntó el remate: *No, very british, my dear.*

Por eso, nadie reclamó nada a la hora de encontrarse. Bajo y barbado, Juan Ramón tenía algo de aquella imponente palurdez de los conquistadores, y hubiera pasado perfectamente desapercibido entre las multitudes que anhelan la llegada del domingo para ir a gritar al Nou Camp o al Bernabéu. Sólo la formalidad del trato y la tiesura de palabra dejaban entrever la exagerada autoestima que a Trilce, después de haber conocido ya varios casos, le parecía una característica más del deseo de originalidad del intelectual mexicano, aunque Roberto le había dicho que la solemnidad y la afectación eran inequívocamente capitalinas.

Juan Ramón había propuesto el marco colonial y tranquilo del San Ángel Inn, pero el bullicio a esa hora era inevitable.

Bello lugar, comentó Trilce mientras un mozo los conducía a la mesa reservada.

Roberto escupió de soslayo: La imprecisa fauna de los encumbrados.

Roberto ya había comentado con Trilce lo que podía significar un espaldarazo de Juan Ramón en su periódico. En otras circunstancias ella simplemente lo hubiera mandado a la mierda, pues nada la molestaba más que el burdo tráfico de influencias común entre los escritores; ahora ni lo tomó en cuenta, y en el fondo gozaba de que Juan Ramón diera por hecho que era a él a quien tenían que dirigirse las atenciones.

Ellas pidieron margaritas y ellos tequilas, Roberto siguió la costumbre y pidió también una cerveza. Trilce quedó a la izquierda de Juan Ramón, pero al sentarse tiró con maña de la silla de manera que su cuerpo tuviera una inclinación natural hacia el lugar que ocupaba Celeste. Desde el momento en que se habían dado las manos para presentarse, Trilce no había podido dominar el alboroto de suspicacias que le producía Juan Ramón con su voz engolada y autocomplaciente. Dejó resbalar la cabeza hacia el lado bueno y musitó un ¡Mierda! que fue suficiente para que Celeste perdiera la escenografía solar de su rostro.

¿Y por qué tanto silencio, eh?, dijo el anfitrión.

"Y si el bárbaro infunde una sensación de animal extraño es por su sospechoso mutismo. La naturaleza muda es la naturaleza irredenta", citó Roberto en pose retadora: las palmas de las manos al frente sobre la mesa y los ojos abiertos como bocas dispuestas a la mordida.

¿Y quién dijo eso?, preguntó Celeste.

Nuestro Eneas ejidal, que soñó con ser Virgilio.

De pronto, seguramente porque lo tenía ya repensado, Juan Ramón apoyó los codos en la mesa e inclinó su imponente testa hacia Trilce.

Me gustó mucho tu primer libro, le dijo queriendo poner las cosas en el mismo orden que ocupaban sus pensamientos.

¿Ah, sí?, dijo ella como si no dijera nada.

La película es igual de buena, y no lo digo por los premios..., un sicologismo ya muy difícil de encontrar entre tantas ofertas *light.* Pienso en Virginia Wolf quizás. Hermosísima la relación entre el padre y la hija, calló un instante sólo para confirmar el efecto y luego concluyó: Que eres tú, supongo.

Supones mal, Trilce sacudió la cabellera y se puso a recorrer con el dedo el borde de la mesa.

No creo, apuesto a que en esa novela hay más de autobiografía que de ficción.

Qué curiosos sois los mexicanos, abarcando ahora con la intención a los dos hombres, lo afirmáis todo con una seguridad que ni los madrileños, que ya es decir...

Eso es lo que yo llamo un mimetismo ruin entre chilangos y castellanos, la misma soberbia centralista e igual espíritu avasallante, terció Roberto.

Y Juan Ramón, envarándose en el asiento, como queriendo recomponer las cosas: Ya hablando en serio, ¿fue o no fue tu padre el modelo de la novela?

Yo nunca conocí a mi padre, respondió briosa y segura del lance.

Otros hubiéramos preferido no conocerlo, masculló Roberto, siguiendo con avidez la llegada del mesero con las bebidas.

Pues yo siempre he tenido con el mío una relación excelente; es más, si hubiese sido mujer hasta creo que me habría enamorado de él, la sonrisa pedante de Juan Ramón ni siquiera daba pie a réplica alguna. Cada quien tomó su bebida y Roberto pidió las cartas.

Las miradas aprovecharon el desacuerdo para mariposear entre jardines y comensales. Curiosamente, como si toda aquella elevación de deseos no fuesen más que descolgones histéricos de una gran pajarera, las miradas se encontraban y pasaban, aunque a veces se detenían, mitad reto mitad enganche, y se iniciaba un diálogo de interpretaciones que podía durar toda la tarde. Imposible que todas aquellas mujeres que lucían su mejor plumaje desconocieran el significado de las fijaciones; y mientras los hombres, buscando la eficacia con calculada galanía, imponían por un instante su risa o subían la voz y aleteaban en dirección a un mesero, las mujeres sólo se preocupaban por su imagen reflejada en las miradas. Y de nuevo, luego de repasar el entorno, Trilce ladeó la cabeza hacia Celeste en un secreto picoso.

Para Roberto, maniático de la eficacia, todo se reducía a la precisa correspondencia entre el espacio y el tiempo: a qué iba a un lugar y cuánto tiempo necesitaba para lograr lo propuesto. Las únicas situaciones en las que se permitía el malgaste del tiempo eran las sexuales, pues creía, con su maestro Bataille, que el sexo -cuando es rito y no rutina- es la manifestación genuina del gasto improductivo. Y aun a veces, urgido por la cauda de la esnifada, hacía mil locuras para justificar al menos -si pensamos en el número de orificios- el medio gramo de coca que exigían los orgasmos en cadena... Y ahora el ojete de Juan Mamón,

como él le decía con sorna, empezaba a azotarse; y es que no es fácil -cuando más de medio millar de cuerpos jóvenes de ambos sexos, con todas las perversiones y atributos, se te entregan sin reticencias a cambio de ver publicada su reseña o entrevista- resignarse a un desinterés que parecía tener ya más de hastío que de enfado.

Si quieren las dejamos solas, restalló la voz de Roberto. Y las mujeres como si nada.

Trilce, me dijo Roberto que estás muy interesada en Valle-Inclán, el tono de Juan Ramón pretendía evidenciar cierta decepción, se había abierto con ligereza y ahora no estaba dispuesto a hacerle eco a la engañosa prodigalidad de la crítica española que la consideraba un talento singularísimo, con seis reimpresiones de su más reciente libro en menos de un año.

Más que interesada, enamorada, terció Roberto.

Creo que es de lo poco que merece permanecer de nuestra literatura en este siglo, dijo Trilce ignorando la pulla de Roberto.

¿Tanto así?, en el rostro de Juan Ramón se avivó una sonrisa.

Y Roberto, con su sutil mala leche, volvió a puntear el diálogo: Está convencida de que Valle-Inclán dejó semilla en su primera venida mexicana, je, je.

¿Valle-Inclán te parece de veras tan grande?, insistió Juan Ramón.

Ella le aguantó un instante la mirada: en el fondo no era el impostor que fingía ser; más bien un niñato soberbio y previsible que, como tantos talentos prefabricados de su generación, se burlaban de la solemnidad en público pero ya en intimidad no tenían reparo en confesar que la literatura era la verdadera razón de su vida.

Como antes con las bebidas, la llegada de las cartas dispersó atenciones. Celeste insistió, con un chisporroteo de sonrisas que ya seguían desde algunas mesas, en que Trilce probara las crepas de huitlacoche. Juan Ramón, que ordenó enseguida, se encimó sobre el borde de la mesa para hacerle a Trilce una sugerencia. Ella miró hacia Celeste, que se limitó a decir: Suena bien, satisfecha con haberle impuesto el primer plato. Cuando Trilce asintió en dirección al mesero, Juan Ramón se reacomodó complacido, el espacio justo para ostentar el logro, con los codos apoyados como horquetas para darle sostén con ambas manos a la enormidad de la cabeza.

A ver, barájamelo despacio, dijo sin dejar de mirar a Trilce con aquel fingido interés que tantos triunfos le daba entre los aspirantes a publicar en su sección cultural. ¿Quieres decir de toda la literatura escrita en español?

Y qué, cabrón, ¿acaso vas a recurrir a nuestro panteoncito?, volvió a entremeterse Roberto.

Maestro, Rulfo sólo tenemos uno.

Casi cien putos años de amargores y de fracasos...

¿De qué hablas, eh?, interrumpió Juan Ramón convencido de que el otro empezaba ya con uno de sus desbarres.

De nuestro pinche campamocherismo revolucionario.

Juan Ramón se escudó tras una sonrisa cínica. Conocía de tiempo a Roberto y trataba de verlo lo menos posible; pero esta vez el motivo era otro: para él la nueva literatura española era de las mejores y uno de sus autores más admirados, Vicent Font de Riba, tenía una estrecha amistad con esta escritora que cada vez le parecía más mamona con aquel jueguito de niña dura e inatrapable.

Y escucha bien lo que te voy a decir, Roberto, señalándolo ahora con el índice en pose retadora: El gran defecto de nuestra crítica ejidal no es la estrechez de miras, sino el prejuicio histórico de hacer del análisis un arma tendenciosa en favor de la propia causa; nuestros críticos demuestran, no muestran. *Got it?*

Juan Ramón enserieció el semblante y se quedó viendo cómo el otro prendía un cigarro y le aceptaba el reto lanzándole la bocanada de humo: o sea que este hijo de la chingada lo había convocado nada más para ponerlo en ridículo.

¿De qué mierda hablas?, dijo forzando la voz para captar la atención de las mujeres, que voltearon enseguida.

Del pinche oportunismo opinador de nuestros saqueadores de conciencias. ¿De quién fue la idea, tuya o de Cristóbal Clarín?

Vaya, ya salió el peine. ¿Así que a ti también te molestó el recuento que hicimos?, Juan Ramón se repantingó en la silla, el juego al fin parecía ofrecerle una buena opción.

A mí esas pugnas entre realismo e imaginación me valen madres; si a la hora de escribir te preocupas por la clasificación de tu estilo, mejor dedícate a dar talleres o a calentar cubículos...

Al fin que tú no eres novelista ¿no?, cortó Juan Ramón con sorna.

¿Me dejas terminar?, el efecto de la pulla concentró la tensión en el ojo izquierdo de Roberto, que comenzó a temblequear como si de un momento a otro fuera a desbordar sin control aquel fulgor salvaje.

Claro, claro, adelante...Para empezar, me parece una pendejada gratuita hacer listitas de quienes sí y quienes no ocupan la emputecida bancada de la gloria nacional. Porque esa gloria, cabrón, cambia irremediablemente cada cincuenta años. Y si a ti te hacen cosquillas en el culo Vasconcelos, Reyes y Martín Luis Guzmán, a mí me hincha la vela el que quizás sea el más auténtico de nuestros literatos, otro Valle-Inclán aunque más, muchísimo más dostoievskizado. . .

¿Quién, quién es ese Valle-Inclán mexicano?, preguntó Trilce vivamente interesada.

III

No todas, pero la mayoría de las mujeres nos arrepentimos por no haber pensado antes las consecuencias; y claro, maldecimos después porque siempre rechazamos la mejor opción, le había dicho su madre el día que decidió no explicarle las circunstancias de la partida del padre. Y ahora el olor a diesel quemado y aquel ambiente sin alma la tenían ya bordeando el arrepentimiento. La bolsa de viaje que le había prestado Celeste estaba en el piso, al pie del asiento y en un espacio mínimo que ella había abierto con el zapato entre colillas, envases de refresco y envolturas de comida plastificada. Se había levantado varias veces, dos hacia la ventanilla para preguntar, y todas terminaron en un ir y venir frente al pasillo que daba a los andenes y sin perder de vista la bolsa de viaje que, en aquel abandono mudo y sucio, parecía ser la más clara prueba de que la decisión tomada era la peor de todas. ¿Azar o destino? Otra vez la pregunta de la disyuntiva, rumia inútil que se juntaba ahora con la desazón que le había producido el conocimiento del itinerario de su personaje por tierras mexicanas: ¿por qué tanta contradicción entre las dos visitas?, ¿por qué tanta mentira y tanta farsa? Por supuesto que no faltaban anécdotas gallegas y madrileñas de su teatralidad megalómana; pero aquí, como en ningún otro lado, el personaje había sido devorado por su propio deseo: el espejismo de la posteridad lo mostraba prócer de rebeldías ajenas y él terminó creyéndoselo.

¿Cómo era México hacia 1892?, le había preguntado a Roberto. Y al día siguiente le trajo el *Ulises criollo* y se lo puso sobre la mesa. Por eso, a pesar de las advertencias en contra, es que había optado por hacer el recorrido en tren, para vislumbrar el otro México, el México bronco que parecía negarse tercamente a la bendición de la higiene y del progreso.

Dos horas y veintisiete minutos después de la hora oficial de salida, las luces de las últimas barriadas de la ciudad de México desaparecían como luciérnagas tras la ventanilla. Iba cansada de ver y oler decrepitud y mugre, y el hombre que atendía la taquilla se había molestado ante el segundo reclamo y ella había oído por primera vez el insulto: Pinches gachupines mandones.

Por lo menos tan lóbrego como ella lo imaginara mientras veía a la gente en la estación, sentada entre cajas de cartón y bultos buscando algún acomodo al cansancio. Varias mujeres traían niños y unos simplemente gritaban y luego se colgaban y tironeaban de los mayores mirando hacia todos lados; pero una niña de brazos, a la que la madre pretendía silenciar metiéndole un pezón en la boca, dejaba escapar un lloriqueo monótono y enfermizo al que, pensó, le sería imposible acostumbrarse.

Al comprar el billete le habían dicho que no había ni primera ni tercera clase, sólo segunda; pero aquello más que vagón de tren parecía un autobús pueblerino: filas de dos asientos a ambos lados del pasillo, ocupado éste por bultos y cajas de cartón por lo bajo, y por lo alto el agresivo ofrecimiento de vendedoras y vendedores que apuntaban sus mercaderías, sobre todo comida grasienta y olorosísima, contra la cara. Por fortuna ella ocupaba el asiento cercano a la ventana, y a su lado iba una mujer joven, aunque robusta en exceso y con expresión casi arrogante; en los asientos del otro lado del pasillo venían una anciana y una india con una niña como de cinco años sentada en su regazo. Extrañamente el piso lucía barrido, pero el olor a creosota que despedía era suficiente para quitar las ganas de comer por un buen rato. Vestía pantalón, suéter y chamarra, y el pelo recogido en una cola y cubierto con una pañoleta, también regalo de Celeste.

Cerró los párpados y estuvo un buen rato tratando de silenciar el ruidor de conciencia: las voces, sobre todas el lloriqueo agónico de la niña, se elevaban sin sentido sobre el traqueteo del tren. La voz de la anciana, apenas un gorjeo, cruzó el pasillo y la mujer joven respondió con fuerza. Ella no pudo evitar que se le abrieran los ojos en tensa alerta, porque ya sabía que en México era ofensivo romper el medio tono. Luego oyó: Ya le dije que yo le aviso cuando sea la hora, y el silencio volvió a oscurecerlo todo. Al rato, dos filas adelante brincaron unas risotadas y luego una imprecación muy castiza, y supuso que eran los tres neohippies sucios y pelumbrosos que habían subido con una pareja de estadounidenses poco antes de la partida. No tardó en llegarle el olor dulzón del porro y el cuerpo se le erizó: mierda, una embajada tribal de Vallecas en busca de emociones fuertes. Ahora ya no se pudo aislar y prefirió la visión de los reflejos fantasmales en la ventana. Y otra vez los vendedores con su carga nauseante: tacos, tamales, tortas y atoles y refrescos, todos los refrescos, pasaban unos y al rato otros, casi una tercera parte del pasaje eran vendedores ambulantes, hombres, ancianas y niñas; de nada valía que los pasajeros durmiesen o fingiesen dormir, ellos seguían con su rutina, repitiendo hasta tres veces el ofrecimiento para asegurarse de que el pasajero oía aunque no hablara.

Si normalmente le era difícil conciliar el sueño mientras viajaba, imposible hacerlo en ese increíble mercado ambulante. Sin embargo lo intentaba, y cuando por momentos parecía perder las voces de fondo, el ruidoso yoyeo de la conciencia terminaba erizándola. Para colmo, el tren se iba deteniendo en todas las estaciones de paso y una nueva oleada de vendedores se arrojaba sobre los pasajeros. Poco después de la medianoche la celebración de los pasotas comenzó a desbordarse; no cesaban de fumar porro tras porro y aquellas risas que chorreaban tontamente eran ya inseparables del olor dulzón y mareante que lo inundaba todo. Esta clase de pelmas echan por tierra en un instante la gran labor de los exiliados del franquismo, pensó ella reojando a la mujer joven de al lado. Aunque aparentaba dormir, ella podía sentir que aquel cuerpo estaba igual de inquieto y acechante. Por la puerta del fondo entró una sombra y se vino bam-

boleando lentamente. El hombre era bastante mayor, pero su corpachón y el garrote que blandía parecían ser más que suficientes. Les dijo: Apaguen esa chingadera y dejen de estar fregando, y siguió con su bamboleo cansino. En cuanto salió por la otra puerta, las risitas brincaron de nuevo. La lluvia arreció contra los vidrios y ella encogió el cuerpo dentro de la chamarra. La mujer joven aprovechó el cambio. Hay un norte muy fuerte en el puerto, le dijo, sin que ella lograra entender cabalmente. ¿Frío?, volteó para preguntarle. Y con mucho viento y lluvia, dijo la otra.

El resplandor de un fogonazo en las filas de adelante precedió apenas unos segundos la llegada del vaho denso y aturdidor. Después lo mismo. Empezaba a sentir la dureza del asiento como un castigo, y la anchura de la mujer joven no le dejaba más opción que ladear el cuerpo hacia la ventana. Tras unos tosidos, la niña enfermiza rompió a llorar y esto le trajo de golpe la imagen de su personaje cien años atrás, en un viaje mucho más desquiciante y convirtiéndose en cuerpo de leyenda: "México me abrió los ojos y me hizo poeta". No, poeta no, pensó ella. Como poeta era uno más, demasiado previsible y retórico, y a la poesía -él lo había dicho- había que entregársele con las manos ensangrentadas por el sacrificio, ofrendándolo todo sin esperar nada a cambio. No, poeta no, México lo hizo fabulador y mitómano, un personaje más de su mundo de farsas y excesos... ¿México? ¿Cuántos Méxicos? Casi dos meses sin escribir más que unas líneas, en una posposición abúlica que parecía crecer como enfermedad incurable. Pero, ¿por dónde demonios empezar? ¿El México de la niña Chole o el México del subcomandante Marcos?, ¿el México que mira para el norte con recelo y deseo o el México que exige el sacrificio de miles de indígenas que se aferran tercamente a su pasado? ¡Háblales de lo que quieren oír, joder!, le había gritado Font de Riba al hablarle ella del proyecto del libro de crónicas como pretexto del viaje. Parecía la sombra de algo que sólo existía en el desierto, y por momentos, como si el choque de nubarrones fuese real, abría los brazos y desnuda y deseante esperaba, y después de esperar gritaba, y ni una gota, sólo viento y el tracerío estremecedor de los relámpa-

gos. Así de estéril era el lamento: ni novela, ni artículos, ni nada; ni siquiera se le ocurría cómo sacarle algún provecho literario al jaleo que aquellos idiotas seguían armando...

Abrió los ojos cuando el tren disminuyó la velocidad para detenerse en otra estación sin alma. Cada vez que esto sucedía, y más en las estaciones medianas, eran inevitables los roces entre los vendedores que acosaban a los pasajeros a lo largo de todo el viaje como expedicionarios, y los que subían en las estaciones para ofrecer las fritangas y golosinas propias de la región. Al prenderse las luces creció el barullo. Las risas de los idiotas tintinearon contra el vidrio y ella descubrió a dos de ellos señalando con gestos cómicos hacia fuera. ¡Hostia tío, qué virguería!, gritó uno, pero el hombre que estaba afuera, montado en bicicleta y con una enorme canasta de panes y todo tipo de golosinas en la cabeza en equilibrio increíble, no apartó la vista de la portezuela de embarque, que ocupaba un gordo con una cubeta llena de refrescos a sus pies para reafirmar el cierre del paso. En medio de la crecida vocinglera ella volteó hacia la mujer joven, que acababa de decir algo. Vaya circo, dijo entonces arrepintiéndose al instante de lo gratuito de la expresión. Son sus paisanos, ¿no?, replicó la joven sorpresivamente. Y esta vez no lo dudó: No, yo soy de otro lado. ¿No es usted española? Bueno, soy de Barcelona. Pues es lo mismo, ¿no? El inevitable tópico de mierda, pensó, ¿cómo le digo a esta merluza arrogante que ya estoy harta del tema? Y se arrancó. ¿Es todo México el mismo México? ¿Qué quiere decir? ¿Es igual Veracruz que la ciudad de México? No, claro que no. Pues eso, chica, es lo que te digo de España. Y empezó a tutearla porque no quería parecer a la defensiva ante aquella mujer de poco más de veinte años que levantaba excesivamente su orgullo por encima de su aspecto: era regordeta y con poco cuello, demasiado ancha de espaldas y de tez oscura, aunque bajo aquella luz todo era impreciso y los ojos parecían no estar de acuerdo con la pesadez del cuerpo, eran chispeantes y estaban alerta como si tuvieran la certeza de que afuera todo podía ser amenazante...

En ningún lado han de ser bien vistos, dijo la joven al rato. Una anciana se le paró enfrente con su canturreo; le dijo varias

veces que no con la cabeza hasta que le gritó: No sea necia, no quiero. ¿Y la otra?, dijo la vendedora apuntando con la canastilla de tamales hacia la ventanilla. Algo se prendió entonces alrededor de la anciana, y su huipil y su rostro quebrado por la miseria se transfiguraron en la terrible imagen de la abuela en la silla de ruedas. Ande, cómpreme, insistió la india. Y sin dar más tiempo a aquel absurdo sentimiento autoculpable, extrajo de la cartera un billete de veinte pesos y se lo tendió a la anciana. Apenas se fue la vendedora con su rosario de gracias, la joven habló como chasqueando una vara: Luego se malacostrumban. ¿Qué? Que se envician con lo fácil, insistió, aunque el tono era ya menos punzante. De nuevo estallaron las risas: uno se había enchilado con un tamal y los otros dos le celebraban los resoplidos. Oye, ¿y vienen muchos?, le preguntó apuntando con la barbilla hacia adelante. No, de esos no. ¿De cuáles, entonces? Pues de los otros, de los de dinero. Vaya, según tú todos los españoles son ricos. Bueno, la mayoría llegan pobres pero no tardan en hacerse ricos. Lo dices como si hacer fortuna fuese un delito, le dijo con un cosquilleo retador. ¡Como si no supiésemos de dónde sale el dinero! Y comprendió que ya no debía continuar...

Toda la noche y toda la mañana siguiente. Sólo comiendo la fruta y bebiendo el agua que Celeste se había empeñado en que llevara. Salvo el incidente de la estación de Orizaba, cuando tres hombres armados subieron para bajar a golpes a los neohippies, lo demás era una repetición de la misma pesadilla. En realidad dos cosas habían sufrido un cambio violento: los olores, que por el calor untuoso eran ya atosigantes, y el cochinerío que crecía sobre el piso, de estación en estación. Con la gorda de al lado ya sólo había hablado una vez; la agresión a los pelmas le había sublevado algo muy adentro y empezó a encabritarse en el asiento, la gorda lo notó y dijo: Luego los sueltan, nomás les bajan una feria. Si será gilipollas, masculló ella pensando en la golpiza. Después ya no cruzaron palabra.

El cuerpo insensible y sucio; cada vez que miraba para el piso no podía evitar que la inmundicia le entrara por los ojos hasta sus partes más íntimas. Tenía unas ganas enormes de orinar, pero el solo pensamiento de buscar al tipo del garrote, que pasa-

ba cada tres o cuatro horas con su bamboleo ostentoso, y pedirle que esperara en una estación a que ella regresara del baño, le quitaba la urgencia al instante. Poco a poco los cabeceos del cansancio la fueron haciendo flotar sobre el escándalo. En el chirrido brusco de una curva abrió los ojos y vio cómo un gris lluvioso desdibujaba en la ventanilla el verdor del trópico. La gorda masticaba ahora una manzana, mientras manipulaba con la otra mano un atado donde aparecieron dos bocadillos de buen tamaño. ¿Gusta?, le dijo a Trilce. No, gracias, respondió mientras pensaba que lo último que podría ocurrírsele allí sería comer ese fiambre. Ya vamos a llegar, dijo la gorda. Vaya, ya empezaba a dudar de que este trasto fuera a llegar algún día. Sí, va algo retrasado. Sí, claro, algo retrasado, repitió por lo bajo. La gorda terminó de mascar la manzana y empezó con el primer bocadillo. Con los primeros bocados quiso preguntar: Vigno a Mgxicog de vagcagioneg o... ¿Qué dices?, respingó ya harta. La gorda pasó y repasó la pasta y por fin dijo: ¿Que si vino usted a vivir a México o está de paso? ¿Tú qué crees?, le devolvió con sorna para no mandarla de una vez a la mierda. No sé, dijo la gorda sacudiendo los hombros. Pues yo tampoco...

Pasó la noche y todo el día siguiente en el hotel. Afuera azotaba una llovizna pertinaz y decidió aprovechar el descanso. Aunque su visión de México se había ampliado, todavía estaba a la defensiva, dispuesta a cuestionar cualquier señal, dando lo mejor de sí para que el destino estuviera inevitablemente de su lado. El Colonial, para su sorpresa, resultó un hotel pulcro. Estaba frente a los Portales y, con aquella brusca seguridad que lo caracterizaba, Roberto le había dicho que era uno de los legados legítimos de los españoles que se habían hecho ya más veracruzanos que los veracruzanos. Durmió, comió y no pudo gozar la lectura de *El apando,* que cambió por *Un artista del mundo flotante,* de Ishiguro. Preguntó también en la recepción por el nombre que Roberto le había dado y le dijeron que no, pero que tal vez llegaría más tarde. Ella había dicho: ¿Dónde puedo encontrar al

señor Francisco Gómez Aguilera?, y la respuesta le abanicó la cara: Don Pancho no se encuentra, viene más tarde. Al rato él le habló por teléfono a su cuarto y ella le dijo el motivo de su visita y si podía relacionarla con alguien que conociera el tema, y él fue parco aunque amable, lo que la llevó a pensar que el contacto había fracasado.

Al segundo tipo se lo localizaron -era obvio que el dueño del hotel había recomendado ya que a ella le dieran el trato de VIP *(very important person)*- en uno de los lugares cuyo teléfono le diera don Pancho. Esta vez, desde el arranque mismo de la pregunta: ¿Quién habla?, ella supo que pisaba hielo. La mención de don Pancho acaso sirvió, pero la sugerencia que ella hizo para desayunar juntos fue chirriante. Antes de las doce del día tengo la sensibilidad de una piedra, dijo él. Y ella se quedó pensando. ¿Podríamos tomar un café por la tarde en el hotel? ¿Es usted gallega o catalana?, le devolvió de golpe, en un gesto que sólo cabía esperar en una inteligencia afilada. ¿Por qué? Por la manera como pronuncia hotel. Mi madre es gallega, yo nací en Barcelona, y en cuanto lo dijo se arrepintió de habérsele adelantado. Sin embargo, él ya estaba en otra imagen: La exquisita contraparte de nuestro puerto, dijo, y tras el silencio de ella rubricó: La invito a comer en el lugar inevitable de los que están en tránsito. A las tres de la tarde, ¿le parece bien? Sí, pero, ¿dónde?, dijo ella. En La Parroquia, y se cortó la comunicación. Después intentó dos veces llamar, pero sonaba ocupado.

Por la voz es difícil construir fisonomías, es como imaginar el color y la textura de una flor sólo por su aroma. Sin embargo, se había representado un boceto y lo tenía presente cuando el taxista le señaló la entrada del nuevo local. Las puertas automáticas y el moblaje moderno, de esos diseños sin fisonomía propia que se pueden encontrar en cualquier lado, le produjeron una torcedura de ánimo. Lanzó una mirada nerviosa hacia la concurrencia y distinguió turistas, parejas y cuatro burócratas sentados en una mesa cercana que la miraban justo como ella odiaba que la mirasen. De pasada vio venir una joven risueña con el atuendo de servicio y no titubeó en hablarle. Al parecer el licenciado Darío Sóstenes Rocha era alguien de cierta impor-

tancia y a ella le satisfizo que la mesa reservada estuviera en un discreto recorte en ángulo, justo pegada a una ventana. Eran las tres de la tarde menos cinco minutos; pidió un margarita como le había enseñado Celeste, con poca sal en los bordes de la copa y con Herradura blanco, y se dedicó a observar la entrada. Primero entró una pareja y diez minutos después dos mujeres y un hombre, típicos turistas gringos, y un par de metros atrás venía él: bajito y panzón, como había supuesto, con el pelo empuado y canoso como el bigote, con guayabera blanca llena de bolsillos y con lentes oscuros para ocultar la intención de los ojos. El hombre paseó la vista con soltura y siguió derecho hasta la mesa de los burócratas. Ella tomó un par de tragos del margarita para darle más consistencia y calor al sentimiento de desapego que estaba experimentando, y por fin decidió preguntarle a la camarera. Cuando la muchacha estaba tratando de decirle cómo era, un tipo le hizo una seña con la mano desde la puerta. ¿Es él?, dijo señalándolo con el rostro. Ándele, ese mero es.

Ni alto ni gordo, la frente despejada y con poco pelo de un café descolorido, como espiga de maíz que no alcanzó a madurar por falta de sol, y tras unas gafas de vidrio transparentes enmarcadas en finas circunferencias de oro, lucía una sonrisa vivaz que sólo se tornó maliciosa cuando se vio visto e infló las amplias aletas de la nariz y frunció aquellos labios carnosos que para ella cifraban toda la expresividad del trópico. Vestía un traje gris azulado que había sido actual veinte o treinta años atrás, aunque en bastante buen estado, sin corbata y con el saco abierto sobre una camisa blanca.

Le pidió disculpas por la impuntualidad y le tendió la mano. Ella alargó la suya sin levantarse ni ofrecerle la cara.

¿No estará enfadada?, dijo abarcándola con media sonrisa.

No, ya me han dicho que en México la puntualidad es sólo obligación de los de abajo.

Además de linda, inteligente. Perfecto, dijo apartando la silla para sentarse.

Ella lo miró con todo el desprecio que pudo poner en la intención.

Perdón, pido disculpas por el lugar común; no pensé que fuera usted tan sensible a la espera, y asumió con tal naturalidad

el cambio de tono que ella terminó agradeciendo el gesto. Lo digo en el mejor de los sentidos, por supuesto, añadió poniendo en sus ojos la misma astucia que veía reflejada en los de ella.

La mesera se acercó a recibir la orden y él señaló con la mano tendida hacia Trilce, que pidió otro margarita.

¿Me permite una sugerencia?, interrumpió él, y sin esperar aprobación siguió de frente: Los agaves son misteriosos, beligerantes y austeros como las tierras altas y áridas donde crecen; en el trópico no hay mejor bebida que un buen ron, los rones son exuberantes y sensuales, la combinación perfecta de mar, sol y selva..., y la convenció de pedir un daiquirí. Después él preguntó por don Pancho y ella trató de eludir el tema. Mientras palabreaban sobre el motivo de la visita empezó a convencerse de que era el segundo fracaso, y ahora ya ni don Pancho ni nadie podrían ayudarla. Fue hacia el tocador y siguió compulsivamente dándole vueltas al tema, anotando en su agenda mental los pasos a seguir: lo primero era ir a la Biblioteca Municipal, preguntar por algún escritor local, alguien que supiera algo sobre el tema, tal vez un periodista o un experto en efemérides. En el espejo vio cómo la imagen reverberaba gozosamente, como si estuviera hecha de burbujas que celebraban los estallidos. De regreso se sintió de nuevo centro del vendaval de miradas. Había dejado el saco de lino azul en el respaldo de la silla y venía con la camisa blanca ceñida sobre los pechos y con el pantalón también blanco ajustado y lo único que contrastaba eran sus pasos nerviosos y sin soltura, como los de un reo que va hacia el estrado. Pero aquella combinación de zapatos rojos, cinturón rojo y mascada roja, impecables pinceladas sobre el fondo blanco, hacían que sólo una mirada exigente y puntillosa reparara en el desliz. Y Darío Sóstenes parecía ofrecerle ahora esa mirada.

Sólo merecen la belleza quienes son capaces de derramarla, le dijo levantándose y apartando la silla para que ella se sentara.

Además de reiterativo, lector de Pessoa, dijo ella con gesto sobrado.

A decir verdad prefiero a Rilke, pero no creo que la frase sea de ninguno de los dos. O tal vez sí, quién sabe, aunque lo más probable es que sea de Darío Pessoa.

¿Qué es eso, cantinflismo?

No, no, por favor, no malinterprete mi orgullo provinciano. Lo que sucede es que la frase se me ocurrió con el mirar y no tengo ni idea de dónde provenga. Pero al parecer usted sí, dijo mirándola ya sin ambages, ojo contra ojo en una celebración del reto.

Y ella decidió el cambio: ¿Tiene obra publicada?

Poemas, sólo dos poemarios, en la Universidad Veracruzana.

Me refiero al tema que me interesa.

¿Piensa escribir un libro al respecto?

Ella sacudió la melena de serpientes y abrió espacio para que la mesera tomara la orden. Él le preguntó entonces si ya deseaba comer, y al decir ella que sí, sugirió coctel de camarones y luego huachinango a la veracruzana. Ella asintió y él pidió una cuba de Bacardí blanco campechaneada con agua de Tehuacán y puesta, es decir, que él se serviría a gusto de las botellas.

¿Conoce el libro de Luis Mario Schneider?, preguntó ella. Y él le dijo que era ridículo aquel tono protocolario de funcionarios menores. Entonces voy a tratar de volver al principio, dijo ella y siguió: Supongo que sabes que después de salir de aquí en 1893, don Ramón estuvo en Matanzas, Cuba, en casa del español C. González de Mendoza. Él asintió, tenía ahora en la expresión un deje de seriedad forzada que hizo que ella se relajara. Pues este tal González de Mendoza contó una década después en los mentideros madrileños que don Ramón había procreado una niña en México.

La única niña que procreó en México fue *La niña Chole,* dijo él cambiando la seriedad por el sarcasmo.

¿Y qué opinas sobre eso que Umbral llamó en su libro "dudoso viaje a una entredudosa América"? Como él frunció el ceño, ella repitió: Que si conoces el libro que escribió Umbral sobre don Ramón.

Umbral no ha pasado jamás del umbral.

¡Se ve que no tienes ni la más remota idea!

Ya sé que estamos hablando del que se pretende mayor prosista en castellano del siglo, pero no te enojes, linda.

Él levantó el vaso para brindar y ella estuvo a punto de reírse, pero prefirió tocar la copa y empezar a darle vueltas al borde

con el dedo, como si con aquel ir y venir sentencioso estuviera describiendo lo estúpido que le parecía todo aquello.

¿Y qué puede decir Umbral en ese misterioso libro que no conozcamos ya y que merezca ser recordado?, ¿que Valle-Inclán era un mitómano genial que hizo de la verdad mentira y de la mentira verdad?, ¿que es la figura señera de las letras españolas de este siglo?

Sin que ninguno de los dos reparase en el acercamiento, un hombre de mediana edad y de facha encumbrada se paró frente a la mesa y abrió los brazos. Le dijo: Poeta, qué gustazo, y Darío le presentó a Trilce, que sólo alargó la mano para corresponder y desvió luego la atención de lo que los hombres hablaban. El político le guiñó el ojo al poeta y le palmeó el hombro. Trilce hizo como que no veía nada, en su mente se perfilaba ya la duda sobre si este curioso poetucho tropical sabría más de lo que aparentaba. En cuanto el hombre se alejó hacia la mesa que ocupaban los cuatro funcionarios, Darío asentó el tono: Hacia mediados de los sesenta, en aquel Madrid más provinciano si cabe que el de Azorín y Baroja, Francisco y Rafael Conte fueron mis mejores amigos. Ella hizo un reparo dudoso y él titubeó: ¿No me crees?

Desde que llegué a este país ya no creo en nada, le respondió mientras recorría algunas mesas con la mirada, dejando fuera con intención la de los funcionarios, cuyas risas resonaban procaces. Todo era de un gusto mediocre, una tufarada de modernidad pueblerina, que para Font de Riba era la más nociva de todas las modernidades, sin el menor asomo del manido tropicalismo que la sola palabra Veracruz evocaba. Veracruz me hizo novelista, repetía en las nieblas de los alcoholes Font de Riba. En México me hice escritor, había proclamado el que fuera su escritor favorito hasta hacía apenas unos años, cuando el gusto por la nueva literatura inglesa y norteamericana terminó desfigurándole al personaje. Y aquel mar terroso y gris que tenía enfrente no era el de las verdosas profundidades enmarcadas en un cielo azul y límpido como el clásico de Grecia, ni había visto hombres y mujeres de tez cobriza, tristes y silenciosos como cumple a los héroes vencidos, ni selvas vírgenes ni mujeres ardientes y morenas como Atala...

Un hombre callado es un mono arrogante a la defensiva, dijo Darío.

¿Y una mujer callada?

En tu caso, debo reconocerlo, es una obra de arte enmarcada de misterio.

¿Tiene hemeroteca la Biblioteca Municipal?

¿Qué buscas?, le preguntó, mostrando con la respuesta la aceptación implícita del juego. Porque eso, jugar su juego, era para él ahora la única manera en que creía poder ganarle.

La *Crónica mercantil,* el periódico de Menéndez y Aceval.

Ese periódico murió con su tiempo.

¿Qué quieres decir?

Que no se conserva ni un ejemplar.

Me interesan dos cosas de su estancia en México, dijo ella poniendo de una vez las cartas sobre la mesa: la supuesta misoginia y el furor antigachupín. Para empezar, ¿existió o no esa relación con la famosa niña Chole? Te agradecería que me contaras todo, todo lo que sepas al respecto.

A tal donosura, tal genio, o viceversa, dijo él y ella se prendió de su mirar.

¿Conque eso es lo que quieres de mí, niña soberbia?, creyó leer en la fuerza de aquella mirada. Él levantó el vaso y apuró el fondo que quedaba; después rellenó el contenido poniendo todo el énfasis en el preciso desplazamiento de las botellas, como si fuesen piezas del juego que inevitablemente ella estaba jugando.

Por supuesto que existió el modelo de ese personaje. Y no se llamaba Chole, sino Lupe, y no la conoció en Tuxpan sino que viajaron juntos a las ruinas y te puedo asegurar que el único engendro de esa relación fue literario.

¿Y otras mujeres?, ¿hubo otras mujeres?

No.

¿Y cómo estás tan seguro?

Nadie lo conoció mejor que don Baldomero Menéndez y Aceval, y la palabra de ese hombre está libre de todo protagonismo.

¿Lo escribió en un libro?

No, artículos.

¿Y qué dice?

Que ni durante su estancia en la ciudad de México ni en Veracruz, donde trabajó seis meses para su periódico, le conoció otro lance que el que tuvo con Lupe Rocha Casasús, es decir, la mentada niña Chole.

Un crítico reconocido acaba de publicar en Madrid un artículo insidioso donde dice que Xavier de Bradomín es un típico caso de homosexual de armario.

Los ojos de Darío escaparon hacia su vaso, que asía fuertemente con la mano como si le estuviera apretando el cuello a algo palpitante. Él enserieció la expresión y ella quiso entender en aquel gesto, que lo mostraba por primera vez como uno de esos héroes porfiados de mil derrotas, que la discusión sobre el tema era ya para él un asedio tedioso e infértil. Ella levantó entonces la vista hacia la entrada y vio venir a una pareja en dirección a la única mesa que estaba libre, pegada a la pared y con dos asientos, a unos metros de donde estaban ellos; el hombre, un cuarenteño sin nada notable, venía delante y le seguía la mujer, un poco más joven y con esa tez hecha de la trituración de mil soles con tierras rojizas y aceites dulces, y con unos pechos que llenaban todo el frente de la camisa blanca y cuya rotundez se prolongaba en el curveo excesivo de las caderas embutidas en un pantalón verde bandera. En la mano traía un bolso con mucho relumbre de falsedades, y la vista de Trilce, al dejar la mujer el bolso colgado del respaldo de la silla, se prendió de inmediato de la mancha rojiza que le injuriaba la entrepierna. Trilce levantó la vista y vio cómo la mujer le sonreía.

Mierda, cómo le aviso, se dijo solidarizándose. Tenía mordido el labio cuando vio que Darío también lo había notado.

¿Qué podemos hacer?, le dijo sintiendo la desesperación en crecida.

Nada, respondió él con un movimiento de hombros.

¡Cómo se nota que no tienes ni la menor idea de lo que es una mujer!, e hizo amago de levantarse.

Y fue él ahora el que tomó la iniciativa. La sujetó del brazo y le pidió que por favor no hiciera nada. Ella volvió a protestar y entonces él trató de moverle la intención: ¿No te has dado cuenta qué simboliza eso?

¿Simboliza qué?

Verde, rojo y blanco, los colores trágicos de nuestro México.

Vamos, y a qué viene ahora ese rollo.

Escúchame bien, le dijo levantando el índice en actitud conminatoria, en México eso es tabú, y si ese señor responde a tu buena intención a golpes o a mentadas, yo no pienso mover ni un dedo, que conste.

El silencio hizo aún más tenso los respirares. La mesera llegó con los cocteles y ninguno de los dos dijo nada. Ella frunció el gesto y apartó el suyo con desgana hacia un lado. Darío acercó la copa con parsimonia y comenzó a remover el contenido con la cucharilla. Mientras masticaba los camarones empezó a recriminarse por el modo como había conducido las cosas. O la sacaba de una vez de aquel empozamiento o ya podía dar por fracasada la comida, y con ella, seguramente, toda la imaginería que la belleza fúrica de Trilce le había despertado por momentos.

"Quien está dentro del círculo jamás podrá describirlo", citó e hizo un alto. Luego dio un buen trago y prosiguió: "Hay que aislarse del paisaje para no mirarlo como si se estuviera dentro de él, sino contemplado desde la altura, como si el ojo estuviera colocado en la punta de un cono". Ahí tienes la respuesta ética y estética que encontró Valle-Inclán en México. En primer lugar el paisaje, la preeminencia de la palabra-color sobre la palabra-significado. Y ¿qué es el color sino la música del paisaje? Y en segundo lugar la distancia, el sabio distanciarse de lo inmediato: desde México entendió a España, y desde España entendió a México; o lo que es lo mismo, el español más querido de México y el mexicano más querido de España. ¿Me sigues, linda?, le dijo sabiendo que aquel chorrear de palabras empezaba a atraparla. Ella dijo: Sí, claro. Y él siguió hilvanando: Feo, católico, sentimental, gallego y apasionado de Cortés, llega por primera vez a un México amenazado por la sublevación y la miseria y no puede sentirse más que conquistador. Ahí aparece ya la marca del gran contradictorio: en España defiende la ruralidad del carlismo y al llegar a México busca alistarse con el entonces coronel Sóstenes Rocha, con el fin de ir a combatir la rebelión de los yaquis en Sonora. El colmo de esta primera visita es el desafío público que lanza a un periodista que en un artículo anónimo injuria a todos los gachupines por

ladrones. Veintiocho años después aquel aprendiz de conquistador, objeto de burla y escarnio en la madre patria, llega a un México revolucionario que lo consagra como a uno de sus santos, y ante la magnitud del reconocimiento la euforia de rebelión lo desborda: "No soy español sino ciudadano de habla española..., me considero más todavía, creo que soy ciudadano de la América Latina". Esto dicho ante una multitud en Xochimilco en septiembre de 1921. Y lo grave es que no lo decía en broma, sino muy en serio, con la seriedad y la solemnidad que lo caracterizaban cuando asumía el papel de su gran personaje de las *Sonatas.*

La mesera llegó con los dos pescados y Trilce juzgó el plato con la vista y después se acercó a olfatearlo. Su cabeza reflejaba ya los efectos del alcohol, y el reclamo de algo sólido fue creciendo al parejo del interés por lo que Darío le estaba contando.

Llévate ése también, por favor, le indicó Darío a la mesera el coctel intacto y luego volteó hacia Trilce: ¿Quieres otra cosa?

Ella dudó un instante antes de comprender que la decisión ya había sido tomada de manera irrevocable. Darío le sugirió varios platillos que ella negó con la cabeza; después, satisfecho de la manera como Trilce sé acomodaba el plato, levantó la vista y con la mano apuró al joven que traía el vino blanco dentro de una hielera metálica. Trilce dio el primer bocado y celebró el sabor.

Pica un poquitín, pero está muy rico.

Qué bueno que te gusta, dijo él recobrando el ánimo. Después de indicarle al joven que dejara el recipiente con la botella sobre la mesa y se alejara, tomó la botella y llenó las copas. Y esta vez el brindis fue cabal: ¡Salud!, dijo ella. Y él correspondió deseándole que en su estancia en México encontrara el lado paradisiaco y no el infernal. Ella sonrió y con la copa todavía en alto le preguntó que si creía que ambas cosas podían existir por separado.

Tal vez tengas razón, musitó él, y dejó la copa para hurgar con el tenedor en las entrañas del huachinango.

Yo sigo creyendo que esos arrebatos son fingidos, dijo ella luego de unos bocados.

¿Cuáles arrebatos?

El antiespañolismo, por ejemplo. Para mí que eso de cuelguen a los encomenderos es una *boutade.*

Claro que no, linda. Allí está Valle-Inclán de cuerpo entero y sin disfraz; lo que él hizo fue darles lo que le pedían, en el mueran los gachupines va implícito el viva la Virgen de Guadalupe.

No deja de ser una pose estúpida venir a México a gritar el odio contra España, dijo ella tensando el tono.

No lo juzgues desde tu visión, trata de sentir como él: en España lo tenían por loco inofensivo, un Quijote galaico más orate si cabe que el manchego, y aquí lo recibieron como el más grande de los españoles de su tiempo.

Jo, pero es que en todas las entrevistas que le hicieron saca siempre ese odio chapucero.

Es que todos los entrevistadores le preguntaban lo mismo. ¿No te has dado cuenta aún de que la manera más fácil de que te veneren los mexicanos es decirles que como México no hay dos? Y él lo supo hacer como nadie.

Sí, hombre, pero una cosa es darles coba y otra es creértela.

El genio termina creyendo a pies juntillas en sus propias invenciones.

Lo increíble es que haya amado tanto a México sin entenderlo realmente.

A México no necesitas entenderlo: o lo amas o lo odias incondicionalmente.

Con expresión contrariada y sosteniendo el bolso a la altura de la mancha, la mujer del pantalón verde se dirigió hacia los baños. Vaya, al fin se dio cuenta, se dijo Trilce con alivio. Darío estaba absorto en su plato, y la manera a la vez tan precisa y delicada con que separaba con el cuchillo y el tenedor la carne de las espinas la hizo pensar en la fría minuciosidad con que su abuela desespinaba las truchas que le traían al pazo de Sobrado; aunque tenía que reconocer que la rígida eficacia de su abuela, en Darío, a pesar de la deleitosa parsimonia, era verdadero arte. Él levantó la vista y sorprendió en los ojos almendrados de Trilce un ligero deje de duda.

Por supuesto que la celebración no es unánime, como bien has de saber, dijo él al tiempo que cruzaba los cubiertos sobre el plato y tomaba la servilleta para limpiarse los labios.

¿Qué?, dijo ella.

Que hay críticos que lo consideran un gran escritor menor, muy por debajo de Galdós y Tolstoi, por ejemplo.

¡Virgen Santa, por abajo de Galdós! ¿Pero a quién se le pudo ocurrir eso?

A José Emilio Pacheco. ¿Sabes quién es?

Sí, he oído hablar de él. ¿Y cuándo lo dijo?

Lo escribió en 1966, si no me equivoco.

Espero que desde entonces las relecturas le hayan hecho cambiar de opinión.

Lo ignoro, aunque no sería nada ocioso preguntárselo.

Darío vio venir a la mesera y le hizo señas con la mano para que retirara los platos. Y la muchacha sólo dijo: Al ratito regreso, y siguió hacia la mesa donde estaba el acompañante de la mujer manchada de sangre. Algo hablaron y enseguida el hombre salió a paso rápido. Esta vez Darío se dio cuenta del desenlace.

Qué frágil es el deseo ante la sangre, dijo observando el poso dorado del vino en la copa.

Para entender eso hay que ser mujer, objetó ella.

No necesariamente, también el hombre puede llegar a entenderlo.

No creo, no es un problema de simple intelección.

¿Ni aun orinando sangre, como nuestro personaje?

Ella calló, y en el silencio pudo ver a dónde conducía todo aquello; era mejor dejar el recuerdo en buen momento y retirarse a poner un poco de orden entre tanto desconcierto. Y además quería hablar con Celeste: de pronto un sentimiento solidario muy profundo se le había asomado al presente y era como si la presencia de otro paisaje, un azul patinado por cientos de gaviotas, empezara a enmarcarle el recuerdo gozoso de la amiga. Darío, al darse cuenta de lo que significaba aquella mirada fija en la ventana enneblinada ahora por el efecto de la llovizna, dijo entre labios:

Lo curioso es que todo español que viene a México termina asumiendo una de estas dos actitudes: o se siente conquistador o se vuelve antigachupín.

Me encanta la facilidad con que vosotros pasáis de un extremo al otro, ¿es que no hay mediaciones?

Las mediaciones, creo yo, no son más que transiciones entre los extremos, en un lado los que vienen a buscar fortuna, y en el otro los hombres de cultura. Darío terminó echando el cuerpo hacia delante, apoyándose con los codos sobre la mesa y con la cara ahorquetada entre sus manos abiertas, como si quisiera darle más peso a su verdad. Trilce apartó la mirada en dirección a la mesera que se acercaba y decidió que a pesar de la llovizna que ya borraba las imágenes del exterior, era el momento de retirarse. Él se enrisueñó para sugerirle un postre y Trilce fue tajante al decirle que terminando el postre le pidiera por favor un taxi.

Se separó de él en el pequeño vestíbulo del hotel, viendo en el espejo de la escalera el reflejo de aquella imagen derrotada después de necear con mil proposiciones tropicales. Ella simplemente dijo: Tal vez mañana, yo te hablo, y subió sin voltear. Se duchó y prendió un rato la televisión; imágenes de indígenas y militares entraban y salían de la pantalla y al prestarle atención a los comentarios logró captar que se trataba de una nueva masacre, esta vez en Oaxaca. Después se acomodó sobre la cama y comenzó a garrapatear sus impresiones recientes en torno a México. Por la noche pidió fruta y leche, y a las diez en punto, que era la hora convenida, le habló a Celeste: un recuento intimante y relajoso que pronto se convirtió en un bullir de risotadas... Y justo en ese instante, con el sabor de los tacos sudados que se había tomado a la carrera burbujeándole sus obsesiones, Darío Sóstenes entraba en el ruidoso salón de baile en busca de la pieza clave para consumar su plan. Frente a la telaraña de estrellas que se abría a su paso, logró por fin vislumbrar a la Divina: estaba radiante como un sol de mercurio y cada vez que aspeaba los brazos al ritmo del soplo musiquero, la voluptuosidad de los ceñimientos resplandecía igual que un lago de lunas.

Bajó temprano a caminar y a mandar un par de postales -a su madre y a Vicent y Paola-; el tiempo empezaba a abrir, y en el horizonte marino el oleaje se movía pesado hacia el amaine. Morenos, todo tipo de morenos, mucha gente y mucha suciedad, y poco paisaje: aquello no era diluvio de estrellas, palmera y mujer, sino diluvio de lodo, plásticos y horrorosa fauna tropical. De regreso, pasadas las once, encontró sobre la mesa de la habitación un pequeño y olorosísimo ramillete de flores blancas. El perfume la envolvió al instante y trató de recordar el nombre, y cuanto más buscaba más se le escapaba, hasta que tomó la tarjeta y leyó: El deseo no evoluciona de manera lineal, sino que se ramifica por accidentes. Darío Darwin. Y más abajo, con letra defensiva, el recado: Paso por ti a las doce para presentarte a alguien que te va a interesar. Celeste le había sugerido que le siguiera el juego, así que Trilce nada más sonrió y habló a la recepción para preguntar el nombre de las flores.

Llegó quince minutos tarde y sofocado, y después de besarle la mejilla se disponía ya a inventar una excusa cuando Trilce lo paró al darle las gracias por las gardenias, pero él volvió a acelerarse y le dijo que se apurara, que se les estaba haciendo tarde pues la cita era exactamente, y apuntó con el dedo la esfera del reloj, a las doce y cuarto. Ella arguyó que la cita también podía esperar y él adujo que no, que en México tenía obligación de esperar el que pedía la cita, no el que la daba. La tomó suavemente del brazo y la condujo hacia una impresionante camioneta negra, con placas oficiales, que tenía estacionada enfrente de la puerta.

Así que Darío se encargó en el trayecto de ponerla en antecedentes: Es un tipo muy pagado de sí mismo e inteligente; claro está, admitiendo que exista algo tangible que pueda llamarse inteligencia, le dijo mientras ella prestaba más atención a lo que veía que a lo que escuchaba.

Estacionó el auto en una calle céntrica y caminaron hasta un remozado edificio colonial. Sobre un arco de cantera rosa que estaba encima del portón de madera carcomida aunque en apa-

riencia sólida, podía leerse: Consejo para la Cultura y las Artes. Desde la entrada un vigilante los acompañó hasta la oficina del director. Era un hombre en los primeros cuarenta, delgado y eléctrico, vestía un traje gris azulado de medio uso, de esos que tanto gustan a los funcionarios, y se notaba enseguida que la indumentaria estaba escogida a tono con la frialdad artificiosa de la oficina, para acentuar el contraste con la tibieza grasienta de la calle. Se soltó sin preámbulos y asumió el engolamiento cáustico de un crítico infalible para hablarle de Javier Marías, dos de cuyos libros tenía sobre la esquina de su ostentoso escritorio.

A Trilce le bastaron cinco minutos para comprender que estaba ante uno de esos niñatos prodigio neoliberales, que postergan solo por un tiempo la creatividad en aras del deslumbre del poder. A la media hora Trilce ya estaba abrumada: el tipo le había obsequiado -con sendas dedicatorias rimbombantes- tres de sus libros editados en distintas dependencias culturales del gobierno y había hablado a casa con su esposa para que le mandara con el chofer la última novela de Trilce, *La lógica de la serpiente,* para que ella se lo dedicara. En todo ese tiempo sólo una cosa había podido sacarle en claro: que allí no había nada de lo que ella buscaba. Cuando por fin llegó el libro, Trilce garrapateó unas letras que, a pesar de la intención, todavía permitían entrever la primura de su trazo. Mientras el funcionario trataba de descifrar la caligrafía, ella le hizo una seña a Darío hacia la salida. El tipo leyó por fin en voz alta: A un lector tropical, y media cara se le prendió con una sonrisa y a la otra media la aplanó la duda.

Cerró el libro sobre el escritorio y luego, tomando por primera vez conciencia de que allí estaba Darío, le preguntó cómo iba el libro, y el poeta respondió que bien, ya mero, y cambió la atención hacia Trilce, que se removía inquieta en el asiento. Ella está interesada en escribir una serie de artículos sobre México, para *El País,* le dijo poniendo las manos abiertas sobre el borde del escritorio para impulsar la subida. Ah, vaya, dijo el funcionario mirando ahora con una sonrisa forzada hacia Trilce. Pensé que tal vez podrías sugerirle algo, insistió Darío. Pues sí, cómo no, justo acaba de salir en Joaquín Mortiz el libro de crónicas de Pino Cacucci; claro, es una visión muy *sui generis* de México,

pero supongo que lo otro ya lo conocerás. ¿Qué es lo otro?, preguntó Trilce. Bueno, podría mencionarte un aluvión de textos, pero si es que capto bien tu intención, estas tres referencias te bastarían: las *Biografías del poder,* de Krauze; *Tiros en el concierto,* de Christopher Domínguez y la *Tragicomedia mexicana,* de José Agustín. Con eso es suficiente, ¿o no, Darío? Sí, claro. Trilce se levantó y se despidieron. ¿Dónde piensan comer?, preguntó el funcionario como si se hubiera dado cuenta demasiado tarde de que aquello era terminal. Tiene un compromiso con Sergio Pitol, dijo Darío. ¿Vino Sergio de Xalapa? Sí, nomás para invitarla a comer, luego se regresa. Qué raro que no me haya avisado, dijo el funcionario tratando de que su importancia personal no fuera del todo vulnerada.

Lo primero que hizo Trilce al encontrarse sola con Darío caminando hacia la camioneta fue preguntarle si era en serio lo de Pitol. Claro que sí, vas a comer con el reconocidísimo cosmopolita Darío Pitol; y te aseguro que va a ser un día inolvidable. ¿Qué quieres decir con eso? Eso quiero decir. ¿No pretenderás ser simpático y agradable? Darío sintió cómo el sudor que se le metía por el ojo izquierdo le emborrascaba la imagen. ¡Virgen Santa, pero por qué los mexicanos tenéis que tomároslo todo tan en serio!, dijo ella. Él se detuvo en medio de la calle y luego de descolgar con parsimonia los lentes comenzó a limpiarlos con un fino pañuelo de lino. Trilce lo observó de cuerpo entero y, por último, al ver en una esquina del pañuelo las iniciales D. S., experimentó una simpatía compasiva que le avivó el ánimo.

Una hora en San Juan de Ulúa y después en Antigüa, sentados en las ruinas de la que fuera casa de Cortés, oyendo Trilce las revelaciones de Darío sin llegar a comprender las razones de tanto odio: En México no existe ni un solo monumento a Hernán Cortés, y cuando el entonces presidente López Portillo quiso erigirle una estatua en Coyoacán, el repudio fue mayúsculo. ¿Hablas en serio?, dijo ella. Y él continuó: Y por supuesto, tampoco de la reina Católica; el último intento lo hizo Porfirio Díaz en 1910, al anunciar con motivo del centenario de la Independencia el levantamiento de una estatua a la reina de Castilla. Casi no lo puedo creer, balbuceó ella mirando con otros

ojos aquellas ruinas. Así es, aunque parezca ridículo, siguió él, el más grande de los héroes españoles es el peor tirano para los mexicanos. Supongo que estamos hablando de una minoría, ¿no?, dijo ella, mientras trataba de pensar lo que pensaría al respecto la mayoría de los españoles que sólo conocían el México estereotipado de asesinatos, catástrofes y telenovelas. Por desgracia no, linda, el indígena que todos los mexicanos llevamos muy adentro cada día aúlla con más fuerza.

La llevó luego al restaurante Carmona y comieron caldo de camarón servido dentro de un coco y acamayas al chipotle. Él le preguntó primero si su estómago toleraba bien los chiles mexicanos, y ella, como ya le había dicho a Celeste cuando la llevara a tomar para la cruda un caldo tlalpeño, le explicó cómo llegaban a ser de volcánicos algunos de los pimentiños de Padrón que a su abuelo le llevaban al juzgado, allá en Lugo. De beber pidieron lo mismo que el día anterior: él cuba campechaneada y puesta, ella daiquirí, y Darío aprovechó la referencia que había hecho ella a su abuelo para tratar de buscarle entrada al pasado. En otro contexto tal vez lo hubiera mandado al diablo por entrometido, pero ahora dejó que todo fluyera y aisló nada más dos motivos centrales: el pazo de sus abuelos maternos, en realidad los únicos que había tenido, y el monasterio de Sobrado. Luego comieron y por un buen rato sólo se oyeron los resoplidos con que Trilce trataba de aplacar el rigor de los chiles. El chipotle fue el que más sabores le sugirió, aunque Darío le contrapunteó la celebración previniéndola contra los ardores digestivos que solía producir. Durante el postre, al repetir la ración de helado de guanábana, Trilce reparó por primera vez en la gente que llenaba el restaurante: burócratas y comerciantes sonrientes y satisfechos por el solo privilegio de estar allí. Miró a Darío y al ver cómo él también la veía, pensó que no iba a ser fácil insinuarle que le dejara pagar al menos la mitad de la cuenta. ¿Y de qué vives?, le preguntó sin sopesar el alcance de la pregunta. Él ni se inmutó, ni a los ojos quiso mirarla cuando dijo que vivía de vender palabras. ¿De tus libros? Ella sonrió incrédula y él le sonrió también a aquellos ojos brillantes y amielados que aún se abrieron más cuando él le dijo que escribía los discursos -no

todos, sólo los de índole sociocultural- que luego leía el presidente municipal de Veracruz con voz de prócer. Con razón te quieren tanto, ironizó ella. Y él fue tajante: No, me quieren desde mucho antes, antes aun de que naciera. Ah caramba, cómo está eso. Por mi bisabuelo, el general Sóstenes Rocha. Y ella ahora de verdad sorprendida: ¿El que según Valle-Inclán bebía ron con pólvora? El mismo. No puedo creerte. Y él se levantó de improviso y Trilce vio al frente otro de esos personajes que saludaban a Darío a cada rato. Él le había dicho que era porque lo veían con ella, pero ahora ya sabía el verdadero motivo. Se dieron la mano y luego se palmearon las espaldas. Mira, te presento a una de las más talentosas escritoras españolas, le dijo al tipo, y luego a ella: El licenciado Ramiro Vidaurri es nuestro gentil anfitrión. El hombre agradeció el cumplido y dijo que era lo mínimo que podía hacer por el bien de Veracruz desde su modesta posición de pequeño empresario; luego remiró de arriba abajo a Trilce, intachable en su pantalón azul marino y su camisa de rayón gris perla y con zapatos blancos de medio tacón y cinturón también de cuero blanco, y le preguntó qué opinión tenía ella de lo que había visto, y ella contestó que apenas estaba conociendo. Los tres siguieron inmóviles y entonces el dueño le dijo a Darío que por favor se sentara y Darío le ofreció a su vez una silla y el dueño dijo que lo dispensaran mucho pero que tenía que seguir con la chamba, y se despidió. Al final, Darío nada más firmó la cuenta y le preguntó a Trilce qué música le gustaba. Ella dejó que él le apartara por atrás la silla y caminó hacia la salida, correspondiendo con un manoteo alegre a la caravana que el dueño le hacía desde la caja. La tarde estaba ya ida y los últimos llameos del sol teñían el horizonte marino de presagios violetas. Aunque sin duda también había que atribuirle a los cinco daiquirís que se había tomado ese efecto de alegre flotación que la hacía sentirse igual que palmera en medio del paisaje, como si su yo autocrítico y avasallador se hubiera adormilado en un rincón del subconsciente y su lugar fuera ahora ocupado por el vueleo gozoso de las cosas que parecían vibrar a su paso. Él se apresuró para abrirle la puerta de la camioneta, y luego la rodeó para sentarse al volante. ¿A dónde

entonces, linda?, le dijo con la mirada lumbrosa. Sorpréndeme, dijo ella. ¿Te gusta bailar? No sé bailar. Nunca es tarde. Depende. ¿Quieres o no? Llévame a la luz de la noche veracruzana, no a la noche falsamente maldita de aquel puerto donde mi gran amigo Vicent Font de Riba fue el cónsul Firmin de una aventura inverosímil. ¿De qué hablas, linda? Palabras, sólo palabras, simple desvarío. Él arrancó y en un arrebato de autosatisfacción le palmeó a Trilce la punta de la rodilla izquierda. Ella resorteó con mirada de reto y él sólo masculló sin apartar la vista del camino: Las palabras-luz asombran, las palabras-sombra iluminan. Ella aflojó la tensión al instante. ¡Qué bello! Paz, ¿no?, dijo reojándolo. No, Octavio Sóstenes, y le hizo un guiño travieso.

Se llamaba Villa del Mar, un galpón enorme sin fisonomía propia, igual que las parejas que ocupaban las mesas y las que bailaban en una pista semivacía a un ritmo que parecía un cacareo. La orquesta, encaramada sobre una plataforma con repujes de mil colores, se movía imitando al vocalista que marcaba el ritmo adelantando alternativamente las piernas mientras berreaba aferrado al micrófono. ¡Virgen Santa, esto es un guateque de la tercera edad!, dijo Trilce a espaldas de Darío, que buscaba una mesa suficientemente alejada de la pista. Aún es temprano, esto se pondrá bueno en un par de horas. ¿De veras te gusta este ambiente dominguero? A mí no, dijo él. ¿Y entonces por qué me traes aquí? Pensé... Yo me voy, dijo Trilce encaminándose hacia la salida. Darío la alcanzó en el auto y mientras abría la puerta trató de explicarle que a esa hora la movida veracruzana apenas despuntaba. Llévame al hotel, por favor, dijo ella. Y esta vez Darío supo que ya no habría otra oportunidad. No, linda, ni me gusta la actitud ni lo que dice el semblante; reconozco el desliz, pero déjame sorprenderte. Ella fue tajante: Tengo sed y estoy cansada. Te prometo que en un par de minutos estaremos sentados en una espléndida terraza frente a un mar que entre susurros te revelará la sorpresa total de este viaje. Anda, llévame al hotel y déjate de rollos baratos. ¿No me pediste que te sorprendiera? Sí, pero la sorpresa fue decepcionante. No, linda, la sorpresa apenas se está insinuando. Jo, tío, metido a pelma no hay quien te gane. ¿Y si yo te dijera algo sobre Valle-Inclán que nadie

sabe?, le dijo de pronto Darío viendo que o soltaba prenda o perdía por completo el lance. ¡Qué terquedad, Virgen Santa!, exclamó resignada. Eso está mejor, ¿quieres un pase? ¿Un qué? Una esnifada. No, lo que quiero es un trago, uno solo, ¿estamos? Por supuesto, asintió convencido de que el mal momento estaba siendo superado. Después abrió la guantera y extrajo una cajetilla de Marlboro lights, le ofreció y ella dijo que no fumaba. Él dijo que muy de vez en cuando, pero que el momento lo ameritaba. Prendió el cigarrillo y luego expelió largamente el humo con la sonora satisfacción de un triunfador. ¡Chico, eres un caso irremediable!, prorrumpió ella al verle la expresión sobrada. Él dio otro jalón y dijo como si nada: A la belleza hay que asediarla y espiarla obsesivamente para forzarla a la rendición... Darío Sóstenes, rubricó ella. No, Darío de Balzac, remachó él.



Llegaron a un bar en las afueras. Cruzaron un arco de metal con un letrero luminoso arriba, que ella, a pesar de pegarse al parabrisas, no alcanzó a leer, y después un mozo se hizo cargo de la camioneta. Adentro, bajo una luz mortecina que lo envolvía todo como una membrana de perversión, los cintileos de dos televisores permitían por instantes vislumbrar las parejas que ocupaban las mesas. Sólo había dos libres y la que escogieron quedaba justo frente a un televisor. El capitán de meseros saludó respetuosamente a Darío y éste le preguntó por el dueño. Le dijo que estaba adentro en el despacho con unos señores, y Darío sólo murmuró: Ah, me lo saluda mucho.

Con la pantalla abierta frente a ella, Trilce no pudo evitar que las imágenes se llenaran de sentido: una rubia respingada y prógnata hablaba con la monótona rigidez de las locutoras de noticias. Después, al llenarse la pantalla con el estruendo de una multitud vestida de blanco y todos de tez oscura, se esforzó por leer los subtítulos. El gobierno en pleno de Pakistán, junto con el grupo de científicos que habían construido los artefactos, celebraban dos exitosas pruebas nucleares. Para mañana se anunciaba otra más grande y definitiva. Trilce comentó que era

increíble que aquella masa rugiente no tuviera conciencia de tamaña barbaridad, y Darío le dijo que era simple orgullo, como cuando los indios chiapanecos vitoreaban al subcomandante Marcos. Trilce adujo que eso era muy distinto, y empezaron entonces un tira y dale donde él era el fiscal de la causa y ella la abogada autoculpable que -síndrome chiapaneco, dijo él- termina por considerar a lo indígena como lo único auténtico. En la pantalla, bajo las siglas de CNN, la locutora anoréxica terminó de dar los datos sobre la pobreza extrema de Pakistán y comenzó a hablar del tiempo. Darío le preguntó a Trilce si dominaba el inglés, y ella aprovechó para dar salida al desacuerdo; le hizo señas de que con aquel ruido no se podía hablar y de nuevo se enmascaró con su pose soberbia. Darío ni lo dudó un instante: se levantó y fue hacia la barra. En la distancia Trilce pudo ver cómo el capitán asentía. Antes de que Darío alcanzara a regresar a la mesa, el televisor de enfrente se oscureció y la única pantalla que ahora resplandecía se convirtió en la boca de un abismo lo suficientemente lejano como para no preocuparse. Trilce le dio las gracias al llegar Darío y el regocijo creció al ver la eficiencia con que un mesero colocaba frente a ella una hermosa copa rebasada de hielo escarchado. Esperó unos segundos mientras el mesero le acomodaba a Darío su parafernalia cubera y después dio un buen trago.

¿Está bueno?, preguntó Darío poniendo en evidencia que lo que ella dijera se acataría al instante.

Buenísimo, aunque un pelín fuerte.

¿Quieres cambiarlo?

No, qué va. Y de veras gracias otra vez por hacer que apagasen la maldita tele.

Tus deseos son una orden, linda..., aunque no siempre coincidamos, y lo dijo poniendo en la mirada un cosquilleo galante.

Lo que sucede es que tú ves a los indígenas desde el poder, es decir, los ves como funcionario.

No, yo ni siquiera soy funcionario.

No, tú eres peor, eres el que maquina y sugiere.

Mira, linda, el México profundo es un castigo para la mayoría de los mexicanos y un vicio para los extranjeros, para esos

nostálgicos de los orígenes que traen en la mochila una conciencia autoculpable. Y te voy a decir una cosa que debí haberte dicho desde el principio: ni en Chiapas ni en Veracruz vas a encontrar lo que andas buscando, si acaso será en Oaxaca...

Sí, ya me han hablado de Oaxaca.

Allí sí hay cultura indígena, auténtica cultura indígena, quiero decir.

¿Y aquí no?

Aquí casi todos son mulatos y negros. La ley 21 de Indias prohibía la presencia a los africanos y sus descendientes en las poblaciones indígenas, por eso los negros se asentaron donde no había tradición indígena, y donde la vida fuera fácil, desde luego.

¿Y hay muchos negros en México?

Suficientes. Pero más es el resultado de la mezcla que la citada ley prohibía: el saltapatrás, cruce de indio y negra o de negro e india, de eso sí tenemos hasta para exportar.

Trilce no dijo nada, se acercó la enorme copa a los labios y bebió mientras lo observaba por encima y trataba de reconstruir con la imaginación el mapa racial de aquel rostro que no era ni negro, ni cobrizo, y que, bajo aquella penumbra que ocultaba más de lo que mostraba, parecía tener en los ojos el único motivo de orgullo.

¿Tú te considerarías plenamente occidental?, le preguntó al dejar la copa sobre la mesa.

¿Y tú?, reviró él. Y como ella guardó silencio prosiguió: ¿Eres más catalana que española?

Yo ni escribo en catalán, adujo ella.

Pues yo tampoco escribo en náhuatl, y mejor, linda, dejemos el tema por fenecido, ¿te parece?

Como quieras, y de nuevo enserieció el semblante. Se recargó en el asiento y miró la hora.

Darío ya no dudó de que aquella pose berrinchuda con la que ella se enmascaraba era un rechazo infantil a ser rebatida. ¿Quieres cenar algo?, le preguntó.

Y ella siguió mirando hacia una mesa próxima, donde un hombre y una mujer masticaban en silencio, levantando sólo de cuando en cuando la cabeza del plato para mirar la única pantalla que

resplandecía al fondo. Darío dijo entonces que el lugar tenía fama de servir los mejores cortes de carnes importadas. Ella le preguntó que de dónde. Y él dijo que de Texas, mientras pensaba que lo que esta niña orgullosa necesitaba era una buena raya, con eso y unos buenos tragos. Le hizo señas a un mesero y pidió la carta.

Sin decir ni sí ni no, ella dejó que él le seleccionara una chuleta y únicamente dijo que la quería bien hecha. Siguió en silencio y medio enfurruñada, hasta que le pusieron el plato enfrente y vio que era de su gusto y dio los primeros bocados. Apuró de un sorbo el resto de la bebida y sintió cómo ahora empezaba a brisear en su cabeza una sensación deleitosa. Él aprovechó el cambio para pedirle otro daiquirí y ella le dijo al mesero que no lo trajera tan cargado. Después de comer poco más de la mitad, ella se levantó y se dirigió al baño. Estaba impecablemente limpio y solitario. Vio la imagen que le sonreía en el espejo y le dijo: ¡Niña estúpida, por qué te tomas siempre tan en serio! Luego entró en el compartimento y se flexionó sobre la taza del excusado, en tensión incómoda como era su costumbre para evitar el menor roce contagiante. El chorro siguió cayendo un buen rato y aunque las piernas le empezaron a temblequear y todo resplandecía y olía como recién estrenado, no quiso ceder y siguió aguantando y entonces recordó otra vez la gran ventaja que tenían los hombres con su manguerita tan práctica.

Poco antes de la medianoche, con dos rondas más trompiqueándole en la sangre, Darío extrajo una tarjeta dorada para pagar y ella sólo sonrió cuando vio cómo él la miraba. Ahora te voy a llevar a lo más profundo de la noche veracruzana, le dijo mientras ella sentía que pocas cosas, cada vez menos cosas, le producían ya aquel desapego gozoso que alcanzaba con el alcohol.

Varios autos, taxis sobre todo, bajaban pasajeros en la amplia entrada que a Trilce le recordó la de uno de esos antros que aparecían y desaparecían en la Costa del Sol cada temporada veraniega. El letrero luminoso decía CEBRA'S, y al bajarse del auto tuvieron que formarse en la pequeña fila que avanzaba muy lentamente. Entre palmerillas, crotos y bambúes los atuendos de las mujeres iridisaban como crisálidas. A Darío le pasaron el detector por detrás y delante y a ella sólo le pidieron que abriera el

bolso. Ya adentro, Trilce hizo un comentario sarcástico, pero Darío siguió con la atención fija en la mujer que cantaba sobre un palacete al fondo de la sala y se movía sensualmente al ritmo de su canto. La Divina, dijo Darío casi pegando su rostro al de Trilce, que no dejaba de mirar cómo las grandes franjas blanquinegras del piso se reflejaban paranoicamente en la infinidad de espejos que cubrían las paredes y el techo. Desde las esquinas cuatro reflectores en forma de tetas arrojaban chorros lácteos sobre el centro de la pista y encima, empotrado entre los espejos, un pene burdo hacía de calidoscopio. Darío la llevó del brazo hasta la barra y, mientras ella seguía observando cada vez más complacida aquella horterada tropical, habló con el encargado y enseguida los condujeron a una mesa ubicada en un lugar privilegiado cerca del palacete donde la morena trepidante los miraba ahora y les hacía un guiño. La mesa la ocupaban dos mujeres y un hombre, que ni rechistaron cuando el encargado les hizo una seña para que se levantasen. Trilce apenas pudo ver el cartelito doblado en ángulo que decía reservada, y que el hombre retiró al tiempo que les pedía que se sentaran. Pensó que era otro más de los resortes que Darío activaba como mago a su paso, pero en realidad esa mesa estaba ya reservada desde el día anterior y para lograrlo Darío había tenido que pedirle personalmente el favor al secretario del gobierno municipal.

Darío levantó un par de veces el brazo y sacudió la mano. Trilce seguía pensando que aquello era sencillamente algo que nadie con un mínimo de buen gusto podía proponerse copiar.

¿Sabes quién es el dueño?, le dijo Darío para potenciar el asombro.

Por supuesto que no.

Ni más ni menos que el jotísimo sobrino del gobernador.

¡Qué gusto, Virgen Santa!

A todo dar, ¿o no?

¿Lo dices en serio?

Y entonces la fijó con aquella mirada perversa que era lo único que a ella la estremecía. ¿Todo te parece fácil, verdad?, le dijo sin soltarle la vista.

¿Por qué lo dices?

Grábate bien estas imágenes, linda, porque todo esto va a responder a la pregunta que originó tu viaje, y se hizo para atrás para ordenar las bebidas. El mesero, entre hombre y mujer, cacareó unas risas con Darío, señal inequívoca de frecuentamiento, pensó Trilce, y se fue con su contoneo de sirena hacia otro brazo que lo llamaba entre las mesas.

Putos, putas, machos probados y lesbianas, comentó Darío. Y lo curioso es que aquí, adentro por lo menos, jamás hay broncas.

Me imagino, dijo Trilce recordando a los energúmenos de traje negro que controlaban la entrada.

Suelo venir cuando la crisis de la creación se me hace insoportable, siguió Darío.

Sí, ya veo...

No, no va por ahí la cosa. Aunque te cueste creerlo permanezco en el más estricto celibato.

Anda, a otra con ese rollo.

Y sólo porque me caes excepcionalmente bien, y te lo digo empeñando en la seriedad mi palabra de caballero, te voy a contar los dos grandes secretos de mi amarga vida. El primero se remonta a mis quince años, a aquellas tardes de sopor en que mis viejos sesteaban y Araceli, la muchacha que asistía a mi madre en las tareas de casa, se ponía a lavar los trastes. Una de esas tardes arreció tanto el calor que agarré la manguera del jardín para bañarme, y cuando me estaba enjabonando la entrepierna se me cayó el jabón y al recogerlo tuve la sensación de que alguien más estaba allí; levanté la vista y la descubrí mirando embelesada desde la ventana del fregadero. No puedes imaginarte la tremenda erección que tuve. Así que hice del hallazgo una rutina. Los cuatro días siguientes ni se asomó, pero al quinto la volví a sorprender mirándome y entonces saqué el miembro y lo enjaboné una y otra vez hasta que llegué a un maravilloso orgasmo. Y así un día tras otro, sin que ella ni yo dijéramos palabra; ella porque yo era el único hijo varón de un hombre que tenía sobrada fama de malo, y yo porque el solo hecho de pensar en que ella quedara embarazada o que yo adquiriera una enfermedad me daba pánico. Y fíjate bien que te hablo de tres años, cuatro meses y veinte días, tal vez los mejores de mi vida, y después

no tuve otro consuelo que aquella imagen viéndome desde la ventana mientras yo pensaba que ella hacía lo mismo.

Chico, vaya caso. Pero en fin cada quien con sus disfraces, comentó Trilce. Luego alargó la vista hacia la cantante y la sostuvo allí todo el tiempo que tardó el jotillo en dejar las bebidas sobre la mesa y coquetear con Darío. Trilce estaba confirmando que el traje de luces, untado al cuerpo como si fuese un ungüento para resbalar los contactos, era el uniforme obligado para las hembras de rango: iba desde el rojo más intenso al negro fatal, y nalgas y tetas se anunciaban en los movimientos escénicos con que las más garbosas entraban y salían de la pista de baile. Sin embargo, ninguna superaba la donosura de la cantante. El color rojo sangre del vestido le prendía la piel de una textura deleitosa que Trilce no pudo dejar de regustar en plena lengua. Algo entre exótica fruta en sazón y marisco pletórico, al límite como toda tentación perversa; aunque quién podría asegurar que aquel rojor provocante no encerraba la muerte. La voz de Darío la regresó a la mesa. Estaba con su vaso levantado y ella lo secundó. Tras el trago ya no tuvo duda de que el alcohol gobernaba. Maldito Vicent, masculló observando fijamente la copa.

¿Qué dices?, preguntó Darío.

Que bebo demasiado.

Y especulas demasiado.

Sí, quizás. Y de pronto se acordó de que faltaba algo. ¿Y el otro secreto?

Tiene que ver con ella, dijo Darío señalando con la barbilla hacia la cantante, que por efecto de un giro había dejado descubierta la sabrosa rotundidad de un muslo hasta el remate insinuante de un liguero negro. Y empezó a citar: "Nunca como entonces me pareció tan tentadora y bella, aquella crueldad me horrorizaba y me atraía, con ese andar rítmico y ondulante que recuerda al tigre; sus grandes ojos de princesa india y la sonrisa de aquella boca en donde parecía dormir el enigma de algún antiguo culto licencioso, cruel y diabólico"…

"Y el labio abultado y rojo de la criolla que sonreía con la gracia inquietante de una egipcia", añadió Trilce sin apartar los ojos de aquella boca que acariciaba el micrófono.

Y Darío subió la voz entusiasmado: "Era una belleza bronceada, exótica, con la sublime actitud de un ídolo; el negro cabello caíale suelto sobre la tornátil morbidez de los hombros y el contorno del cuello"…

¡Jamás se me hubiera ocurrido!, exclamó Trilce eufórica. El golpe de la revelación la había sobresaltado y observaba ahora a la cantante con la misma autosatisfacción que cuando un personaje, que parecía habérsele escapado hacia un plano mediocre y secundario, la sorprendía de pronto con un desplante protagónico. Chico, dijo triunfal, podía haberme imaginado todo menos encontrarme a la mismísima niña Chole en persona.

Ahora nada más falta la historia, dijo Darío. Y como Trilce hizo ademán de no oír bien, acercó su silla a la de ella. La verdadera historia, quiero decir.

¿Cuál historia?

Mi segundo secreto.

Una estampida de aplausos hizo que los dos voltearan hacia el escenario donde la cantante caravaneaba los elogios.

¿Quieres conocerla en persona?, le preguntó Darío.

¿A ella? Me encantaría.

Darío se levantó y fue hacia un extremo del salón; tocó en una puerta y le abrieron. Al verlo desaparecer, Trilce regresó la mirada al escenario. La cantante también se estaba retirando. Sí, perversamente bella, pensó mientras seguía el cimbreo rumboso de aquellas nalgas hacia la misma puerta lateral. Justo lo contrario de Celeste, o más bien lo complementario, corrigió enseguida ante la misma e intensa atracción que le producían las dos imágenes…

Darío llegó al rato y tras sentarse dijo que ya estaba arreglado. La orquesta tocaba ahora a un ritmo más suave, entre danzón y bolero.

Háblame más de ella, dijo Trilce.

No, linda, el segundo secreto te tiene que costar.

¿Costar qué?

Nada que no puedas dar y sin tener que humillarte.

Mierda, por qué no me hablas claro, ¿eh?

Todo a su debido tiempo. Nada más quiero que sepas que los secretos cuestan, y el costo de éste, como te imaginarás, tiene que ser alto.

No estarás insinuando algo así como el fin de tu celibato, ¿verdad?

Ni por asomo, nada de eso.

¿Dinero?, y en la pregunta se notaba su confusión.

Mira quién viene aquí, dijo él levantándose y haciendo la silla para atrás en busca del espacio necesario. La cantante caminaba al lado de las mesas recibiendo todo tipo de lindeces. Trilce también se levantó y al tenerla enfrente comprobó que era en verdad como Valle-Inclán la había narrado: le llevaba por lo menos cinco centímetros y al besarse con la presentación Trilce olió el mismo perfume de las flores que Darío le había mandado al cuarto.

Hablaba casi con monosílabos, sin hacer preguntas ni comentarios, limitándose a la fascinante teatralidad de su presencia de diosa pagana. Darío ensalzaba a ambas y las dos se miraban encantadas. En un arrebato complaciente, Trilce dejó que el burbujeo de los alcoholes la destrabara y le dijo que tenía un cutis divino.

Todo en ella es divino, puntualizó Darío, y la Divina, que era el nombre con que se la había presentado, sólo dijo: Tú siempre tan caballeroso, corazón, y mostró unos dientes de engañosa simetría.

¿Has leído a don Ramón del Valle-lnclán?, le preguntó Trilce aprovechando que Darío pedía más bebida.

No, mi amor.

Qué pena.

Cuando tengo tiempo sólo leo *Cosmopolitan,* dijo como si no quisiera terminar de decepcionarla.

Ah, vaya.

Ese señor es amigo tuyo o qué...

No, no, qué va, cómo te diré..., y se quedó pensando si no sería imperdonable romper con comentarios gratuitos el hechizo de aquella mirada. Bueno, seguramente ya te habrán dicho tantas cosas...

Sí, muchísimas y algunas muy lindas.

Es que esa forma de moverte que tienes, no sé, está tan por encima de nosotros...

Tres horas diarias, mi amor. Ay si yo te contara.

Sí, me imagino que debe ser como la escritura. Aunque en tu caso has nacido con el don, ¿no?

¿De qué hablan?, terció Darío interesado.

Le decía que baila como si hubiese nacido para eso.

¿Tú no bailas, mi amor?, le dijo acariciándola con la intención.

No, fatal, soy negada para el ritmo.

Huy, igualito que él, dijo señalándolo.

¿Tampoco sabes bailar?, reviró Trilce.

No olvides, linda, que los escritores nacemos incapaces para el baile.

Ay, es que yo fui así desde chiquitita, y también para lo de la vestidera...

¿Por qué no la enseñas a bailar?, lanzó Darío.

No, qué va, yo soy negada, dijo Trilce con la misma despreocupación con que hubiera rechazado el ofrecimiento de un plato suculento o un buen champán. Pero al ver la expresión caramelosa de la Divina comprendió que iba en serio.

Sí, claro que podemos bailar, corazón, pero no eso, y al instante se levantó y se encaminó con palmereo de nalgas hacia la pista de baile. Trilce preguntó que a dónde iba, y Darío, apretando el ceño, le sugirió que no la contrariara, que era violentamente hipersensible a cualquier rechazo, y más cayéndole tan bien como Trilce le había caído.

Algo estuvo susurrándole al vocalista, y cuando éste se regresó al centro del escenario anunció enseguida *La engañadora,* del gran Compay Segundo, y va dedicada por supuesto a la más hermosa de todas las flores, a la reina de nuestra noche y también desde luego y muy especialmente a la lindísima y cultísima novia del escritor Vallinclán, famoso por tantas y tantas telenovelas donde vemos realizados nuestros sueños y también, desde luego, nuestros dolores e incomprensiones... La Divina se paró al borde de la pista y la llamó con gesto de diosa convocante.

Órale, dijo Darío golpeándole suavemente el hombro. Trilce lo miró y sólo supo que aquello ya lo había vivido antes; era una sensación lejana pero demasiado vívida para haber sido un sueño. Sí, claro, la noche del primer premio... Darío volvió a urgirla y esta vez no lo dudó: se levantó y fue trastabillante -mitad nerviolera, mitad alcoholes- hacia la mano que la Divina le tendía.

La pista se llenaba ya, y únicamente dos o tres miradas repararon en cómo la Divina tomó a Trilce por la cintura y la introdujo en el ritmo. Dos, tres veces la torpeza de Trilce obligó a la Divina a marcarle el alto. Déjate llevar, mi amor, le susurraba en la intimidad del oído. Y la fue llevando hacia el montón y allí, en medio de todos los excesos, la fue aflojando y removiendo hasta que en pleno delirio Trilce sintió cómo la redondez de aquel muslo perfecto, al empujar contra su entrepierna, le producía un cosquilleo de vértigo. Sólo una vez había bailado en su vida; pero Paola Font de Riba, aun en su cachondez viciosa, no tenía ni por asomo la sensualidad y destreza de esta diosa. Cerró los ojos y en el torbellino deleitoso empezó de pronto a verse bailando con Paola, desnudez contra desnudez, mientras Vicent, embrutecido por el vino, las seguía desde el sofá con su mirar desquiciado... Y entonces comprendió de golpe, ¡cómo no lo había sospechado antes! Lo que este gilipollas tropical quería era nada más ver el espectáculo. Abrió los ojos y se puso rígida. La Divina lo notó y justo cuando iba a decirle otra vez que se dejara llevar, terminó la música y Trilce se separó diciendo que le urgía ir al váter. Se alejó hacia el otro lado de la pista y allí preguntó y le señalaron unas puertas.

Regresó en menos de cinco minutos. La Divina y Darío celebraban una ocurrencia y su alborozo chocó al instante con la seriedad de Trilce.

¡Tenemos que irnos!, dijo imperativa.

Siéntate, linda, por favor, Darío todavía irónico.

¡Es un asco! ¡Una verdadera guarrada!

Pero qué te pasa, dijo Darío echando una mano nerviosa a la guedeja pajiza que le cubría la calva.

Mear, quiero mear, dijo acentuando la vulgaridad.

Ay, corazón, qué cosas has de haber visto para ponerte así, dijo la Divina.

Deja lo que vi, ¡lo que olí! ¡Virgen Santa, peor que vacas!

Anda, mi amor, ven conmigo, dijo ofreciéndole la mano.

Darío hizo un gesto puntilloso y ella lo conminó con el índice de la mano izquierda: ¡Mirón, no te vas a salir con la tuya!

Entraron por la puerta lateral que estaba cerca del escenario y al prenderse la luz Trilce tuvo acceso a un mundo delirante: fetiches, filtros eróticos y mil artilugios de brujería enmarcaban un espejo en forma de corazón y delimitado por un listón de lucecillas. Le abrió la puerta del baño y le dijo que pasara. Trilce entró y después de poner el seguro a la puerta dio salida al chorro. Estaba completamente mareada y le era imposible fijar la vista sobre las cebritas multicolores que se multiplicaban en el papel tapiz de la pared. Cuando al fin salió, la Divina pasaba y repasaba un pequeño pene rojo sobre la pulpa palpitante de sus labios.

Ven, amor, date una manita, y le cedió el sillón frente al espejo. La imagen que Trilce entrevió al sentarse no le era familiar; por más que se esforzaba no podía precisar su rostro y tenía la impresión de que no era de ella aquel reflejo acuático que parecía observarla con un deje enloquecido. A ver, mi amor, estás un poco pasadita, eso es todo. Y con una pequeña toalla húmeda comenzó a limpiarle la cara. ¿Quieres una levantadita? ¿Qué? Coquita, mi amor, un jaloncito. No, eso no, y se sacudió en el asiento. Bueno, corazón, como gustes, y le limpió los ojos y se los delineó y se los pintó con una mano experta y suave. Después le realzó los pómulos y por último le pasó el penecillo de intenso rojor sobre los labios. ¿Te gusta, corazón? Pero Trilce seguía perdida en el neblinaje. Anda, vamos, y la levantó. Quedaron las dos frente a frente y Trilce vio entre brumas la suculenta redondez de aquellos pechos que parecían querer rebasar los límites del escote. Después levantó los ojos y sólo se dejó llevar hacia los labios que se le abrían deseosos.

Darío la vio venir sola y esforzándose por mantener la derechura. Notó enseguida la peculiar brillantez de los ojos y el exceso carmesí en pómulos y boca. Primero los labios, hinchados y abiertos como bordes de una herida sangrante, y después los pechos, con los pezoncitos apuntalados contra la insinuante lisura de la camisa, hicieron que esbozara una sonrisa sobrada.

¿Y la Divina?

Trilce levantó la copa con parsimonia y dio un buen trago. Se está alistando para subir de nuevo al escenario, ¿por qué?

Porque ya nos vamos, dijo y levantó la mano para que lo viera el mesero.

¿Te crees mi papá o qué?, respingó retadora.

No, linda, tenemos que irnos porque falta lo más importante.

Vete tú si quieres, a mí no me falta nada.

En realidad aún desconoces más de lo que sabes...

A dónde me quieres llevar, ¿eh? ¡Estás loco si crees que vas a usarme para alimentar tus delirios sexuales!, gritó. Darío se levantó y fue hacia la barra.

De regreso vio cómo un tipo alto y garboso estaba de pie ante Trilce. Ella ni lo miraba, tenía aferrada la copa con una mano y la otra apoyada sobre el borde de la mesa.

¡Vámonos!, dijo Darío desde atrás tomando el respaldo del asiento para que ella se levantara.

Ah, el mero dueño de la paloma, masculló el otro.

Así es, dijo Darío empujando suavemente a Trilce, que se dejó llevar hacia la salida. Él abrió la puerta del auto para que ella entrara y luego se fue para el otro lado. Arrancaron en silencio y así siguieron hasta que se desviaron por un camino que parecía la entrada perfecta al escenario de un crimen. Trilce dejó de cabecear y lo miró abriendo los ojos al máximo para que Darío viera que ella lo veía todo.

¿Me quieres violar?, le preguntó de soslayo.

Estoy pensando que en el fondo, muy en el fondo de tu soberbia te gustaría.

A ver, inténtalo.

No, linda, sólo te voy a hacer un regalo; y espero que de verdad lo aprecies, porque no tienes idea de lo mucho que le costó a mi orgullo ceder a los caprichos del destino. Calló justo cuando llegó al borde de una playa y apagó el motor y las luces. Al resplandor de la luna, la arena sólo mostraba su lado misterioso. Ella no quiso el cigarrillo que le ofrecía y él lo prendió. Dio un par de fumadas y bajó el vidrio; al tiempo que salió el humo entró el rumor del mar. El olor la quiso llevar lejos, entre Sitges y la bronca costa gallega, pero la voz de Darío se impuso: Voy a dar por sentado que conoces a fondo las *Sonatas,* y más concretamente la de *Estío,* que es la que ahora interesa. ¿Recuerdas aquel príncipe ruso,

el hermoso y blondo adolescente que, reclinado sobre la borda de la *Dalila,* le estrechaba la cintura al mulato con el que hablaba? Xavier de Bradomín siente celos de él, pero la niña Chole le muestra la pareja para convencerlo de que no puede haber motivo de celos. Ese falso príncipe, que en realidad era el hijo de un acaudalado ruso blanco exiliado en Nueva York, fue uno más en la larga lista de amantes que Lupe Rocha, alias la niña Chole, tuvo en su corta vida de excesos. Hizo una pausa para tirar el cigarrillo y siguió: Como hemos llegado ya al final del juego, voy a terminar de poner las cartas sobre la mesa; ya puse una boca arriba y ahora voy a mostrarte otra, pero recuerda que verlas todas, conocer el final del juego, te tiene que costar.

¿Costar qué?

Por el ímpetu de la pregunta, Darío notó que ya estaba enganchada, nada más era cuestión de darle cuerda: La mentada niña Chole no es una invención sino una transposición; Valle-lnclán únicamente adecuó su historia a la otra historia, la de Guadalupe Rocha Casasús, para más señas mi tía abuela; bueno, esta última observación requiere ser precisada, pero por ahora dejémosla así.

¿Y pretendes que te crea?

Linda, por favor, faltan todavía dos cartas cruciales. ¿Sabías que el marqués de Bradomín padecía de eyaculación precoz?

Jo, tío, estás como una cabra.

¿Quieres que siga o no?

Por mí, haz lo que te dé la gana.

Bien, todavía estás demasiado prejuiciada, y bajó de la flamante Suburban negra, y abrió la puerta trasera. Regresó con una botella de ron y varios vasos desechables. Le pasó dos vasos a Trilce y luego abrió la botella y sirvió hasta mediarlos. Dijo: ¡Por la literatura!, y los dos dieron un buen trago. Dejó la botella en el piso, chasqueó la lengua y prosiguió: Y ahora viene lo mejor, niña genio. Efectivamente, como bien se dice en el libro, fue mi bisabuelo, el general Sóstenes Rocha, alias Diego Bermúdez, el que le quitó la virginidad a Lupe su hija, alias la niña Chole. Y no sólo la violó, sino que la hizo su amante.

Eso ya viene en el libro.

Darío dijo: Sí, eso sí, y luego se calló y dio otro trago. Trilce lo observaba con el resto de lucidez que aún sobrevivía a los efectos del alcohol y el cansancio. Darío dio una sonora fumada y a la luz de la brasa sus ojos le revelaron a Trilce el animal que yacía agazapado acechándola. Es un gato, un maldito gato con toda la astucia puesta en hacer que su víctima se le entregue justo en el momento deseado.

¿Y qué más?, preguntó siguiéndole el juego.

Llegó la hora del destape, linda. Lo demás te lo voy a decir bajo la luz de la luna y en la orilla cuando salgas del mar...

¡Estás loco de remate!

Piénsalo: la verdad definitiva de esta historia a cambio de verte desnuda por un instante, todo y nada...

¡Pero qué dices !

Sólo verte, te doy mi palabra.

¿Sin tocarme?

Palabra de caballero, y como vio que casi tenía ganado el lance, añadió enseguida: Atrás tengo una toalla.

O sea, que ya venías preparado.

Yo diría más bien prevenido.

Y si lo que me vas a decir resulta un camelo, ¿qué te hago?

Ahí en la guantera, debajo de esos papeles, está una pistola, sólo tienes que quitarle el seguro y disparar.

Trilce abrió la puertita y encontró la escuadra; la atrajo con la fascinación y el temor del que nunca ha usado un arma, y luego de verla y sopesarla la regresó a su lugar.

Tienes mi palabra de que lo que voy a revelarte es más interesante, mucho más interesante, que lo propiamente literario.

Ella no dijo nada, pero la manera como abrió la puerta y encaró la noche fue respuesta suficiente.

La luna había ya pasado del centro de la bóveda y su incompleta redondez dejaba entrever que el plenilunio distaba ya varios días, aunque el halo luminoso alcanzaba a cubrir todo con su liquidez plateada. Trilce caminó hacia la orilla y, sin más preámbulos, comenzó a desvestirse. Cuando Darío se acercó a un par de metros, ella salió corriendo hacia las olas.

¡Está buenísima!, gritó al reaparecer tras la zambullida.

Darío llenó un vaso y dejó el otro en la arena junto con la botella. Traía la toalla blanca colgada del hombro y se acercó lo más que pudo a la orilla para ver cómo Trilce se clavaba una y otra vez sobre las olas.

¡Jo, qué bien, me ha caído este baño!, dijo y enseguida salió encarrerada. Le pidió con las manos la toalla, pero Darío se echó hacia atrás para ver cómo la luna le daba a aquel cuerpecito perfecto una pátina de fruta serenada.

¡Dame la toalla!, lo conminó.

Y él se acercó a cubrirla, satisfecho de haber fijado minuciosamente los detalles que luego alimentarían sus delirios.

Dámela, que yo me seco.

Por favor, déjame hacerlo.

No, prometiste que no me ibas a tocar.

Y la dejó secarse. Después, con rapidez para terminar con aquella fijeza obsesiva, ella se vistió y expelió el aire con la satisfacción de haber cumplido su parte.

Qué rico, justo lo que necesitaba, ¿tienes un trago?

Él le ofreció el vaso y volvió a llenar el suyo. Ella, después de medio vaciar el vaso, siguió frotando el cabello con la toalla.

¿Y bien?, lo encaró ufana.

Darío se acuclilló y con la vista fija ahora en la lucecita de un barco que se vaiveneaba en el horizonte, habló con voz sosegada: En realidad Guadalupe Rocha no fue mi tía abuela sino mi tío abuelo. Desde muy chico tuvo esa inclinación, podría decirse incluso que nació con ella. Era, como supondrás, una vergüenza que la familia mal sobrellevaba. En la escuela pronto lo agarraron de campana y entonces mi bisabuela lo llevó con el cura que oficiaba los domingos en la capilla de la hacienda, para que le quitara al diablo aquel cuerpecito con el que se estaba ensañando. Y al parecer el curita también sucumbió; entonces una noche en que mi bisabuelo le había echado demasiada pólvora a los rones, fue a donde Lupe dormía y lo violó brutalmente. Después Lupe ya no tuvo reparo en vestirse de mujer y mi bisabuelo lo hizo su amante de circunstancias. Con la edad, la hembra exuberante fue diabolizando su atractivo y gozaba especialmente martirizando de celos a sus amantes. Pero cuando mi bisabuelo se enteraba, los

amantes desaparecían y a Lupe la encerraba... La verdad es que el gallego barbón tuvo suerte de agarrar ya viejo al general, y además hay constancia de que le simpatizaba. . .

¡No puedo creer que Valle-Inclán no lo supiera!

¿Te refieres al verdadero sexo de la niña Chole?

Sí, claro.

No pudo llegar a saberlo porque nunca la vio desnuda y porque las dos veces que eyaculó una fue en la mano y otra en su boca, casi instantáneas.

Tío, ¿y las tetas? A fuerza tuvo que darse cuenta.

Tenía los pechos más firmes y mejor formados de Veracruz, a base de barbasco y otras hierbas.

¿Y pretendes que te crea eso?

Como quieras...

Entonces, supongo que alguien más también lo supo.

Sólo mi abuelo, que era el hermano predilecto de Lupe y su único confidente.

Sí, claro, y él se lo contó a su vez a tu padre...

No, me lo contó a mí justo un mes antes de su muerte, cuando yo acababa de cumplir dieciocho años.

Y por supuesto, tú a nadie más se lo has contado ni has escrito nada sobre ello.

No, no quiero echar a perder los últimos años de mi vida.

Vamos, que eso ni tú te lo tragas.

Digamos entonces, si así lo prefieres, que te estaba esperando.

Trilce le tendió el vaso para que le sirviera: en su mente seguía relampagueando un escepticismo inflexible. Darío acomodó la guedeja sobre la calva y la miró de soslayo.

¿Así que nada más dos relaciones?, dijo ella como para sí misma.

Sí, cuando se enteró el general encerró a Lupe en la hacienda y a Valle-Inclán le dijo que o salía del país o lo mataba a latigazos.

¿Y qué sucedió después?

Pues que Valle-Inclán huyó hacia Cuba...

Sí, eso ya lo sé, pero qué sucedió con ella, quiero decir.

Pues que volvió a las mismas hasta que se murió, justo el día en que cumplía treinta años.

¿No me irás a decir que a esa edad murió de causa natural?

En realidad estaba bastante tomada cuando se cayó del caballo; aunque corrió el rumor de que el general le había cruzado la cara con un latigazo...

Trilce dio un breve sorbo y chasqueó la lengua, luego se quedó viendo su propia sombra y pensó que jamás en su vida hubiera aceptado que la sombra de la luna pudiera tener más fuerza y misterio que la del sol. No sé, dijo atraída por el fogonazo del cigarrillo que Darío acababa de prender, todavía no puedo creer que la niña Chole fuese en realidad un hombre y que nadie hasta ahora lo hubiese descubierto.

Lo supuse, por eso hice que conocieras a la Divina, y la miró con la fijeza de la llama que termina atrayendo a la palomilla.¡Y qué tiene que ver ella en todo esto!, respingó Trilce como si de pronto la hubieran agraviado.

Calma, linda, calma.

¿Es tu amante o qué?, dijo agresiva.

No, ya te dije que yo no tengo amantes, tiró el cigarrillo y calló para darle tiempo al reflujo de la salida de cauce con que Trilce lo había sorprendido.

Pero ahora esta declaración y la fría astucia animal que la luna potenciaba en los ojos de Darío, hicieron que un escalofrío de pánico le recorriera a Trilce toda la columna. En su mente comenzaron a aparecer las imágenes espeluznantes de los crímenes que eran capaces de cometer tipos como Darío. Instintivamente dio un par de pasos hacia atrás y buscó con la vista el auto: la pistola, si lograba llegar antes...

Pero ve nomás qué mirada, linda. ¿Tan poco convincente te pareció mi relato?, y se le acercó con la botella por delante.

¡No te acerques!, le gritó alistándose. Aunque Darío sujetaba la botella por la base en ademán de servirle, ella sabía que en un descuido podía golpearla salvajemente.

Vaya, lo supuse todo menos esto, y con gesto desanimado Darío se sentó en la arena y perdió su mirada en el rielar del oleaje.

Trilce sopesó el silencio y dejó escapar un ¡Mierda!, a manera de recriminación contra sus conjeturas. Se acercó a Darío y desde lo alto le pidió la botella. Él la tomó de la arena y se la ofreció sin apartar la vista de la orilla.

¿Qué quieres decir con que lo habías supuesto todo?, ¿esperabas que te creyera como una idiota?, le dijo al tiempo que se doblaba para dejar la botella sobre la arena.

Es obvio que soy un pésimo narrador, murmuró Darío.

Bueno, digamos que no eres muy convincente a la hora de hacer verosímil lo inverosímil...

Pero supuse que cuando vieras la belleza de la Divina aceptarías mejor lo de la niña Chole.

¿Qué quieres decir con eso?, y de nuevo se puso arisca.

¿Me creerías si te dijera que la Divina es el transexual más famoso de Veracruz?, y se levantó para enfrentarla.

¡Qué dices!

¿Por qué no comemos con ella mañana y se lo preguntas? Bueno, hoy, dijo alargando el brazo para ver el reloj.

Trilce llevó el vaso a los labios y se quedó viendo las luces de un pequeño barco pesquero que faenaba a una milla de la costa. Después de apurar el contenido dejó escapar entre dientes: Ya me imagino en España a todo el mundo gay tomando como emblema la *Sonata de Estío.*

Al día siguiente Darío llegó con un espléndido ramo de gardenias que en el centro, a manera de un engarce de brillantes, lucía tres orquídeas opalinas endémicas de los humedales de Catemaco. Traía el programa estudiado paso a paso y desde las doce se había dedicado a hacer las llamadas pertinentes para que todo el montaje tuviera la fascinante atmosferación de un rito.

Cuando entró en el hotel con el primoroso ramo de flores al frente, pensó que ella estaría al acecho para reclamarle airada esos once minutos que ya pasaban de la hora convenida. Pero Trilce acababa de mirar la hora justo a las tres en punto y buscaba ahora entre el tumulto de la sala de llegadas nacionales del aeropuerto de la ciudad de México, la espigada radiantez de Celeste.

IV

Como los literatos que a ella le gustaban, no contó toda la verdad: acortó y suprimió, y de su relación con la Divina ni siquiera a Celeste le hizo el menor comentario. Traía un montón de señalamientos en su cuaderno, gaviotas-ideas que sobrevolaban el marasmo en el que se descubrió inmersa de pronto al recibir un fax del jefe de redacción del periódico urgiéndola a mandar sus artículos. Celeste sólo se preocupó por la cifra, y quinientos dólares la dejaron bastante satisfecha; pero Roberto oyó la pretensión del proyecto y se echó hacia atrás contra el respaldo de la silla para mejor abarcar el panorama. Le habló del riesgo de caer en complacencias o de herir susceptibilidades, y ella replicó que lo único que de veras le preocupaba era no incurrir en lo trivial. Roberto prendió entonces el cigarrillo que daba por terminado el desayuno y la miró retador. Luego dijo: Sí, el título mola, como dicen ustedes, nada más falta el obligado subtítulo: Una guía para gachupines.

Esa misma tarde fue con Celeste a comprar otro cuaderno, y las dos se dieron gusto en el coqueteo chismoso. Por la noche se recluyó temprano en su habitación y, como siempre, le encomendó el buen destino del proyecto a la imagen de la Virgen de los Dolores que resplandecía sobre la mesilla de noche. Por sugerencia de Celeste, frente a la imagen había una pequeña veladora.

Y comenzó a escribir. Primero puso el título de la columna, que sería también el del libro *México: una herida abierta*; después, y entre paréntesis, el subtítulo (Una guía para gachupines). Y siguió con el primer artículo.

-¿Cómo creer en un país donde el sueño de sus intelectuales es tener una cuenta en dólares? -me dijo un intelectual mexicano. Y como me quedé callada, continuó-: Los intelectuales, los ricos y los políticos corruptos sacan los dólares, y los braceros y los narcos los traen de vuelta. Ése es nuestro dilema -concluyó.

Para mí, el dilema es menos claro; en principio porque creo, con Valle-Inclán, que en México se puede encontrar la más pura esencia de España, y luego porque el "resentimiento histórico" en que vive inmerso el mexicano se torna por momentos para el visitante en una atmósfera más insufrible aun que la de la capital, que ostenta el récord mundial de suciedad y corrupción.

Es difícil para una mujer vivir en México, y más siendo española. Pero cuanto más un español conoce a México, más reconoce a España, la otra España, la que tal vez sea ya pasado irrecuperable. Y cuando veo cómo los pocos mexicanos que han visitado la España glamorosa comentan maravillas, yo sólo pienso en nuestras manías palurdas por las cuotas de producción, las denominaciones de origen, el orgullo de tener la nobleza menos tarada de Europa, y la fortuna de ser gobernados por políticos antiheroicos obsesionados por el sentido común y el tamaño de su pene, amén de futbolistas y toreros que fingen pensar a la hora de escoger entre tantas chicas de pasarela.

No faltará quien diga que España también pasó por lo mismo durante la noche sin estrellas de la dictadura, cuando todo lo made in Spain era una mierda. En México, el priísmo oficial ha querido salir al paso con una consigna que, como aquellas del franquismo gazmoño, mueve a escarnio por lo soberbia: "Lo hecho en México está bien hecho". Ni qué decir que en los dos meses que llevo en este país de contrastes increíbles, no

he conocido un solo mexicano que no prefiera lo hecho en Europa, Asia o Norteamérica a lo hecho con tecnología azteca.

La política y la religión son sin duda las dos contrapartes de la credulidad del mexicano. El descrédito de los políticos es casi igual al fervor multitudinario que despiertan las visitas del Papa. Como en todos lados, el mexicano ha comprendido que el político se ha vuelto astuto y cínico con el único fin de seguir satisfaciendo su deseo de poder; y a falta de líderes que puedan hacer realidad las promesas de campaña, de guías morales que hagan que la ciudadanía recupere la credibilidad en el presente, la imagen ultraterrenal del Papa aparece como la única garantía de eternidad para un pueblo que desde sus orígenes está acostumbrado a confundir fervor religioso con fanatismo.

Decía Nietzsche que el fanatismo es la única fuerza de los débiles; pero quizá sea aún más desastroso que un pueblo fanático un pueblo incrédulo. Las iglesias y las religiones no pueden existir sin creyentes, y para ellas el fanatismo es una bendición frente a la incredulidad ilustrada. Las iglesias son por esencia antidemocráticas y dogmáticas, santifican el orden establecido cuando les conviene, y lo combaten cuando se sienten amenazadas por libertades y pluralismos. Sin embargo, en México la antidemocracia y el dogma tienen para la conciencia ciudadana el rostro corrupto de los políticos de turno.

En México, como en ningún otro país hispánico, el descrédito del político y del militar ha encumbrado a sacerdotes e intelectuales. Por eso nadie se sorprendió de que en una encuesta realizada por una cadena radiofónica para conocer quiénes eran los líderes de la opinión mexicana, los tres primeros lugares los ocuparan intelectuales, con Octavio Paz al frente (aunque a un par de meses de la muerte del mayor escritor mexicano de todos los tiempos, Carlos Fuentes haya escrito un artículo para un diario argentino donde dice que a

Octavio Paz se le grabó con fuego en la memoria el más aciago periodo de su vida, cuando contaba para el Banco de México los billetes viejos, sucios y malolientes que él mismo se encargaba de incinerar). Sin embargo, en el México de hoy es ya casi imposible encontrar algún intelectual de nuevo cuño que se entregue al servicio desinteresado de aquellos valores eternos e incorruptibles que Julien Benda, en su libro clásico, consideraba como tarea genuina de los verdaderos clercs. Al igual que sucede en España, los más reconocidos intelectuales mexicanos se reirían soberanamente si les pidiésemos una mínima acción desinteresada, o que acometiesen la búsqueda de valores eternos e incorruptibles, dando por supuesto que alguna vez hayan existido.

Así las cosas, me puse a repensar lo que me había dicho mi amigo, el intelectual mexicano que dice que todos los intelectuales mexicanos son o corruptos o corruptibles, y al cabo le maticé la cuestión. El dilema no es ¿cómo creer en un país donde el sueño de sus intelectuales es tener una cuenta en dólares?, sino ¿cómo creer en un país donde ocupan liderazgos de opinión intelectuales que sueñan con tener una cuenta en dólares?



Joder, se lo dices y punto, o le gusta o no le gusta, qué chingados va a pasar. ¿O a ti no te gustaría, eh potrancona? ¿Eh? Te estoy hablando, joder. Sí, dijo Celeste desde la bruma amarillosa que la envolvía; casi ni oía ni entendía, y el efecto del valium no terminaba de vencerle la despertez. Sí qué, cabrona. ¿Te lo mama rico, verdad? Y yo aquí como su pendejo, nomás imaginando el lengüeteo goloso de las ninfas. ¡Ni madres! Si contigo se viene a trotecitos, con mi verga se va a soltar en riada. ¿Y le sabe rico cuando se viene? Te estoy hablando, joder. ¿Te gustó mamársela o no? Sí. Y qué te gustó más ¿eh? Sí. Sí qué. Me gustó. Pero qué prefieres, que te lo mame o mamárselo. Que ella. Que ella qué.

Me mame. Puta viciosa, y yo aquí de pendejo aguantando los desplantes de la hija de la chingada; le voy a meter la verga hasta los ovarios y todavía va a pedir más. Una buena encocada y la cabroncita va a perder de un jalón todos los prejuicios, ¿y tiene grande el clítoris?, ¿me oyes? Sí. ¿Lo tiene sabroso?, ¿eh?, ¡te estoy hablando, carajo! Mmmm... ¿Lo tiene grande o no? Sí. ¿Cómo una verguita?, ¿eh? ¡Dime, joder! Sí. ¿Y le gustó que le metieras el dedito? Sí. ¿Mucho? Sí. ¿Se vino? ¿Qué? Que si se vino. Sí. ¿Rico? No sé. Cómo chingados no vas a saber, ¿y qué le gustó más, que se lo mamaras o que le metieras el dedo? Ya, por favor,Roberto, necesito dormir, y volteó hacia el otro lado de la cama. Él prendió otro cigarrillo y sintió cómo el humo le atemperaba la frialdad de la nariz; hacía un cuarto de hora que se había metido el último pase y el disparadero de ideas e imágenes era como el chispear de un sol ardiente. Pues a ver cómo chingados le haces, porque la hija de la chingada me gusta; no sé por qué pero me atrae un chingo, por mamona y soberbia yo creo, con sus pechitos perfectos y sus nalguitas paraditas, a esa hija de la chingada le gusta que la deseen y le rueguen, y sabes qué, conmigo se va mucho a la chingada. Y no, mejor no se lo vas a decir, ¿me oyes? Nada de putas explicaciones, derecha la flecha, al grano y punto: mejor nos ponemos de acuerdo y yo les caigo cuando ya estén en plena faena, ¿eh?, ¿no es mejor así? Te estoy hablando, joder. Por favor, Roberto, por qué no ves la tele. Chingue su madre la tele. ¿Te imaginas que llegue yo con mi vergota toda parada y le diga: te estás cogiendo a mi chava, niña mamona? Pero va a ser después del primer o segundo orgasmo, cuando ya esté más dulce que Trilce, bien aceitadita y abierta, hasta más va a pedir la hija de la chingada, y va a chillar como aguilita cuando la agarre por atrás y le apriete esas chichitas tan lindas que tiene. ¿Siente mucho en sus pezones?, ¿se los chupaste sabroso? Ya, Roberto, por favor. Que si le mamaste también las chichitas, cabrona. Sí. ¿Y le gustó? Sí. ¿Mucho? Sí. ¿Se vino? Dime, ¿se vino?

Divorciado y con una hija, por la que sentía atracción y rechazo al mismo tiempo y que vivía aparte con su madre, Roberto era dueño de un departamento de buen nivel en la parte alta de

San Jerónimo. La mayor parte del tiempo se la pasaba frente a la pantalla de la computadora, buscando información en internet para documentar algún artículo, discurso o textos para libros de museografía y arte, que últimamente era su quehacer preferido. De allí sólo salía cuando tenía algún compromiso o para dormir con Celeste. Ella hasta ahora había aceptado que él se quedara cuando quisiera, detalle doblemente obsequioso teniendo en cuenta que él sólo le hacía regalos, no contribuyendo en lo más mínimo para el gasto de la casa. Así que cuando Celeste -aleccionada por Trilce- le sugirió que espaciara las visitas nocturnas, Roberto sólo dejó escapar un gruñido en clara señal de desacuerdo. Desde entonces, a excepción de alguna comida o evento cultural importante, únicamente pasaba dos veces a la semana, lunes y sábado; y el sábado que Celeste le dijo que por qué no se veían nada más los sábados, porque era más rico dejar pasar más tiempo para tener más ganas, él decidió finiquitar su plan para doblegar de una vez también a Trilce.

Las dos mujeres disponían ahora de todo el tiempo para estar juntas y se contaban sus vidas y se vivían como si nadie más existiera. Después del mediodía, en cuanto terminaba su programa, Celeste regresaba a la casa y juntas acordaban qué hacer. Trilce aprovechaba la mañana para escribir, y cuando llegaba la amiga buscaba enseguida la ocasión para que Celeste -personaje potencial de la novela que ahora proyectaba sobre México- le abriera su vida. Coquetona por naturaleza, Celeste dejaba que las historias de sus lances amorosos, demasiados en realidad, pensaba Trilce, resbalasen por el recuerdo al gusto de Trilce, que incentivaba por momentos el interés con preguntitas morbosas. Por el contrario, cuando Celeste pretendía iniciar un clareo en la hermética vida de Trilce, ésta derivaba con maña la conversación hacia un tópico que llevara a la amiga a perderse en una de sus mil máscaras.

Pero a partir de la exigencia de Roberto, Celeste ya no se dejó engatusar. Trilce, sorprendida por el modo cómo la amiga insistía ahora en la reciprocidad, no quiso que la armonía de la relación pudiera perjudicarse y se abrió por los vericuetos que le señalaban las preguntas. Le contó lo de su padre y su madre, de

cómo aquel supuesto hijo que el poeta César Vallejo había engendrado con una miliciana aragonesa durante su visita a Barcelona conoció a la que sería su madre, entonces flamante licenciada en filología galaicoportuguesa por la Universidad de Barcelona, y de cómo desapareció inexplicablemente antes de que ella naciera. Celeste no podía creer que Trilce ni siquiera hubiera terminado la educación primaria, y cuando la amiga le refería aquellas tardes eternas de lecturas y comentarios aislada de todo y de todos, sólo ella y su madre, movía la cabeza de lado a lado con una admiración automática, como si no pudiera terminar de creer que aquel ser tan bello e inteligente viniera de esas circunstancias tan telenovelescas, de aquellas telenovelas colombianas y brasileñas que a ella le fascinaban. Después le resumió su vida de escritora con una sola frase: antes del premio que había ganado con su primera novela, que iba ya en la quinceava reimpresión, y después de su éxito en Alemania, el resto era decepcionante, así le dijo, como la reciente experiencia en el Maghreb, que era como México, lo peor de México, sin su magia ni su sensualismo... Luego había suspirado, como si se sintiera ya de regreso en un camino que de ida le había resultado demasiado arduo.

Solían sentarse en el sofá japonés que estaba en la sala, aunque a veces lo hacían sobre la cama en una de las dos recámaras. Ahora, con las piernas obsesivamente juntas y dobladas en diagonal, lo que permitía aquella visión dorada de sus muslos con que los camarógrafos de su programa llenaban por momentos la pantalla, miraba a Trilce y pensaba que ya no debía darle más vueltas al asunto; así que prendió un cigarrillo para el temple y trató de que el tono fuera lo menos actuado, nada que ver con el duIcimiento televisivo.

¿Y tus amores? ¿Con cuántos hombres te has acostado?

TriIce soltó una risa franca, que de tan sincera hizo sonrojar a Celeste.

No me he acostado con ningún hombre, chica.

¿No?

No.

No lo puedo creer. ¿Nunca tuviste un novio, un amante, algo?

Bueno, tuve un par de... cómo te diré, sí, aproximaciones con hombres.

O sea, que no te gustaban del todo esos hombres.

No es eso. La verdad no creo que te interese ni valga la pena.

Claro que me interesa, todo lo tuyo me interesa muchísimo, y trató de que la sonrisa fuese lo más gratificadora posible.

Está bien, dijo ya sin reticencias, una fue con Vicent.

¿Tu amigo el escritor?

Sí. Fue en una fiesta en su piso, después de la presentación de uno de sus libros. Nos quedamos al final él, ya borrachísimo, Paola y yo; y Paola me sacó a bailar y nos pusimos cachondas y comenzamos a besarnos y todo eso...

¿Y él?

Pues él mirando y diciendo genialidades incoherentes, como hace siempre; aunque después se desnudó y no había modo de que aquella cosita se le empalmara.

¡Qué me dices!

Luego se quedó roncando y fuimos a taparlo con una manta, ¡Virgen Santa, qué cuerpo!

Vaya frustración, ¿no?

No creas, Paola y yo la pasamos muy bien.

¿Y el otro hombre?

Huy, ése marcó para siempre mi vida.

¿No que ninguno fue importante?

Es que yo ni me di cuenta de lo que sucedía; sin embargo lo que sucedió fue decisivo, ¿entiendes?

La verdad no, pero por qué mejor no me lo cuentas y ya.

Es probable que te resulte desagradable, además hace ya tantos años..., en fin, que al cabo ya es pasado. Trata de no prejuzgar, eso es todo. La cosa sucedió cuando tenía yo nueve años; iba a un colegio de monjas por atrás de las Ramblas y mi madre me llevaba y me recogía como si temiera que aquel pedacito de su corazón de tan frágil no pudiera resistir el menor daño. La cosa es que ni siquiera sospechaba que el peligro estuviese adentro del colegio, no fuera.

¡No me digas que fue una monja!

No, qué va, estamos hablando de mis relaciones con hombres.

Ah, claro.

Lo que sucedió es que a mí me encantaban las estampitas y allí adentro del colegio el bedel, que se llamaba don Conrado, tenía una tiendecita de golosinas, estampitas y todo eso.

¿De cuáles estampitas?

De santos y santas.

Ah, ya. ¿Y?

Que empezó a regalarme estampitas y sugus, unas pastillas medio chicIosas que a mí me gustaban mucho, y poco a poco fue acercándome hasta la trastienda donde estaba él siempre metido, y un día me vio los zapatos y me los limpió y luego me agarró las piernitas y como hacía tanto frío a mí me gustó mucho que me acariciara, y fue subiendo poco a poco, hasta que llegó adonde tenía que llegar.

¿Y después?

Siguió, dos meses y pico.

¿Y tú no decías nada?

Y qué iba a decir, chica, si a mí me gustaba aquella manera tan suave que tenía de meterme el dedo por todo el surquito. Por decirte que un par de veces llegué a hacerme pipí de gusto.

¿No te obligó ni te amenazó?

No, qué va, era un viejecito muy agradable. Yo la verdad lo adoraba.

¿Y entonces?

Las estampas, las malditas estampas. Un día mi madre me las descubrió en la cartera que yo llevaba a la escuela y me preguntó. Yo jamás le había ocultado nada, pero lo que se dice nada.

¡Me imagino la que se armó!

No, no te lo puedes imaginar. En el colegio no ocurrió nada, las monjas simplemente expulsaron a don Conrado y convencieron a mi madre de que por mi propio bien era mejor no hacer escándalo.

Vaya, qué sensatez, ¿no?

Sí, porque les convenía, pero las muy guarras le contaron a mi madre otra versión, donde yo aparecía como encarnación del pecado, ¿entiendes?

¡Qué bárbaras!

Y ahí se acabó toda mi niñez, de golpe.

Debe ser terrible para ti el acordarte...

No, al contrario, aunque no lo creas a menudo sueño con don Conrado, con aquellos toquecitos milagrosos que el maldito sabía dar como nadie...

¡Ahora entiendo por qué tocas tan sabroso, condenada!, y la miró con una prendidez de ojos que jamás, por ningún motivo, se permitía para la pequeña pantalla.

Estaban en la cama de Trilce, las dos desnudas y exhaustas después de la entrega apasionada. Trilce en deliciosa desaparecencia y Celeste fumando y elucubrando: no es que con Roberto no le gustara; a veces aquella violencia con que la penetraba y todas las groserías que le decía la excitaban y la verdad necesitaba que alguien la dominara así, con esa impetuosidad tan viciosa de Roberto..., aunque pensándolo bien ya no estaba tan convencida. ¡Oh, nada que ver con la deleitosa sensibilidad de Trilce! Esa manera tan deliciosa de tocar y de sentir y de besar, esa demora tan exquisita en la entrega que con ningún hombre había alcanzado jamás. En realidad, cuanto más pensaba en lo tan distintos que eran, más difícil se le hacía dar el primer paso; pero aquel loco, si no hacía pronto lo que él quería, era capaz de esperar el momento más comprometedor para llegar gritando y agrediendo. . .

¿Y por qué será que los hombres o son homosexuales o son machistas, has pensado en eso?, dijo como si de pronto el pensamiento hubiera roto la membrana que lo aprisionaba dentro de su cabeza.

¿Qué dices?, musitó Trilce desde el entrevelo.

Que por qué no hay hombres que sean a la vez sensibles y varoniles.

Supongo que los tiene que haber.

Pues yo no he conocido ni uno.

Oye, tampoco todas las mujeres son como nosotras, chica.

Lo que quiero decir, dijo Celeste sabiendo que era el momento de mostrarse franca, es que o encuentras hombres que parecen damas de tan delicados o demasiado machos, como Roberto, por ejemplo.

Bueno, es que te vas a los extremos.

A ti como que no te gusta, ¿verdad?

¿Quién? ¿Roberto?, y enfatizó tanto las interrogaciones que Celeste decidió ir al fondo de una vez.

¿No te gustaría que nos acostáramos los tres?

¡Qué dices!, ya avivándose por completo.

Te juro que es muy bueno haciéndolo.

Estás majara si piensas que yo voy a entrar en ese juego.

Te lo pido por mí, aunque sólo sea una vez, y volteó hacia Trilce para que sus ojos dieran fuerza con su fulgor suplicante a las palabras.

¿Se lo dijiste?

Es que...

¡No debiste haberle dicho nada de lo nuestro!

Yo sólo quise...

No debiste hacerlo, no debiste hacerlo...

Perdona, pero lo conozco muy bien y sé que va a seguir fregando hasta que lo consiga, ¿por qué no le concedemos de una vez el capricho y ya? ¿No dice la protagonista de tu última novela que deseo satisfecho ya no es deseo?

No puedo, ni quiero, ¿entiendes?



Y los protagonistas de mis libros me importan una mierda. Roberto insistió un par de veces por teléfono y Celeste le dijo que todavía no, que no había encontrado el momento.

Entre las mujeres se formó un neblinaje de recelos y, aunque Celeste insistía, Trilce respondía apenas, y aquellos síes y noes eran tan duros y sin vida que herían como pedernales. A los cuatro días del desacuerdo, Celeste volvió a pedirle perdón y consiguió al menos que Trilce dijera que sí a la comida a que Roberto las iba a invitar.

Roberto llegó antes que Celeste. Saludó a Trilce de beso y los dos fingieron que todo seguía como antes. Ella estaba escribiendo su segundo artículo, en donde confrontaba irónicamente la europeización de España con la norteamericanización de México,

y Roberto prendió un cigarrillo y tomó luego de la mesa de trabajo de Trilce *Los días terrenales*, de Revueltas. Dijo que era una chingonada y Trilce siguió tecleando. Triple negación, pensó: su presencia, el hecho de agarrar así el libro y el comentario. Él insistió en poner a Revueltas como el dostoievski mexicano, por encima de Azuela, Martín Luis Guzmán y al lado de Rulfo; y ella, sin apartar la vista del papel, dejó de teclear y dijo que Revueltas estaba demasiado ideologizado.

Joder, los geniecillos posmodernos rechazan las aberraciones del poder para entregarse a la pureza del deseo abstracto, masculló él con deje corrosivo.

Y ella respingó: ¿Qué quieres decir con eso?

Nada, añadió ya más flojo, que a ti te interesan más los arrebatos Y las represiones de la puta niña Chole, ¿o no?

¿Y qué?

Joder, de nuevo erizado en defensiva fierosa, si no quieres hablar conmigo dímelo y ya.

Es que tú, Roberto, no dialogas, impones.

Esta vez la pronunciación de su nombre fue igual que pulsar una tecla que pusiera en blanco los agravios. Él la miró desde lo alto y se dio cuenta de que jamás lo que veían y pensaban podría ser lo mismo. Y entonces dejó escapar con toda su cauda emotiva la bola de fuego que le había venido creciendo muy adentro:

Mostrar a una mujer vanidosa que se la desea es revelarse inferior.

Trilce pensó al instante en Darío Sóstenes y en Font de Riba, y luego se sintió ridícula al saberse ella también culpable de esa manía pueblerina.

Stendhal, dijo Roberto, y aquí supongo que estaremos de acuerdo, ¿no?

¿No fue él quien dijo que no somos felices porque somos vanidosos?, contrapunteó ella nada más por joder.

No fue Stendhal sino Flaubert.

Creo que te equivocas, pero da igual.

Claro que fue Stendhal, Poema, y la media sonrisa que esbozó y el tono faciloso de la burla no pudieron evitar la rispidez de la respuesta:

¡Vete a la mierda!

Joder, que no seas tan *vanidiosa*.

Trilce lo remiró ahora tratando de que en sus ojos apareciera toda la violencia que sentía. Pero él era la imagen misma de lo diabólico: vestía todo de negro, diferentes tonos de negro, zapatos, calcetines, pantalón, suéter fino de algodón con cuello de tortuga y saco de seda, en contraste espectral con la palidez de la cara y los ojos sanguinolentos, además de aquel rictus delictivo con el labio superior fruncido cuando de veras buscaba pleito. En el silencio entró lejano el chasquear de la cerradura y luego el taconeo de Celeste.

¡Hola, hola!, dijo al ver la cabeza de Roberto asomada.

Tras el saludo de rigor, Celeste notó que la relación entre Roberto y Trilce distaba de haber mejorado. Él había derramado la inquina por encima de lo que hasta ahora fuera deseo y complementación, y ni los esmeros de Celeste en la búsqueda de una reconciliación eran ya suficientes para evitar que Trilce persistiera en aquel orgullo forjado a través de años de interiorización que nadie, excepto su madre, había logrado vencer. No sabía fingir, eso se aprendía en la infancia o jamás se aprendía. Por eso se limitaba a oír y responder, con la atención precisa para no incurrir en un desplante demasiado obvio; aunque en su mente perfilaba ya el cambio que creía inevitable: ¿rentar un piso o buscar un hotelito?, ése era el dilema que hacía inútiles las sonrisas ensayadas de Celeste y los comentarios agridulces de Roberto, que había tomado abiertamente el rechazo de Trilce y actuaba con la porfía juguetona de un animal en celo.

El restaurante estaba en el centro de Coyoacán, al aire libre y como un escaparate para ver y ser visto. Trilce bebió y comió lo que Celeste y Roberto sugirieron, y durante las dos horas y pico que duró la comida su talante mejoró apenas lo suficiente para que Roberto no sintiera demasiado ofensivo el rechazo y respondiera con violencia. Casi toda la conversación la hizo él. Primero habló de literatura, de Stendhal fundamentalmente, cuya relectura lo tenía prendido como un acelere coquero, y arremetió una vez más contra la intelectualidad mexicana, reptilesca en su mayoría, y la borró de golpe con una frase que dijo que pertenecía a una carta de Stendhal a Balzac: “Son todos

innobles, por eso ambicionan la nobleza". Luego renegó del país, condenado a la esclavitud de una deuda impagable, cuyos intereses anuales ascienden a quince mil millones de dólares, por no tener el coraje cívico para acabar de una maldita vez con una clase dirigente corrupta, falsa y cuyo único anhelo es visitar una vez al año Las Vegas o Disney World. Por último empezó a hablar de la novela que estaba planeando: una especie de *thriller* donde el protagonista era un tipo duro que se dedicaba a asesinar concienzudamente a los políticos más corruptos. Dijo que el modelo del protagonista lo había tomado del tipo que había matado al ratero en el aeropuerto y que así empezaba su personaje, primero matando a delincuentes comunes y después a políticos corruptos y a banqueros que cometían fraudes. ¿Te acuerdas del tipo?, le preguntó entonces a Trilce. Ella sólo movió una vez la cabeza y él prosiguió: La semana pasada, el viernes al mediodía, se echó a otros dos, con la misma arma y con el mismo proceder; y esta vez se dejó ver por los pasajeros: como de un metro setenta y ocho, complexión fuerte, ojos cafés y el pelo negro, muy negro, yo diría que pintado para la ocasión. Los delincuentes asaltaron el microbús, uno amenazando al chofer con un cuchillo y el otro con una pistola en la mano desvalijando a los pasajeros. Primero mató al de la pistola de un solo balazo en la cabeza y después corrió tras el otro, que se había bajado para huir, y lo ultimó de dos tiros, uno en la espalda y otro en la nuca cuando ya estaba en el suelo...

La verdad, no guardo ni la más remota imagen de ese fulano, dijo ella cediendo al impulso, a medias entre la displicencia y el rechazo, luego siguió: Y la novela, con ese tema ¡chico, qué bombazo!

¡Hija de la chingada!, gruñó Roberto.

Por la noche, apenas iniciando el noticiario principal de la cadena televisiva donde trabajaba Celeste, y que ella procuraba ver siempre que estaba en casa, Roberto le habló por teléfono. En general, ambos coincidían en la mejoría, aunque no iba a ser fácil recuperar la confianza de antes, y más teniendo en cuenta la fortaleza de rencor en que Trilce se cerraba de golpe, como si el feudo de sus deseos fuese amenazado por una horda de intrusos. Celeste insistió en que había que darle tiempo y él repeló de

inmediato. Esa pinche chava se está convirtiendo en una obsesión para los dos y, de no hacer lo que se tenía que hacer de una vez, podría irse todo a la chingada. Celeste respondió con firmeza que se lo dejara todo a ella, que hasta ahora él no había hecho más que meter discordia en la relación. Y él que cuál relación, ¿la nuestra o la que tenemos con ella?

Celeste pasó la atención a la pantalla: el director del noticiero entrevistaba a un alto miembro de la iglesia católica y al subirle el volumen supo que era el cardenal primado de México. Le preguntaron si no temía que ahora que se le había "destapado" como uno de los más firmes candidatos para suceder al anciano Papa, no lo fueran a asesinar, como habían hecho en su momento con el cardenal Posadas Ocampo en Jalisco. Y habló con el mismo tono, las mismas palabras y la misma presunción que un secretario de Estado. Del otro lado, Roberto seguía gritando.

¿Pero por qué te regodeas tanto en ser humillado?, le dijo Celeste, y la firmeza de la voz logró abrir un silencio momentáneo. ¿No te das cuenta de que cuanta más importancia le das, más te rechaza?

Sólo deseamos lo difícil, lo que se resiste, lo que nos obliga a ser más grandes, *got it*?, y a través del tono Celeste pudo reconstruir en su pantalla mental la imagen perversa de Roberto.

Sólo la quieres poseer para despreciada, como haces conmigo, dijo con cierto reparo de ánimo y de tono: tocar esos temas con Roberto podía derivar hacia un ritual violento.

¿Sabes qué chingados quiero?, y ante el silencio subió aún más la voz: ¡Quiero metérsela hasta el alma para quitarle la puta soberbia!

Celeste colgó y enseguida subió el volumen a la televisión: en una sucesión de imágenes vio el sur indígena arrasado por las aguas, al Popocatépetl expulsando lava y una columna de humo y cenizas de más de cinco mil metros de altura que amenazaba con cubrir la ciudad de México, donde esa misma tarde el índice de contaminación había alcanzado los trescientos puntos de ozono. Las llamadas del teléfono le impidieron oír con claridad qué decía la voz en *off* de un experto. Esta vez ni lo cuestionó: no le respondería aunque estuviera llamando toda la noche.

Levantó el teléfono, que seguía llamando ininterrumpidamente, y lo metió bajo la almohada. Después subió aún más el volumen de la tele. La voz en *off* seguía hablando: Nosotros estamos convencidos de que nada de lo que está pasando tiene relación entre sí, y sabemos, por expertos en el tema de la Universidad de Harvard, que todo lo que está pasando es lo que tenía que pasar, es decir, para que nos entendamos, todos estos desastres climáticos son cíclicos y poco, muy poco, tienen que ver con lo que nosotros hagamos o dejemos de hacer.



Trilce había dicho una vez: Yo soy como el libro que me da nombre, no tengo deudas con nadie. Y la prensa le había celebrado el desplante. Después un conocido crítico catalán aventuró una posible línea entre George Sand y Djuna Barnes, y ella -que apenas podía sostener el éxito entre sus manos- escribió un artículo para *El País* pleno de soberbia, de esa especie de defensiva arrogante que ella tanto rechazaba en los demás. Allí dio a conocer demasiado ingenuamente su tríada existencial: su Madre, la Virgen de los Dolores y la Literatura, y las tres las escribió con mayúscula, por si no fuera atrevimiento suficiente la revelación. Desde entonces, avergonzada por algunos comentarios aparecidos en la prensa al respecto, sobre todo dos de clara mala leche machista, había dejado de conceder entrevistas, y se propuso seguir haciendo lo mismo en México.

Roberto, que se adelantó para darle la sorpresa con un desayuno donde estarían dos de los mejores reporteros culturales, recibió la negativa de Trilce como el colmo de todos los desplantes. Primero ella le dijo simplemente que no, que no concedía entrevistas; y como Roberto insistió, ella, mientras pensaba en el fastidio de tener que darle explicaciones, nada más añadió: Prometí no dar entrevistas. Y Roberto fue brutal: Sí, seguro que a esa pinche virgencita.

Ante esta perspectiva, Celeste decidió invitar a Trilce a pasar

el fin de semana en San Miguel de Allende. Trilce dijo que no, porque en su mente estaba ya dada la orden de mudanza total, de cortar de una vez con aquella violencia gratuita. Y entonces Celeste le hizo ver que ella sólo sabía negar, que a todo decía que no, incluso parecía regodearse en ponerle trabas a que alguien la quisiera...

Aceptó ir, y la decisión fue un acierto que celebró con la misma delectación que un buen hallazgo literario o una buena película. Con Celeste parecía imposible entrar en conflicto, era un ser tan noble y bello que atraía aunque uno no se lo propusiera, y Trilce, que había subido con fastidio al carro de Celeste, no pudo llegar más allá de ciudad Satélite sin acercársele de pronto para darle el beso de reconciliación. Celeste tuvo que aferrar el volante para no romperse en pedazos: los demasiados cambios ocurridos habían puesto sus sentimientos a la intemperie. Con el brillo acuoso que ahora tenían sus ojos enganchados a la raya central de la autopista, parecía querer decir: Por favor, quiéreme, tengo tanta necesidad. Pero sólo dijo: Te juro que te necesito más que a nadie.

En San Miguel de Allende simplemente fueron felices. Celeste conocía a todo el mundo de la escena mexicana, y un director de telenovelas, un actor y un guionista insistieron en invitarlas a cenar. Trilce permitió que tres margaritas le aflojaran la rigidez crítica, y Celeste aprovechó el lado lúdico que mostraba la amiga para ofrecer también su mejor faceta. Al final, después de insistir casi hasta el escándalo, los tres hombres las dejaron en el hotel. Al día siguiente, tras abrirse en el primer aliento, Celeste dijo que había sido la noche más bella de su vida, y Trilce dijo que para ella también.

En el camino hacia la ciudad de Guanajuato, Celeste hablaba y hacía planes sin darse cuenta de que aquella euforia planificadora era lo que Trilce más aborrecía de las relaciones. ¿Por qué las mujeres querían siempre eternizar con palabras el goce del momento?, pensaba viendo aquellos mantos carnosos de las amapolas y corriendo entre ellas y recostándose como si todo fuese un solo sentimiento de plenitud, sin manipulaciones ni chantajes. Era obvio que a Celeste, Roberto y el mundo de ofer-

tas fabulosas en que se movía le habían atrofiado la percepción crítica de la vida. Roberto la inferiorizaba en determinados momentos diciéndole que tanto cuerpo sólo podía tener una cabecita facilona. Y la verdad, esos arrebatos eufóricos le parecían a Trilce más propios de una adolescente que creció demasiado aprisa, que de una mujer que ya se acercaba a los treinta. Sin embargo, Trilce tenía esperanza de que esa niña grandota asumiera más pronto que tarde la responsabilidad de sus decisiones.

Por eso es que nada más meneó la cabeza cuando Celeste abrió al máximo sus ojos para abarcar en la portada de la revista *Details*, que alguien había olvidado sobre la mesa del restaurante donde entraron para comer, la foto de uno de los novísimos galanes de Hollywood. ¡Ay, es que es mi perfecta contraparte!, exclamó sin pensarlo. De pronto la adolescente se había adueñado del mundo y daba brinquitos y hacía exclamaciones deseantes que a Trilce le recordaban aquellos gestos gregarios de los fans de los sesenta. Celeste era el centro del mundo, y de un solo tajo, al leer un recuadro de la entrevista, aquel mundo se desmoronó: ¡Dios mío, no es posible! No lo puedo creer... ¿Qué es?, dijo Trilce más por decir algo que por interés. Si será tarado, siguió Celeste con la vista en la página. Escucha esto: "Soy un gran lector, me encanta la lectura y te he de confesar que entre todos los libros que he leído el mejor me parece *El vendedor más grande del mundo*, de Og Mandino". ¿Og Mandino? Repitieron la entrevistadora y Trilce al mismo tiempo. "Sí -continuó el nuevo Marlon Brando según las revistas glamorosas-, me gusta mucho la manera que tiene de atraparte como lector y sobre todo el coraje y la positividad que te transmite, ¿no crees?" Y ya no hubo manera de que Celeste dejara de comportarse por el resto del fin de semana como una adolescente decepcionada de todas sus estrellas de cine. Para Trilce quedaba clara una cosa: Celeste no podía durar más que un espléndido verano.

Roberto mismo se encargó de traer la comida y de servirla: dijo que era un desagravio y a Trilce le pareció demasiado agresivo rechazarla. Él había dicho el martes a las tres de la tarde, y ahora los tres comían soufflé de huitlacoche y budín azteca hecho con guajolote deshebrado. Trilce se había referido con encomio a las crepas de huitlacoche que comieran en el San Ángel Inn, y Roberto lo había tenido presente a la hora de encargar la comida a Cluny. De bebida escogió Don Perignon semiseco, tres botellas, y de postre el pastel más delicioso de chocolate de todo México: el Tres estaciones de Le Balance. Desde hora y media antes de que llegara Celeste, Roberto se había adueñado de la casa y entraba y salía de la cocina sin dejar de hablar por teléfono y con Trilce. Le dijo que sus amigos Gonzalo Celorio y Hernán Lara Zavala, que dirigían la cultura de la UNAM, querían comer con ella, y ella siguió sobre la computadora sin hacerle caso. Estaba totalmente absorta pasando en limpio un artículo sobre el turismo revolucionario en Chiapas, y sólo cinco minutos antes de las tres, al acercarse Roberto y ponerle en frente un margarita, levantó la vista para preguntarle cuántas etnias existían actualmente en Chiapas.

Celeste agradeció encontrarlos hablando. Traía una súper noticia: la acababan de escoger entre más de diez candidatas para acompañar a Raúl del Olmo en una serie de programas que se transmitirían al mismo tiempo en toda Latinoamérica y en España. Entre diez y quince minutos duró el arrebato, después Roberto fue a ver la comida, que estaba recalentándose en el horno, y ella le preguntó a Trilce cómo iba su artículo.

Roberto, que había cortado el hambre con una esnifada pocos minutos antes, receló del bisbiseo y al regresar frente a ellas comenzó a hablar cada vez más agresivamente, con una violencia contenida que era más envidia que odio. Celeste comentó algo sobre el subcomandante Marcos y Roberto descorchó con violencia una botella y dijo que Marcos era un pendejo sesentaiochero que se había aprovechado de la soberbia y el enculamiento de Salinas de Gortari. Y con aquella contundencia bárbara que lo caracterizaba añadió: Si el levantamiento zapatista lo hubiera agarrado al inicio

de su mandato -cuando acabó con los líderes petroleros y del magisterio- y no de salida y obsesionado por el puestito que ya se atribuía en la política internacional, además de pasársela sobándole las nalguitas a una actriz de moda, la revuelta habría sido reprimida de inmediato.

O sea, dijo Trilce, que para ti el gran error de Carlos Salinas de Gortari fue no haber acabado de una vez con los indígenas.

No me trates de hacer guaje, Poema; los indios son un invento de los españoles. Antes de Colón y de Cortés no había indios...

¿Entonces qué había, listillo?

Ellos ni se reconocían como indios ni existía esa palabra, con todo lo que significa, en sus idiomas. Fueron los españoles...

Bueno, si vas a empezar otra vez con eso de que toda la culpa es nuestra...

Fue y es, a huevo. ¿Quién carajos ha hecho de los indios un jodido caballito de batalla?

Ya, Roberto, por favor, dijo Celeste y en su mirada iba una súplica tan directa que Roberto en respuesta le guiñó un ojo.

Todo está bajo control, carajo, y puso las dos manos sobre la mesa a ambos lados del plato y su párpado izquierdo amenazó con un vibrar incipiente, nada comparado con el bailoteo de sus arranques fúricos. Lo que me patea las pelotas, continuó ahora fijo sobre Trilce, es que vengan a avivar aquí los mismos salvajes rencores intertribales que están avivando en España y en toda la emputecida Europa. Y se levantó y trajo de la cocina los recipientes. Primero le sirvió a Trilce una porción de cada uno, después a Celeste y por último puso en su plato menos de la mitad de lo que le había servido a las dos mujeres. Luego levantó la copa y brindó, y ambas lo secundaron. Las mujeres comenzaron a comer en silencio y él sólo tomó el tenedor y fijó sus ojos en Trilce nada más esperando.

¡Qué delicioso está esto!, exclamó Trilce, y él siguió viéndola impasible. De veras, no sé por cuál de los dos decidirme.

Por los dos, soltó Roberto.

Por un instante las miradas de los tres se cortocircuitaron. Roberto aprovechó la sacudida para abrir la segunda botella. Luego rellenó las tres copas y tomó el tenedor para ensayar un bocado, mientras seguía viendo cómo las dos mujeres se deleita-

ban. Trilce fue la primera en terminar y al instante Roberto se levantó para servirle un poco más.

Convencida ya de que a Roberto lo mejor era seguirle la corriente, Trilce le tendió el plato. Roberto le sirvió y al regresárselo tropezó con la copa de Trilce y la rompió. Dijo mierda y salió hacia la cocina. Justo cuando las dos mujeres estaban tomándose de la mano, llegó la voz desde la cocina: Lo último que nos podría pasar sería tener que rogarle a un pinche indio zapatista en lugar de a un tecnócrata harvardiano prepotente y maricón. Celeste sonrió y Trilce meneó la cabeza.

¿Me oyen?, volvió a decir.

Sí, te oímos, dijo Trilce.

Antes que ver a otro Eufemio Zapata sentado en la silla presidencial, prefiero que nos anexen los gringos.

Bueno, añadió Trilce, al menos Chiapas dejaría de ocupar los primeros lugares en explotación y miseria.

Y sobre todo dejarían de venir todos esos italianos y franceses babosos a autoflagelarse con su complejo de culpa...

¿Y españoles no?, contrapunteó Trilce cuando él ya venía con otra copa.

La separación de las manos entrelazadas de las mujeres sobre la mesa fue lo único que vio. Luego dijo: Yo, como el mejor Vasconcelos, soy hispanófilo a muerte.

Chico, no hay quién te entienda.

Cómo chingados no, y apartó aún más hacia el extremo de la mesa el cenicero donde Trilce había puesto los pedazos de la copa. Para mí es bien claro, añadió, sin todo lo que nos trajo España seguiríamos arrancándonos los corazones y comiéndonos las nalgas.

Las dos mujeres le celebraron la salida, y eso, que le celebrasen algo, era, a pesar de la solemnidad teatrera que asumía, la manera más sencilla de endulzarle el resquemor que no cesaba de corroerle el alma. Ya más seguro por el éxito evidente de la comida, comenzó a hablar del nuevo cine mexicano y de la propuesta de su amigo Eugenio Aguirre para transformar la novela policiaca que Roberto estaba escribiendo en un guión que tuviera como fondo el narcotráfico. El personaje seguía siendo

el mismo: un tipo duro que después de dedicarse a matar delincuentes se encontraba de pronto en una balacera de narcos en el aeropuerto de la ciudad de México. Varios muertos y rostros entrevistos, y por supuesto mucha intriga. Lo más interesante, siguió diciendo, es que el protagonista vive con dos mujeres: las dos se llevan muy bien y lo soportan porque lo necesitan, porque él es una garantía de protección en el mundo de violencia en que ellas viven. Y lo más curioso es que sólo una sabe que él es en realidad un asesino...

Todos tenemos dentro de nosotros un asesino, dijo Trilce.

Pero de qué están hablando, ¿eh?, protestó Celeste. Hasta ahora el reencuentro había transcurrido como uno de esos programas donde todo le salía tan bien que la gente incluso hablaba para felicitarla por la manera tan inteligente y natural que tenía de hacer comprensivas las cosas. Sin embargo, la sombra de Roberto podía oscurecerlo todo en un instante.

Lo que no sé todavía es si embarazar a la más cabrona, para que luego las dos se apendejen con el papel de madre, dijo Roberto y amarró los ojos en Trilce, y no le apartó la mirada hasta que se encaminó hacia la cocina.

Celeste volvió a extender su mano hacia Trilce y con el apretón las dos se miraron para sentirse en los ojos. Roberto masculló algo y al reaparecer con el pastel las sorprendió tomadas de las manos.

¿Qué decías?, le preguntó Trilce reacomodándose.

Que hasta es probable que la embarace con mellizos, así cada una tendrá su pinche juguete.

Trilce tomó el platito con la rebanada de pastel que Roberto le ofrecía y dijo con suficiencia: Yo pienso que si pretendes concederle cierta inteligencia a tus personajes femeninos, lo mejor que podrían hacer sería adoptar un niño o dos y luego hacer como se hace con los hombres: si la cosa resulta, bien; y si no resulta, pues a la calle y listo.

Joder con las tortolitas, dijo punzante.

Hasta lo que no comes te hace daño, replicó Celeste, y la agresividad del tono empezó a prender lumbre en la mirada de Roberto.

Animada por el desplante de Celeste, Trilce quiso ser aún más cortante: Es ridícula esa pose de creerte dueño y señor de todo.

¿De qué chingado todo me hablas?, respingó.

Del todo contrario a la nada en que te reflejas, dijo Trilce intentando distraer el arrebato.

¿No te das cuenta de que eres incapaz de compartir algo?

¡Carajo, y eres tú la que habla de compartir!

Espera, Roberto, no es por ahí, terció Celeste.

Él la puso en la mira y ella sintió el impacto del tremular de la ceja izquierda de Roberto como cuando oía la voz sentenciosa del dueño de la televisora.

¿Qué carajos se supone que debo hacer, quedarme a milal como el chinito mientras se tortean a mi chava?, escupió retador.

No, Roberto, escucha, por favor escucha, apeló Celeste.

Joder, cállate pinche viciosa, que tú, y la señaló acusadoramente con el índice, eres la menos indicada.

Ves, no dejas ni hablar. Sólo tú, tú Y siempre tú. Ya me cansé ¿sabes?, y en los ojos de Celeste brillaron por primera vez las lágrimas.

Hey, esperad un momento, ¿qué mierda es ésta? ¿Me vais a poner a mí en medio de vuestras patologías?

Como si las palabras de Trilce le hubieran activado algo, Roberto descolgó la máscara del coraje y simplemente dijo: ¿Quién quiere probar el mejor café de México?

Celeste, muy contrariada por la situación, ni siquiera habló. Trilce dijo que estaba bien así con el champán y el chocolate, y Roberto insistió. Trilce volvió a negarse y entonces Roberto forzó un tono rogoso que hizo que las dos mujeres, cruzando una mirada sutil, decidieran aceptar.

Mientras él servía el café en la cocina se acercó un par de veces a la puerta para asegurarse de que las dos mujeres seguían en su cuchicheo meloso. En la taza de Celeste puso dos píldoras y al echar otro par en la de Trilce dudó, y por último decidió dejarle caer otra más. Regresó y les puso las tazas enfrente. Las dos se relajaron y fue Celeste, sin pensarlo, la que tomó primero la taza y comenzó a sorber a golpecitos, como hacía todas las mañanas mientras charlaba con el productor del programa o con quien se aproximara a saludarla mientras esperaba la señal para salir al aire. Roberto hablaba de las cualidades del café, un

Coatepec súper seleccionado y etcétera, y Trilce probó un sorbo y luego dio otro y otro más y dijo que tenía un sabor excelente. Roberto le dijo que probara ahora con el pastel. Y ellas siguieron masticando y sorbiendo unos minutos, mientras él hablaba de las aportaciones de México al mundo, y que era el colmo que en Europa casi nadie supiese que el chocolate, los tomates y el tabaco fuesen productos genuinamente mexicanos. Hasta que Celeste le dijo si no se le iba a hacer tarde para la presentación del libro al que lo habían invitado esa noche. Él masculló que ya se iba, pero siguió hablando. Entonces Celeste se levantó y le dio un beso en la mejilla y le dijo que la comida había estado deliciosa; luego le tendió la mano a Trilce y le pidió que la acompañara a su recámara, pues quería darle un regalo que le había comprado. Trilce le dijo simplemente: ¡Abur!, y Roberto prendió otro cigarrillo y se quedó viendo cómo desaparecían tras la puerta de la recámara.

Estaban desnudas las dos, y Trilce veía las cosas a través de un mareo nauseante, como yendo y viniendo entre el aturdimiento y la claridad. Celeste había prendido la luz de la mesilla y en los chispazos de comprensión Trilce veía que en la forma como la miraba la amiga había algo más que asombro. Celeste la tomó de los hombros y la plantó frente al espejo del tocador que ella usaba para maquillarse. Trilce volteó a verse y por la manera como estaba escrito, con los dedos y con una caligrafía atropellada, tardó un buen rato buscándole sentido a aquel letrero rojo que tenía escrito sobre su piel justo entre el ombligo y el pubis. Por fin leyó: ¡Viva México!, y sintió que todo el entorno se incendiaba. Celeste estaba justo atrás de ella, cuerpo sobre cuerpo, y la cabeza de Trilce golpeó contra su barbilla con la sacudida.

¡Me cago mil veces en la puta madre que lo parió!, profirió Trilce mientras veía cómo una línea de sangre bajaba por la blancura de la pierna.

V

Cuando encontró en Valle-Inclán la frase "¡Ah, esos nuevos fenicios!", Trilce acababa de cumplir quince años. Le preguntó a su madre si aquello era un lamento o un insulto, y supo entonces que eran las dos cosas: estaba la grandeza de Tiro y Sidón, Tartesos y Cartago, y estaba también el afán de mercadeo y usura que el genial loco arousano les reclamaba. De Cartago sabía, por el culto amoroso de su madre hacia Aníbal, que había sido el centro de un esplendor igual que el de Roma, y que incluso había podido cambiar por completo el mapa histórico de Occidente... Luego supo que Cartago estaba en Túnez y justo quince años después escribió su libro sobre el Maghreb.

Tal vez de todo el norte africano que conocía, Túnez capital hubiera podido permanecer con la mayor fortuna en su memoria. Sin embargo, hubo un percance que la obligó a llegar al límite e impregnó para siempre el recuerdo de un regusto a violencia. El corresponsal del periódico en el norte de África -un sevillano enjuto y encimoso- había recibido un fax indicándole el motivo del viaje de Trilce; como lo firmaba el jefe de redacción, el periodista se tomó demasiado en serio la función de guía, lo que para Trilce llegó a suponer por momentos casi un asedio. No obstante, cuando Trilce entró un mediodía en el vestíbulo del hotelucho y le dieron la nota donde decía que el corresponsal había sido apuñalado, no dudó en hacer lo correcto.

El hospital donde lo habían ingresado estaba a las afueras y el taxista que la llevaba no le inspiraba la menor confianza. El

tumulto en torno a un cuerpo atropellado hizo que el auto se desviara y en vez de dejarla frente al hospital la dejó en su patio trasero. Trilce movió la cabeza en desaprobación cuando oyó la cantidad, y el rechazo hacia aquella máscara dientona que le sonreía con lascivia le impidió ser consciente de dónde había descendido. Era un cruce de calles sin aliento, todo polvoso y sucio; algunas casas parecían estar allí como parte de un decorado criminal que sólo esperaba la llegada de la víctima. Y la víctima esta vez era ella. Intentó con un trotecillo nervioso rodear la mole de cemento, pero no llegó ni a los cincuenta metros. Tres hombres jóvenes, con la misma catadura transgresora e igual impiedad que cualquiera de esos delincuentes sin remedio que se ven en las películas estadounidenses, le tapaban la salida. Sin pensarlo se dio la vuelta y fijó un largo pasillo que se adentraba en el edificio. Casi a brincos se metió en la penumbra que producía el sol de Túnez a esa hora del día y corrió hasta que descubrió al fondo una doble puerta de metal y vidrio tras la que cruzaban un par de afanadoras en desentendido parloteo. Frenó la carrera y vio que dos venían ahora adelante a paso más rápido que el de atrás, que parecía rezagarse a propósito. Volvió a encarrerarse y antes de empujar volteó de nuevo y calculó que ya estaban a menos de treinta metros. Los dos de adelante asentaron el paso y le sonrieron. Trilce empujó con fuerza una puerta y luego sacudió las dos. Al no lograr abrirla, vislumbró por la derecha un cubo de luz que daba a un patio tres o cuatro metros más abajo. Cuando les vio las caras por última vez estaban a diez metros de ella, abriéndose ya para el ataque. ¡Virgen Santísima de los Dolores, ayúdame!, clamó desde lo más profundo de su ser, y arremetió con tal fuerza que hizo saltar la cerradura y al ir a caer contra la pared del pasillo ni oyó el clinquineo de los tornillos sobre el piso de baldosa ni percibió el asombro de las dos afanadoras que la miraban desde la entrada de la lavandería: sólo dejó que con la imagen de los tipos alejándose se fuera también el terror que la tenía paralizada en el piso.

Las afanadoras se acercaron a Trilce y miraron con el mismo asombro el mudo abandono del otro lado de la puerta violentada. Después oyeron el relato de Trilce y le dijeron que en ese

callejón ya habían cometido por lo menos diez violaciones; por último la llevaron a terapia intensiva, donde estaba el corresponsal aún inconsciente luego de la intervención quirúrgica, y Trilce estuvo allí, sentada y en total renuncia, aceptando que tal vez aquel vacío infinito que sentía era en realidad la muerte.

Pero ahora la habían ultrajado de la manera más estúpida y afrentosa, y ni los llamados a la calma de Celeste, que oyó los insultos y las amenazas de Trilce con una impotencia culpable, ni los destellos de lucidez que por momentos la hacían reparar en las consecuencias de los actos que pensaba ejecutar, lograban detener el ímpetu justiciero que le trepidaba en las entrañas. Jamás en su vida se había sentido tan humillada y nunca nadie había mancillado su orgullo de esa manera tan innoble. Así que pensó en toda clase de venganzas y siguió con mente sañuda la crueldad de los desenlaces. Encerrada en su habitación se negó a los llamados de Celeste y siguió rumiando los rencores hasta que cayó rendida.

Soñó puras incoherencias y amaneció dudando; pero el ardor seguía allí como la prueba más inocultable de una realidad que tenía la amarga consistencia de la infamia. Repasó varias veces las posibles respuestas y entró a ducharse sin hacer caso a la nota que Celeste le había echado por debajo de la puerta. Cuando media hora después salió del baño, Celeste trajinaba en la cocina. Trilce se encerró en su habitación y mientras se vestía no hizo caso a los toquecitos en la puerta. Luego salió decidida y ni siquiera volteó cuando Celeste le rogó que la escuchara unos minutos.

Primero habló a la oficina del periódico en la ciudad de México. Contestó una joven y le dijo que su jefe había ido a Madrid. El desánimo la puso a flotar en medio del bullicio de la plaza de Coyoacán a las diez de la mañana. Luego unas voces le llegaron por un costado y al ponerse a la defensiva vio que eran dos vagos astrosos y malolientes que le hacían gestos para que se sentara con ellos en la banca que ocupaban. Entonces recordó la vez que había estado en Sanborns con Celeste y decidió subir a desayunar. Cuando acabó ya había decidido la segunda opción. Fue a los teléfonos que estaban a la entrada de los baños y logró una cita para las doce en punto.

El primer taxi que paró lo conducía un tipo fornido, con la tez oscura y un bigote demasiado mexicano. El hombre se esforzó por abrirle la puerta del otro lado, pero Trilce soltó la manija y negó con la cabeza. Oyó sin entender mientras se alejaba unos pasos y esperó a que el auto arrancara. Estaba en la calle que divide la plaza por mitad y allí el tráfico se hacía lo suficientemente lento como para que Trilce pudiera elegir al conductor. Por fin le hizo señas a un hombre con el pelo casi blanco que con toda seguridad pasaba de los sesenta, y entró confiada.

Aquello era como un viaje pesadillesco a un futuro ya anunciado. Ya sabía que la contaminación hacía estragos en su organismo, pero la atmósfera de rosácea suciedad que ahora atravesaba era mucho más tóxica de lo que sus ojos y su garganta podían indicarle. Ella hizo una exclamación de fastidio y el taxista aprovechó la entrada:

Mire usted, aquí en esta ciudad está la verdadera simiente del hombre futuro. ¿Y sabe por qué? Pues porque el que sobrevive en esta ciudad más de diez años ya desarrolla un sistema inmunológico especial, y ese sistema, aunque usted no lo crea, se va pasando de padres a hijos, por eso es que nadie más que nosotros los mexicanos puede vivir aquí... El auto era un Volkswagen de los llamados ecológicos y Trilce, que venía justo atrás del conductor, comenzó a aflojarse ante el palabreo inofensivo. Esbozó una sonrisa y eso fue suficiente para que el hombre continuara: Pero no vaya usted a creer que esto sólo pasa aquí; le hablo también de Los Ángeles, Tokio, de todas las grandes ciudades del futuro, y en eso nosotros somos la mera vanguardia, casi somos como marcianos. Hoy con toda seguridad vamos a llegar a los trescientos puntos de ozono, ¿se imagina? Los especialistas Japoneses que vinieron aquí no podían creérselo, ¿y sabe qué dijeron?, que era porque comíamos mucho limón y chile, pero yo creo que la única explicación a tanto aguante es la raza, nuestra raza pues...

A pesar de la cháchara simplona del viejo, el trayecto a la Embajada de España se le hizo largo y por momentos crispante. Poco antes de cruzar Reforma, aprovechando la espera ante un semáforo en rojo, el taxista volteó hacia ella para ofrecerle un caramelo. Trilce había objetado el dolor de cabeza para cortar la

posibilidad al diálogo, y el taxista le ofrecía el dulce como remedio. Trilce lo agarró y comenzó a desenvolverlo. En el instante en que lo iba a introducir en la boca, encontró en el espejo interior la sonrisa ávida del viejo y fue como si un soplo electrizante pusiera la intención del viejo al descubierto. Lo envolvió de nuevo y se lo tendió justo cuando el auto arrancaba. El hombre evidenció la ofensa e insistió en que lo aceptara. Trilce que no, que en realidad no le apetecía, gracias; y el taxista porfió hasta que, por último, Trilce abrió el bolso y lo guardó. Y aquello fue como una lápida que aplastó el parloteo del viejo. La dejó frente a la embajada, le dijo el importe y lo recibió con gesto malhumorado. Ella dijo gracias, y él sólo desaprobó la actitud con un movimiento de cabeza. Miró el reloj en la entrada y comprobó que pasaban quince minutos de la hora de la cita.

Una vez, cuando analizaban la condición contrastante de Xavier de Bradomín -que atraía y rechazaba con el mismo deseo y la misma repugnancia-, la madre le había dicho que ése era un caso de personaje límite (muchos años después Trilce diría que más cerca de Des Esseintes que de Julien Sorel). ¿Y qué es un personaje límite?, preguntó Trilce. La madre cerró los ojos como solía hacer cuando buscaba la inspiración y dijo: Es aquel que ronda lo inverosímil, ¿entiendes?, como si fuera una invención que no puede existir más que en las palabras... Y ahora que entraba en ese trozo de patria en aquel infierno, tenía la sensación de que estaba siendo un personaje límite en alguna de esas novelas desquiciadas y fugaces, con la diferencia en contra de ser además una energía concitadora de beligerancias. Le pidieron una identificación y no sonrió. Después subió con una secretaria y no le quiso decir el motivo. Insistió en ver al embajador y la secretaria la condujo a desgana a un despacho y la dejó frente a una mujer que le pareció más digna y soportable. Trilce fue breve y desde el saludo mismo se convenció de que con aquella pobre mujer de cincuenta y pico de años de vivir complaciente no tenía el menor sentido hablar de literatura. Pero la funcionaria nada más cumplía órdenes, y las órdenes de don Felipe García Pardo de Cela y Bernalejo, excelentísimo señor embajador del Estado español en México, habían sido precisas: preguntar el motivo y después pasarla. Ante la

negativa de Trilce, la funcionaria descolgó el teléfono y bisbiseó unas palabras. Luego colgó y le pidió a Trilce que la acompañase.

El embajador la recibió gentilmente en la puerta y la hizo pasar a una de esas salas de maderas relucientes y retratos venerables. Estaba el del rey al fondo, justo arriba del sillón, y a la derecha el del presidente de gobierno en turno; en una esquina la presencia inevitable del lábaro patrio.

Era claro que el embajador perfilaba ya la edad del retiro; no obstante, la impecabilidad de la indumentaria y la lozanía de ánimo hablaban de un natural despierto y muy seguro de sí mismo. Justo el tipo de pretendiente que le encantaría a mi madre, pensó Trilce al ver la tonalidad marina de los ojos que rielaban bajo los finos lentes de oro. El poco pelo que tenía enmarcaba dignamente un cráneo de patricio que, como el rostro, evidenciaba el relumbre solar que sólo se adquiere en una playa.

Permítame decirle que su libro sobre el Maghreb me gustó mucho, dijo el embajador cuando ya los dos estuvieron sentados frente a frente.

¿Ah, sí?, canturreó Trilce con la misma displicencia.

A finales de los setenta me correspondió negociar con Marruecos los acuerdos saharahuis. Por supuesto que iba en calidad de asistente del señor ministro, dijo abriendo los brazos en ademán desentendido. Y como Trilce seguía mirándolo desde el rechazo, añadió: Qué cultura tan peculiar, ¿no cree? Nos es tan próxima y a la vez tan distinta.

Mucho peor que México, dijo Trilce.

Bueno, pemítame expresarle que México es un gran país; de hecho podríamos decir que es uno de los países con mayor perfil en el contexto global del nuevo siglo...

O sea, que le gusta México.

El embajador estaba un poco sorprendido por el extraño cariz del diálogo; sin embargo, tras más de tres años de lidiar con la diplomacia mexicana, era casi imposible que algo o alguien pudiera hacerle alterar sus modales.

Si he de serle franco no le diré que me gusta, sino que me fascina.

Todo lo que fascina tiene un lado repulsivo.

Sí, es posible que así sea. Aunque yo me arriesgaría a decir que en México hasta lo repulsivo tiene algo de fascinante.

Vaya, su esposa debe ser mexicana, ¿no?

De ninguna manera, es tan española como usted o yo, el embajador se hizo hacia adelante y cruzó las manos sobre la carpeta de cuero que estaba encima del escritorio. Tanta inquina debía tener una razón demasiado evidente. ¿La asaltaron, verdad?, dijo resignado.

Trilce retuvo la respiración y dejó que sus ojos sopesaran la respuesta. Cuando estuvo convencida de que aquel hombre era una exacta representación de lo políticamente correcto, decidió no salpicarlo estúpidamente con su veneno.

Me violaron, dijo en tono más bajo.

Los dos se quedaron inmóviles, ojo contra ojo y la misma gravedad de ánimo.

Caramba, de veras que lo lamento muchísimo. ¿Fue en la calle?

No, en la casa donde vivo.

Quiere decir que entraron violentamente y...

No, el hombre que me violó entró con su propia llave.

Entonces vivía con él…

No, es el amante de una amiga.

Caramba, ahora sí que me lo ha embrollado todo. ¿Podría ser más explícita, por favor?

Y cuando Trilce acabó de contar la mitad de la versión que le convenía, el embajador aflojó el crispamiento y se dejó caer de nuevo contra el respaldo.

Le ruego por favor que no vaya a malinterpretar la intención de mi pregunta, pero, ¿tiene usted una idea de la naturaleza tan delicada de las relaciones entre el Estado español y México?

Trilce negó con la cabeza, aunque lo que pensaba iba mucho más allá de la negación.

Ningún otro país iberoamericano, fíjese bien en lo que le digo, nos guarda tanto rencor. Y sin embargo, casi podría afirmar que a ningún otro país de Iberoamérica queremos tanto. México sigue siendo para los españoles una verdadera *terra incognita,* y los mexicanos lo saben y actúan en consecuencia. ¿Sabe cómo define el *Corominas* el término gachupín?: Peninsular ignorante de las cosas

de América. Si yo le contara a usted todas las ofensas y todos los desplantes que me han hecho, ¡y no sólo a mí, sino también a los ministros y presidentes del gobierno! La más reciente fue con la visita del rey. La cancillería mexicana me convocó para agendar las actividades de sus majestades; me citaron a las nueve de la mañana en Tlatelolco, y allí me tiene usted hasta las doce y media esperando mientras me daban excusas y más excusas, hasta que por último el subsecretario de relaciones exteriores me hace pasar, me saluda muy afectuosamente y se disculpa y me pone enfrente el programa oficial para que lo firme, ¡sin siquiera permitirme su lectura!

Trilce apartó la vista y se dio cuenta que desde la pared el rey la miraba con demasiada insistencia. Aquel fanático del protocolo acababa de señalarle el lugar común del desacuerdo, que México y España estaban separados por una brecha de quinientos años, y ahora el rey, con aquella mirada de excesiva tolerancia, parecía decirle que tanto orgullo sólo podía conducir a la derrota.

Esta nación es en realidad un universo bipolar, continuó el embajador, los indígenas de Oaxaca o Chiapas siguen en la misma pobreza de hace doscientos años, y en Ciudad de México, Monterrey o Guadalajara se encuentra usted con ricos tan o más ricos que cualquier europeo rico...

¿No pretenderá insinuar que mi violación es una especie de venganza histórica?, y en el deje irónico Trilce quiso insinuar el hartazgo que aquello empezaba a producirle.

No, no, el embajador levantó las palmas blanquísimas de las manos como si quisiera apartar el muro de incomprensión que lo separaba de Trilce. Lo que quiero decirle es que en México todo tiene su perfecta contraparte: se hacen nuevas leyes, pero enseguida se encuentra la manera de transgredirlas; si se firman acuerdos comerciales, al instante se descubren nuevas estrategias de piratería; si algo se celebra, con seguridad habrá también algo que lamentar...; pero para qué sigo, supongo que usted habrá leído con la misma admiración que yo ese libro maravilloso que es *El laberinto de la soledad...*

Señor embajador, en este país de mierda me violaron; y como se da la casualidad de que tengo pasaporte español, sólo le pido que se hagan respetar mis derechos...

Sí, por supuesto que para eso estamos aquí. Y le reitero lo mucho que lamento lo ocurrido. Pero si hacía referencia al libro de Octavio Paz no era por ninguna razón rimbombante, es que simple y llanamente allí está todo lo que el mexicano es y todo lo que arriesgamos los extranjeros -y no sólo los españoles, que conste- al venir a México. He de confesarle que yo personalmente he regalado decenas de ejemplares de ese libro, y que no son pocos los ministros y hombres de negocios españoles que me lo han agradecido…

Sí, de acuerdo, resopló Trilce. ¿Puede ayudarme o no?

¿Sabe? Creo que es usted una mujer donde la inteligencia y la belleza se prodigan de manera natural y armoniosa, aunque ahora, y permítame decírselo sin el menor asomo de ofensa, con ese furor melífico que destilan sus ojos es usted mucho más bella que inteligente.

Trilce fijó tras el reflejo acuoso de los lentes aquella sonrisa inalterable y exenta por completo de malicia y comprendió en el límite del estallido que lo mejor sería pensar en otra alternativa.

Como usted recordará, prosiguió el embajador, Paz considera que la raíz del trauma del mexicano reside en que es producto de una violación, ser hijo de una madre violada. El mexicano nace y crece en medio del culto a la violencia y la mayoría muere también de forma violenta. En fin, y para no hacerle a usted el cuento largo, podemos decir que en todo mexicano hay un violador esperando la ocasión para vengar la ofensa hecha a su madre.

Trilce se levantó y en dos pasos llegó hasta la esquina donde estaba la bandera. Tomó un extremo de la tela con desdén y dijo volteando hacia el embajador: ¿Cuánto cuesta al pueblo español mantener esto?

El embajador desordenó las mandíbulas y se estremeció. En la sonrisa rota y en la manera como echó la mano derecha sobre el escritorio parecía asomar un inicio de decepción.

Suponga usted que lográsemos llevar a ese hombre a juicio, dijo mirándola ahora con extrema seriedad. Si tiene dinero para pagar a un buen abogado o influencias poderosas en el gobierno, tendremos que llegar inevitablemente al escándalo. ¿Se imagina usted todo este conflicto aderezado al gusto de la prensa allá y acá?

Trilce soltó la bandera y el brazo cayó también sin vida. Para el embajador el atisbo fue como si le dijeran adelante.

Créame que estoy con usted en todo, y le doy mi palabra de caballero de que esto va a llegar hasta donde usted desee que llegue. Yo lo único que puedo sugerirle es que se siente y tratemos juntos de ver el asunto lo más claramente posible.

Trilce siguió el planeo de la mano hasta su asiento sin importarle lo que aquello significaba. Apenas unos meses atrás el solo pensamiento de que un hecho como ese quedara impune la sublevaba de raíz, y ahora empezaba a aceptar que lo sucedido no era lo peor que le podía haber ocurrido.

¿Ha oído usted hablar de los milagrosos amparos que los jueces corruptos conceden al vapor en México?, en el tono del embajador era evidente el afianzamiento. En este país el quehacer político no es otra cosa que cincuenta por ciento de astucia y otro cincuenta por ciento de delincuencia. ¿Por qué cree usted que los empresarios españoles son tan reacios a invertir en México? Pues porque le temen más a los funcionarios mexicanos que al narcotráfico o a la guerrilla. Yo diría que sólo otras dos cosas están tan arraigadas en el político mexicano como la corrupción: el delirio de autenticidad y la inviolabilidad absoluta de su soberanía...

Trilce recordó el caso de su propio editor, al que siempre le robaban los gerentes de su distribuidora en México. Para ella era más que claro que sólo un mexicano necio; de esos que gritaban los ayayays, podía negar que México tenía una faceta más infernal que el propio infierno. Sin embargo, había algo que estaba por encima de las aseveraciones del embajador y por encima también de su propio coraje: ¿por qué demonios atraía tanto un país tan turbulento?

Señor embajador, dijo Trilce aferrando con las manos el sólido borde del escritorio, ¿me permite hacerle una pregunta indiscreta?

Por supuesto que puede usted preguntar todo lo que desee, dijo el embajador como si la respuesta estuviese ya grabada.

¿En el tiempo que lleva en México no ha incurrido en ningún acto de corrupción?

¡Jamás, ni en México ni en ningún otro lado!, y el embajador se prendió con un fulgor de cruzada.

Vaya, eso me anima. ¿Qué me sugiere entonces?

Por lo que veo insiste usted en llegar hasta las últimas consecuencias.

Sí, dijo Trilce sin estar ya tan convencida.

Vamos a ver. Este hombre, por lo que usted me contó, entraba y salía de la casa cuando él quería, ¿no es así?

Trilce asintió con desgana, de seguir por allí el desenredo podría dejar al descubierto su relación íntima con Celeste y todo el embrollo que ello conllevaría.

Dígame nada más qué debemos hacer y punto, dijo cortante.

Comprenda usted que lo que no me diga a mí, tendrá que decírselo de todas maneras al abogado.

¿Qué necesitamos hacer para que lo aprehendan?, preguntó Trilce, mientras pensaba que una vez que metieran a Roberto en una de esas cárceles modelo mexicanas todo podría suceder.

Por supuesto que un testigo; sin alguien que testifique a su favor, el testimonio del individuo que la violó tendrá tanto crédito judicial como el suyo propio.

No aceptó la invitación a almorzar del embajador. En cuanto vio cómo la declaración de Celeste se perfilaba en su mente, dio las gracias y nada más se detuvo ante la secretaria para abrir el bolso y entregarle el caramelo; ni le quiso ver otra vez aquella cara de gallina histérica, sólo le tendió la mano porque estaba convencida de que con el caramelo quedaba atrás mucha mierda.

Celeste llegó veinticinco minutos después de Trilce. Venía toda de amarillo, saco y falda cortísima de lino que la hacían relucir como una alhaja de oro puro por dentro y por fuera. Trilce se había servido un tequila y estaba en su habitación tratando de llenar con sus desvaríos un par de hojas en el cuaderno. Celeste dio dos tímidos toquecitos y llenó de vida el marco de la puerta.

¡Holaaa!, dijo alargando la vocalización como un melodioso tintineo de metales.

Trilce apartó la vista y correspondió con un ¿Qué tal?, que parecía más pensado que dicho. Cuando una idea le crecía de golpe todo lo demás quedaba fijo como una fotografía. Sólo la idea, que iba creciendo más y más hasta que el mundo terminaba existiendo únicamente en razón de aquella idea. Y la idea, como toda idea, podía caerse con la misma rapidez con que había surgido y entonces no quedaba más que hacer crecer otra idea o enfrentar la resignación de la derrota. Y la derrota, para Trilce, era algo igual de indeseable que la muerte. Sin más espera, con la urgencia de la nueva idea convertida en mundo, le dijo a Celeste si estaría dispuesta a declarar a su favor como testigo. Y Celeste sintió que su sol interior se apagaba y que todo lo que había pasado en su corazón al ver cómo Trilce la veía no era más que otra proyección fallida de su deseo, de la necesidad que desde siempre habla tenido de que la estrecharan unos brazos mientras le caía del cielo una lluvia de besos. Le dijo que cómo creía que podía hacerle eso a Roberto, que ya le había prohibido la entrada a la casa y que estaba dispuesta a dejar de verlo para siempre, pero jamás traicionarlo de esa manera. Y Trilce brincó en su silla: Si no era más que una traición eso que había hecho con ellas. Que era diferente, dijo Celeste; declarar contra Roberto sería la peor ofensa que podía hacerle. ¿Y la que él nos hizo? Los ojos de las dos se encontraron por fin y las dos vieron que la salida no iba a ser fácil y sin consecuencias. Los dos cuerpos vibraban en la misma intención; eran los pensamientos los que se agolpaban exigiendo respuestas que podían ser definitivas. Está bien, dijo Celeste como si hablara con la cabeza asomando apenas desde un boquete de luz, me

comprometo a ayudarte a que nosotras le hagamos a él lo mismo. Trilce no habló; estaba viendo cómo pasaban en su mente las imágenes de la venganza, y no le gustó en lo más mínimo que el cuerpo del agravio tuviera que ser inevitablemente el de Roberto. No, no le interesaba para nada meterle un pepino a aquel culo rechupado, ya ni siquiera pensaba en castrarlo, ni en pagar para que algún matón lo violara; lo que ahora quería era que aquel vicioso hijo de puta pisara a como diera lugar la cárcel. Y así se lo remachó a Celeste. Tras un silencio de miradas suspendidas justo al borde de la caída, Celeste movió la cabeza y repitió que jamás traicionaría así a Roberto. Pero a mí sí, ¿verdad?, le lanzó con furia Trilce. La amiga se adelantó e intentó tomarle la mano para evitar que el llameo que ya notaba en las pupilas de Trilce no fuera a incendiar de manera irremediable los sentimientos. Trilce retiró la mano con brusquedad y le apuntó con el índice al centro del corazón. Y la disyuntiva sonó como un disparo: O traicionas a Roberto o me traicionas a mí.

VI

Había leído a Malcolm Lowry en un momento de su vida en que México sólo era literatura, películas de intelección casi imposible y música ranchera. Y ahora, en medio de la luz vivificante que se derramaba entre el follaje de los grandísimos laureles, encontraba aquella frase decisiva: "(Oaxaca) La palabra era como un corazón que se quebraba, un repentino repicar de campanas sofocadas en medio del vendaval". Maravillosa coincidencia, pensó mientras remiraba toda la página. ¿Por qué había de tener siempre el azar la última palabra? Es que no cabía otra explicación: encontrarse en un periódico de provincia con un artículo que se titulaba ni más ni menos que: "Lawrence y Lowry, la fascinación de lo cotidiano", y firmado por un tal Homero Torrenciales, que no podía ser más que un personaje escapado a destiempo de *El llano en llamas.*

Pero ahí estaba en aquella esplendorosa mañana, sentada frente al jardín más lleno de vida y colores que jamás había visto y releyendo una y otra vez frases que resonaban como las campanas de Lowry y que parecían anunciar que el descubrimiento de algo nuevo y hermoso todavía era posible. Abrió el cuaderno y escribió casi alborozada: Lawrence terminó en Oaxaca *La serpiente emplumada* (en realidad se llamaba *Quetzalcóatl,* pero el editor decidió cambiar el título por su traducción al castellano). Y Lowry inicia su obra magistral también en Oaxaca, trece años después. El mezcal como guía hacia el infierno: en Oaxaca, Lowry alcanzó el punto culminante de sus delirios. ¿Y qué otra cosa sino una pesadilla prodigiosa es *Bajo el volcán?*

Dejó de escribir y al instante se le ocurrió que lo mejor era o arrancar la hoja o quedarse con todo el periódico. Más tarde, al regresar al hotel con el periódico oculto en el bolso, comprendería que lo mejor hubiera sido comprarlo en el puesto que estaba justo en la contraesquina del hotel.

Así que después de una semana infernal (seis días en realidad) de nuevo las cosas parecían reacomodarse, como si de pronto la estampida de rencores y sinsabores cediera en su empuje ante la aparición de otra posibilidad, una disyuntiva que tan sólo dos días atrás -el tiempo justo que llevaba en la ciudad de Oaxaca- era inimaginable. Aunque, a decir verdad, la ofensa y todo lo que después había pasado serían muy difíciles de olvidar.

A la mierda las amistades, los esquemas y todo lo trascendental, pensaba y veía ahora aquel pulular de indígenas, turistas y mestizos, y trataba de imaginar las mismas visiones de Lawrence y Lowry más de medio siglo atrás, y no entendía ni encontraba razón alguna que le hiciera manifiesta aquella *maldad* que los dos escritores ingleses habían identificado con Oaxaca para siempre. La pregunta obligada era: ¿por qué veían sólo el mal? Volvió a buscar en la página: "Nunca olvidaré México, especialmente Oaxaca, por haberme matado... Y sin embargo mi novela *Quetzalcóatl* está más cerca de mi corazón que ninguna obra mía".

Se acordó que Paquita de Segovia, la portera del edificio donde vivía en Barcelona, solía decir: Cada uno, chiquilla, habla de acuerdo a como le fue en la feria. Así que mientras a ella Oaxaca le mostrase su lado luminoso, no podía rechazarla basándose sólo en las experiencias de otros escritores. Lo que importaba, una vez más, era la clara señal: Oaxaca la había salvado del abismo de rencor a donde la había arrastrado el hijo de puta de Roberto. Y allí, ahora, todo se movía hacia algún lado en una improductividad caótica y gozosa: pájaros negros y ruidosísimos, indígenas, turistas y comerciantes, olores, sabores, todo se movía pero con una parsimonia deleitosa que por momentos llegaba a transformarse en verdadero arte; nada que ver, en fin, con aquel "Van y vienen, mas siempre siguiendo el fatal designio", que Lawrence les endilgaba a los indios. Estos indígenas se veían tan risueños que hasta podía pensarse que

algún ingenioso traficante de opiniones estuviera montando todo el cuadro. Pero no, aquello era demasiado vivo y espontáneo aunque pareciera -por ejemplo ahora que pasaba frente a ella un grupo de indígenas istmeñas con lucimiento de colibríesque un director de telenovelas los mandara vestir de aquella forma para empujarlos después al escenario. En Oaxaca todo puede suceder, pensó y quedó dudando si sería un buen título para otro artículo. Y volvió a fijar la mirada en el periódico, sin anclar la atención, sólo para convencerse de que esa misma noche pasaría en limpio el artículo pendiente, y que mañana sin falta lo enviaría por fax. Sí, por lo menos uno a la quincena, se dijo reparando otra vez en aquel apellido que le sonaba a estremecimientos milenarios. Ya no tenía duda: en Oaxaca comenzaba un nuevo capítulo de su aventura.

De regreso al hotel se detuvo un instante en una papelería y compró cien hojas. Después encontró en la recepción a un tipo sonriente y le preguntó por la hija de la dueña, que era quien la había registrado. Se llamaba Tita y era una muchachota rubicunda y frontal, recién graduada de una carrera administrativa y con un vozarrón amistoso que dejaba entrever una vida muy agradecida con su destino. El hombre le dijo que no estaba y ella apartó la cabeza para buscar la máquina que viera ayer sobre el escritorio, adentro de la pequeña oficina que estaba al fondo de la recepción. Él le preguntó entonces si necesitaba algo y ella dijo que no, y enseguida corrigió para decirle que si le podía subir un café.

En realidad casi lo tenía acabado, faltaba hacerle una buena poda y darle los últimos retoques. Aunque esos artículos casi listos podían de pronto convertirse en un atolladero y para encontrarle salida había que emplear a fondo la imaginación y gastar a veces la misma energía que requeriría hacer uno nuevo.

Estuvo dos horas releyendo y corrigiendo, incluso el título, hasta que por último tomó una hoja en blanco y empezó a escribir el fax para el jefe de redacción del periódico.

> Juanjísimo de mi corazón: Aquí te mando este artículo que espero te guste tanto, como a mi trabajo y

voluntad (ni sudor ni lágrimas) me llevó hacerlo. Oaxaca es exactamente la antípoda de Comala; hay aquí tantos ruidos, colores, olores, sabores, ¡tanta vida!, que me resisto a creer que Lawrence y Lowry hayan encontrado en este fabuloso lugar el infierno. Bueno, debería decir su infierno, ¿no crees? Un beso de vida para ti y todos los que aún me recuerdan.

Chiapas: Turismo revolucionario
Trilce Vallejo Xunqueiras

Antes de que nos rebasara la marea turística, mucho antes, dicen que en las Ramblas sólo había prostitutas, emigrantes, estraperlistas y marineros. Hoy, el panorama es más sugestivo: únicamente se pueden ver turistas de todas partes. Dicen también que por acá, en Chiapas, había una naturaleza desbordante de vida y color, mucho más desbordante que la que vio en sueños el aduanero Rousseau, y que las etnias indígenas que allí vivían, en aquellos sempiternos humedales, no alcanzaron ni de lejos el esplendor de sus hermanos mayas de Palenque y Chichén Itzá. Hoy la deforestación ha reducido la selva a menos de una cuarta parte de lo que era hace apenas una década, y en los pueblecitos de nombres impronunciables sólo se ven turistas de todos lados.

Por supuesto que esta situación no puede durar, o a lo sumo durará lo que dure el interés por el subcomandante Marcos y los zapatistas; pero si el gobierno mexicano tuviera la inteligencia suficiente para darse cuenta del atractivo turístico que representa el conflicto de Chiapas, de seguro cambiaría su actual actitud xenófoba y aceptaría con júbilo la derrama extraordinaria que supone el gasto de ochocientos dólares por visitante.

De ser cierto aquello de que los viajes ilustran, la actual generación de españoles comprendidos entre

los quince y los veinticinco años va a ser una de las más ilustradas de nuestra desilustrada historia (tal vez la tercera, después de las generaciones de la Conquista y de la Emigración, que viajaron como locos, aunque con otros fines). Hay hoy día en Barcelona y Madrid más agencias de viajes que galerías de arte y librerías. Y esto, si hacemos caso de aquella frase de Valle-Inclán, de que un viaje enseña más que una biblioteca, no puede menos que congratularnos.

A nadie en su sano juicio se le puede ocurrir poner en duda que viajar es conocer. ¿No decía Melville que había tenido su Harvard y su Oxford a bordo de un ballenero? La cosa consiste entonces en escoger bien el cómo y el hacia dónde viajar, porque es obvio que no es lo mismo viajar en un paquete a Euro Disney que apuntarse vía internet en un *reality tour* al corazón de Chiapas.

Hay quienes viajan media vida y se encierran en un cuarto la otra media, como el propio Melville, o quienes sólo viajan alrededor de su escritorio, como Proust; y los hay también que sacan el mayor provecho de los viajes para terminar renegando de ellos, como Lévi-Strauss, el padre del estructuralismo antropológico, que dejó bien claro en *Tristes trópicos* que detestaba los viajes y a los viajeros. Y por último están los que viajan libres y despreocupados como flamingos en formación migratoria, sobrevolando la grandeza de unas páginas escritas para siempre por un hombre o una mujer (recordemos el caso fascinante y aún no superado de Alexandra David Neel) que jamás hubieran creído posible un viaje interactivo y programado a un territorio semisalvaje, por una cuota mínima de ochocientos dólares y que incluye todas las seguridades (al menos eso prometen).

Se cree que durante los dos primeros años del conflicto, más del ochenta por ciento de los universi-

tarios mexicanos eran prozapatistas, y que seguían las noticias con la misma pasión que sus madres las telenovelas y sus padres las grandes competiciones deportivas (sobre todo las estadounidenses). Hoy, tras una encuesta reciente hecha en la Universidad Iberoamericana (que puede considerarse la casa matriz donde se fabrican las nuevas generaciones de comunicólogos mexicanos), el interés por el zapatismo no pasa del trece por ciento.

Las cifras sobre Chiapas siguen siendo escalofriantes: más de las tres cuartas partes de los indígenas viven en condiciones de miseria, casi el ochenta por ciento son analfabetos y tiene el índice de mortalidad infantil y de insalubridad más alto de México; esto sin contar odios y resentimientos de todos los colores imaginables: indios hacia blancos y mestizos, blancos hacia indios, mestizos hacia indios y blancos; y así entre católicos y protestantes, progobiernistas y prozapatistas..., hasta llegar por último al propio odio intertribal que, como diría el muy viajado Savater, tal vez tenga su origen en la total carencia de una Ilustración a la francesa.

Lo cierto es que el conflicto de Chiapas ha perdido *rating* en México (aunque en el extranjero la visión sea otra). Y no es que a los jóvenes mexicanos ya no les guste el turismo revolucionario, sino que ahora se han descubierto de golpe tantos Chiapas que la sobreoferta es abrumadora: solamente en México, para no incluir a la Centroamérica recién arrasada por el Huracán Mitch, hay cincuenta y seis etnias esperando la llegada benefactora de ese novedoso turismo que no tiene el conocimiento como fin, sino el alivio de una conciencia autoculpable a fuerza de tanto consumo destructivo. Además, como nos ha pasado a nosotros en la gran España, la sociedad mexicana comienza ya a sospechar que todos los políticos -sean de izquierda, centro o derecha- son igual de embaucadores.

Ante la fuga de todo lo que de positivo podía tener el estado (capitales, empresas, clase media y alta, etc.), a Chiapas sólo parecen quedarle dos opciones igual de inverosímiles: que el gobierno, en vez de hostigar, promueva el turismo revolucionario (dicen que el mercado de Japón es de una potencialidad formidable), o que suba a veinte dólares el precio internacional del barril de petróleo, que, junto con las etnias indígenas, es la otra gran reserva que Chiapas tiene para exportar, y de sobra.

Como sea, y más después de todo lo que dije, no tendré más remedio que regalarme un *reality tour* a Chiapas.



Habló al periódico de Oaxaca, con una mujer, un hombre y después con otro hombre, Se llamaba Israel Chamartín y era el director. Se oía aún joven, vivaz y de fácil parloteo, y ella aceptó al cabo que la cita para hablar del asunto fuese en las propias oficinas del periódico.

Llegó puntual y el hombre ya estaba esperándola. La impronta era casi la misma que había imaginado: ni alto ni grueso, nariz y ojos indígenas aunque la tez más clara; en todo caso podía decirse que era el resultado de un mestizaje exitoso. El hombre fue desde el principio frontal, y eso hizo que Trilce aceptara la *tournée* y todas aquellas explicaciones (...rotativa en color maquilada en la India por una empresa germana, veinte mil impresiones por hora y sólo hay tres en toda Latinoamérica, etc.) como un paseo peripatético. Y aprovechaba los momentos en que el director se daba un respiro, para sonsacarle algunas confidencias sobre el personaje que había motivado la visita. Cuando por último pasaron a la oficina del director, Trilce ya había confirmado que Homero Torrenciales era un verdadero personaje de novela.

El director insistió en el talento indudable de Homero y también en su vida, para muchos un verdadero desperdicio, y la

previno con una frase que ya no sería fácil de olvidar: En Oaxaca usted jamás se despreocupe.

Y no se despreocupó. Regresó al hotel y volvió a agradecer que todas las paredes estuvieran llenas de cuadros. Ya en su cuarto pidió línea y le habló a Celeste. Al contestar la grabadora, sólo dijo: Ojalá recuperes tu libertad. Después empezó una rumia especulativa que duró varias horas. Por último intentó hablar con el periodista, y al no contestar nadie la llamada decidió salir a cenar algo ligero en el Bar Jardín.

Con dificultad logró que la mesera, que ya la conocía por haberla atendido un par de veces, accediera a darle la única mesa que estaba libre y que supuestamente servía para que las meseras descansaran mientras no las solicitaba la clientela. Pidió de una vez una cerveza fría y una ensalada con tres quesadillas y salsa roja casera. Luego simplemente se puso a observar. Era increíble la cantidad de turistas que allí se encontraban, a todas horas, desde las siete de la mañana hasta la una o dos de la madrugada. Sin parar, le había dicho la mesera. No menos de doscientas personas ocupaban los asientos: salían un par de antropólogos franceses o alemanes y enseguida ocupaban la mesa un matrimonio de profesores de Harvard con sus hijos o una pareja de diseñadores italianos que acababan de llegar de Mitla y traían aún en el rostro el deslumbre del grequerío, verdadero derroche de matemáticas y arte. Estaba por asegurar que éste era el mejor turismo que había visto, y aunque todo el turismo llevase pegado a su piel una leyenda profanante, no dejaba de reconocer que allí ella también se sentía muy a gusto, como todos los que ahora entraban y salían de la enorme plaza de cantera verde con aquel pasear deleitoso que ya no se parecía en nada al ir y venir demencial que tanto impresionara a Lawrence. Sólo un detalle tal vez: las viudas, con toda su prole, de los supuestos guerrilleros del EPR asesinados por el ejército en los Loxichas. Estaban instaladas frente al palacio de gobierno trabajando en sus artesanías y allí también cocinaban y dormían. Los turistas se daban gusto con las cámaras y a nadie se le ocurría pensar que aquel bullicio festivero era sólo la otra cara de la tragedia. Al fondo de los portales tocaba una marimba Y aquello

era sencillamente extraordinario, como les decía en la mesa de al lado una norteamericana a sus dos acompañantes.

Extrajo del bolso el cuaderno de notas y escribió: En Oaxaca el tiempo se hizo espacio, todo parece coexistir desde siempre y para siempre. Luego lo cerró y volvió al acecho. A dos mesas de donde ella estaba, un grupo de hombres discutía y su atención se fue de largo. Bastante de donde escoger, estaba diciéndose cuando oyó como un restallido el nombre de Camilo José Cela. Te digo que es un pendejo, dijo la misma voz. Sí, ni pinche idea de lo que estaba escribiendo, dijo otro. De saber, sabía, pero el cabrón se hizo pendejo. Y ahora Trilce pudo ver más claramente la cabeza del que acababa de hablar: el pelo oscuro y esponjado, como un ramo de flores que hubiera estado sin agua por más de una semana, cara enroscada y sotabarba raleosa, y en medio unos lentes muy gruesos desde cuyo fondo parecía mirar una especie de tortuga en extinción. Imagínate nomás que Carlos Fuentes fuera allá y dijera lo mismo de su reina, volvió a hablar el primero. Puta, lo queman vivo los cabrones, añadió el otro. Y lo que más me chinga es que el muy pendejo sólo habla por hablar, repuso el primero, ¿o lo vio alguien por Huautla? Ni madres, dijo el tercero al tiempo que barría con manotazos categóricos el aire estacionado al frente, a unos centímetros apenas de los vasos. El que primero había hablado dedicó toda su atención a apartar los vasos. La imagen que más sugería era la de algún animal marino, una masa imponente forjada al calor de todos los soles. Trilce sólo deseaba una cosa ahora: saber de qué mierda estaban hablando. Sintió una ligera sacudida en el bolso, como si algo buscara reacomodo, y no hizo caso. ¿Qué barbaridad había hecho don Camilo ahora? ¡Y al parecer aquí, en Oaxaca! El del plumero en la cabeza dijo algo; hablaba a borbotones, disparando las palabras entre los labios, y Trilce no entendió. Al cabo sólo pudo oír otra vez al grandote: Pues igual con Richard Ford, maestro, ¿de qué chingados sirvieron Lawrence y Lowry? ¿Richard Ford?, se preguntó Trilce y volvió a sentir unos tironcitos. ¿El escritor estadounidense Richard Ford, que Paola de Font de Riba idolatraba? Y de pronto un nuevo tirón hizo que mirara hacia abajo y lo primero que vio fue el bracito meti-

do en su bolso, después la cabeza rapada y cicatricienta y la sonrisa mocosa que cambió en el instante en que ella aferró el bolso con medio bracito adentro. Y entonces, al no poder zafarlo, el niño gritó: ¡Mai! Trilce le aprisionó aún con más fuerza el brazo y el niño gritó más: ¡Mai! ¡Mai! De inmediato se concentró allí la atención de las mesas vecinas. Vaya, vaya, dijo Trilce aflojando el amarre. El niño quiso salir pero una mesera le cerró el paso. De nuevo gritó ¡Mai!, y luego unos quejidos en su idioma. ¿Por qué robas, eh? Anda, no te voy a hacer nada, ¿dónde está tu madre?, le preguntó Trilce adaptando el tono al interés de la concurrencia. Una cabeza apareció por una esquina y después una mano y luego otra que fue a posarse sobre el hombro del niño. Sería como unos cinco años mayor que el primero, con la máscara maliciosa que se va forjando en años de miserable callejeo. Dijo algo en su idioma y el pequeño sólo se quejó. Luego la mesera los enfrentó: Ya les dije que aquí, e hizo énfasis apuntando con el dedo hacia el suelo, no quiero que hagan eso. Tenemos hambre, dijo el niño mayor. ¡Hambre, hijo de la chingada!, retumbó la voz del grandullón de la otra mesa, que se había acercado en un par de trancos. ¿Por qué robáis, eh?, ¿No tenéis padres o qué?, añadió Trilce. Ahí viven, dijo el grandote señalando hacia el campamento de las viudas. Y enseguida volvió a enfrentar a los niños: Cabrones, son peor que perros, los dejan andar a su gusto, cagando entre los matorrales y meándose donde les pega, les dan de comer, les dan ropa y todavía tienen que andar chingando a los turistas. Ya verán, cabrones desagradecidos, cuando los lleven pal otro lado y les quiten un riñoncito o un ojito. Los niños retrocedieron poco a poco y se perdieron en el jardín. El tipo volteó hacia Trilce y, tendiendo las palmas de las manos hacia abajo, le preguntó si todo estaba bien. Trilce le respondió que sí y le dio las gracias, y el tipo se retiró haciendo una ligera inclinación de cabeza. Después, mientras cenaba, Trilce supuso que las risas que le ofrecían desde la mesa eran algo inevitable. Vio que bebían mezcal y no quiso preocuparse. Pidió la cuenta y regresó al hotel.

A las nueve y diez del día siguiente marcó de nuevo el número. Tras dos llamadas contestó la voz de una mujer, ríspida, más

ladrido que queja: ¡Diga! Disculpe, ¿estará por casa el periodista Homero Torrenciales?, y por el silencio Trilce comprendió que del otro lado creían que hablaba un marciano. Y le colgaron.

Volvió a marcar y al oír la misma voz dijo que era para un periódico de España, tal vez una entrevista y eso... La mujer borboteó unas palabras. ¿Cómo dice?, Trilce estaba ahora medio desconcertada. Que cuando agarra la putez ya ni aparece. Trilce le dio el teléfono del hotel y su número de cuarto, y que le dijera que le hablara, que ella iba a estar por lo menos toda la semana. Sólo oyó un gruñido a manera de afirmación, y Trilce pensó que ya no podía hacer más que darle las gracias; luego colgó.

Fue a mandar el fax y después empleó el resto de la mañana en visitar el ex convento de Santo Domingo. Le recordó muchísimo la vez que había estado en Salamanca, invitada para dar una charla en la Facultad de Filología, y la hospedaron en el Colegio Fonseca: la misma sensación ante aquellos espacios sobrios y sabios -uno en cantera amarilla, otro en cantera verde-, pero Oaxaca era sin duda mucho más bella y también más mágica.

Después de comer regresó al hotel a descansar y se encontró con el primer recado: Me han dicho que quiere verme, hoy estaré por la noche en la terraza del Bar Jardín, cerca de la marimba. Soy feo, chaparro y tengo el pelo como una escoba; ah, y además uso lentes con cristales de fondo de botella. Pero si duda, pregúntele a cualquier mesera. Homero Torrenciales.



Venía descansada, con una descansadez fluida como el vuelo de un pelícano y que le recordaba los mejores momentos de su vida, remansos de libertad en medio de aquella seguridad obsesiva que la madre había extendido en torno a ella hasta el momento justo del primer premio. Descansadamente liberada, sin ver la negatividad que siempre buscaba, nada más dejando brincotear por la sangre las nuevas sensaciones, sin dejar de pensar ni por un instante que la otra cara de esta calzada de Santo Domingo por la que ahora caminaba, y colmada tal vez en exceso de galerías de arte, tiendas de artesanías y platerías, pudiera ser la marea estruendosa de las Ramblas.

Qué pena, pensó ya a la vista de los inmensos laureles, lástima que Valle-Inclán no hubiera consumado su deseo de conocer Oaxaca. Él, mejor que nadie, entendería el encanto de aquellos reflejos multicolores que el espejo cóncavo de la razón regresaba deformados. Demasiadas luces tal vez, demasiados contrastes, pero es que aquello era lo que tenía que ser: una fiesta, y en una fiesta todos los excesos son permitidos.

Vio al acercarse que no había mesas libres. Era la hora punta de la noche y todos los turistas que estaban en Oaxaca querían estar allí, y los que no podían simplemente se dedicaban a dar vueltas al jardín, perdiéndose entre el pulular de los representantes de las dieciséis etnias oaxaqueñas y todo tipo de delincuencias controladas. Y eso fue lo que ella, acosada por tantas miradas, se dispuso a hacer luego de acercarse a su mesera favorita y pedirle que le apartase la primera mesa que quedara libre. Pero a mitad del parque pensó que mejor sería preguntar por él, probablemente fuera bastante conocido. La mesera estaba esperando que le pagaran una cuenta; eran cuatro hombres rubios, jóvenes e inflados y jugaban con ella en un spanglish más horrísono que el de los chicanos. Trilce esperó a que notara su presencia y después le preguntó si conocía a Homero Torrenciales. La muchacha se echó hacia atrás y le señaló una mesa en la parte periférica de la terraza. La ocupaban el moreno corpulento y el de lentes con pelo de lechuga que recordaba de anoche, cuando hablaban sobre Cela. Al instante supo que aquél no podía ser otro que Homero Torrenciales. Se acercó a la mesa y dijo el nombre. Después la invitaron a que se sentara y le dijeron si quería un mezcal. Augusto Mares, se llamaba el otro -el mejor poeta oaxaqueño según palabras de Homero Torrenciales- que la miraba con la astucia y el deseo de un gran depredador tropical, aunque el par de intervenciones que había tenido fueran fáciles celebraciones de las dos puntillas que Trilce le había asestado a Homero. La primera fue al responderle Trilce a su pregunta diciéndole que no era ni española ni catalana; el otro insistió en preguntarle qué era entonces, y ella simplemente dijo que no era nada. Pero la segunda fue tajante, Homero trató de superar el tropezón preguntándole dónde residía habitualmente, y ella le dijo

que en Barcelona. Homero quiso saber en dónde exactamente en Barcelona, y ella dijo que frente al monumento a Colón, en las Ramblas. Bellísimo lugar, con todas esas callecitas de piedra, dijo él. Y Trilce lo miró desafiante: No sé qué puede tener de bello un laberinto de piedra fría lleno de orines y cagadas de perro. Homero se sacudió en la silla y por la forma cómo abrió los ojos al fondo de los gruesos vidrios podía saberse que no fingía, podía ser todo lo que le habían dicho y más, pero este hombre era incapaz de hacer mal por naturaleza, de esos seres que se adaptan a cualquier situación y sobreviven a todas las derrotas.

Probó el mezcal y le gustó. Hablaban sólo de lo que ella quería, lo que a ella le interesaba preguntar, y era Homero el que más cosas decía, mientras Augusto se echaba hacia atrás en la silla y oía y asentía con la cabeza y se reía en explosiones, inflándose como un pez globo y con una energía que era capaz de todo al desbordarse. Homero sutilmente pidió otros mezcales. Ya los traían servidos de adentro, pero eran de etiqueta, es decir, de los homologados y sujetos a la nueva ley puesta en vigor desde que en Europa le había sido concedida al mezcal oaxaqueño la denominación de origen; y aquello no era muy fuerte, en todo caso no raspaba y el regusto no era bronco ni artificioso. Sol envasado del trópico, fue lo que a Trilce se le ocurrió al arranque de la segunda ronda.

Estaba increíblemente a gusto con estos personajes. En su cuaderno había escrito ya un par de notas y veía segundo a segundo cómo sus artículos periodísticos empezaban a perfilar un proyecto de novela. Después, como siempre sucedía, le preguntaron la razón de su nombre y les dijo que era lo único que le debía a su padre. Enseguida, para evitar más intimidades, les preguntó de qué hablaban ayer sobre Cela, y fue Homero el que la puso al tanto: Había hecho una ópera donde tildaba a María Sabina, la chamana mazateca, de puta y traidora. Luego, entre sarcástico y consecuentador, añadió que tal vez ése era el lenguaje natural de Cela para referirse a todas las mujeres. Y entonces, igual que un golpe de mar, Augusto se dejó venir con toda su furia:

¡No, maestro! Ese pendejo profanó lo más sagrado de un pueblo, el sentimiento de pertenencia de los huautlecos, ni más ni menos.

Homero trató de darle el frente: Entiende que sólo es literatura...

No, es mucho más que eso. Estamos hablando del corazón de un pueblo, de lo que no se va ni con la lluvia ni con el viento...

Sí, cabrón, pues entonces que lo chinguen como a Salman Rushdie.

Augusto detuvo el gesto con el dedo índice al frente, como si comprendiera que iba a necesitar mucho más que la simple escenificación del desacuerdo. Volteó ceremoniosamente hacia Trilce y su cara pareció oscurecerse más al llenársele de presagios la mirada:

Yo sólo le digo una cosa, maestra: un mexicano es capaz de matar si le ofenden a la Virgen de Guadalupe, y para los huautlecos María Sabina es igual de santa...

A Trilce la tranquilizaba que, al contrario de Homero que era capaz de tutear al papa, Augusto la trataba con aquel deje de respeto que ella debía mantener a ultranza. Todo estaba muy bien, tal vez demasiado bien para seguir durando, pero ella no iba a dar el primer paso hacia el encontronazo, y dejó que fuera Homero el que respondiera casi con la réplica que ella estaba pensando.

También Mahoma es sagrado para los musulmanes.

Sí, y el papa para los pendejos, remachó Augusto destensándose otra vez sobre el asiento. Para Trilce aquel arranque había sido como un disparo aunque fallido, pero el que dispara una vez es casi seguro que volverá a hacerlo.

¿A poco crees que el cabrón de Rushdie no sabía lo que hacía?, lanzó Homero.

Maestro, por eso estamos como estamos, ¿no acaba de decir Fidel Castro que los niños mexicanos conocen más a Mickey Mouse que a Benito Juárez?

Bueno, eso también sucede en España, terció Trilce.

De acuerdo, dejemos a un lado la chingadera de la condena a muerte, dijo Augusto reavivándose, pero ¿no se le debe poner ningún límite ético a esos pendejos escandalosos?

La ética nos implica a todos, la creación es cosa nada más de uno mismo ¿sabes quién dijo eso?, y la sonrisa de cabecita totonaca que puso Homero no podía ser más ofertosa.

Me vale madres. Para mí, maestro, un pueblo -y quiéranlo o no los escritores todos somos parte del pueblo- que no respeta los valores que le dan su carácter como tal, no puede más que entrar en retroceso...

Como los gringos, cortó Homero y levantó su copa sólo para comprobar que ya no tenía alma.

Bueno, yo creo que no se puede hablar así tan a la ligera, terció Trilce. Aquí mismo hay bastantes estadounidenses que no son el típico turista...

¿Y cuál es el típico turista, maestra? , la interrumpió Augusto.

Jo, vaya pregunta..., pues aquel que anda buscando artesanías y admirando antiguallas para llenar un vacío inllenable, y ante el silencio los remiró espectante y después les soltó: ¿no creéis?

¿Y los que nomás vienen a encontrar lo que no tienen para negarlo?, reviró Augusto.

¿Cómo? ¿Qué quieres decir con eso?

El pendejo de Richard Ford, por ejemplo, dijo con desprecio.

¿El escritor estadounidense?

¿No has leído, maestra, lo que dice sobre Oaxaca?

No, ni idea, dijo a la defensiva. A decir verdad ella sólo había leído de Richard Ford la novela *El periodista deportivo* y el libro de relatos *Rock Springs,* y aunque no era de sus autores favoritos -lejos, muy lejos de Cormac McCarthy- le gustaban sus desplantes y su visión corrosiva de la anodina cotidianidad en que se había transformado el sueño estadounidense.

"Aquello era como Viet Nam o Los Ángeles, aunque incluso más decepcionante", y luego de citar con voz justiciera, Augusto se incendió: ¿Tú crees, maestra, que se puede decir eso de Oaxaca, hablar así nomás para creerte muy duro y muy superior? ¡A chingar a su madre!

Hablas como un pinche resentido, alegó con igual fuerza Homero. Augusto se había desinflado por un instante y Homero aprovechaba la ocasión. Ahora tenía fruncido el ceño y aunque la expresión no infundía ningún tipo de sensación peligrosa, no era difícil descubrir que tras aquel gesto teatrero había una dureza de cantera, la misma cantera verde que daba cuerpo al corazón de Oaxaca.

¿Has estado en Jackson, Mississippi, maestra?, le preguntó Augusto a Trilce, haciendo con obviedad a un lado el engatillamiento de Homero sobre la mesa.

No, qué va. Aunque puedo imaginármelo a través de Faulkner, respondió Trilce y sacudió los hombros igual que cuando se le encimaba algún entrevistador pelma.

¿Y crees que puede compararse esto con aquello?

¡Qué dices, nada más opuesto!

¿Y que aquello sea el cielo y esto el infierno?

Pero, ¿a qué viene todo este cuento?, dijo empezando ya a cansarse de este interrogatorio caprichoso. Homero levantó la mano buscando a la mesera y luego hizo un círculo para pedir otra ronda. Augusto continuó:

Lo que quiero decir, maestra, es que no podemos permitir que venga un pendejo de Jackson, Mississippi, a decirnos que Oaxaca es una mierda... ¡Mierda es su pinche libro!, y volvió a expandirse sobre el borde de la mesa.

Pura envidia, escupió Homero.

Me vale madre la envidia. ¿Conoces o no el libro, maestra?

TriIce movió con rapidez la cabeza, cada vez le gustaba menos la relación directa entre los mezcales y el tuteo de Augusto.

Aquí el maestro Torrenciales te lo puede prestar, tiene un ejemplar autografiado.

Ya no, dijo el otro negando con el plumero, como si quisiera barrer una basura incómoda. Irma me lo chingó..., pero lo vi en la librería del profe Ventura.

¿Te puedes imaginar todo esto, y Augusto alargó el brazo para abarcar el amplio jardín, como un zocalejo de indios sucios y mal vivientes, lleno de malos olores y policías y mierda por todos lados, y el ejército de indios analfabetas buscando guerrilleros también indios y analfabetas?

Cabrón, que eso fue a finales de los setenta.

Sí, cómo no, aquella era otra Oaxaca, pero el pendejo que escribía era el mismo. ¿Has olido alguna vez el perfume de las buganvillas, maestra?

Trilce buscó en la memoria y no encontró con qué responderIe.

Pues este pendejo es el único que ha logrado olerlas, o al menos las olió su personaje, que es igual de pendejo que él. Resulta, ¡qué cosa mamá!, que el rudo Harry Quinn va a una pelea de box clandestina y ve cómo de un golpe en la sien un púgil le hace saltar un ojo al otro. Pero no hay pedo, porque viene el entrenador y se lo vuelve a acomodar. Y como en México no hay ley, los soldados de los retenes golpean y violan a unas colegialas gringas, ¡qué barbaridad! Y allí mismo, afuera de la más horrible de todas las cárceles, se pueden conseguir todos los botones de peyote que quieras, ¡en Oaxaca, hágame el favor!, y todas las putas que quieras. Porque para ese pendejo México no es más que un país burdel, el lugar de todas las putas...

Homero no lo dejó terminar: Cabrón, Richard Ford escribió su novela sobre México, lo mismo que antes hicieron Lawrence, Lowry, Greene y tantos otros...

No, maestro, ni madres, *La última oportunidad,* es una mierda al lado de *Bajo el volcán* o *El poder y la gloria.*

Pero los tres ven lo mismo, cabrón, aunque unos más y otros menos.

¿Y qué ven?, preguntó Trilce. Empezaba a darse cuenta de que Homero y Augusto se toleraban como las dos caras de un mismo todo, y eso había hecho que se interesara más, que aquellos reclamos tribales le parecieran cada vez más *literaturizables.*

Lo que siempre ven los gringos en México, le dijo Homero.

Sí, pero qué ven, insistió Trilce.

Violencia, corrupción, suciedad, incultura, pobreza, todo eso que les enseñan a los niños gringos sobre los hispanos.

La mesera ahora era otra, tenía la nariz más ancha y también más caderas. Trilce no la sintió de su agrado y no esperó a que terminara de servir para pedirle la nota de consumo. Homero y Augusto respingaron a un tiempo. Trilce tenía ya el bolso en la mano y siguió hurgando hasta que extrajo la billetera. Pero Augusto insistió y apartó sutilmente con la palma de la mano la intención de Trilce y luego encaró a Homero y le hizo señas de que sacara el dinero. Homero echó mano a un bolsillo y luego al otro, y por fin extrajo un billete arrugado de cincuenta pesos.

Miró a Augusto y se lo arrojó enfrente: aquel gesto de desprendimiento era una clave, y los dos sabían que sin ese billete se esfumaba la oportunidad para atrapar más tarde a algún anfitrión. Trilce porfió en pagar y lo hizo con un énfasis que los dos amigos agradecieron, a pesar de los reclamos que hacían entre ellos, que era más simulacro que otra cosa. Aprovechando la docilidad ante el pago, Trilce les preguntó al momento de saldar la cuenta si no querían una última ronda. Y fue Homero el que enseguida dijo que sí, cómo no, que se lo agradecía de corazón, y que podía contar con él para lo que necesitara. Ella entre que oyó y no mientras le pagaba a la mesera con un billete de cien pesos. No le interesaban mayormente los monumentos y recorridos que hacían los turistas, sólo personajes, hombres y mujeres que pudieran someterse a todos los excesos creativos sin llegar a perder jamás su verosimilitud. Fue por eso que preguntó:

¿Y qué vale la pena de Oaxaca que no puedan ver los turistas?

Y Augusto volvió a inflarse: Maestra, escucha al oráculo de Jackson, Mississippi, que dice que las mejores cerámicas están en los pueblos más allá de Mitla, los mejores tejidos en las montañas cercanas a Teotitlán, el mejor mezcal en las fábricas aledañas a la ciudad, y en el mercado Juárez sólo se vende porquería.

Cabrón, ya deja al pinche gringo en paz, reclamó Homero.

De todo eso sólo me interesa lo del mezcal, dijo Trilce.

Maestra, aquí está su mero mero, y Augusto palmeó varias veces el hombro de Homero que le quedaba más próximo.

Cómo se cultiva, cuántas variedades hay, lo mágico y lo religioso, todo eso, ¿entiendes?

Era una casa de la Oaxaca señorial y campirana del porfiriato, con un enorme porche al frente y en mitad del patio una fuente, y alrededor, por todos lados, agaves, todos los verdes posibles entre el azul y el amarillo, y con la misma forma de lenguas espinudas que se abrían al sol rotundo de aquella mañana.

Mientras Trilce observaba el prodigio, Homero y Augusto se adelantaron para hablar con el hombre que estaba de pie en la entrada, bastante bien parecido y más fino en su vestir que la mayoría de los oaxaqueños que hasta ahora había visto.

Trilce los había tenido que esperar en el minúsculo vestíbulo del hotel casi una hora, y los huevos rancheros que había tomado en el desayuno le habían producido un efecto beligerante. Pero esa visión lo estaba cambiando todo. Por la geometría, el estado de las plantas, las etiquetas al pie de cada planta..., era evidente que la energía que sostenía todo aquello era excepcional en esa tierra. Se lo presentaron como el ingeniero José Antonio Rama, la máxima autoridad en agaves según el risueño Homero. Trilce traía memorizadas algunas preguntas con miras a un posible artículo; pero el ingeniero comenzó a hablar y hablar y Trilce apenas podía fijar algunos de los datos que el hombre soltaba con sorprendente facilidad: Hay en el mundo doscientas setenta y tres especies de la familia *agavaceae* y México tiene doscientas cinco de ellas, de las cuales ciento cincuenta y dos son endémicas. Los agaves y el maíz son las plantas más nobles y polifacéticas de todas las que ha domesticado el hombre. Tan sólo el maguey tiene cerca de cien usos... Trilce dudó y levantó la vista del cuaderno y el ingeniero le sonrió. Le pidió que le enumerara algunos... Para la alimentación como aguamiel, vinagre, azúcar, fructuosa, postre; y como vestuario, tejido en hilos, cordeles, costales, morrales, ceñidores, mantas, tapetes, mecapales, petates, hamacas, sombreros, redes; y también en la construcción y como ornato, y de uso religioso y agrícola... Trilce perdió la cuenta y le pidió que la esperara. Entonces el ingeniero se fue hacia el interior de la casa y volvió enseguida con un libro que le ofreció, mientras decía algo que Trilce no

llegó a entender, atenta como estaba a la radiantez del libro. Se llamaba *Mezcal: elixir de larga vida,* y era mucho más, en forma y contenido, de lo que Trilce necesitaba. Le dio las gracias sabiendo ya que ese día era especial. Miró a Homero y Augusto agradecida, pero era obvio que tras la tormenta de anoche -Augusto se había retirado a las tres de la mañana y Homero aún seguía sin dormir- empezaban a flotar a la deriva.

Con una cortesía empalagosa, clara herencia del afectamiento formal de la Colonia, el ingeniero los hizo pasar al interior de la casa y luego a una espaciosa sala cuya decoración hubiera sido la envidia de cualquier ecologista parisino. En el centro de una mesa, que había sido sin duda el portón de un establo o granero, el deslumbre de un ramillete de gardenias le llegó a Trilce apenas unos segundos antes que la plenitud del olor. Dijo: ¡Gardenias!, y Homero y Augusto se miraron y asintieron satisfechos: preferían mil veces esa faceta admirativa y agradecida que el halo de frialdad con que hasta ahora se habían topado. Entonces el ingeniero dijo que Oaxaca era la tierra de las gardenias y siguió hablando de cuántas clases, el cómo y cuándo de su floración, etc., y Homero y Augusto sólo asentían viendo los dos cómo Trilce escribía, y pensando los dos que aquellas pendejadas serían mucho mejor digeridas con un par de cervezas frías o unos mezcales. Sabían que el ingeniero era un hombre de tiempo, y que más pronto que tarde el Casete -que era como le llamaban- terminaría exasperando a Trilce. Le hablaba ahora de su pasión concursadora y le mostraba varios diplomas y trofeos que había conseguido (un subcampeonato nacional de oratoria, un premio en un conocido concurso televisivo, con el tema precisamente de los agaves, y de sus proyectos de libros), y Trilce se apartó de la vitrina mientras seguía oyendo tras de sí aquel parloteo interminable que parecía abarcarlo todo...

Ingeniero, el mezcal de tobalá, dijo Homero tras el codazo que le soltó Augusto.

Ah, sí, cómo no, dijo el ingeniero avivado por la sugerencia, y cambió de tema aunque con el mismo sonsonete: Si bien es cierto que el agave azul o *agave tequilana* es el más reconocido mundialmente, consumiéndose tan sólo en Norteamérica más de cincuenta millones de litros anuales, el más favorecido por la naturaleza de

todos los agaves es la variedad *tobalensis,* la que produce el mezcal más fuerte y con mejor sabor de todos los mezcales…

Es alucinante, le dijo Homero a Trilce, que garrapateaba con rapidez en su cuaderno.

Bueno, repuso el ingeniero, digamos que contiene ciertos alcaloides que todavía no se han clasificado. Pero desde luego que mezcalina no; ése es un error muy difundido. No, la mezcalina no está en ningún agave, sino en el cactus *lophophora williamsii,* mejor conocido como peyote. Lo que sucede es que el maguey del que hablamos sólo crece silvestre, o sea, que nace en plena feracidad y en lugares inhóspitos, de preferencia en barrancos y cañadas. No es pues una planta domesticada, y por supuesto tampoco lo son sus efectos, aunque desde luego...

Que lo pruebe, ingeniero, dijo con voz rasposa Augusto, señalando hacia otra vitrina llena de botellas: ocupaba toda una esquina y a través de los vidrios podían verse los colores de las etiquetas sobre los lomos de las botellas. El ingeniero se adelantó y extrajo una botella sin etiqueta. Tomó una copita y la llenó para Trilce.

Es muy temprano, ¿no?, dijo al ver la copa frente a ella.

El ingeniero sólo rió y esperó, hasta que por fin Trilce tomó la copita y le dio un sorbo. Quemaba ligeramente, apenas un chispazo en la garganta, pero tenía un sabor mucho más esencializado que cualquiera de los tequilas y mezcales que hasta ahora había tomado. Por atrás de Trilce, Homero le hizo una seña al ingeniero juntando dos dedos en una petición que sólo hacía en momentos como ése, cuando el reflujo del exceso festivo le mostraba el lado infernal de los mezcales. El ingeniero tomó otra copita vacía y la sostuvo mientras veía cómo Trilce apuraba de un trago el resto del mezcal. Luego dejó la copita sobre la mesa y extendió la botella hacia Trilce.

Ingeniero, los huipiles, muéstrele los huipiles, dijo Homero.

Sí, desde luego, los huipiles, mi pequeña y humilde colección de huipiles oaxaqueños, le dijo a Trilce, indicándole con la mano que sostenía la botella que pasara hacia un pasillo del interior.

Ingeniero, la botella, deje la botella, insistió Homero.

Vamos todos para adentro, dijo el ingeniero y se fue tras de Trilce.

¡Si serás retependejo!, le escupió Augusto a Homero.

Ahora, ante los más de cincuenta huipiles que llenaban las paredes y varias vitrinas de la estancia, ante aquella deslumbrante combinación de magia y arte, Trilce cerró el cuaderno y abrió la entrada a lo más íntimo de su goce, ese sentimiento intransferible que nace y muere con uno mismo y que jamás podrá ser reproducido por medios electrónicos.

Increíble, de veras, dijo recorriendo el entorno con una última mirada de asombro, mientras el ingeniero continuaba con el rumoreo de fondo sobre la microhistoria de aquellos huipiles que, al parecer, habían sido coleccionados durante más de treinta años por un periodista estadounidense amigo de Gordon Wasson.

Homero traía una copita en la mano y nada más esperaba el momento. Trilce no dijo nada cuando el ingeniero volvió a servirle mezcal. Homero se acercó con el brazo tendido, pero el ingeniero tapó de nuevo la botella y siguió dando explicaciones con la botella en la mano. Entonces Trilce esperó un desliz del ingeniero, que se adelantó para señalar en un mapa las diferentes regiones de los huipiles, y cambió su copa por la de Homero. Enseguida Augusto se acercó y dijo algo al amigo en tono cortante.

Poco a poco el discursear del ingeniero se había ido convirtiendo para Trilce en un eslabón más de su proyecto narrativo: aquel oaxaqueño, atípico en muchos aspectos, podría ficcionarse en un personaje singular. Tal vez un homosexual mexamericano (padre oaxaqueño y madre texana) que se había establecido en Oaxaca para exportar artesanías y mezcales; sí, eso podría ser: un exportador de curiosidades...

Afuera se oyó el golpe seco de la puerta de un auto y luego unos pasos seguros y derechos sobre el baldosado.

Permítame que le presente a mi señora esposa, dijo el ingeniero adelantándose. Y Trilce comprendió que aquel personaje que venía construyendo cambiaba de golpe, que o lo reconstruía por completo o ya no tendría valor literario.

La mujer era rubia y se sabía guapa y muy dueña de sus encantos. Trilce y ella se rechazaron al instante, desde el primer roce en que intercambiaron sensaciones.

El ingeniero había dejado la botella de tobalá sobre la mesa y Homero y Augusto se apuraron con un buen trago, como si ya supieran lo que aquello iba a durar y necesitaran subir más, mucho más, el burbujeo alocado de la sangre.

El ingeniero insistió en que se quedaran a comer, y su mujer lo miró entre sorpresa y rechazo. Trilce dijo entonces que tenían una cita justo a las tres, y el ingeniero miró primero a Augusto y luego a Homero, y los dos asintieron. Sí, con el maestro Toledo, remachó Homero.

Ah, vaya, pues ni modo. Salúdenme mucho al maestro de mi parte.

Sí, cómo no, ingeniero, pierda cuidado, apuntó Homero.

Y Trilce no tuvo más remedio que dejarse invitar a comer a sabiendas de que ella terminaría pagando. . .



Escribió un artículo sobre el mezcal, que tituló: El elixir de Lowry, y volvió a hablarle a Celeste y le dejó en la grabadora: Las cosas se hacen para que nos liberemos de ellas. A pesar de que sentía que todo iba bien, tan bien que casi había olvidado ya el motivo de su venida a Oaxaca, más de una vez en la intimidad de la noche había resentido la falta de Celeste; y no tanto el goce de su cuerpo, lo que en verdad echaba de menos eran aquellos momentos de pleno sinceramiento en que las dos se hablaban de corazón a corazón, en la justa complementación que reclamaba el gozoso entendimiento entre los cuerpos.

Se acostaba y levantaba cada vez más tarde. Pero aún así, tenía tiempo suficiente para escribir un par de horas diarias y preocuparse de la correspondencia y el cobro de las transferencias que desde Madrid le habían hecho a la oficina central de Banamex en Oaxaca. A partir de la comida, generalmente entre tres y cinco de la tarde, su tiempo lo solía compartir con los *oaxacos,* como les decía Augusto socarronamente a sus paisanos. Con él la relación era más precavida, su gran masa de animal marino transpiraba sexualidad -sobre todo las miradas a los escotes o ceñimientos con que Trilce realzaba su busto casi per-

fecto-, y en dos ocasiones había enseñado el cobre: primero al decirle a Trilce que el director de comunicación del gobierno del estado la invitaba a comer para conocerla, y al final nadie llegó y Trilce tuvo que pagar como siempre; y luego al llevar a Homero y Trilce a Mitla, y ya no regresar a recogerlos. Por eso Homero se fue ganando cada vez más la confianza de Trilce y en sus proyectos ya apenas incluían a Augusto y su viejo Volkswagen, y sólo lo veían por la noche, en la ronda mezcalera del Jardín, cuando a la mesa que ocupaban llegaba de paso toda la cultura viva de Oaxaca.

No obstante, Trilce comprendía muy bien que entre Homero y Augusto había una hermandad a prueba de infidelidades. Irma, que era la maestra de primaria con quien vivía Homero, tenía una hija de dieciséis años que había concebido en su primer matrimonio. La mujer, además del sueldo de maestra, era dueña de una dulcería en la escuela donde daba clases y con eso le alcanzaba para una vida digna. Lo poco que cobraba Homero de sus trabajos periodísticos, se lo encimaba a la beca estatal que siempre obtenía por ser el único postulante en el apartado de Letras Clásicas, y que en realidad Homero cubría con sus traducciones del zapoteco. De tres a cinco días a lo sumo, entre saldar deudas y beber a muerte, les duraba a los amigos el respiro. Después tenían que ingeniárselas para hacer que les creyeran, y en este renglón era Augusto el que más hablaba y convencía.

A diferencia de su amigo, cuyo anarquismo mezcalero y su ya mítica novela inconclusa sobre Malcolm Lowry todos celebraban, Augusto daba más motivos para ser atacado que aplaudido. Llevaba indudablemente la marca de fuego del poeta, y era además el único escritor oaxaqueño de su generación en haber publicado en una casa editora reconocida a nivel nacional. Su lado oscuro, más oscuro aún que sus ojos, era su condena como achichincle de un viejo político oaxaqueño que se las había ingeniado para ser reconocido como el emblema cultural del estado. Senador vitalicio, este patriarca oficialista tenía en Oaxaca una pequeña oficina para mandar información a los medios locales sobre sus visitas al estado o sus declaraciones sobre cualquier rareza del México profundo que algún periodista quisiera cono-

cer, confirmar o refutar. En esa oficina dormía Augusto hasta las doce o una de la tarde, cuando llegaba la joven que hacía de secretaria, moza de limpieza y amante de ocasión del poeta, cuando lo encontraba aún lo bastante borracho para tirarla sobre el saco de dormir y aplastarla con sus movimientos y resoplidos marinos. El dinero que le giraba mensualmente el senador, Augusto lo tenía que dividir en tres partes: una para la secretaria, otra para los dos hijos del segundo matrimonio con una enfermera juchiteca, y la tercera para sus propios gastos. Se entiende entonces que la llegada de Trilce fuese como una bendición para los dos amigos.

A Trilce le atraía cada vez más la personalidad antiheroica de Homero: era uno de esos escritores que ni siquiera competían, y a su agudeza para percibir el lado menos evidente de las cosas, esas facetas ocultas siempre tras lo masivo, se le aunaba su extrañísima ecuanimidad, el desapego total hacia todo lo que se doblegaba bajo el poder y el sexo.

Una noche, antes de que la mesa que ocupaban en el Bar Jardín empezara a ser recorrida por los habituales de la cultura, Trilce le preguntó qué era lo que esperaba de la vida. Homero nada más encogió los hombros y dijo que nada, y como Trilce lo mirara incrédula corrigió: Bueno sí, que no falte, y levantó el vasito del mezcal y se lo quedó viendo en silencio. Lo que Trilce intuyó en aquella mirada nada tenía que ver con rencor y muerte; era más bien como un enorme valle desértico sin la menor sombra de qué sospechar ni la más mínima esperanza de redención. Dime nada más una cosa, dijo Trilce tomando también su vaso y observando la línea que llegaba ligeramente abajo de la mitad, ¿es cierto que el mezcal mata la escritura? ¿Lo dices por ellos, por ti o por mí?, le devolvió Homero. ¿Quiénes son ellos? Pues Lawrence, Lowry... Lo digo por mí, pero quiero saberlo a través de ti. Yo no soy el indicado, de nada te serviría. Pero ¿por qué? Porque yo bebo mezcal desde antes de que escribiera las pendejadas que escribo. ¿Y por eso escribes tan poco? A mí me gusta muchísimo más beber que escribir. ¿Y entre beber y vivir? Es que yo no vivo, sólo bebo. Respóndeme con toda tu lucidez alcohólica, ¿tú concebirías *Bajo el volcán* sin la tiranía del mez-

cal sobre Lowry? ¿Quieres decir sin las transfiguraciones? ¿Cuáles transfiguraciones? El *delirium tremens,* las alucinaciones... Sí, por ejemplo, esas pesadillas de las que hablas en tu artículo, como ver a dos enormes tortugas volteadas aletear y sangrar hasta morir sobre el pavimento frente al hotel, o ver un zopilote balancearse sobre el lavabo del cuarto. Lowry, maestra, se dio cuenta enseguida de que México era un lugar idóneo para una muerte literaria. ¿Qué quieres decir con eso? Que Lowry, al igual que Ambrose Bierce y Hart Crane, ya sabía lo que buscaba, a eso vino..., y sí, ahora que lo pienso, el mezcal también fascina y aterra como la literatura. Cierta literatura, querrás decir. Bueno, la literatura que a mí me interesa, no la que se hace con premeditación, alevosía y ventaja, como un vil asesinato; yo creo que el gran mérito de *Bajo el volcán* es que nos hace mover sin tregua entre el absurdo y la condena, como si fuera *El proceso,* pero tropical. ¡Vaya extrapolación la tuya! No, creo que me estoy explicando mal. O quizá sea yo la que no te entiende. No, no, soy yo que imagino cosas raras. Para mí tal vez no lo sean. Cómo no ha de ser una pendejada imaginar que si Kafka bebiera mezcal hubiera escrito *Bajo el volcán* en vez de *El proceso.* Jo, vaya ocurrencia. Y cómo no ha de ser una pendejada imaginar que *Bajo el volcán* se escribió porque un inglés, fascinado y temeroso, dibujó bajo los efectos del mezcal en el mostrador de una cantina y con el líquido derramado un mapa de la Sierra Madre. ¿Y qué tiene que ver una cosa con la otra? Que ese mapa señaló a un espía y lo encarcelaron, ¿y sabes por orden de quién? Ni idea. Pues ni más ni menos que por orden de don Destino; recuerda nomás la carta de Lowry a James Stern donde le decía que al enchiquerarlo se rieron de sus escritos, que aquello sólo lo entendería un espía... ¿Entonces? Entonces a lo que iba: sin ese descenso al infierno de una cárcel oaxaqueña en 1937, tal vez *Bajo el volcán* sería simplemente igual que su segunda parte fallida, *Oscuro como la tumba...,* donde hay mucha intención y mucho esfuerzo, pero no hay destino, así de fácil...

Y así de fácil se dejó llevar: a la librería extraordinaria del profesor Ventura (tres pisos completos de toda la literatura que cabía imaginar y con las novedades españolas de mayor nivel),

donde encontró un ejemplar de la tercera reimpresión de su última novela y también uno de Font de Riba, y de casi todos los nuevos escritores ingleses y estadounidenses, entre los que escogió *Un hijo del circo* de John Irving, y *La última oportunidad* de Richard Ford; aunque el gran hallazgo fue *Oscuro como la tumba en la que yace mi amigo* de Lowry. Homero le presentó asimismo a muchos oaxaqueños que encontraban al paso, funcionarios, escritores, pintores, pero sólo con uno la encaprichó el destino, el maestro Francisco Toledo, que para todos los oaxaqueños y la mayoría de los mexicanos era el pintor más grande vivo. El maestro estaba subido en un andamio frente al gran muro de una escalera de piedra, y hacía en el muro empastaduras de láminas de mica en misteriosos contrastes, y sólo miró hacia abajo y movió la cabeza y sonrió, unos dientes blanquísimos en medio de la negrura del pelambre y el bigote. El edificio era una espléndida construcción colonial de cantera verde y el maestro lo había comprado para erigir allí el Museo de Arte Moderno de Oaxaca. Y fue en una de sus salas donde Trilce pudo ver una muestra del talento impar del ya mítico pintor zapoteca. De inmediato pensó en un artículo, pero en cuanto empezó a perfilarlo se dio cuenta de que aquella profusión de diseños y colores formando seres míticos que parecían recién salidos de las entrañas de la tierra, jamás podrían ser captados a través de palabras. Pensó entonces en una entrevista y se lo comentó a Homero, que seguía tras ella sólo para confirmar las exclamaciones, y le respondió con un no tan rotundo que Trilce por primera vez dejó de observar las pinturas para encararlo: ¿Por qué no? Porque el maestro no habla, sólo pinta. Y Trilce regresó a los cuadros. De entre todos uno excepcional: el cuerpo desnudo de una mujer acosado por cientos de peces-pene; el concepto, el color, la magia, la textura, algo en verdad extraordinario. Más satisfecho por la respuesta de Trilce de lo que había supuesto, Homero empezó a hablar de la vida y la obra de aquel pintor que Trilce hasta ahora jamás había oído nombrar.

Fue justo al día siguiente de este descubrimiento que la hizo llenar casi tres páginas del cuaderno, que Homero llegó con un mantoncito de hojas y se las puso sobre la mesa. Ella tomó ense-

guida la primera hoja y leyó: *Más allá de Tilmango;* y un poco más abajo: por Homero Torrenciales. Y fue tal el encanto de la sorpresa, que allí mismo empezó a leer, mientras Homero, con la mano en alto buscando alguna atención, remiraba de soslayo los efectos en el espejear gozoso de los ojos de Trilce.

¡Júrame que todo esto es cierto!, exclamó al término Trilce.

No, dijo Homero con recelo, no vayan a correrme de mi tierra como le pasó al maestro Rulfo.

Nada más dime una cosa, sólo una: ¿existe o no ese fantástico pez-pito?

Pues claro que existe.

¿Me lo juras?

Yo mismo lo comí.

No, no me lo puedo creer, y pensaba al decirlo en el carnaval que se armaría en la redacción del periódico. Homero, como si estuviera viendo lo mismo que ella veía, subió la voz:

Mira, qué te parece si te invito a ir para que lo veas tú misma, así de fácil, maestra.

¿A Tilmango?

VII

Acordaron que pasaría por ella al vestíbulo del hotel. Tomarían el autobús de las ocho de la mañana hacia la sierra, pues Homero sostenía que si tenían suerte con las mulas podrían llegar al anochecer de ese mismo día.

Trilce había comprado un saco de dormir y una mochilita para el viaje, y Tita, la hija de la dueña del hotel, se había ofrecido a guardarle la maleta hasta que regresara. A las nueve empezó a impacientarse. El mozo y la chica de la recepción la miraban y le sonreían, y Trilce apartaba la mirada hacia los cuadros -entre todos una diosa del maguey, con los brazos abiertos y derramando de sus manos el divino líquido, pintada con extraordinaria fuerza y colorido- para evitar aquella imagen frustrada, su propia imagen reflejada en las sonrisas cada vez más forzadas de los empleados. A las diez recogió su mochila y subió en silencio. Cuando ya estaba a media escalera volvió a ver el enorme lienzo enmarcado en extraña forma gótica, y de pronto se dio cuenta de que el corazón de la diosa era en realidad el corazón de un maguey resplandeciente como un sol entre millones de estrellas. Entonces volteó hacia la mesa de recepción y vio cómo los dos la veían. Puso en la sonrisa la misma estupidez que veía y nada más les dijo que si llegaba alguien que le avisaran al cuarto.

No llegó ni llamó, y en su teléfono tampoco contestaron en toda la mañana. Hacia media tarde, Trilce no aguantó la marea elucubrante y salió al Bar Jardín. Preguntó, y o no lo habían

visto o lo suponían naufragado en mezcales. Por la noche tampoco llegó, ni él ni Augusto. Se sentó en la mesa de costumbre y los tres o cuatro que pasaron fueron del parecer de Filemón, un poeta loco amigo de ambos y que decía que con el pistolón que traía a la cintura su abuelo había disparado sin éxito contra Vasconcelos: que era rarísimo que Homero le hubiera hecho eso a *ella,* subrayando la alusión para que no existieran dudas sobre el carácter injustificado del desplante.

Le habló cinco veces desde el hotel, sin que nadie contestara; por último, a la una de la mañana, volvió a salir y anduvo caminando y oyendo lo que decían a su paso, guardando distancia y sin bajar la guardia, hasta que vio una licorería abierta y se acercó al ventanuco que estaba a mitad de una reja metálica. Subió la botella de mezcal al cuarto y bebió y pensó en Celeste y siguió bebiendo y pensó en Vicent y Paola y vio por instantes el rostro congelado de su madre y después se cagó en la puta madre de Homero y de Augusto y de todos los oaxacos y quedó de espaldas sobre la cama viendo cómo una lagartija blancuzca y ojisaltona se movía despacio, muy lentamente, hacia la mariposilla que buscaba el brillor del foco.

No le importó qué hora era ni que en su cabeza alguien estuviera golpeando piedras; levantó el auricular y marcó. A la tercera colgó con fuerza y maldijo de nuevo a Homero. Y volvió a dormirse. Cuando por fin se levantó y vio el reloj, el recuerdo del mezcal ya no le resultaba agresivo. Lo primero en que pensó fue en una Coronita bien fría y un suculento tasajo con frijoles refritos y enmoladas que iba a tomar en los portales.

Llegó fresca y bien enfachada. Desde el centro del jardín distinguió enseguida las figuras de Homero, Filemón y Augusto en ruidoso parloteo. Al verla llegar, sólo Filemón mantuvo la vista y le sonrió, como si le agradeciera ya el agarre que se iba a dar con Homero y Augusto. Inesperadamente, extrajo el viejo revólver de la cintura y lo puso sobre la mesa: era negro, todavía muy reluciente y en los bordes del tambor el cobre intacto de los cartuchos parecía trepidar.

¡Tómelo, maestra!, le dijo tan pronto Trilce se detuvo frente a la mesa. A los lados hubo un vueleo de rumores.

¡Capullo de mierda!, fue lo más agresivo que le salió. Antes, segundos antes de ver la vergüenza con que Homero rehuía mirarla, sólo pensaba en el bofetón que iba a soltarle; pero ahora aquella humillación tan vergonzosamente asumida refrenó el intento.

Augusto agarró con rapidez la pistola y la ocultó sobre sus rodillas bajo la mesa. Luego, sin hacer el menor movimiento para evitar que Filemón recuperase la pistola y la regresara a su cintura, engoló la voz y le dijo a Trilce que la culpa no era de Homero.

¡De quién es entonces!, gritó complacida de que fuera Augusto y no Homero el que canalizara su furia.

Maestra, tranquila, y levantó las dos manos al frente con los dedos abiertos como si estuviera tratando de detener el mundo que se le venía encima. Deja que Homero te explique...

¿Y acaso crees que puede haber alguna explicación para lo que me hizo?

Claro, maestra, ¿tú crees que con el respeto que le mereces Homero te hubiera dejado así nomás?

Una guarrada injustificable. Con una sola llamada se hubiera arreglado todo.

Fue ella, que no me dejó..., empezó a decir Homero por lo bajo.

¿Quién es ella?, ¿tu mamá?

Y Augusto volvió a inmiscuirse: Fue su mujer, le prohibió que te viera y que te hablara.

Y por supuesto el pobrecito tuvo miedo, ¿no?

Me dijo que si me iba contigo a Tilmango, que de una vez recogiera mis cosas y que ya no regresara.

No digas chorradas, es que no tienes otro lugar a dónde ir o qué...

Todos se callaron ante la obviedad de la respuesta. Ya más calmada, Trilce decidió aclarar de una vez aquel absurdo malentendido.

Ve a buscarla, le dijo a Homero.

¿Qué?

Que vayas a buscarla, ¿no oyes? Y le dices que quiero conocerla, que venga, y puso delante de Homero, casi en el borde de la mesa, un billete de cincuenta pesos para el taxi.

Órale, cabrón, lo espoleó Augusto.

Entredudando, Homero se levantó con parsimonia y se llevó la mano al puente nasal para acomodar los gruesos lentes. Luego dijo que no sabía dónde estaría Irma y que podía tardar... Y antes de que hablara Trilce, Augusto se adelantó: Lo que tardes, cabrón, pero písale.

Pidió un tasajo y una cerveza fría, y a Filemón y Augusto les invitó unos mezcales. Mientras ella comía, ellos hablaban de cualquier cosa y reían y saludaban con las manos en alto o gritaban insultos que alguien más entendía. Después de cenar pidió el primer mezcal y entonces decidió cortar de tajo aquel estúpido jueguito de insinuaciones y albures con que la estaban picoteando.

Déjame ver la pistola, le dijo a Filemón a bocajarro.

Los dos amigos se quedaron quietos y se miraron. Filemón extrajo el revólver de la cintura y se lo pasó a Trilce por encima de la mesa, tomándolo con firmeza por el cañón. Trilce cerró la mano sobre la culata sin darse cuenta de que apuntaba justo al pecho de Augusto.

¡Apunta para otro lado, maestra!, le reclamó airado.

Trilce desvió ligeramente la boca del cañón y siguió sopesando aquel trasto con todo el esfuerzo de que era capaz, para evitar que el peso le venciera la mano.

¿Hay que apretar muy fuerte el gatillo?, le preguntó a Filemón.

No mucho, ten cuidado.

Pero puede fallar, ¿no?

No, el percutor nunca falla.

¿Y entonces por qué falló tu abuelo?

¿Mi abuelo? Ah, bueno, eso fue otra cosa.

¿Por qué falló?

Porque estaba bien pedo.

Los borrachos nunca fallan.

Maestra, no le preguntes por qué falló, sino por qué le disparó, y en el tono de Augusto vibraba ya aquel deje sardónico que a Trilce tanto la espoleaba.

De ruco, el maestro Vasconcelos fue progachupín y antiindigenista a muerte, dijo Filemón.

Además de fascista, terció Augusto.

Filemón asintió con la cabeza, pero al mismo tiempo le tendió a Augusto la mano al frente pidiéndole que le dejara a él la respuesta. Después dio un trago al resto del mezcal y dijo que su abuelo y los oaxaqueños de mando le habían tolerado a Vasconcelos muchas de sus pendejadas políticas, pero cuando intentó levantar en el zócalo una estatua a Cortés, entonces se armó el desmadre, y su abuelo en medio del borlote sacó la pistola y le disparó.

¡Jo, qué manía con eso de las estatuas!

No es manía, maestra. Es simple cuestión de dignidad, adujo Augusto.

Vamos, que ya sois mayorcitos para eso, ¿no?

Mira, maestra, Augusto ahora arrojándose contra la corriente, todo lo que ves alrededor, exceptuando el palacio de gobierno y la catedral, pertenece a españoles o a sus hijos, que son mucho peores. . .

O sea, que los pobrecitos oaxaqueños os seguís considerando conquistados.

Espera, espera, terció Filemón poniendo su mano sobre el pecho de Augusto, que ya se disponía al próximo impulso. Maestra, de lo que te estamos hablando es de algo serio, no de las chingaderas que puedan pensar o escribir los gringos pendejos que vienen de pasada. ¿Sabes quién es el maestro Toledo?

Sí, Homero me lo ha presentado.

Pues el año pasado don Eulalio Ferrer, el mayor cervantista que tenemos en México, quiso regalarle al pueblo oaxaqueño una estatua de don Quijote para que estuviera ahí, en el centro de la alameda. ¿Y sabes qué pasó?

Me imagino, dijo Trilce más molesta que intrigada.

Pues que el maestro Toledo dijo que él se iba a encuerar en el parque si ponían la pinche estatua.

¡Jo, tíos, esto sí que es inconcebible!

Somos oaxacos, maestra, dijo Augusto en medio del cacareo de risas.

Sin que nadie hubiera reparado en el acercamiento, Homero llegó frente a la mesa y luego se hizo a un lado para presentarle a Trilce una mujer robusta y de pelo corto. De golpe, Trilce levantó la pistola y le apuntó al centro del escote.

¿Por qué mierda no dejaste que viniera conmigo? Dame una buena razón o te mato, dijo empuñando con las dos manos el revólver.

La mujer empezó a enrojecer como si una fuerza explosiva le viniera creciendo desde adentro. Y estalló: ¡Yo sólo le dije a este hijo de la chingada que si se iba a Tilmango y seguía en la putez, mejor que ya no regresara!

Estaba fuera de control, el pecho le subía y le bajaba y los brazos se le ponían duros mientras miraba a Homero, que no terminaba de asimilar ese desenlace tan beligerante. En el límite, Trilce soltó la pistola sobre la mesa y le guiñó un ojo a la mujer.

Ven conmigo, que tengo que decirte algo, y se la llevó al centro de la arboleda.

Desde la mesa los hombres las vieron pasar una vez, y a la siguiente vuelta ellas llegaron sonrientes. Augusto soltó en rafagueo picoso su risita y le golpeó a Homero el hombro. Trilce dijo que ya estaba todo arreglado y siguió de pie buscando con la mirada a la mesera. A Homero le bastó reojar la sonrisa satisfecha de su mujer para comprender que allí había pasado algo.

Trilce todavía invitó otras dos rondas antes de dejarlos. Varias veces insistió en recordarle a Homero que fuese puntual en la mañana. Augusto le dijo: En Oaxaca, jamás te despreocupes. Y entonces fue la mujer la que ofreció plena garantía al compromiso. Trilce se la quedó viendo con la seguridad que le daba el secreto compartido y asintió con la cabeza: esa mujer le parecía mucho más de fiar que todos aquellos bribones juntos. Le había dicho a Trilce que su nombre era lrma Dosamantes y también le aseguró que de ese grupo no podía esperar más que mentiras. Por eso es que al despedirse, Trilce sólo se centró en ella. Le dijo que no le fallara, y la mujer le sonrió y tomó a Homero por un brazo y lo arrastró con ella.

Cinco horas en autobús para llegar a un pueblo inmundo en medio de la serranía. En la terminal, un edificio donde parecían coleccionar toda clase de suciedades, Trilce estuvo buscando durante más de diez minutos una imagen que la pudiera apartar de aquel patio lodoso y lleno de hoyos, donde un puerco hozaba entre bolsas de basura amontonadas en una esquina y un perro relamía la mancha dejada por el vómito de un borracho que estaba tirado sobre unos cartones. Los huipiles de las indias que pasaban tras sus hombres cargando canastos eran los únicos puntos en que podía descansar por un instante la mirada. Ésta es la imagen que enloquece a los estadounidenses, pensó, y quiso saber entonces cuánto había de España en todo aquello, si antes de la Conquista los indios vivían ya en aquel abandono y aquella libertad que disfrutaban por igual humanos que animales. Pero, ¿en verdad disfrutaba esa gente?

Homero llegó apurado y le dijo que ya había encontrado viaje. Esta vez los dos subieron al lado del conductor, mientras en la parte trasera y bajo un toldo se amontonaba un grupo de hombres, mujeres y niños indígenas que celebraban en su idioma la presencia de Trilce. Era una camioneta Datsun de tres cuartos de tonelada, y era claro que allí la usaban por igual para hombres, animales y cosas. Trilce le preguntó al conductor si venían muchos turistas, y el hombre dijo que no, que en un tiempo había venido alguno pero que ahora ya casi no se veían. Homero y el conductor siguieron hablando hasta que de pronto la camioneta se detuvo frente a una anciana acuclillada a mitad de la calzada más llena de hoyos aun que el interior de la terminal. Era como una planta rara que alguien hubiera puesto allí a propósito dentro de una maceta multicolor. Los rojos y azules del huipil se veían ya comidos por la suciedad y el uso. Trilce preguntó qué hacía, y Homero volteó con rapidez y le dejó vibrando en el oído la palabra chis. La anciana se levantó de pronto y estiró el huipil. Después habló en su idioma con el conductor y pasó hacia la parte de atrás, donde dos manos la subieron en vilo.

Casi una hora más tarde, con los pulmones tan abiertos como la vista a la fascinación que producían aquellas montañas de verdor, entraron en un poblado aún más pequeño pero con el atractivo potenciado de bambúes, plátanos y mangos que crecían al lado de las casitas con techos de láminas de zinc. El conductor detuvo la camioneta dos veces para que bajaran algunos pasajeros; a la tercera le indicó a Homero el letrero bilingüe que decía Instituto Nacional Indigenista. Bajaron y enseguida salió un hombre de poco más de treinta años, muy flaco y de un color de piel ambarino, que saludó a Homero de abrazo y luego, con extrema delicadeza, le tendió a Trilce una mano fría y untuosa como la piel de un reptil.

Se llamaba Elpidio y, tras conocer la razón de la visita, les sugirió que se quedaran a comer allí mientras él iba a buscar a don Nicho Estrada, el hombre que le había conseguido a Homero las bestias para subir a Tilmango hacía ya más de dos años.

Elpidio los llevó a una cabaña con una enramada enfrente, donde había una larga mesa de madera rústica ladeada por dos bancas igual de burdas, y los invitó a sentarse. Después se introdujo en el interior y regresó con una mujer de mediana edad y de sonrisa fácil. Tenía tasajo y guisado de pollo, y también arroz y frijoles. Trilce se avivó al instante y dijo que para ella tasajo bien frito y frijoles, y Homero pidió lo mismo. Después Trilce preguntó por un baño y la señora la llevó a una letrina donde tuvo que contener la respiración para evitar la náusea. De regreso se lavó las manos en una cubeta con un puñito de detergente que le ofreció la señora y al mirar su reloj, las dos y cuarto, sugirió que ya podían beberse el primer mezcal. Pero Homero le dijo que mezcal no, que allí lo que se bebía era aguardiente muy bronco de pura caña. Y pidieron dos vasos.

Homero se acabó el suyo en dos tragos; Trilce, tras oler y probar, escupió aquel regusto tan desagradable y pidió mejor una cerveza, que fue una Victoria al tiempo. Homero le dijo que esa cerveza negra tenía fama de estar al nivel de una Guinnes, y Trilce la probó y concedió que no estaba nada mal. Así que tomaron otra ronda antes de que llegara la comida y dos más para aplacar el fuego de la salsa roja de molcajete con que acompañaron los tacos de tasajo.

Cuando empezó a notar en los ojos de Trilce el refulge gozoso, Homero intentó sonsacarle la causa del cambio impresionante que había logrado con su mujer. Y Trilce estalló en un carcajeo tan espontáneo que Homero se hizo aún más pequeño de lo que era y nada más abrió los ojos para esperar la ansiada revelación que su propia mujer, a pesar de insistirle dos veces en la noche y otra más al levantarse, le había negado. Al terminar el carcajeo Trilce le dijo que aquel secreto le iba a permitir saber si la mujer oaxaqueña era más de fiar que los hombres. Cuando al fin llegó don Nicho, Trilce estaba dispuesta a subir al mismísimo Everest.

No, aquello que ahora veía no tenía nada en común con la frialdad musgosa de los montes de Lugo; era como siempre ella se había imaginado que tendrían que ser las selvas, no las de Hollywood sino las verdaderas, las selvas que habían tenido que cruzar años atrás los primeros españoles a golpe de cruz y espada.

Por tramos de la vereda que serpeaba de subida apenas cabían las bestias, y había partes al borde de barrancas que cortaban el aliento y en las que Trilce pegaba sus muslos al costillar de la mula buscando un asidero seguro en medio de los desvaríos que ya la hacían rebotar de roca en roca. Cruzaron dos arroyuelos de cauces muy antiguos y bajaron a beber aquel líquido que para Trilce era el agua más agua de todas las que había tomado. La vegetación era un derroche de sorpresas: habían dejado los plátanos y los mangos cercanos al poblado y también las milpas que salpicaban la feracidad de la selva. Había álamos y árboles de follajes y texturas desconocidos y por último pasaron por un encinar donde Trilce celebró a gritos la variedad inmensa de hongos que vio. Al coronar el bosque apareció la visión espejeante de un río y varias sementeras. Cruzaron el río, que ahora le llegaba a las mulas a los ijares pero que en lluvias sería peligrosísimo pasar por las crecidas, y en un vallecito alcanzaron a distinguir el humear de las ocho o diez cabañas que conformaban Tilmango. Poco antes de que unos perros salieran a ladrarles, Homero se emparejó a Trilce y le dijo que no olvidara que estaba casada y con dos hijos. Trilce le preguntó porqué, pero Homero le hizo una seña de silencio y se adelantó con don Nicho.

Por lo que había visto hasta ahora, Trilce no tenía razón alguna para pensar que aquella gente fuese violenta o que no tuviese la sensibilidad suficiente como para no respetar otras costumbres distintas a las suyas. Sin embargo, el modo en que Homero se había acercado y lo que le había dicho, le dispararon las dudas. Homero seguía hablando con don Nicho, que miró un par de veces hacia atrás como si no terminase de creer que era de esa mujer de quien le hablaban. Y Trilce empezó a ver a aquel viejecito tan ofrecido y decidor desde otra perspectiva multiplicadora de sospechas. Al pasar frente a la primera cabaña, una voz joven de mujer preguntó algo en su idioma. Don Nicho respondió sin detener el paso y entonces asomaron por la puerta de bahareque varias cabecitas lustrosas. Trilce les dijo ¡Hola!, y volvieron a meterse entre risidos. Por la callejuela de pasto cruzaban perros, gallinas y guajolotes, y pronto de las cabañas que estaban a ambos lados del camino empezaron a asomar algunas ancianas. Don Nicho siguió hasta la última cabaña y allí se apeó de la mula y fue a ayudar a Trilce a bajarse. Trilce dijo que ella podía y se dejó caer desde la silla. Al dar los primeros pasos, la escaldadura en la parte interior de los muslos le hizo morder los labios. De la cabaña salieron una mujer y dos muchachas. La mujer habló en su idioma con don Nicho y luego volteó hacia Trilce y le dijo en español que pasaran al interior.

Homero se acercó a Trilce y le preguntó si no había notado algo especial. Trilce rememoró entonces el artículo de Homero y por último se encogió de hombros. Entraron a la pequeña estancia con piso de tierra, donde la mujer les señaló una mesita y tres sillas de pino carcomidas de las patas. Con un susurro Homero le hizo saber a Trilce que en aquel lugar no había hombres. Y Trilce dijo: Ah, ya. Ni hombres jóvenes ni ancianos, añadió Homero. Don Nicho se acercó a Homero y le preguntó que cuándo regresaba a recogerlos. Homero miró a Trilce y ésta sugirió que en un par de días. Trilce le preguntó entonces que cuánto le debían, y el anciano respondió que eso ya lo verían después, cuando viniera a recogerlos.

La mujer los instaló en una cabaña que había al Iado. Les puso un canasto invertido como mesa y en medio de la cabaña

una hamaca limpia pero deshilachada; luego trajo un par de petates y los extendió en un rincón. Homero extrajo su saco de dormir y lo acomodó sobre los petates. Trilce le preguntó si se suponía que ella iba a dormir en aquella hamaca, y Homero asintió con la cabeza, fuerte en el convencimiento, como si quisiera dejar de una vez bien en claro que allí la chinga iba a ser pareja. Después le dijo a Trilce que se tapara bien la cara, el cuello, las manos y los tobillos, pues sino los jejenes se la comerían viva. Le recordó también que allí ella era su esposa y que tenía que hacer lo que él le indicara, y Trilce se lo quedó viendo de manera corrosiva. Homero rascó varias veces el lechugal y masculló unas palabras. Pero qué dices, repeló Trilce. Que estas pendejas no beben, gruñó pesaroso.



Fue hacia finales del siglo dieciocho. Al ver la riqueza de la región -desde frutales y maderas preciosas hasta grandes pepitas de oro que los indios expulgaban de los ríos- varios comerciantes españoles radicados en Oaxaca tuvieron la inteligencia de sacarle el máximo provecho a la costumbre de trueque que practicaba esta gente. Así, subían con grandes pellejos llenos de mezcal y se llevaban las bestias cargadas de maravillas. En unos meses empezaron las golpizas a las mujeres y después los pleitos a machetazos. Dicen que en un par de años la comunidad perdió a más de la mitad de los hombres entre los quince y sesenta años. Y así continuó la matazón en una cadena de venganzas sin término, hasta que un día un hombre joven encontró a su mujer y a su padre tendido sobre ella en un petate, los dos desnudos y bebidos, y los troceó a machetazos. Los hombres, lejos de entrar en razón, comenzaron a escoger bando en la reyerta, y las mujeres más ancianas fueron a rogarle a san Telmo, el patrón del lugar, que le pusiera remedio a tantos males. Una semana después, los tres gachupines que subían por la vereda con su carga infernal fueron interceptados por todas las mujeres en edad fértil y los embaucaron y los embriagaron, hasta que por último los colgaron de un frondoso zapote que por ello pasó a ser el árbol

sagrado del lugar. De regreso al poblado, después de tirar el mezcal al río, las mujeres decidieron expulsar a todos los hombres entre los quince y sesenta años, y nada más les permitían regresar una vez al año, durante la semana de festejos del santo patrono.

Hoy en día, además de la fruta, el aceite de mamey, el café y la vainilla, las mujeres comercian pescado con las comunidades donde viven sus hombres (acamayas, camarones, guabinas y charales); pero el producto más preciado es el extraordinario pez pito.

Homero estaba tirado sobre los petates y Trilce había abierto completamente su saco de dormir en la hamaca. No había zancudos pero sí jejenes; y Trilce, que sólo sentía los alfilerazos y luego se rascaba, tenía la parte del cuello que no cubría su pelo llena de ronchitas. En la oscuridad Homero, cansado de dar vueltas buscando acomodo, comentaba algo sobre las despensas y medicinas que habían regalado en su visita anterior con el delegado del gobierno. Luego aclaró a propósito la voz: Si nos ven dormir separados no se van a creer eso de que somos hombre y mujer.

¿Entonces tú no eres un hombre y yo una mujer?, le aguijoneó Trilce.

Quiero decir dormir juntos.

¿Y serías capaz de engañar a tu mujer?

De eso hablaron, seguro.

¿Ya la has engañado antes, verdad?

Sólo con prostitutas, ella lo sabe.

Y lo dices como si eso no fuera engaño.

No es engaño, a Irma no le gusta que yo llegue tomado y la acaricie.

Claro, y a las prostitutas sí.

Ellas entienden.

¿Y tú crees que sería capaz de no cumplirle mi palabra de honor a tu mujer?

No, pero me gusta pensar en la posibilidad contraria...

Trilce soltó una risotada y Homero le dijo que no hiciera tanto ruido, que esa gente era muy discreta. Callaron un rato y Trilce trató de fijar en la oscuridad el bulto encogido de Homero. Ahora ya no le cabía la menor duda de que era un tipo completamente irreal e inofensivo, y que haberlo encontrado era un verdadero regalo del destino.

¿Tú crees que estas mujeres son más felices que las que viven afuera?, le preguntó al bulto.

Afuera hay toda clase de mujeres, dijo Homero.

Es que, ¿sabes?, yo pienso que estamos volviendo al matriarcado, pero un matriarcado más complejo y politizado que el de hace veinte mil años.

Yo lo único que veo es que estas mujeres y los niños y también los hombres quieren lo mismo.

¿Y qué es?

Lo que ya no quieren ustedes.

O sea, que según tú nosotros estamos de regreso y ellos apenas de ida.

Lo que quiero decir es que esta gente sólo va a ir hacia donde la lleven.

¿Y entonces, todo su pasado, sus mitos y tradiciones?

Oaxaca tiene poco más de tres millones de habitantes y otros tantos viven regados por toda la república y casi un millón trabajan de indocumentados en Gringolandia…

¿Indígenas, quieres decir?

Más de la mitad de los oaxaqueños ya no pertenecen en activo a ninguna de las dieciséis etnias del estado. Y es un hecho que los que viven un tiempo entre los gringos, ya nunca más van a ser como los parientes que dejaron.

Claro, se vuelven consumidores de basura emplasticada y adictos a la Coca-Cola.

Eso no es lo peor, sino que se hacen ladinos. ¿Sabes lo qué es un indio ladino?

De lo peor, me imagino.

Es la negación total del indigenismo.

¿Y tú crees que sea un paso inevitable?

No debería serlo, pero no conozco a nadie que haga algo por evitarlo.

Volvieron a callarse. Los dos estaban con la misma ropa del viaje, y Trilce, que se sentía pegajosa y sucia, empezó a pensar en el esfuerzo que supondría conseguir una cubeta con agua para darse un baño, o tal vez ir al río. Hizo el comentario entredudando y Homero fue tajante: Tienes que esperar a mañana, pues si te bañas ahora se te va a cortar el cuerpo.

Y Trilce se puso a remontar con mil recuerdos la lejanía de ese mañana. Al rato Homero empezó a roncar y Trilce dejó de resistirse a la avalancha de nostalgias que resumían todo lo que hasta ahora había vivido. Lo único de lo que no dudaba era de que la subida a Tilmango había sido ya una de las experiencias más intensas de su vida.



Oyó lejano el canto de un gallo, y luego otro, y no supo si soñaba o le hablaban unas voces raras, como agua electrizada al caer sobre cristales muy finos; después ladraron unos perros y sintió que todo se estremecía.

Homero estaba de pie y en la entrada de la cabaña la mujer hablaba en su idioma y Homero asentía. Trilce acabó de despertar y al ver la suciedad de los vaqueros se imaginó la facha entera que tendría. Lo primero que ocupó su cabeza fue un baño, y lo dijo:

¿Dónde puedo darme un baño?

Homero hizo la pregunta y la mujer volteó hacia afuera y le habló a una de las muchachitas. Luego le explicó a Homero, y éste a Trilce, que la niña la iba a llevar al río.

Trilce tomó la bolsita con las cosas de aseo y salió tras la niña. Le preguntó su nombre y la niña rió y siguió caminando a paso más rápido. Trilce le dijo que no fuera tan aprisa, y la niña volvió a reír y le señaló la entrada a un remanso de agua aturquesada. Trilce le preguntó si podía bañarse desnuda y la niña sonrió de nuevo. Sólo cuando empezó a desvestirse, Trilce reparó en que no había traído ropa limpia. Maldijo por lo bajo, pero la niña notó el contratiempo y enserieció el rostro. Trilce se quedó en ropa interior viendo cómo la niña la veía; no tendría más de doce años, pues sobre el ceñimiento del viejo vestido que traía se notaba apenas el empuje de los pechitos. Tras pensarlo detenidamente Trilce le dijo que necesitaba ropa limpia, que si podía ir a traerle la mochila, y levantó los vaqueros y la camisa para que la entendiera. La niña no dijo ni sí ni no y salió encarrerada. Desnuda por completo Trilce se metió al río y sintió que

aquello era como el rompimiento de una placenta que la arrojaba a la plenitud de una nueva vida. Se enjabonó repetidas veces y después se alejó nadando hacia lo más profundo. De pronto comenzó a sentir que algo diminuto y cosquilloso picoteaba su pubis y sus muslos. Se zambulló pero sólo logró distinguir unos pececillos plateados. Desde la orilla la niña le hizo señas con la mochila en las manos.

Al entrar en la cabaña vio a Homero sentado en la mesa con un plato de plástico verde enfrente, del que la mujer retiraba una hoja grasosa de plátano para ponerle otro envoltorio completo.

¿Qué es eso?, preguntó de pasada hacia la cabañita aledaña.

Ahora lo vas a saber, dijo Homero reojando los efectos del baño.

Ya sé, dijo Trilce desde la otra cabaña, es ese tamal del que hablas en tu artículo, ¿no?

Comió dos, uno menos que Homero, y cada tamal contenía entre las hierbas de olor y los chiles aquellos peces plateados de no más de diez o doce centímetros y que no tenían igual en sabor; si acaso, le sugirió una sutileza en el regusto que podría lograrse combinando las truchas del Caurel y las angulas del Miño.

La mujer habló en su idioma y Homero le tradujo a Trilce: Que yo no puedo ir y que te va a llevar a ti para que decidan.

¿Decidan quiénes?

Las mujeres, dijo, y enseguida añadió: Bueno, doña Eustolia.

Dijiste muchas mentiras en tu artículo ¿no crees?, le dijo con mirada retadora.

No todas, aún faltan...

Así que Homero se quedó y Trilce tomó el paso detrás de la mujer y sus dos hijas. Las dos jornadas que Homero había inventado en su artículo se redujeron a casi cinco horas de una caminata fascinante. Remontando de cerca el curso del río, la vereda se convirtió enseguida en un túnel que atravesaba el corazón de una selva altísima y donde la algarabía de los pájaros sonaba como el entrechocar de finísimos bronces. Después coronaron un cerro completamente desmontado y cubierto de pasto y cuya parte central la ocupaba una pirámide de piedra con trece escalones, que Trilce contó al subir y que de inmedia-

to le hicieron recordar las explicaciones mágicas que don Bonifacio Balboa, el guía zapoteca conocido de Homero, les había dado sobre las grecas de los palacios funerarios en Mitla; y más que la revelación de las simetrías y concordancias entre el tiempo calendarizado y el diseño insuperable, se le habían grabado la convicción y el orgullo con que el viejo indio hablaba de la grandeza de su pasado, con aquel sonsonete invocador que repetía la precisión que habían alcanzado los zapotecas en conjuntar el cielo con la tierra y lograr una perfección arquitectónica que todavía continuaba sorprendiendo en pleno siglo veinte. Y ahora, al ver los dos mares que la mujer le señalaba a oriente y poniente casi en el infinito, Trilce volvió a sentir ese vislumbre de sabiduría milenaria que había experimentado en Mitla.

Después vino la bajada y las niñas apuraron el paso y se alejaron muy por delante de la mujer y de Trilce, que ya sentía en los tendones de las rodillas las mordidas de cansancio. Por un instante, a media bajada, se abrió la techumbre de árboles y Trilce redujo de golpe el jadeo para que nada pudiera perturbar aquel cuadro: los meandros aturquesados y la intensidad del verdor de las arboledas le recordaron inevitablemente los paisajes de Patinir del Museo del Prado. Allí mismo, la mujer le ofreció una vara para que Trilce la usara como báculo. Cruzaron el río dos veces, la segunda fue sobre una hamaca de tablones que bailoteba a un par de metros arriba de la corriente, y llegaron por fin a un minúsculo poblado en forma de círculo y con una pequeña pirámide de piedra al centro. Trilce contó cinco cabañas; y de una de ellas salieron tres mujeres ya mayores. La que iba al frente, con un huipil ostentoso que lucía una gran águila roja al centro, era una anciana de aspecto fuerte y alerta, con el pelo recogido en una larga trenza blanquecina.

¿Cómo te llamas y de dónde vienes?, fue lo primero que le dijo en un castellano muy dueño de sí. Trilce se detuvo confusa y apenas balbuceó las respuestas. Entonces la anciana se acercó otro paso y la miró con una frialdad que no tenía nada de rechazo ni de soberbia. Luego preguntó: ¿Cuántos hijos tienes? Dos. No, tú no tienes cuerpo de mujer con hijos. Trilce sonrió. ¿Y a qué vienes? Quiero ver si es cierto lo que leí. ¿Y vienes de tan

lejos nomás para eso? Las dos callaron y la mujer que había acompañado a Trilce dijo unas palabras en zapoteco y entonces todas las mujeres empezaron a parlotear al mismo tiempo, mientras Trilce las miraba y sonreía. ¿Y tú también vas a escribir? Trilce dudó unos instantes y vio que todas las mujeres estaban ahora pendientes de su respuesta. Después dijo: Yo no hubiese venido de no ser por lo que escribió el señor Homero Torrenciales. La anciana que estaba al frente asintió con la cabeza y las de atrás externaron su desacuerdo con expresiones que Trilce no necesitó que le tradujeran. Pero si no queréis que escriba, no lo hago y ya, dijo airada. Las ancianas levantaron los reclamos, y por último la que iba al frente la encaró en un tono tan sincero y directo que la desarmó por completo: Tú verás, niña, si nos traes fortuna o daño. Luego entró en la cabaña y Trilce siguió tras ella.

Le dijo que se llamaba Eustolia, tenía sesenta y siete años y casi veinticinco los había pasado en Oaxaca, sometida a un hombre que la había raptado en Tilmango a los quince años y después la había encerrado en una casona del centro de la ciudad de Oaxaca, con barrotes de hierro en las ventanas y siempre con la puerta cerrada, estuviera él adentro o saliera. Le daba de comer lo mejor, pues era un próspero abarrotero vallisto, y le dejó una hermosa radio Admiral como único consuelo. A veces pasaba dos o tres noches a la semana con ella, y luego sólo la visitaba en el día, con urgencia y a lo suyo; el otro tiempo, que era la mayor parte, lo vivía entre la tienda y la auténtica familia.

Trilce había estado viendo cómo la anciana picaba ajo, cebolla, chile verde y dos clases más de hierbas que no conocía; después, sin perder detalle de lo que la anciana le contaba, vio cómo tomaba de un plato varios pescaditos plateados, que de inmediato identificó como peces-pito, y los ponía a freír en una sartén con aceite. Justo cuando la mujer dejó de hablar, Trilce se quedó pensando en el sabor que tendría aquello. Tenía la clarísima sensación de que estaba reviviendo uno de aquellos días interminables de su infancia, cuando la madre, mientras preparaba la comida, le contaba tantas historias que a veces las repetía sin darse cuenta y la niña no le decía nada y se quedaba mirando

cómo aquellas manos limpiaban, cortaban y picaban con la misma destreza amorosa con que lo acababa de hacer doña Eustolia.

¿Y cómo es que regresó a Tilmango?, le preguntó en el momento en que la anciana empujaba los pescados ya fritos sobre la olla de peltre donde había hecho el rustrido.

Me vine cuando el cabrón se murió, dijo sin tratar de ocultar la intensidad del resentimiento.

Me imagino que tuvo que gritar para que la liberaran.

No, porque murió sofocado adentro de mí, haciendo sus cochinadas.

Ah, ya, dijo Trilce un poco desconcertada por lo agresivo del tono. Luego levantó la vista y recorrió la cabaña: la cabecera de la cama de madera excesivamente barnizada podía entreverse en el límite de la cortina que dividía casi por mitad la estancia; en un lado una mesita con tres sillas pintadas de un amarillo herrumbroso, y del otro lado dos tablas colgadas a manera de estantes y en las que había veladoras, manojos de hierbas secas, una lata viejísima de DDT, varias cajitas de cerillas..., y de pronto le extrañó no ver una radio e hizo la pregunta:

¿Y por qué si dice que todo lo que usted sabe se lo debe a la radio, no tiene una?

Porque cuando regresé hice la promesa de cortar con lo que quedaba atrás.

¿Y no tuvo hijos?

No, llegando a Oaxaca el maldito me llevó con un médico amigo suyo para que no tuviera.

Pero se ve que aún le duele, ¿no?

No, niña, ya sólo lo acomodo a como me diga el momento.

Y el momento ahora..., empezó a decir Trilce.

Pero la anciana siguió hablando: Lo que tú no ves es que aquí sabemos muy bien que de ahí afuera sólo nos pueden llegar dos cosas: los hijos y las desgracias.

Trilce forzó una risotada y la anciana destapó la olla que estaba hirviendo y sirvió un plato. Luego lo llevó a la mesa amarilla y le dijo que se acercara. Trilce dejó de mecerse en la hamaca desde donde había estado observando todo el trajín y le pregun-

tó a la anciana si ella no iba a comer. Le respondió que ya había comido, y Trilce miró entonces su reloj y vio que ya eran las cuatro de la tarde.

¿Pero y la pesca...?, dudó Trilce.

Puedes comer, niña. La pesca se hace al salir el sol y al meterse.

Comenzó a comer entre resoplidos para apagar el ardor del chile e interjecciones que celebraban el deleite. De nuevo quiso buscar una referencia para aquel sabor tan peculiar, pero la memoria sólo la aproximaba a unos reflejos que se desdibujaban como sombras en el agua. Aún no había terminado de comer, cuando la madre y las dos niñas llegaron con las otras cuatro mujeres que completaban la comunidad y se abrieron en abanico para observar los movimientos de Trilce. Terminó de comer y, después de hacer un gesto de plena satisfacción, preguntó de la manera más espontánea cuánto debía. Doña Eustolia alegó que allí estaba prohibido el dinero, que ellas sólo mercadeaban cuando iban a los pueblos de río abajo. Trilce buscó en su cartera y extrajo un billete de cien pesos y se lo ofreció diciendo que no estaban mercadeando nada, que nada más intercambiaban lo mejor que tenían. Y la respuesta de doña Eustolia le mostró de nuevo a Trilce que aquella anciana estaba de regreso en todo: Entonces estarás bien fregada si lo mejor que tienes para darme son cien pesos.

A las cinco y media todas las mujeres siguieron a doña Eustolia por una veredita que las condujo directamente a una cascada de roca caliza. Tendría como unos quince metros de altura y abajo se formaba una laguna bellísima rodeada por tulares.

Tienes que desvestirte, niña, le dijo doña Eustolia.

¿Aquí?

No, si quieres puedes regresar a la cabaña y venir desde allí en puro cuero, le dijo la anciana al tiempo que se metía con su huipil en la laguna.

Trilce comenzó a desvestirse presa de un rubor que ni siquiera hubiera podido imaginar para alguno de sus personajes. Al dejar la ropa sobre una piedra levantó la cabeza y vio que las otras mujeres estaban fijas en su cuerpo como si vieran un ani-

mal fascinante y peligroso al mismo tiempo. Ya no quiso prolongar el ritual y en dos saltos cayó de cabeza sobre la laguna.

¡Ven paracá!, le gritó doña Eustolia con el huipil subido por encima de la cintura.

Y Trilce comenzó a nadar hacia la anciana, que estaba parada en un remanso que se abría entre el tular.

Tienes que ponerte aquí en medio y abrirte.

Trilce se apoyó en el fondo dispuesta a no perderse ni un solo paso del rito (así pensaba llamarle ya al artículo: El ritual del pez pito). Pero de pronto sintió un golpecito en el pubis y luego otro y varios más fuertes que la obligaron a protegerse con las manos. Y como los peces insistían contra las manos, comenzó a caminar aprisa hacia la parte menos profunda, dejando que la voz de doña Eustolia se confundiera con el rumoreo de la cascada. Ya cuando vio su pubis a flor de agua, detuvo el jadeo y volteó en busca de la anciana.

...Igual que cuando te abres para gozar, le decía con la colita plateada de un pez sobresaliéndole de la mano que acababa de sacar del agua, mientras con la otra sostenía el huipil en alto. Ven, niña, verás qué fácil...

No, no creo poder hacerlo, doña Eustolia, dijo Trilce en un tono de derrota que pretendía ser definitivo.

Pues es mucho peor que te quedes ahí donde hay tanta víbora.

Ya sé que nada más lo dice por asustarme.

No, niña, aquí nunca se obliga a nadie a nada. Eres tú la que decides hacerlo.

¿Y por qué he de hacerlo si no quiero?

Tú fuiste la que viniste buscando y pidiendo, y cuando alguien busca y pide conocer otras costumbres muy distintas a las propias, lo menos que puede hacer es no faltar al respeto.

Yo no pretendo faltarles al respeto..., quiso defenderse Trilce.

Ve nomás tu fotografía, niña.

Trilce miró hacia las dos manos cruzadas sobre el pubis y la barbilla se le pegó a la base de la garganta para ver cómo el frío comenzaba a erizarle las puntas de los pezones. Sólo entonces comprendió que aquella imagen era una repetición degradada de una Eva manierista expulsada del paraíso, y de inmediato

apartó las manos del pubis y cerró los ojos para invocar el favor de la Virgen de los Dolores, como hacía siempre en tales trances. Después encaró a la anciana:

Dígame nada más cómo se siente.

Como un suspiro, niña, en sólo un suspiro queda atrapado.

Trilce caminó hacia lo más hondo de la corriente y no tardó en sentir contra el muslo derecho el primer embate. Hizo amago de detenerse, pero la anciana le tendió el brazo animándola.

Ven, tú no repares en sus reclamos. En cuanto te abras, ellos ya saben dónde guardarse.

Trilce aceleró el arrastre y tomó aquella mano que se cerró sobre la suya como una garra. Después volvió a cerrar los ojos y buscó en la oscuridad la protección de la Virgen de los Dolores.

VIII

No podía dormir en movimiento. Algo se le prendía desde dentro y comenzaba a darle vida a todo lo que tocaba. Sabía que era otro legado de su madre, y que la mayoría de la gente se dormía enseguida con los primeros estremecimientos del viaje; pero ella -a pesar del desgaste y las tensiones- gozaba especialmente los recuerdos que entonces le acudían sin premura, y le fascinaba que todo se convirtiese en literatura y que ella misma fuera un personaje ajeno por completo a la imagen antiheroica que reflejaba el espejo.

En la otra fila Homero roncaba apoyado en el hombro de Irma, y Trilce sospechaba que bajo la máscara de desapego de la mujer había una conciencia que no estaba dispuesta a dejarse sorprender.

En Oaxaca jamás te despreocupes. Y con la necia prevención le llegó inevitablemente la frase rutinaria cuya malinterpretación había obsesionado a Lowry: "¿Le gusta este jardín que es suyo? ¡Evite que sus hijos lo destruyan!" Paraíso e infierno, siempre juntos. Aquí no existían, no podían existir, esas medianías que tanto le repelían del carácter español (¿seguiría existiendo algo parecido a esto?). ¿Por qué demonios no crecería en suelo hispano un obsesionado genial como Lowry? ¡Qué revelación el nuevo libro! Un hallazgo de cuyo alborozo hasta ella misma estaba sorprendida. Tal vez no tenía tanta eternidad encerrada como *Bajo el volcán,* le había dicho a Homero, pero en este otro libro Lowry es su propio personaje y de cuerpo entero, y enseguida

citó: "¡Mi demonio estaba probando a escribir un libro él mismo, en lugar de hacérmelo escribir a mí!". Y cómo desearía ella que su demonio también se hiciera cargo de su obra y la dejase ser simplemente una mirada agradecida ante el verdor palpitante de aquellas cañadas, sobre cuyos bordes rechinaban los neumáticos del viejo autobús rehecho con mil trasplantes de chatarra. El mismo autobús que tal vez usara Lowry medio siglo atrás, acosado por todos los temores y tratando de manera desesperada de construir un puente para pasar a salvo el infierno. Después -un después que él sabía que nunca podría llegar- el paraíso sería el merecido premio para el más grande antihéroe venido a México, el anticonquistador que había llegado al nuevo mundo buscando las infinitas máscaras de la muerte, en lugar de la gloria y la fortuna.

Había leído el libro al regreso de Tilmango, con la atención atrapada en un solo empeño y sintiendo cómo los temores y las impotencias de Lowry tomaban de nuevo vida en esta Oaxaca festivera que ocultaba astutamente su lado mórbido. Oaxaca y el mezcal; las cantinas como fuente de literatura viva: ¡cómo no impresionarse ante la imagen de un inglés, reblandecido por el miedo y el alcohol, tratando de cazar al vuelo los insultos que le endilgan en el Farolito a las tres de la mañana! Sí, tal vez estuviese en lo cierto Homero al considerar a *Oscuro como la tumba donde yace mi amigo* como un intento menos logrado que *Bajo el volcán.* Sin embargo, para conocer en esencia la personalidad genialmente retorcida de Lowry, *Oscuro como la tumba donde yace mi amigo* era un mapa magistral. De acuerdo, una obra segundona y reiterativa, ¡pero cómo se engrandecía hacia dentro el infierno lowryeano! Además, ¿eran en rigor segundidades obras como *La educación sentimental* con respecto a *Madame Bovary,* o *Islas a la deriva* en relación con *El Viejo y el mar?*

El libro de Lowry y la estúpida revista: ésas habían sido las dos grandes revelaciones de la última semana. El primero era indudable regalo: el destino simplemente lo había arrinconado allí, en aquella librería que rebasaba ya su condición provinciana, para que ella no relegara la otra visión de México, la infernalidad que obsesionaba a los anglosajones. La segunda, por el

contrario, había sido como un soplo del diablo. Trilce tenía la mala costumbre –común por lo demás en el medio periodístico- de buscar en las portadas de los periódicos y las revistas que recubrían los quioscos alguna noticia que pudiera incentivarle el morbo (de preferencia la muerte de un escritor famoso, un accidente de aviación, una masacre o un escándalo político), y lo que encontró esta vez la dejó suspendida en medio de la calle en una actitud más estúpida aun que la del día anterior (cuando Homero y Augusto le señalaron a la puerta de un tendajón, que estaba en la misma calle donde antes se ubicaba El Farolito, un becerro que tenía dos cabezas y dos vergas): en una foto vertical que ocupaba el margen derecho de una portada, Celeste salía de un mar turquesa en traje de baño; arriba de su cabeza, como un halo sentencioso, un solo letrero indicaba que dos de los más reconocidos cantantes del mundo hispano se disputaban su corazoncito.

Para Trilce ver aquello fue una doble vergüenza: en principio por los celos estúpidos que sintió (más desplante que nada); y luego por ser consciente de lo que para ella aún seguía significando Celeste. Total: un tropiezo de cuerpo sin alma; o, en todo caso, un encuentro fugaz con la inevitable otra cara de esa realidad que hasta ahora se había mostrado obsequiosa y productiva (del viaje a Tilmango había enviado ya un largo artículo)… Porque Oaxaca no era nada más fiesta y rito, era también aquel batido infernal de gasolina, excrementos y naranjas que había vuelto loco a Lowry y que ahora la volvía loca a ella mientras se aferraba al respaldo del asiento delantero para evitar que con tanta curva inverosímil el cuerpo se le fuera sobre el anciano indígena que ocupaba el asiento contiguo, y que llevaba sobre el regazo una aparatosa radiocasetera que por fortuna no tenía pilas (fue lo primero que le dijo el anciano cuando vio cómo ella reojaba el trasto).

Y además aquel ruido del motor, que rugía de subida y petardeaba de bajada, soltando en el esfuerzo unas nubes negras y aceitosas que eran claro síntoma de que el corazón de aquel monstruo podía en cualquier momento salir expulsado por el escape. Hacía rato que habían coronado un bosque de coníferas, y cada vez las cañadas se veían más profundas y de espesísima

vegetación. Homero le había dicho que iban a cruzar selvas donde aún había pumas y jaguares, y que era también zona de presencia del EPR, la nueva guerrilla que actuaba entre Oxaca y Guerrero. Pero la visión que se llenaba de árboles y más árboles para dondequiera que mirase, no dejaba de producirle junto con el sentimiento de grandeza un desasosiego visceral: ni una sola de las expresiones que había observado entre los pasajeros dejaba entrever el menor asomo de esperanza; allí todos parecían culpables de algo, y nadie, absolutamente nadie, parecía dispuesto a cargar con la culpabilidad ajena. Aunque ya se lo había advertido el corrosivo Augusto: Entre la gente de la costa anda suelto el demonio.

La crónica de la subida a Tilmango (El ritual del pez pito) motivó varias llamadas de lectores al periódico pidiendo más información al respecto. Y de la redacción le mandaron un fax donde, además de felicitarla, la urgían a comprar un procesador portátil, que podría cargar a donde fuera y le permitiría escribir más rápido. Pero ella se decidió mejor por una Olivetti portátil, que pensaba regalarle a Homero cuando concluyera su estancia en Oaxaca.

Con Homero la relación había alcanzado ya, aunque por diferentes caminos, el grado de hermandad que según Lowry sólo se podía lograr a través del desborde demoniaco del mezcal (aunque, por supuesto, el antihéroe inglés entendiera la amistad como cosa exclusiva de caballeros): "Bajo la influencia del mezcal, los mejores amigos harán todo lo posible por asesinarse. Pero una amistad que, engendrada por el mezcal, lo sobreviva sobrevivirá a cualquier cosa". La frase era en sí misma una perfecta declaración de entendimiento entre dos seres que se abrazan desconsolados después de haber destrozado a dentelladas sus más profundos sentimientos. Trilce, además de memorizarla para el uso corriente, la anotó también en su cuaderno.

Como Lowry, el bueno de Homero estaba lleno de temores e impotencias; pero a diferencia del inglés, el oaxaqueño no permitía que las cosas se le grabasen con fuego en la memoria, ni llevaba sobre su espalda la cruz de querer ser reconocido a como diera lugar. Trilce había comprendido enseguida que la felicidad de Homero crecía en relación a los mezcales que ingería. Sin

embargo, en el fondo de su singular nobleza lo que Homero en realidad buscaba era un intercambio equitativo de dones; y en este " yo te doy y tú me das", en la natural espontaneidad con que se había desarrollado el intercambio, se centraba el éxito de esta extraña relación que ahora -astucias de mujer- también incluía a Irma.

Trilce le había dado a leer a Homero la crónica sobre Tilmango y él le había criticado la ligereza con que se cargaba hacia el lado celebrativo. Por eso cuando un par de días después le habló a las doce de la noche al hotel, Trilce se quedó suspendida entre la maldición y el interés. ¿De qué se trata?, le dijo como si la hubiesen despertado en medio de una estampida de malos sueños. No, nada. Bueno sí, es que..., y empezó a chapotear en la posibilidad de ser rechazado. Cómo te diré, sí, estuve pensando mucho en lo que te gusta ver; bueno, más bien en lo que quieres hacer ver, ¿o no, maestra?, y pues ya te tengo lo que podría ser la perfecta contraparte del viaje a Tilmango. ¿De qué hablas, eh?, respingó Trilce exasperada por los rodeos de Homero (Augusto se lo había expuesto alegremente: para un oaxaco, la distancia más corta entre dos puntos es una curva). Este, pues, ¿no quieres venir a tomar un mezcalito? Mierda, ¿andas lowryeando, verdad? Usaban entre ellos la expresión cuando se dejaban seducir por los demonios internos. No, maestra; este..., quiero decir que por supuesto que sí. Ve al grano, mierda. Trilce pensando ahora en lo que supondría tener que recuperar el sueño. Desembarco y tráfico de ilegales, dijo Homero. ¿Ilegales? Vienen de Guatemala, de toda Centroamérica, de diez a quince lanchas todas las semanas, llenitas rumbo a Gavacholandia...

Al día siguiente Trilce lo invitó a comer y entre mezcales hicieron el itinerario y anotaron todo lo que necesitaban para el viaje. Y sólo al final, como si él fuese en realidad el que debía pagar la cuenta y acabara de confirmar que no tenía con qué, le soltó a Trilce el gran obstáculo: pero tienes que decírselo a Irma, maestra. Y Trilce tuvo entonces la gran ocurrencia: ¿Y por qué no la invitamos?

Así que allá iban, rumbo a la costa y atravesando el enclave selvático donde actuaba la guerrilla del EPR (cuyas tropelías violentísimas -según le dijera un reportero local amigo de Homero- habían propiciado que el gobierno hiciera desaparecer más de cincuenta comunidades de los Loxichas).

La primera revisión, a la salida de San José Pacífico, fue de rutina: dos soldados fuertemente armados subieron al autobús y recorrieron parsimoniosamente las fachas de los viajeros y sin decir palabra se bajaron. Pero ahora el alto no parecía un detalle más en el entramado de las curiosidades tercermundistas que tanto desconcertaban a los ordenados y justicieros espíritus del norte. Por las voces y los gestos era claro que aquel despliegue de fuerza que Trilce veía desde la ventanilla obedecía a una alerta agresiva, como si aquellos indios uniformados que apuntaban con sus armas contra los otros indios que empezaban a bajar del autobús sólo existieran para privar de sus derechos a todo civil que les infundiera sospecha.

Ya abajo vieron que además de los soldados -no menos de cincuenta- había también unos tipos uniformados de negro y con armamento sofisticado. Y eran éstos los que más gritaban y amenazaban. Apelotonaron a los pasajeros a un lado de la carretera y después los fueron apartando del montón para interrogarlos. Con la misma violencia del trato, extrajeron de la cajuela del autobús bolsas y cajas de cartón para abrirlas y tirarlas. Trilce gruñó algo y al instante Homero le hizo señas, frunciendo los labios, de que aquello era muy serio. Entre los pasajeros comenzaron a correr motivos y el grupo terminó dándole el frente a la imagen que, una treintena de metros más abajo, ofrecían varios cuerpos acribillados al borde de la carretera. Del montón jalaron de un brazo a Homero y lo llevaron a interrogar. Irma tenía la expresión dura y fría de un ídolo de piedra, y Trilce no podía quitarse de la mente la brutalidad de que podían ser capaces esos gorilas a la hora de los excesos. Mientras trataba de comparar esta experiencia con las similares que había vivido en el norte de África, dos de los agentes especiales se le acercaron y le pidieron su identificación y el motivo del viaje. De su bolso Trilce extrajo el pasaporte y se lo tendió al más arrogante

de los dos: un tipo alto y corpulento de tez clara y ojos verdes saltones que, además del arma larga que sujetaba con la mano izquierda, llevaba a la cintura una pistola que a Trilce le pareció aún más agresiva por lo reluciente. Homero le había dicho que si alguna autoridad le preguntaba, ella dijera que iba de vacaciones a Puerto Escondido. Y eso, dicho en un tono forzado para aparentar lo contrario de lo que sentía, fue suficiente para que los dos agentes la dejaran y continuaran con el anciano que abrazaba la enorme grabadora contra el pecho dejando bien claro que aquel trasto era lo único que de verdad le importaba. Homero seguía dando explicaciones y por la cara de ultraje que ponía era obvio que estaba representando bien el número.

Cuando al fin reacomodaron todo en la panza del monstruo, dejaron subir a los pasajeros. Y entonces, ya en sus asientos, empezaron a acercarse a la ventanilla para ver a los que se quedaban: eran un indio de no más de treinta años, su mujer, cargando en un rebozo a manera de tamal la figura de un niño, y una anciana que se agarraba del brazo de la mujer más joven con la misma máscara de terror que seguramente pondrían las víctimas de los sacrificios aztecas. Entre el silencio relampagueó una voz de hombre: Dicen que se agarraron en la mañanita con los del EPR.

Al arrancar de nuevo el autobús, Homero le dijo a Trilce que cosas como éstas eran las que desquiciaban por completo a Malcolm Lowry. Trilce respondió: A sus personajes, querrás decir. No, no, insistió Homero, hablo del escritor. Y en la visión interna de Trilce la familia de indios que allí quedaron como víctimas de un ritual tan absurdo como milenario, empezó a desvanecerse. En medio de la neblina amarillosa que ahora lo envolvía todo, Trilce trataba de seguir el arbitrario vertigueo de los pensamientos. Sin embargo, las obsesiones no eran simples manías de Lowry; allí afuera había un desorden moral que no permitía el sosiego a quien tuviera otras creencias que privilegiaban más la libertad que el orden. Aunque nada más próximo a la total libertad que el caos, pensó al recordar fugazmente la imagen del mendigo muerto al lado de la carretera mientras otro indio se acercaba a robarle las monedas que tenía enfrente, y que terminaría siendo piedra fundacionaria del ya mítico *Bajo el volcán.*

Poco antes de llegar a Candelaria, ya en la parte baja de los Loxichas, volvieron a subirse los soldados a reojar a los pasajeros. En la entrada a Candelaria el chofer escogió un restaurante por razones que sólo él conocía y les dijo que disponían de media hora para almorzar. Trilce deseaba ir al baño, y cuando regresó, después de engrosar la inevitable cola, venía asintiendo al tiempo que señalaba con ojos entre pícaros y admirativos la impecable factura del enorme techo de palma del restaurante. Había albóndigas, pollo guisado, tasajo y huevos al gusto. Trilce ni lo pensó. Homero pidió también tasajo con frijoles refritos e lrma se inclinó por el guisado.

Por supuesto que todos los gastos corrían por cuenta de Trilce. Ése había sido el principal argumento a favor del sí. Irma, al oír la proposición, había objetado que por las obligaciones de su trabajo sólo podía salir el fin de semana. No había entonces razón evidente para explicar la actitud recelosa que asumía ahora, ni la desgana con que bebía la cerveza que sólo había aceptado por compromiso. Homero le hizo un guiño a Trilce luego de dar la última chupeteada a la botella. Si quieres pide otra, le dijo Trilce, agradecida de no oler la mezcla de diesel, excremento y frutas que ya relacionaba con esos viajes. ¿Ustedes no quieren?, preguntó Homero, levantándose con la idea de que si se apuraba todavía podría pedir otra cerveza más cuando les sirvieran la comida. Trilce asintió, pero lrma dijo que mejor le trajera una Coca.

Solas las dos mujeres en la mesa, Trilce decidió que tenía que haber alguna manera de desmontar aquella máscara. Le preguntó si se sentía bien, y la respuesta fue un sí igual de evasivo que el que los indios daban a los soldados. ¿Te molesta algo en particular?, voIvió a preguntar. lrma la miró por un instante y Trilce vio que esta mujer también tenía obsesiones y temores, y que la única diferencia estaba en la máscara de piedra con que se protegía. En cuanto lIeguemos se me quita, es por el viaje, y enseguida se levantó y dijo que iba al baño.

Después llegó Homero y Trilce no fue capaz de renunciar a las razones. Él le dijo que Irma se había puesto así por la matazón de los guerrilleros, pues en Oaxaca todo el magisterio simpatizaba con el EPR; pero que ni la pelara, que luego se le quitaría.

¿Y qué suelen hacer con las familias como ésa que se quedó allá arriba?, preguntó Trilce, aunque casi estaba segura de conocer la respuesta. ¿Sabes por qué bajan así a la gente?, le reviró Homero, y él mismo contestó: Tienen listas de cada pueblo con los nombres de simpatizantes, así que el que está en la lista ya se chingó, con todo y familia. ¿Y cómo saben quién es simpatizante y quién no? Maestra, son los priístas de las rancherías los que hacen las listas. Y le siguió explicando la cadena de exterminación y venganza que continuaba asolando a toda la región, y cuyos engranajes eran la corrupción, la represión, la guerrilla y el narcotráfico.

De Candelaria a Pochutla hicieron casi tres horas. Más humedad y calor conforme iban bajando, y mayor también la exuberancia del entorno. Recién había llovido y los verdes se prendían con el fuego del sol, que hacía que las hojas y las ramas confundieran sus sombras formando un entramado fascinante.

En la terminal de Pochutla, un sucio lote baldío semejante en desorden a las otras estaciones que ya conocía, Trilce bajó, vio, olió y encaró decidida a Homero:

Yo aquí ni loca me quedo.

Podemos pasar la noche en Zipolite..., empezó a decir Homero, antes de que tres niñas y dos ancianas disolvieran el círculo amenazándolos con sus canastillas. Por las moscas que revoloteaban gozosas esquivando los manotazos, Trilce pudo imaginar el tipo de vida mínima que estaba allí al acecho entre tanta grasa.

Se tuvieron que ir hacia una esquina, y mientras veía aquella fauna tan urgida, con esas expresiones que rezumaban un resentimiento de siglos, Trilce tomó la decisión más difícil: ¿Y qué hay en Zipolite que sea interesante?, le preguntó a Homero, sabiendo por oídas de qué iba la cosa.

Puros hippies viciosos y rateros chilangos, dijo Irma con energía.

También está Piña Palmera, adujo Homero a la defensiva.

¿Y qué demonios es eso?, inquirió Trilce.

Un centro especial para niños con deficiencias mentales.

Vaya, mucho más interesante que esto, ¿no crees?, y pensó al instante en el éxito que alcanzaría una Maruja Torres escarban-

do en la culpabilidad del devorador compulsivo de noticias con una crónica como aquélla.

También si quieren podemos pasar la noche en Puerto Escondido, insistió Homero.Tenía los cristales de los lentes empañados por el sudor, y la negrura de los ojos se desdibujaba como si estuviera mirando a través de la turbiedad de una ola. Pero en el fondo de aquella mirada había una verdad mucho más apremiante que lo que Trilce creía ver, la seguridad de que la tercera opción era la menos deseable de todas.

¿Y qué hay en Puerto Escondido?, por el tono de la pregunta se notaba enseguida el carácter rutinario del juego.

Lo mismo que en Zipolite, escupió Irma.

Homero volteó hacia su mujer y tuvo que refrenar el impulso al reclamo. Por las noches hay buen ambiente, dijo más resignado que esperanzado.

¿Quieres decir que hay lugares donde se pueden comer deliciosas hamburguesas, pizzas, pastas y todo eso?

Por el vaho que envolvía todo lo que miraba, Homero no llegó a distinguir la relación que existía entre el tintineo cosquilloso de la pregunta y el chispear de los ojos de Trilce.

Un chingo, maestra, dijo reanimado.

Lo suponía, fue el comentario final de Trilce.



Casi siete horas más, rebotando de bache en bache y deteniéndose en puebluchos resecados por tanto sol y comidos por la incuria. Otros dos retenes de soldados; y al olor infernal de la travesía se le había encimado el de las fritangas y de los pescados en salazón y a las brasas que las escandalosas vendedoras ofrecían en cada parada.

La única gratificación la proporcionaba el olor marino que por momentos, cuando la carretera se acercaba a la costa, era un aleteo de vida. Hacia mitad del trayecto, Homero, que ahora se había sentado justo atrás de Trilce y de Irma, metió la cabeza entre los asientos de las dos y dijo que en una playa que estaba a dos kilómetros de allí por una brecha, se daba por esas fechas la mayor arribazón de tortugas del Pacífico.

Desde que Trilce tomara la decisión de echarse todo el viaje de un tirón en el primer autobús que saliera rumbo a Acapulco, Homero se había retraído hacia un mutismo que pretendía evidenciar el desacuerdo. Ahora, tras dejar correr un silencio distanciante, añadió una cifra de cientos de miles de tortugas y el solo pensamiento de aquella enormidad fue suficiente para que la idea de otro superartículo comenzara a revolotear en la cabeza de Trilce como una tempestad de letras que caerían sobre la conciencia de los casi dos millones de lectores del periódico, que necesitaban la constatación de esos fenómenos para asegurarse de que no era cierto que progreso y civilización fuesen sinónimos de muerte.

En fin, otra oportunidad clausurada por su criterio excesivamente rigorista y tanatofílico. Un criterio que se había consolidado como una mezcla incombustible del Flaubert hipercrítico y autocensor (siempre se debe rechazar inmensamente más de lo que se aprueba) con el Valle-Inclán de las apariencias invertidas (el esperpento no es más que grandeza caída). ¿Pero por qué demonios no sería ella capaz de escribir algo interesante sobre el desove de más de doscientas mil tortugas? Entonces una vocecita claridosa, como la revelación que hace un niño en el límite entre la inocencia y la maldad, dijo: Porque en el fondo es más atractiva la condena que la celebración, ¿acaso no es más tentador matar que dar vida? Y el recuerdo se remontó hacia los años más duros de su vida, cuando empezó a tomar conciencia de lo que era ser hija de una madre soltera.

En un pueblo al lado de la carretera, ocupado casi en su totalidad por tendajones de comida rica en todo tipo de parásitos y bacterias, cambiaron el autobús por un taxi que los llevó por una brecha hasta el rumoreo marino de una playa. Trilce comprobó en su reloj que eran las diez y veintisiete. A pesar del calor y de los mosquitos, se dejó caer en una de las hamacas que le señaló la dueña de la cabaña y se fue rebotando de sueño en sueño: primero le rechazaban su libro sobre México, después su madre tenía un pretendiente con el que quería ir a vivir a una isla del Pacífico, luego iba por una carretera a gran velocidad y de pronto la cinta asfáltica se doblaba y se convertía en una lengua palpitante de lagarto..., hasta que por último se dio cuenta de que

era consciente que estaba despertando dentro de un sueño vivísimo pero no menos absurdo que los otros. Con el rompimiento del amanecer, las siluetas de dos hombres que veía llegar por la playa fueron tomando la solidez de una visión de plena vigilia: cada uno cargaba una tortuga sobre su espalda y los animales aleteaban con tanta fuerza que algunos golpes restallaban contra las corazas de sus pechos. Los hombres cruzaron hacia la cabaña de al lado y Trilce tuvo que estirar el cuello sobre la hamaca para ver cómo tiraban las tortugas al suelo volteadas boca arriba. Una voz de mujer dijo algo que a Trilce le sonó a grosería, y supo que aquella voz le era conocida, aunque no podía precisar de cuál de todos los sueños.

Se sentía sucia y hambrienta y oía y olía el mar como un llamado de salvación que no podía obedecer por impedírselo aquella falta total de voluntad que la convertía en planta. Miró hacia el techo y vio un ratón correteando entre las palmas. Fijó por instantes la manchita y de pronto sintió un chasquido dentro de su cabeza y tomó conciencia clarísima de que su atención se había dividido en dos mundos que coexistían en diferentes niveles: veía cómo el ratón movía su cabecita olfateando algo y al mismo tiempo oía aquellos golpes que le llegaban desde la otra cabaña.

Pocas cosas había que rechazara tanto como el sentirse sucia, sobre todo cuando alguien más la veía sintiéndose sucia; pero manoteó la mosca que la acosaba y salió de la hamaca trastabilIando. Sobre un tapesco que estaba al fondo resplandecían dos lumbres y el efecto del llamear hacía que los dos hombres que estaban en cuclillas se vieran dando forma a una irrealidad que sólo podía existir porque alguien la soñaba. Frente al tapesco estaba la mujer con la que había hablado anoche, que la miró con una sonrisa tan desentendida de todo lo que allí estaba sucediendo que obligó a Trilce a quitarse el greñal de la cara. No, tanta crueldad no podía ser simple ignorancia; había en aquel acto una pervivencia de la más oscura animalidad, ese gusto bárbaro por la sangre derramada de la víctima. Sólo dio unos pasos más para poder distinguir cómo el corte preciso del cuchillo terminaba de desprender el pectoral de la tortuga. El hombre que lo extrajo se lo pasó al otro que estaba a su lado y

éste se lo tendió a su vez a la mujer que estaba de pie, que lo arrojó a los perros que seguían con tensa atención el sacrificio. Para Trilce, que jamás había soñado con nada parecido, la imagen de aquella tortuga aleteando desesperada y con las vísceras ensangrentadas se le metió hasta lo más tenebroso de su alma. Entonces la mujer dijo: Mucha sangre, ¿verdá?, y Trilce siguió viendo, cada vez más impresionada, cómo las aletas desprendidas ya del caparazón seguían moviéndose sobre la mesa donde las habían dejado, como si en cada una de sus células llevasen la orden de continuar nadando sin descanso.

El hombre extrajo con las dos manos varias tripas llenas de huevos y las echó en la cubeta que la mujer sostenía sin dejar para nada aquella sonrisa estúpida que no estaba acorde al tamaño y exuberancia de su cuerpo. Tres huevos se salieron de una tripa y Trilce al verlos sobre la arena sucia y ensangrentada pensó en frágiles bolas de ping pong. La mujer llevó la cubeta a un lado de la pared de varas y comenzó a apretar las tripas en la boca de un costal que estaba a medio llenar. Al mismo tiempo que veía el escupidero de huevos, Trilce supo también qué contenían los otros dos costales completamente llenos que estaban al lado.

¡Vaya asesinato!, dijo sintiendo cómo le crecía en el estómago un torbellino de rechazos. Luego se mordió los labios y empezó a caminar hacia la playa. Una voz de hombre dijo: Sesinato el que yo t'aría, y las risotadas siguieron resonando un rato entre los pensamientos de derrota que ahora la envolvían. No, definitivamente no le gustaba esta gentuza. Eran igual de sinvergüenzas y promiscuos que los africanos y paquistaníes que ahora tanto se veían en las tienduchas de las calles aledañas a las Ramblas. Y aunque Homero le había dicho que ninguna etnia en México era tan plenamente libre y orgullosa como estos costeños de color, lo que acababa de ver la confirmaba en la certeza de que la mezcla de indios cuyos tatarabuelos hacian sacrificios humanos y negros cuyos abuelos habían huido de las haciendas donde estaban esclavizados, no podía resultar armoniosa. Con Homero prefería silenciar esas divergencias, pero con la voz que jamás dejaba de murmurar desacuerdos dentro de ella, no había manera.

Siguió hacia el extremo derecho de la playa, pues hacia el otro lado había dos cabañas más donde seguramente estarían celebrando el mismo crimen. Aunque había nubes de humo de plomo en el horizonte marino, el sol que empezaba a subir tras los cerros de la lejanía iba levantando los manchones de la última oscuridad y las olas refulgían al barrer la orilla. Envases de vidrio, latas y bolsas de plástico (todas negras y grandes), chanclas de hule y huaraches viejos, pecios y deshechos..., todo lo peor que podía llegar de la civilización parecía haber encontrado allí su paraje ideal. En pleno lengüeteo de venenos, decidió mirar únicamente aquel mar y aquellas olas que se subían unas sobre otras en un juego que incitaba al disfrute. Caminó otros cincuenta metros y llegó al borde de un río que al unirse con el mar producía un encrespamiento turbio y malpresagioso. El vivo contraste con el azul que bordeaba la mancha terrosa de la desembocadura hacía que el encuadre de la visión fuera como una tela donde un pintor-demiurgo estuviera exprimiendo de un gigantesco tubo la esencia misma de la pintura.

Miró hacia todos lados y no le importó ver más basura. Después empezó a desvestirse y enseguida se arrojó de cabeza contra la primera ola. La inmersión fue como un estremecimiento de vida. Tomó la cresta de la ola y se dejó ir gozosa. Luego nadó con fuerza para tomar a tiempo la siguiente, que era mayor, y apenas alcanzó a sentir cómo la recorría la euforia del vértigo desde la altura. Y la tercera era aún mayor. Nadó, nadó y nadó, con muchas más ganas que cuando lo hacía en la Barceloneta, frente a la escollera, y tomó la ola apenas en su enraizamiento. Después sólo supo que subió jalada por una fuerza impresionante, que enseguida la arrojó contra la arena en medio de un torbellino de estrellas. Cuando una eternidad más tarde logró salir de la pesadilla sólo pudo abrir la boca para meter todo el aire que había en el mundo. Y de nuevo fue levantada y escupida, pero esta vez se encogió y fue rebotando por el fondo hasta que salió a la orilla de la playa. Ni se movió: con los brazos y las piernas extendidos dejó que el corazón se recuperara y después cruzó los brazos bajo la barbilla y se puso a buscar entre los pensamientos alguna sensación que estuviera más allá

de tanto rechazo. Por último cerró los ojos y sólo oía los piares de las gaviotas que se dejaban caer de cabeza contra el agua, y sentía el relamer cosquilloso de la punta de la ola sobre sus piernas.

Alguien gritó en algún lado y Trilce levantó de golpe la cabeza. Cuando se incorporó ya las voces llegaban más claras desde el otro lado de la barra. Se puso la ropa a toda prisa lamentando no haber traído el traje de baño encima, y no pudo evitar que la sorprendieran terminando de vestirse. Eran tres: dos adolescentes y un hombre maduro, y los tres igual de negros que los que había visto en la cabaña. Los más jóvenes chillaron y rieron mientras el otro extraía del morral una atarraya y se la iba acomodando al hombro al tiempo que corría hacia la orilla, donde ahora las gaviotas se tiraban una y otra vez en medio de un frenesí festivo. Trilce terminó de sacudirse el pelo y después, en lugar de retirarse a paso rápirlo, que era lo que decía con insistencia su yo racional, decidió mandar a la mierda el temor y la vergüenza y se puso a observar cómo el hombre arrojaba la atarraya y después la recogía llena de manchitas plateadas. Los dos jóvenes se doblaron sobre la red y comenzaron a extraer los pececillos mallados. Desde el otro lado Trilce seguía oyendo las risitas y enfrentando el furtiveo de miradas. Y en eso estaba cuando sintió en la espalda la voz de Homero. Volteó a verlo y él volvió a hablar: ¿Qué pasó, maestra, agarraste mala onda?

Ganas no le faltaban para eructarle en plena cara las acideces y desagrados, desmontarle de una vez el absurdo tinglado de culpabilidades y compasiones; pero no sabía ¿o no quería? empezar. Homero se paró al lado de ella y se puso a mirar cómo el negro armaba la red sobre el hombro para dar otro lance. Traía un despeinaje arduo y en la nublazón de los lentes y en el pantalón y la camisa era obvio el desaliño. Aunque en el fondo bullera algo más, algo que de no remediarse podría fácilmente convertir a Trilce en un ventarrón de reclamos. Y así se lo había hecho ver la mujer quince minutos atrás, después de que él acabara de celebrar con regodeo de manos la ingesta que tanta carne prometía.

¿A poco no te gusta el contraste?, dijo dispuesto a soportar todas las malas razones.

¿Cuál?, Trilce aún cortante.

Digamos entre la vida y la muerte.

Ah, vaya, pensé que hablabas de una mínima higiene.

En el otro lado el hombre arrastraba la atarraya y esta vez al lado de las manchas pequeñas se distinguían también dos más grandes. Homero dejó pasar el arranque y luego dijo en el mismo tono neutro:

Así es esta vida, maestra, todo muere para que todo siga viviendo.

¡Vamos, no me vengas ahora con esas gilipolleces!

Sólo quería hablar, adujo aún más a la defensiva. Bueno, si es que se puede... Y luego tras el silencio: ¿Nos sentamos?

Primero lo hizo él, dándole el frente a la turbiedad de la desembocadura, y Trilce se quedó arriba balanceándose entre el sí y el no. Por fin comprendió que no era justo atribuirle a Homero el papel de culpable en aquella tragicomedia tropical que, muy a su pesar, se estaba convirtiendo en un bodrio nauseante.

Todo esto es pleno y auténtico, dijo Homero agarrando un puño de arena y arrojándolo hacia la orilla.

Los dos miraban cómo el mismo cielo iba anaranjándose sobre el grisor, y Trilce pensó en preguntarle si para él la miseria y la basura eran condiciones indispensables de autenticidad, pero lo que dijo fue: Quizá lo auténtico que tú ves esté oculto para mi mirada.

No, no me desvíes el camino. Lo que quiero decir es que esta gente lleva viviendo así desde hace siglos, o si quieres con algunos cambios, pero mínimos. Para ellos la arribazón es una fiesta, como para ti, maestra, publicar un libro o recibir un premio, ¿o no?; y la fiesta, para que sea fiesta, lo que aquí entendemos pues por fiesta, tiene que tener siempre su rito de vida y de muerte…

O sea, Trilce mirándolo ahora interesada, que si no hay muerte, no hay fiesta...

No, por supuesto que no, entonces las matazones de campesinos o las guerras interraciales serían una fiesta.

Eso mismo te digo yo, dijo Trilce con suficiencia.

...Para que haya fiesta, tiene que haber alegría, y para que haya alegría tiene que haber abundancia y esa abundancia precisamente es la que se consume, ¿o no, maestra?

Trilce no pudo reprimir la sonrisa. Cada vez se convencía más de que Homero era un personaje condenado a infundir simpatía. Por eso sacudió la cabeza como dando a entender que el sofisma era demasiado pedestre.

¿Y no es peor lo que hacen con los pollos, las vacas y los puercos que comemos a diario?, reviró Homero.

Claro que no, dijo molesta, sabiendo que por ese camino se llegaba inevitablemente a una confrontación que no quería. Luego agregó: Las tortugas están en extinción.

¿En extinción, dices?, Homero casi brincó con el impulso.

Trilce recordó que Homero le había dicho que en un solo año en el Pacífico mexicano habían desovado cerca de trescientas mil. ¿Pero es necesaria tanta crueldad?, insistió.

Nada más es la forma, maestra; la pinche forma de ver las cosas, ¿o no ves que también te atrapan las mismas obsesiones que a Lowry?

Sin embargo, en la mente de Trilce no apareció Lowry, sino una frase de Gombrowicz que en otra vida (al menos eso le parecía ahora) le había dejado Font de Riba en el contestador automático del teléfono: "La forma es el traje que nos ponemos para cubrir nuestra vergonzosa desnudez."

Trilce encogió las piernas y apoyó la barbilla sobre las rodillas. Ahora sólo pensaba si su maldita arrogancia no sería el disfraz perfecto para ocultar sus patologías. Por primera vez la mirada parecía descubrir algo dichoso.

Cuando uno trae el alma atada a la cola de sus obsesiones sólo encuentra inautenticidades, dijo Homero y luego cogió un puño de arena y lo dejó escurrir entre sus piernas.

¿Quién dijo eso?, preguntó Trilce de manera maquinal.

No sé, o sí, pues lo estoy diciendo ahora que pienso en toda esa larga noche que pasó Lowry en la cárcel de Oaxaca; tal vez explicaría muchas cosas el que lo hayan violado...

¡Pero qué dices!

Que a lo mejor es cierto lo que a mí me contó alguien que estuvo allí aquella noche.

¡Mierda, aquí todo lo queréis arreglar con violaciones!

...Don Gustavo González, el comisario que lo liberó...

O sea, que todos los que venimos a México vamos a tener las mismas obsesiones...

Yo no digo que todos tengan que estar borrachos en una cantina de mala muerte a las tantas de la madrugada tomando notas en una libretita de los insultos que los otros borrachos le escupen a la cara. Recuerda la carta a James Stern donde le dice que también trataron de castrarlo, y se lamenta de que sin éxito por desgracia...

Entonces qué es lo que quieres decir, ¿qué sólo es auténtico lo que hay aquí?

Este, pues cómo te diré. Sí, te lo voy a poner así: que México es más auténtico porque es menos civilizado.

¡Jo, vaya salida!

Espera, espera, cuando digo civilizado quiero decir lo que es igual en todos lados, la misma mierda pues...

¿Y toda esa basura regada a nuestras espaldas no es la misma mierda que hay en Ciudad de México, en Calcuta o en Sao Paulo?

Sí, y también en Nueva York y Los Ángeles; y a eso es a lo que quiero llegar: ver lo que es único de cada lugar y verlo sin prejuicios, con una mirada limpia, una mirada que sienta pero que no juzgue.

Vamos, que hacer eso en México es imposible. Simple y sencillamente me estás pidiendo que deje de ser consciente.

No, no, yo te pido más bien que seas consciente de que tu juicio sobre esta gente y sus costumbres sólo quiere resaltar el lado infernal.

¿Y dónde estaría aquí el lado paradisiaco?

Ahí mismo, y señaló con fuerza el mar.

Trilce suspendió la mirada en una mancha negra y blanca, como un tronco sobrenadando entre el oleaje; en su cabeza había demasiadas razones y todas, como siempre, a su favor. Una vez, cumplidos ya los trece años, su madre la había sorprendido tratando de convencer a Paquita la portera de que según un escritor que acababa de leer (más tarde iría con su orgullo prendido al máximo a mostrarle el libro de Barthélemy Joly), en toda Cataluña y en el siglo XVII había un tercio más de franceses que de naturales. Y la madre le dijo que ponía tal vehemencia en los razonamientos que parecía que lo que en realidad buscaba era

humillar a la persona con la que hablaba. Y sí, era evidente que hasta ahora cualquier interlocutor era para ella un contrario. Más temprano que tarde eso tendría que cambiar; al menos ya lo reconocía, que era un adelanto.

¿Y dices lo de Lowry en serio?, le dijo apartando la mirada hacia el trozo de concha que estaba entresacando de la arena.

Maestra, ¿te he mentido yo?

Trilce volvió a sonreír: empezaba a gustarle que en lugar de licenciada o doctora los oaxacos le dijeran maestra.

Claro que hablo en serio, continuó Homero. ¿No ves que de ahí vienen todas sus broncas: el deseo de humillación, la impotencia, el delirio persecutorio...?

Trilce levantó la vista de golpe y comprobó que en los ojos de Homero, que parecían atrapados en un laberinto vidrioso, no existía el menor asomo de triunfo. Y entonces le dijo: ¿Puedo preguntarte algo estrictamente personal?

Claro, lo que quieras, dijo sin inmutarse.

¿A ti te han violado alguna vez?

No, todavía no.

Y si algún día llegasen a violarte, ¿tú crees que cambiaría por completo tu manera de percibir las cosas?

Depende, ¿no? ¿Y si me va gustando?

Trilce tosió una risa y enseguida regresó la mirada a la mancha que ahora se veía mucho más contrastante, como si algo allí estuviera lleno de vida.

¡Un tiburón!, gritó incorporándose de golpe.

¿Dónde, dónde?, Homero también se levantó, y su expresión era la de un animal sorprendido que busca a tientas el origen del peligro.

Trilce alargó el brazo y Homero se fijó en la punta del dedo y siguió la dirección hasta que distinguió la mancha.

¡Ah, tortugas mancuernadas, qué buena onda!

¿Qué es eso?

Que se están apareando.

¿Se aparean en el mar?

¿Y sabes cuánto pueden durar enganchadas?

Trilce pensó en la pareja de perros que había visto una vez

pegados de sus genitales y debatiendo por separarse bajo el monumento a Colón, asustados por los coches que circundaban la glorieta. Durante casi una hora había estado asomándose a hurtadillas al balcón para que su madre, que estaba cocinando, no se diera cuenta de las idas y venidas.

Esas de ahí pueden seguir así por todo el resto del día, prosiguió Homero. Era claro que el evento era muy de su agrado. Trilce, por el contrario, no pudo imaginarse a Roberto metido dentro de ella durante doce horas, y lo que sintió en el bajo vientre no fue en absoluto de su agrado. Cambió la mirada hacia el otro extremo de la playa y vio a un hombre llevando en la mano una cubeta que supuso llena de agua de mar. ¿No tienes hambre?, le dijo ya empezando a caminar hacia la cabaña.



Sobre el mantel raído de plástico azulino que cubría la mesa había varios platos, e Irma sacudía metódica un paliacate para que las moscas simplemente escogieran el extremo del tapesco cubierto por completo de carnosas aletas de tortuga. Al verlos llegar intentó una sonrisa. Luego se acercó a la mujer que estaba cocinando y le cuchicheó algo sobre la espalda. La mujer volteó hacia Trilce y le enseñó los tres costosos casquillos de oro que ocupaban el frente de la dentadura. Era bastante menos negra que los hombres que había visto (uno de ellos estaba ahora metido en la única hamaca que estaba al fondo de la cabaña y no se podía saber si despierto o dormido), y tenía el pelo mucho más ensortijado que Homero y quemado por el sol y el salitre. Vestía una blusa roja demasiado abierta, tal vez con la intención de lucir la rotundez de aquellos pechos que apenas lograba comprimir un satinado brasier negro; y la parte de abajo, sin duda la mejor de todo el cuerpo, terminaba en unos muslos crudamente comestibles.

Homero le pidió a Irma una jícara con agua y Trilce fijó de inmediato el cuadro que había en una esquina de la mesa. Sobre un trozo de cartón salpicado de granulitos anaranjados, había por lo menos cien moscas; unas estaban todavía vivas y hacían

inútiles despegues hasta que por fin caían con las patas para arriba y otras se les echaban encima atraídas por el pataleo final. Cuanto más miraba de cerca el moridero, más se adentraba en la certeza de que en aquel suicidio en masa había algo demasiado próximo a la estupidez mediática. Homero le habló, pero ella ni oía ni veía otra cosa que aquella escena digna de Kurosawa. Por último Homero le pasó la jícara con agua e insistió hasta que Trilce apartó la mirada del cuadro. La mujer dijo algo que Trilce no alcanzó a entender y después rezongó: Chingada plaga.

Homero fue al refrigerador y trajo tres cervezas frías. En una servilleta hecha con los restos de una camisa que aún tenía el logotipo del partido oficial, Irma fue poniendo las tortillas que la mujer calentaba sobre un comal. Después, al lado de los platos que ya estaban en la mesa con frijoles refritos y trozos de carne muy dorados, le hizo espacio a una cazuela de barro rebosante de huevecillos anaranjados. Completó el servicio -salsa de chile, sal y cubiertos- y se sentó frente a donde acababa de sentarse Trilce. Homero ocupó la cabecera de la mesa y dejó el otro extremo para que la cocinera se acercara.

¿No gustas, una?, le dijo empezando a formar un taco.

Coman ustedes, que luego como yo, dijo la mujer repasando las manos sobre el frente de la falda pringosa.

¡Primero los coralitos, maestra!, expresó Homero con todo el deleite que le producía ver aquel taco parado justo a cinco centimetros de su boca. Enseguida dio el primer bocado y los ojos se le hicieron diminutos como dos hormigas golosas.

¿También son de tortuga?, dijo Trilce siguiendo el repentino descenso de las moscas sobre los huevecillos.

Son los huevos tiernos, respondió lrma, los de la próxima puesta.

Si hubiera próxima, claro está, socarroneó Trilce.

Bueno, sí...

Esg lo masg ricog que te puedeg igmaginar, masculló Homero con la pasta amarillosa pegosteada a la lengua.

Mucho más ricos que los de iguana, dijo lrma y empezó a pasear el paliacate sobre la cazuela.

Trilce no dijo nada, seguía pensando que lo mejor sería aquella carne, que por lo menos estaba bien frita.

Prueba uno siquiera, Homero acababa de pasar el bocado y la miraba con seriedad inquisitiva.

Antes que en el juicio de todos los ojos que ahora la veían, Trilce pensó en su propia condena: era absurdo que por aquel complejo de culpa no pudiera probar esos huevecillos. Así que tomó el primero y lo masticó. Se sentía grumoso pero de un exquisito sabor marino. Luego tomó otro y todos sonrieron, y entonces Homero le dijo que le iba a preparar un taco costeño: metió varios huevos en una tortilla y los apretó hasta que reventaron, luego le espolvoreó unos granos de sal y los regó con una cucharada de la salsa de molcajete.

Con el segundo taco le dijo a Homero que trajera otras cervezas; y luego, al dejarse atrapar por los trozos de carne frita, tomó dos cervezas más y ya no le importó el remoler de la conciencia. Estaba en la mejor fase del alcohol, un sopor delicioso que no reparaba en detalles, apenas un planear por encima de todo sin importar que los olores de la fritanga se mezclaran ahora con los de las aletas asándose sobre las brasas, y que las moscas confundieran la carne muerta con la viva en un acrobeo encimoso.

La mujer había empezado a responder las preguntas que Homero le hacía sobre los desembarcos con una desconfianza cada vez más acentuada. Trilce oía y desaprobaba. No seas tan evidente, quería decirle a Homero, pero estaba tan en lo suyo nada más oyendo que sólo abrió la boca para pedir un café. La mujer volteó a verla como si la acabaran de culpar de toda aquella masacre. Entonces Homero dijo: Mejor vendría un mezcalito. Y el oro volvió a refulgir en medio de la grandísima boca. Después la mujer puso una ollita con agua en la lumbre y por último tomó un botellón de la esquina y se lo plantó a Homero enfrente.

¿Así que tu nombre es Marcelina, no?, aventuró Trilce. En la fácil sonrisa de la mujer acababa de ver una oportunidad para cambiar el acceso a un nivel más elemental. Esa mujer, a pesar de la amenaza implícita en su formidable corpulencia, parecía bastante sensible y agradecida, y por ahí había que buscarle la entrada.

No, me llamo María Avelina, pero pues me dicen Lina, dijo la mujer y se quedó parada esperando a ver qué rumbo tomaba

la plática. En realidad no hablaba con la peculiaridad de los otros costeños, a los que Trilce apenas lograba entender, ni tampoco tenía la mirada huidiza y furtiva con que aquellos hombres la habían mirado.

Homero agarró el galón y empezó a llenar el vaso en el que había estado tomando cerveza.

¿Naciste por aquí?, añadió Trilce sin dejar de mirar a Lina, mientras en la periferia de la visión negaba con la mano la bebida que Homero le tendía.

Sí, nací aquí. Bueno, en el pueblo del crucero, y de chica me fui con mi madre para el D.F.

O sea, que ya has visto lo suficiente...

Lina sacudió los hombros y agrandó la sonrisa. Por ahí iba bien, pensó Trilce. Era claro que la mujer se sabía diferente y agradecía que alguien como Trilce lo notara.

Supongo que ya te habrá dicho Homero a qué vine.

No, no le dije nada, se apresuró Homero.

No, dijo la mujer con la expresión de nuevo rígida.

A mí me gusta hablar con la verdad; supongo que a ti también.

Asintió.

Yo escribo para un periódico muy importante allá en España y quiero que tú me ayudes con algunos datos que necesito.

¿Datos de qué?, preguntó sin apartale la mirada. Tenía ahora las manos sobre el trozo de camisa que aún envolvía dos o tres tortillas ya frías, y doblaba y redoblaba las esquinas en actitud inquieta.

Nada más quiero saber cómo viajan, cuántos vienen y todo eso..., y no te preocupes que no diré nombres ni lugares exactos.

La mujer miró de pronto hacia Homero como si buscara en él una razón de peso para abrirse. Pero fue lrma, que hasta ahora había estado masticando de todo lentamente y en silencio, la que dijo inesperadamente: No vas a tener ningún problema, Lina, yo me comprometo. Si, no hay pedo, reafirmó Homero con el vaso ya listo para el trago. La mujer dudó todavía unos instantes y por fin hizo una seña indicándoles la presencia del bulto en la hamaca.

Complacida, Trilce sólo pensó entonces en vaciar las cervezas que le llenaban la vejiga. Preguntó dónde, y Lina le indicó

que en la letrina, atrás de la cabaña. Trilce sujetó el borde de la mesa con las dos manos y al impulsarse derribó la silla a sus espaldas. Nada más el pensamiento de levantarla hizo que dejara para Lina la tarea. Le dio las gracias y al alejarse oyó que lrma le decía que mejor fuera derecha a los matorrales.

Cuando regresó venía decidida a tomarse el café y después irse a descansar un rato. Pero vio cómo el hombre se alejaba por la playa y no dudó en ir a ocupar su lugar. Preguntó si podía y al oír el sí se dejó atrapar como un pescado.

A ver, qué cosa quieres saber, le dijo Lina sin darle tiempo a que se desconectara.

¿Ahora mismo?

Pues ahora que estamos solas, ¿no?, y el tono era ya ostensiblemente igualitario.

Trilce tuvo que hacer otro esfuerzo voluntarioso para ir a la mochila a buscar su cuaderno y su Watermann. Al pasar frente a la mesa, Homero le ofreció el vaso. Ella lo tomó y dio un buen trago; después abrió la boca buscando aire y ahogó el resoplido en la garganta, mientras sentía cómo la expansión del calor le sacudía la modorra. Ya reinstalada comenzó a preguntar y a tomar notas, y a medida que crecían las confidencias, crecía también el resabor triunfero, la convicción de que estaba en un lugar donde sucedían autenticidades: la materia prima que anhela encontrar todo cronista.

Casi dos horas más tarde dejó bajo la hamaca el cuaderno y la pluma y ya no pudo quitar de su mente aquellas imágenes terribles de agonía que había ido reconstruyendo mientras Lina le pormenorizaba el suceso: Un pollero salvadoreño había sido balaceado en la playa, la policía judicial lo halló un día después aún vivo y lo dejó entre los matorrales, donde estuvo lamentándose otro día y otra noche, hasta que por último lo comieron los zopilotes. En el momento cúlmine del relato Trilce había reclamado: ¡Pero cómo es posible que nadie fuera a auxiliarle!, y con la encogida de hombros de Lina la visión se le llenó de nuevo con los pajarracos arrancando a picotazos la carne todavía viva. En el último fulgor de la conciencia se estremeció al recordar que en una sola mañana había vivido el horror de dos de las más obsesi-

vas pesadillas de Lowly: la tortuga muerta y los zopilotes. Pero el sueño ya no le permitió vislumbrar la totalidad del presagio.



Atardecía y el sol se esforzaba por seguir filtrándose entre nubazones plomizas. El mar parecía desconfiar de aquella falta de viento y sólo en la bocana había la turbulencia lodosa del choque de las dos aguas. Trilce no había rechazado la compañía de Irma y ahora, mientras contemplaba el arrastre turbioso, supo que el ofrecimiento era en realidad una trampa, el aprisionamiento en una de esas situaciones compadecientes donde los lamentos sólo buscaban el lado disminuidor de la vida; y esto, convertirse en vertedero de fracasos, era algo que sencillamente le revolvía las entrañas. Oyó las razones que la mujer le dio del malogro de la vida de Homero, el enganche con el mezcal y la impotencia cada vez mayor para todo -e hizo énfasis en la palabra para magnificar la tragedia-. Y Trilce siguió caminando por la orilla del río, oyendo sin querer oír, buscando únicamente una señal que le indicara el pocero del que le había hablado Lina.

A las bolsas de plástico negras se les sumaban cagadas al borde de los hierbazales y pañales sucios y toallitas sanitarias ya usadas. Hasta que llegó a un hoyo donde estaba medio enterrado un tambo oxidado. Alrededor la inmundicia parecía intencionada, y bajo un árbol ramoso y retorcido calzoncillos y pantaletas desplazaban a un segundo plano los envoltorios de alimentos chatarra y envases de refrescos cancerígenos.

Un sapo pataleaba en la superficie del pozuelo. Irma había callado de golpe, como si toda aquella basura estuviera directamente relacionada con ella, y al ver cómo Trilce sacudía la cabeza y se mordía el labio inferior, le dijo que ella lo limpiaba en un momento. Resorteó hacia la jícara que estaba sobre una piedra plana y desgastada y se puso a sacar y sacar agua, hasta que por fin se levantó y sonrió satisfecha.

Trilce se echó varios jicarazos y comenzó a enjabonarse sobre el traje de baño. Irma tenía la espalda contra el tronco del árbol y sólo miraba.

¿No te bañas?, le dijo Trilce incómoda por la persistencia de la mirada.

Ya me bañé en la mañana.

Ah, y le dio la espalda.

Cuando se estaba echando champú en el pelo, volteó y comprobó que Irma seguía en lo mismo. Jo, qué necedad, dijo por lo bajo y la otra sonrió y por último dio salida a la cavilación que desde hacía rato venía bulléndole en la conciencia:

No creo que sea cierto lo que me dijiste en Oaxaca.

¿De qué hablas, eh?, y detuvo un instante el masaje de los dedos sobre la cabeza para hacer más evidente el desentendimiento.

De que sólo te gusten las mujeres.

Trilce volvió a mover las manos y sólo dijo: Ah, eso.

Yo conozco dos maestras que llevan vida de pareja... Pero son otra cosa, luego se ve.

¿Ah, sí?

Sí, tú eres muy diferente.

¿Y eso es bueno o malo?, le preguntó con un solo ojo al acecho, mientras levantaba la jícara con agua para quitarse del otro la escocedura.

Quiero decir que tú eres muy atractiva, dijo Irma separándose del árbol.

Ah, vaya. ¿Y ellas qué?, dijo por decir algo.

Son muy feas, y empezó a caminar hacia la playa.

Oye, ¿y a qué mierda viene todo esto?, le gritó a la espalda rotunda que se alejaba.

Irma se detuvo pero tardó cuatro o cinco respiraciones antes de voltear. Luego puso en la expresión todo aquel sentir atormentado y le dijo con fuerza: Será borracho y flojo y lo que quieras, pero lo quiero muchísimo.

Y las carcajadas de Trilce rompieron de golpe la rigidez de la máscara con que Irma pretendía ocultar su vulnerabilidad.

Mujer, te doy mi palabra de honor de que no..., empezó a decir, y al ver cómo Irma avivaba el semblante decidió ir a fondo: No tienes ni idea, mujer, de lo mucho que te quiere.

Irma se adelantó, y cuando Trilce llegó a la cabaña la vio ya instalada a la mesa, frente a Homero, que se inclinaba ligeramen-

te sobre un plato para acortar el bailoteo de la cuchara hacia la boca. En una silla un hombre; Lina como siempre en el fogón, y en la hamaca otro hombre, atravesado y con las dos manos bajo la nuca. De lo que estuvieran hablando, callaron al ver a Trilce.

Venía con aquella otra piel contorneando la suya, nada más medio cuerpo encendido por el traje de baño rojo que sorpresivamente había encontrado en una boutique en la ciudad de Oaxaca y a un precio irrisorio para ser un Speedo. La parte de abajo la cubría con el pantaloncillo que también había comprado en la misma tienda cuyo color verde se perdía parcialmente por los manchones de la mojada. Les deseó buen provecho y siguió a la otra cabaña para cambiarse. Comprobó que las dos paredes de varas eran suficientes para perderse de las miradas y empezó a desnudarse. Se secó y abrió la mochila en busca del cambio. Y de inmediato notó otro orden. Encontró con rapidez la cartera y la abrió. Con alivio vio que allí estaba el grueso de los billetes..., aunque quizá no tan grueso como lo había dejado. Sí, casi podía asegurar que faltaban varios billetes. Cuando se puso los pantalones y la blusa no dudó en cargar la bolsa al hombro.

Desa por montone del'otro lado, decía el de la hamaca cuando Trilce llegó sacudiéndose el revoltijo de serpientes. Irma le indicó la única silla que quedaba libre y allí se sentó. Una mirada de sesgo al negro que ocupaba la otra silla la convenció de que lo mínimo que tipos como esos podían hacer era robarle unos billetes. Lina se acercó con un plato y con un: ¡Aguas que quema! logró que Trilce se abriera contra el respaldo de la silla. Sobre la superficie de densa grasa amarilla se podían ver, como lomos de animales prehistóricos, trozos escamudos de las aletas y también los restos requemados del sofrito de cebolla, ajo, chile y jitomate. Trilce enfrentó al cabo la sonrisa suspendida de Lina y dijo que aquello se veía bien. Desde su empozamiento Homero logró articular algo que pretendía ser una celebración. Tenía los lentes empañados por el vaho del caldo y el sudor, y en los ojillos se le notaba el efecto turbioso del mezcal. Irma le ofreció a Trilce un limón y ésta se esforzó para que las miradas que seguían el movimiento de su mano, la forma cómo tomaba el cuchillo y empezaba a aserrar el limón por mitad, no lograran vulnerarla.

¡Jo, esto no corta ni la mantequilla!, exclamó remirando la pieza maciza de acero inoxidable hecha en Singapur y que como tantos miles más parecía haber sido diseñada simplemente para colocarse al otro lado del tenedor y completar el rito doméstico.

De inmediato el negro que estaba sentado contra la pared se levantó y extrajo de atrás de la cintura una funda de cuero y de adentro un puñal filoso muy largo. Al tendérselo el hombre sujeto por la punta, Trilce vio que la empuñadura era de cuerno y tenía la forma de una cabeza de felino. Dudó en agarrarlo y entonces el hombre cambió la intención: Pásamelo pue, que te lo rajo yo.

El que estaba en la hamaca cloqueó el albur y Lina le arrojó con violencia un jicarazo de agua. Sin dejar de reír el hombre dijo: Ya verá hija de la chingá. Pero Trilce sólo veía cómo el cuchillo partía en dos el limón con una suavidad embelesante. ¡Vaya que está bien afilado!, dijo tomando las mitades que el hombre le ofrecía. Le dio las gracias y después exprimió unas gotas fuera de la mesa antes de chorrear el resto sobre el plato. Luego removió con la cuchara y probó. Estaba picoso y el sabor era extraordinario. Hizo una exclamación de festejo y Homero insistió en que probara la aleta.

¿Así con todo?, dijo Trilce observando en la cuchara el cuero gelatinoso que cubría los huesitos y la carne.

¡Todo!, respondió Homero contundente.

Primero le recordó a las patas de res que su madre le echaba a los callos a la gallega, aunque enseguida comprobó que aquel sabor tan sutil y tan marino era algo de lo que no tenía referencia en la memoria.

En el mar la aleta de tortuga, y en tierra el tepezcuintle, dijo Homero.

Sepa Dio qué chingao nimal será ése, pero en mi tierra, mi amigo, manda el venao, comentó el negro que desde la hamaca parecía llevar la voz de macho dominante.

Nadie dijo nada y Trilce siguió sorbiendo con deleite y dejando escapar a cada sorbo unos ahhhsss que además de sinceros servían como catalizadores relajantes. El hombre que estaba sentado de espaldas a la pared, justo donde en la mañana estaban los costales repletos de huevos, dijo entonces que lo

mejor de la tortuga era otra cosa. El de la hamaca volvió a reír y a la luz violácea del atardecer, Trilce vio que en el chispear de ojos del que estaba sentado también rugían los mezcales.

No quiso que el farfulleo picoso que ahora se traían los dos hombres fuera motivo de menoscabo para el deleite y bajó la mirada hacia el calculado ir y venir de la cuchara. Lina habló y Trilce la buscó interrogante. Que si quieres ver mañana temprano la arribazón, le dijo con su sonrisota dorada. Estaba reclinada con las nalgas sobre el borde del tapesco y los brazos cruzados empujando la base de los pechos, que se inflaban forzando la apertura de la blusa. ¿Llegan muchas?, inquirió Trilce. La mera arribazón se da en la otra playa que pasamos de venida, dijo Homero mientras levantaba el envase vacío de la cerveza, y añadió: ¿Otra, maestra?

El negro de la hamaca masculló algo ininteligible que a Trilce le sonó de todas maneras agresivo, y decidió que no tenía ningún caso prolongar ese malestar de raíz que desde niña, cuando la madre la mandaba al bar de la esquina a buscar una gaseosa o un refresco, le producían los borrachos rijosos. Dio las gracias y se levantó. ¿Entonces qué?, dijo Lina. ¿Y con quién iría?, replanteó Trilce. Conmigo. ¿Tú me despiertas? Sí . ¿Tú la va a depertá?, le dijo con sorna el negro de la hamaca. Ya verás como no te calles, trompudo hijo de la chingada, escupió Lina.

Mientras Trilce se lavaba los dientes en la puerta de la otra cabaña, la voz de Lina seguía reclamosa tras los cada vez más espaciados risidos del negro. Luego prendió el candil de petróleo, se acomodó en la hamaca y estuvo todavía un buen rato poniendo en claro en su mente los pormenores del artículo que mañana mismo sin faIta escribiría. Irma entró por el cepillo de dientes, se lavó la boca y se metió silenciosa en la hamaca. Después, con las voces discordantes de fondo, se fue adentrando en la oscuridad hasta que el presente se disolvió. Estaba frente a un enorme perro negro que babeaba profusamente, y que al echarse hacia adelante con las patas delanteras levantadas al máximo para alcanzar el árbol donde ella estaba encaramada, dejaba entrever una agresiva serpiente roja en el lugar del órgano. Le gritó que se alejara y enseguida oyó con claridad: ¡Si abres

esa puerta te mato, hijo de la chingada! Abrió los ojos y a la luz mortecina del candil nada parecía moverse. Contó uno, dos, hasta cinco relámpagos y entonces vio una sombra acercarse tras las varas de la puerta y antes de que tocara el amarre, pegó un brinco y desapareció hacia la playa. Detrás llegó el vozarrón de Lina: ¡Serás perro, hijo de tu chingada madre!

Trilce había empezado a sudar y creía que allí afuera el diablo andaba suelto.

Va a caer un aguacero cabrón, dijo Homero desde algún lado.

El calor siguió en aumento y no tardó en oírse el primer tronido.

¿Crees que pueda haber algún problema?, preguntó Trilce.

Tras el trueno el silencio parecía haberse esponjado y la voz de Irma se oyó como un latigazo: ¡Andan en brama! Homero lamentó que Irma rompiera el encantamiento del momento con aquella frase tan vulgar y sólo dijo: Éste es el México profundo, maestra.

El México negro, querrás decir, y al decirlo Trilce no pudo evitar pensar en la fotografía de su padre que su madre guardaba en el más estricto secreto en un cajón de su mesilla de noche y donde se podían distinguir, aunque más sutiles y suavizados, los rasgos indígenas de su abuelo, el gran poeta andino. Siguieron varios tronidos y el viento comenzó a ulular entre las varas. En el silencio los ronquidos de Homero se tornaron protagónicos. Aquella capacidad para librarse en instantes del encarcelamiento de la conciencia era algo en verdad envidiable. Augusto le había jurado que Homero una vez se había quedado dormido y roncando durante casi dos horas en una charla de Augusto Monterroso en Oaxaca... Los truenos empezaron a cimbrar la cabaña y tras los primeros goterones el cielo se abrió en agua.

Apenas había luz cuando salió de la cabaña. Con las manos trató de acomodarse el pelo pero no encontró con qué sujetarse atrás la coleta. Lina la estaba esperando mientras hacía café, y Trilce no podía suponer que en el desaliño de aquella falda y aquella blusa tenía mucho que ver la revolcada peleosa con el negro, en un intercambio de jaloneos que sólo había terminado con el mezcladero de efluvios y olores.

Le costó soportar la humedad del traje de baño, pero una vez que se decidía ya no reparaba en los esfuerzos de las mediaciones,

así que le dijo a Lina que primero iba a darse un baño y la llevó tras ella. Al ver la decisión con que Trilce se arrojaba al mar, Lina se quitó la blusa y la falda y se metió en la orilla con pantaleta y brasier.

Después caminaron un buen trecho por la playa, esperando que el fulgor amaneciente rompiera de una vez el neblinal que producían las olas al arrojarse contra la playa. Aunque el cuerpo pidiese calor, aquella visión primigenia le daba al corazón un impulso jubiloso, como si estar allí en aquel rincón tan energizado del universo fuera una experiencia ajena al tiempo. Al fondo de la bruma alguien dio de voces. Lina dijo que la gente andaba en la chinga, y Trilce nada más pensó en lo que aquello significaba. Vio los primeros bultos y Lina le señaló el primer nido. La tortuga estaba adentro y expulsaba los huevos con parsimonia. En la mirada acuosa y esforzada había un deje de desamparo, algo que a Trilce le trajo a la mente la llamada desesperada de compasión que lanzan los condenados a muerte al verdugo que alimenta su poder con el temor y la súplica. Aunque aquí el verdugo sólo pensara en dinero. Lina le pasó la mano por el caparazón y el animal ni siquiera se estremeció. Asombrada, Trilce se quedó fija en la enorme cicatriz que tenía la parte trasera del caparazón y nada más preguntó que cuántos años tendría. Lina dijo que más de veinte y se alejó hacia los otros nidos que estaban a todo lo largo de la playa.

Fija en la salida acompasada de los huevos, Trilce pensaba que era increíble –así se lo habla dicho Homero- que de cada cien tortuguitas que salían sólo alcanzaban a regresar a la playa donde habían nacido menos de cinco. ¿Y cómo podían esos animales saber con precisión la playa donde habían nacido y regresar a ella casi veinte años después de haber recorrido varios miles de millas y sobrevivir a toda clase de depredadores? Los llamados la sacaron del pasmo. Se incorporó y fue hacia donde estaba Lina. En un hoyo grande, una tortuga estaba poniendo y otra pretendía hacer lo propio hostigando a la primera. A veces en un solo nido hay como quinientos huevos, dijo Lina sin mucho entusiasmo. Una familia, padre, madre y varios chiquillos, llegaron corriendo y empezaron a juntar en cubetas huevos de los nidos; la mujer saludó a Lina con

un comentario sobre la arribazón y enseguida extrajo del morral que traía al hombro un atado de costalillas. En cuanto llenó la primera cubeta el hombre corrió a vaciarla. A Trilce le preocupó oír cada vez más voces al fondo de la playa. ¿Y nadie cuida de esto?, preguntó viendo la rapidez con que los tres niños llenaban también las cubetas. Allá donde está aquella reventazón, dijo Lina señalándole el espumear en la lejanía, a veces cuidan los marinos. O sea, que cualquiera puede venir aquí y saquear los nidos, el tono de Trilce era ya más de fastidio. Cualquiera ni madres, sólo la gente de aquí, y Lina lo dijo como si aquella depredación brutal pudiera ser patrimonio exclusivo de alguien.

Por fortuna ninguno de los ocho o diez bultos que ahora veía entrar y salir de los nidos con sus cubetas parecían agredir a las tortugas: sólo los huevos, alrededor de cien mil en cada arribazón, le acababa de decir Lina. Desde que el gobierno había decretado la veda permanente, las tortugas habían abundado como una plaga. De veras que hay un chingo, remachó Lina. Y a Trilce le sorprendía cada vez más la facilidad con que esta gente inventaba una justificación para sus tropelías y se la creía a pies juntillas.

Vieron desde la orilla cómo el repuntar del sol a sus espaldas hacía espejear la curvatura de los caparazones que flotaban en montón a unos cincuenta metros de la orilla, esperando simplemente alguna misteriosa señal que precipitara su salida.

Trilce quiso regresar y el silencio que asumió como rechazo sirvió para que Lina aprovechase para contarle cómo los marinos, justo cinco años atrás, habían acribillado a su hombre y a su único hijo de siete años cuando corrían para no ser detenidos. ¡Jo, eso debió ser terrible para ti!, exclamó Trilce viendo de otra manera los sacos de huevos que iban engrosando por toda la playa. Pero sirvió para que ya dejaran de estar chingando, puntualizó Lina. Esto para nosotros es como una cosecha, y con la feria que hacemos vamos tirando.

Sólo tomó un café, con Lina e Irma, pues Homero seguía roncando del otro lado. Después se lavó los dientes y procuró hacer el suficiente ruido para que Homero se despertase. Pero ni así. Hasta que empezó a sacudir la hamaca donde estaba entamalado. Homero farfulló varias palabras entre queja y cuestio-

namiento, y por último enfocó a Trilce desde el fondo de sus ojillos abisales.

lrma se fue, le dijo Trilce apartándose.

¿Qué?

Que se largó.

¿Ya?

Bueno, apenas se está yendo.

Homero hizo un esfuerzo para seguir despertando. Por fin sacó una pierna y luego otra, pero aún duró unos minutos cruzado en la hamaca, con las manos bajo la nuca y mirando hacia ningún lado.

Que ya se va, vago, apúrate.

En cuanto Homero salió, Trilce le puso amarre a la puerta y, luego de lamentar no haber traído la Olivetti, se sentó en la hamaca con una buena provisión de hojas en blanco. Puso de base su cuaderno y empezó a escribir.

La conjura de los indocumetados
Trilce Vallejo Xunqueiras

> Hace apenas una década nadie en Centroamérica se hubiera atrevido a pensar que a la región podría pasarle algo aun peor que la Revolución sandinista. Pero la Historia siempre ha sido muy caprichosa con esos sitios paradisiacos y parece poner especial empeño en que todo salga al revés de como debiera ser.
>
> Primero la condición estratégica del Istmo y luego las bananeras hicieron de la región una pieza fundamental en el dominó geopolítico que unos patriarcas rubicundos y saludables jugaban en el Pentágono. Después, la explotación inhumana de la mano de obra y sus secuelas colonialistas levantaron la turbulencia guerrillera, que a su vez fue pretexto de exterminio para los gorilas de mayor rango que tan sumisamente habían aprendido las lecciones en West Point. Y por último el huracán Mitch, que enfilaba rumbo al Yucatán con casi

seguro punto de impacto en el corazón mundialmente reconocido del narcoturismo (léase Cancún), y que en menos de doce horas cambió totalmente de rumbo y decidió destrozar Centroamérica.

Hoy la región ha perdido más del treinta por ciento de su población (sobre todo la económicamente activa). Y las perspectivas de recuperación tras el desastre apuntan a por lo menos otros veinticinco años. Ante tal panorama la juventud huye en tropel hacia el coloso del norte.

Desbandada, sin duda alguna, pero también anuncio de nuevas conjuras: se sabe que el poder de la comunidad salvadoreña en California y de la nicaragüense en Nueva York son ya motivo de serias preocupaciones para los señores (también rubicundos y patriarcales, pero de Washington) que siguen mandando gracias a que los hispanos aún ignoran -aunque cada vez menos- el valor estratégico del voto en el mercado de la democracia mediática.

Por la módica suma de mil quinientos dólares (aunque hay viajes de dos mil para arriba) al pollo indocumentado se le asegura transporte a través de México y el cruce de la frontera; si por algún mal paso la migración frustra el intento, la operación de pasada se repite sin costo extra para el indocumentado. Salen en lanchas desde una playa de Guatemala y luego de peligrosísimas travesías de casi diez horas, tocan tierra en playas de Oaxaca y Guerrero (pero fundamentalmente en las hermosísimas costas oaxaqueñas). En la playa, el pollero los tiene esperando -a veces varios días- hasta que llegue el vehículo que habrá de transportalos enjaulados hacia la frontera. Si el pago es de más de mil dólares, el pollero se compromete a entregar al indocumentado en una dirección precisa que le den del otro lado.

De todas las edades (hasta niños cargados en brazos de la madre), de todas las condiciones sociales, pero ni un solo anciano. La dureza de la travesía es en parte la causa, aunque la verdadera razón sea que todos los que van al corazón del Imperio sólo piensan en trabajar y prosperar, y a ninguno se le habría ocurrido ir allá a morir como animal en suelo extraño.

A veces entre la veintena que cabe en una lancha viene algún europeo del Este, árabe o asiático, que casi siempre llega a tierra baldado de la columna y con el estómago descompuesto por las sacudidas de las lanchas que parecen volar sobre el oleaje. Cuando el mal tiempo sorprende a las lanchas cruzando el terrible mar de Tehuantepec, los hundimientos terminan en tragedia. Sin embargo, y a pesar de eso y de mil dolores y sinsabores (desde el robo de que son objeto en tierra por bandas organizadas, hasta la violación de las mujeres por los agentes judiciales) a ningún indocumentado se le oye jamás decir que piensa regresar pronto; su objetivo es otro; instalarse en el seno del Imperio para empezar enseguida con el acarreo de toda su tribu.

Lo cierto es que todos parecen ganar: el pollero, el lanchero, los judiciales que les dan protección, los dueños de los transportes, los costeños que les venden comida y se benefician con la ropa sucia del viaje... Tal vez la única queja, ¡y con cuánta razón!, sea la que presentan los voceros del Imperio: de continuar este flujo torrencial toda la vitalidad centroamericana se concentrará en el norte frío e industrializado, mientras en las proximidades de las grandes reservas ecológicas que se declararán tras el abandono de los indios que las habitaban, empezarán a construirse balnearios y residencias donde vendrán a morir gozosamente los ancianos que ya nadie querrá en plena decadencia del Imperio.

Después de leerlo le quedó una sensación de duda: o demasiado superficial o demasiado tendencioso. Sí, allí faltaba o sobraba, según se viera, y de haber una posibilidad tendría que ser el próximo arribo del que Lina le había hablado, verlo ella misma para después completar otro artículo.

El motor de un vehículo la puso alerta. Cuando se detuvo a unos metros de la pared de varas vio que de la cabina bajaban dos hombres. Pasaron hacia la cabaña principal y allí hablaron y rieron. A través de las varas Trilce acertó a ver que aquella camioneta roja valía demasiado para esa gente. Bajaron un montón de hojas de palma real y de inmediato se pusieron a cargar los costales de huevos. Cuando el negro que había estado coqueteando con Lina en la noche dejó el último costal sobre la camioneta, los dos hombres que venían en ella subieron las palmas y las acomodaron sin darle mucha importancia a la mancha blanquecina de los costales entre el verdaje de las hojas (más tarde Lina le comentaría que de todos modos los judiciales siempre cobraban). El negro subió atrás, de pie, y puso las manos sobre la reluciente cabina y después golpeó varias veces con la palma derecha y dijo: Vámono recio que yo no me caigo.

Lina se había cambiado de ropa (falda amarilla y blusa blanca de tela casi transparente que permitía ver la hinchazón de los pechos dentro de un brasier blanco y de buena marca) y estaba sentada a la cabecera de la mesa hablándoles a Homero e Irma. Al ver a Trilce enmarcó con su mejor sonrisa el oro de los dientes y se levantó para ofrecerle la silla. Para Trilce, en medio de aquel ambiente tan instintivo e igualitario, la actitud respetuosa que Lina asumía cada vez que la veía era algo que agradecía, aunque en el fondo le produjera un recomer de suspicacias. Trilce le dijo que gracias, que no se molestara, y Lina se fue a sentar en la silla que quedaba enfrente.

¿Ya?, preguntó Lina interesada.

¿Te refieres a que si ya acabé?, le dijo Trilce.

Sí.

No, aún falta.

¿A qué no sabes, maestra, cuál es el deseo frustrado de Lina?, dijo de pronto Homero. Atravesaba la fase de euforia y parecía estar muy por encima de lo que podían suponer los ocho envases vacíos de cerveza frente a él. Como Trilce puso cara de renuncia, él continuó: Escritora, como tú...

Sí, debe ser retebonito, ¿no?, dijo Lina avivada.

Trilce rió al recordar la salida tan de Font de Riba: Se escribe por condena, enfermedad o taradez. Y de inmediato pasó a sus tribulaciones. ¿Y por fin qué decidísteis?

Un par de horas atrás, cuando estaban tomando el café, Irma sólo le había dicho que tenía que marchar ese mismo día, pero no había puntualizado la hora. No obstante, Trilce iba preparada para enfrentar lo peor.

Pues ya, dijo lrma jugueteando con el borde del plástico que cubría la mesa.

Quiere que nos vayamos, masculló Homero como si hubiera estado esperando la oportunidad para expresar su desacuerdo.

Yo necesito quedarme a ver cómo desembarcan y todo eso..., dijo Trilce, y le agradó que Lina asintiera repetidamente con la cabeza.

No es lo mismo pues escribir lo que te digan a que tú misma lo veas, recalcó Lina al ver cómo Trilce le reconocía el apoyo con un refulgir de simpatía.

Yo tengo que estar en Oaxaca mañana sin falta, arguyó lrma con deje de apremio, y enseguida añadió: Y no por capricho sino por necesidad, y esta vez clavó en Homero sus ojos redondos y negros y desconfiados como los de un pez que no está dispuesto a morder el cebo.

Y yo no veo cuál es el problema, comentó Trilce con una calma socarrona.

Es lo que yo también digo, apoyó Homero. ¿Una chelita, maestra?

Sí, y luego volteó hacia Irma: Así que tú te vas ahora y Homero y yo nos vamos mañana...

O pasado tempranito, dijo Homero desde la puerta del refrigerador.

Irma frunció la boca y la tensión de los dedos hizo que el borde del plástico se rajara. Lo soltó y vio que Trilce estaba extrayendo de la cartera un billete de cien pesos. Se lo tendió y estuvo esperando a que Irma se decidiera. Cuando por fin Irma alargó su mano, Trilce le puso el billete y cerró el puño con un fuerte apretón, al tiempo que le decía que cuando ella daba su palabra de honor, sólo un cataclismo podía cambiarla.

Primero acabaron la reserva de cervezas -diecisiete, según Lina- y siguieron con el mezcal. Desde lejos, la distancia justa dentro de lo tolerable, llegaban los corridos nucleohistóricos de los Tigres del Norte, y Homero estaba eufórico y por delante veía un ascenso sin obstáculos, feliz de que Irma se hubiera largado al fin dejándole el espacio abierto para sus palabreos sin cortapisas. Y eso, beber y hablar sin represiones ni recelos, era evidentemente lo que más le gustaba. El tema de Lowry, que parecía remolinear sin fin en el recodo más lúcido de la conciencia ebria de Homero, había motivado la explosión de Trilce que no quería ya seguir oyendo nada sobre la autoculpabilidad del hombre europeo en México. Homero había hecho referencia al complejo de culpa de Lowry sólo para destacar el relieve lúdico de la gente negra de la costa; y buscó la frase precisa que justificara un nuevo jale al mezcal: Maestra, a la chingada el México triste y llorón, lo que Lowry buscaba era la pachanga y el desmadre. Pero Triice tenía la duda puesta en otro enfoque y le dijo que se callara de una maldita Vez. Homero baboseó un No hay bronca, quiero decir claro que sí, adelante, maestra, y Trilce habló entonces de la arrogancia que diferenciaba a estos negros de los que estaban llegando a España en barcazas por el estrecho de Gibraltar, en travesía igual de riesgosa que la de los indocumentados centroamericanos. Cómo le gusta sufrir a la gente en todos lados, dijo Lina, y Homero sirvió de nuevo en los tres vasos y señaló que la única salida que tenía Europa era abrirse a la vitalidad del sur. Trilce bebió en silencio y siguió dudando: tenía la vista fija en el plato que estaba sobre la esquina del tapesco y seguía el bullicioso camineo de las moscas sobre los trozos de carne de tortuga que habían sobrado de la suculenta fritanga. Lina dijo algo y Trilce levantó la vista y notó de pronto que allí no había confort alguno... Pero qué

podía importarle al cabo todo eso, en realidad lo que ella quería era que las cosas dejasen de ser importantes y sentirse siempre así, capaz de todo no queriendo nada, encorchada la conciencia y sin temores. Aunque con esos negros turbios y lujuriosos nunca se podía estar segura. Se fueron a Acapulco, había dicho Lina, añadiendo enseguida como para reafirmarse: Ya estoy hasta la madre de ese pendejo. Ni Homero ni Trilce preguntaron entonces razones, ni tampoco ahora tenían la menor intención de hacerlo. Sólo beber y dejar al corrienteo la conciencia. Trilce en lo suyo: la africanización de España y la hispanización de Norteamérica. ¿Cifras? Para el año 2025 la población hispana de Estados Unidos será mayor que la de toda España, si es que para entonces aún existe ese todo llamado España. Y Homero volvió a servir.

Con la primera oscuridad sólo existía el chisporroteo esporádico de los troncos que habían mantenido el asado de las últimas aletas, y la mesa con el galón de mezcal con poco menos de un cuarto, los tres vasos y el candil de petróleo. A la tempestad de moscas que se había desatado con los últimos estertores del sol, le sucedieron los alfilerazos de los mosquitos; pero sólo Trilce parecía sentirlo, hasta que se quedó viendo cómo crecía en la frente de Homero una manchita oscura que por último nada más se dejó caer y desapareció. El mezcal seguía adormeciendo las dudas y en el rostro de Lina la luz del candil revelaba antiguos cultos sacrificiales: boca atrompada y carnosa, nariz ancheada para oler a plenitud la vida y la muerte, y los pómulos como dos escudos bruñidos por el sol y dándole a todo el rostro una solidez de piedra. Eres igualita como a mí me gustaría ser, dijo Lina en un repente que sacudió por igual a Homero y a Trilce. Yo también, bueno, digo, como yo también quisiera ser si fuera mujer, dijo Homero poseído por el grado de ebriedad que lo hacía funcionar con piloto automático (ése es el chiste del mezcal, le había dicho una vez a Trilce en el Bar Jardín, mantener siempre la misma velocidad y el mismo rumbo). Vaya, lo enfrentó Trilce, yo me imaginé que te gustaría ser como lady Di. No chingues, maestra, rezongó Homero. Y tu pelo, siguió Lina, qué envidia. Los destellos de la veladora haciéndole más dorada la sonrisa y los ojos y la boca y la nariz, todo su sentir fijo en la peque-

ña diosa esquiva y presuntuosa que ahora empezaba a mirarla con fastidio. ¿Cómo le haces para que se te ponga tan chino?, continuó necia Lina. Trilce pensó en el mar y en la humedad pero bajó la vista y siguió callada. En la lejanía empezaron a verse los primeros traceríos y el calor subía por momentos y Trilce sentía que el sudor que le escurría ya por los sobacos terminaría pegando la tela sobre la redondez de sus pechos, aunque en realidad sólo Lina parecía haber notado las dos manchitas de sudor que ubicaban el apuntar de los pezones. Homero no, su imaginación estaba justo en el otro lado, donde la desabrochadura de la blusa de Lina permitía el asomo festivo de los pechos. Lo único que sí no me gusta tanto son los labios, Lina seguía fija en sus delirios. Demasiado finos, ¿no? Homero la miraba desde aquel fondo neblinoso donde los ojos eran apenas distinguibles. ¿Vería en realidad lo que miraba? Lina apartó la silla hacia atrás y dijo: Hace mucho calor aquí, mejor vámonos a la playa. Después se levantó y tomó las aletas del brasero y las puso dentro de la alacena que estaba al lado del tapesco. Era un mueble demasiado rústico y con una puerta protegida con tela de mosquitero, y allí adentro guardaba todo lo que consideraba de valor, que en realidad era casi nada: vasos, platos, cubiertos y cebollas, tomates, chiles y ajos. Luego agarró el tronco más resplandeciente y salió de la cabaña y lo arrojó con violencia entre maldiciones que se confundieron con aullidos a la carrera. Homero intentó levantarse y se cayó de lado con todo y silla. Trilce se incorporó apoyándose sobre la mesa y vio que Homero roncaba ya con la cara ladeada sobre aquella arena que durante el día había sido trillada por miles de patitas de mosca. Tenía la vejiga llena y caminó en la oscuridad apenas unos metros delante de la cabaña. Se bajó el pantalón y cuando estaba en cuclillas llegó Lina e hizo lo propio a menos de un metro de ella. ¿No quieres que vayamos a nadar?, le dijo por encima del chorreo. Trilce no habló y mordió el labio preocupada por el ardor de las últimas gotas: demasiada carne, demasiado alcohol, demasiado todo. ¿Vamos?, y Lina ahora se detuvo más en acomodar la pantaleta y Trilce logró adivinar en la semioscuridad la exuberancia que encerraban aquellos muslos. Los efectos del mezcal se habían violentado con la

salida y Trilce sentía que así como estaba todo podía pasar, y entonces le llegó el fuerte olor a mar y a huevos de tortuga podridos y enseguida la náusea y el vómito. Lina la tomó por la cabeza y le palmeó solidariamente la espalda, y por último le preguntó si ya estaba mejor. Un poco mejor, sí, asintió Trilce y dijo que quería ir a la hamaca. Lina la acompañó y quitó el amarre de la puerta. Después acomodó a Trilce en la hamaca y le dio un beso en la punta de la nariz. Los ronquidos de Homero llegaban como aserraduras desde la otra cabaña y Lina, que aún estaba al lado de la hamaca acariciando el pelo de Trilce, terminó por soltar una risa franca. Entonces la voz de Trilce pareció emerger de otro tiempo: Lina, dime una cosa, ¿no te aflige vivir así? Acabo de salir de la cárcel, soltó la voz desde arriba. Trilce no dijo nada, aquella respuesta era como el coscorrón que le daban las monjas cuando les preguntaba cosas indebidas a raíz de lo que le oía a su madre. Tres años y medio y todo mi dinero a la chingada, continuó Lina y con una mano empezó a vaivenear la hamaca. La opresión de las imágenes obligó a Trilce a abrirse: ¡Vaya experiencia! Pues yo volvería a hacerlo, dijo Lina convencida. Te creo, añadió Trilce sin cuestionar ni por un instante que la razón pudiera no estar del lado de Lina: aquella mujer tenía una entereza de corazón y una voluntad capaces de sobrevivir todos los infiernos. El mezcal jamás miente, dijo Trilce al rato dejándose ir con el hamaqueo. Después los pensamientos se hicieron sueños, mar y lluvia, viento y lucha desesperada en medio de sobrecogedores oleajes; oscuridad y angustia, y enseguida estaba tirada en el piso de la cabaña desnuda sobre las vísceras de la tortuga y la arena ensangrentada y con uno de los negros encima y el otro riendo atrás de ella, sobre su cabeza, y deteniéndole las manos con fuerza, y entonces el Nooooo desesperado la llevó al borde de la oscuridad y sintió cómo los jadeos le acentuaban el mal sabor de boca y tenía sed y un ligero dolor de cabeza y frío y le parecía increíble que Homero siguiera roncando igual desde el otro lado de su sueño. Apoyó una pierna en el suelo para impulsarse, pero todo se movía aún con el vértigo vaporoso del mezcal y ella sabía que en cualquier momento el estallido del universo podía iniciarse dentro de su cabeza.

Estaba sudando y el dolor de cabeza alcanzaba ya niveles de aturdimiento. No sabía cuánto tiempo había pasado y sólo quería un refresco frío, tan dulce y frío como una de aquellas Fantas de naranja con que ella y su madre aplacaban los rigores del verano. De la otra cabaña llegaba un olor infernal de carne asada y las voces espaciadas de Homero y Lina. Quiso incorporarse pero la voluntad se resistía. Dejó caer un brazo y hundió los dedos en la arena para impulsarse. ¡Virgen Santa, qué resaca!, masculló. Todo el cuerpo estaba cortocircuitado como si le hubieran bajado a cero la energía y sólo estuviera en vela la conciencia para constatar el naufragio. Sobre todo la cintura y las coyunturas de los huesos, igual que si la hubiera pisoteado una estampida de búfalos. Al intentar reacomodarse en la hamaca alguien comenzó a golpear con una piedra en el río estancado de su cabeza una y otra vez, hasta que el dolor fue tan intenso como la culpa y ya nada más pensó en morir.

Homero entró cuando Trilce llevaba ya un buen rato quejándose. La vio tan naufragada que ni le preguntó la causa. Es la cruda, maestra, un par de chelas frías y como nueva, dijo agradecido por el efecto revivificador de las tres que él ya se había tomado. ¡Me está matando!, se quejó Trilce poniendo todo su existir en apretar las sienes para amortiguar los martillazos. ¿Quieres una pastilla? Trilce asintió con el mínimo movimiento que le permitía el dolor y luego dijo: Un refresco, un refresco frío de naranja. Mejor una chela, corrigió Homero. Pero ella volvió a decir: Un refresco, por favor, cualquiera menos Coca-Cola. Homero fue a la otra cabaña y regresó acompañado de Lina, que venía bañada y lucía un vestido de flores verdes y amarillas que le quedaba muy por encima de las rodillas. Ya llegaron, le dijo a Trilce sin darle mayor importancia a los efectos tragicómicos de una simple cruda. Ante el silencio, añadió: Tres lanchas llenitas, verdá? Sí, dijo Homero. A diferencia de Lina, Homero traía la misma ropa y la misma cara y el mismo pelo alborotado de anoche, y el olor acre que despedía era para Trilce la última condena antes de la muerte.

Con el refresco de toronja tomó dos cafiaspirinas y volvió a dormirse. Despertó cuando el sol filtraba los últimos destellos a tra-

vés de la puerta de varas. El cuerpo le hervía y dentro de la cabeza sólo parecía registrarse lo más sórdido de la vida; el dolor y la desgana eran un no rontundo a vivir y lo que menos podía importale ahora era encontrarle sentido a las voces que llegaban desde la otra cabaña. Por fin hizo un esfuerzo desesperado y logró ir al baño en los matorrales. Después regresó entre nubes a la hamaca.

No sabía si había soñado la lluvia, hasta que la primera luz la echó fuera con una sola idea fija y comprobó cómo los pies descalzos se le marcaban en la arena. Caminó hacia la orilla del río y dejó en el suelo la bolsita con sus cosas de aseo, la ropa limpia y la toalla. Después de mirar hacia el otro lado se desvistió con premura, como si de una vez quisiera desprenderse de aquel olor a pesadilla y se metió en el agua. Al instante se supo renacida. Se bañó a conciencia y lavó también la ropa sucia. Regresó a la la hamaca y le prometió a la Virgen de los Dolores una vela por haberla sacado por fin de aquel infierno.

Desayunó un par de huevos rancheros y un café. Lina oyó lo terrible que había sido aquella cruda y le dijo que ella había visto a un hombre morirse con la tembladera. Trilce le dijo que ya estaba mucho mejor y que necesitaba una vela. ¿Una veladora?, preguntó Lina, y Trilce asintió. Pues solamente en el crucero.

Pasaron la mañana hablando sobre la llegada de los indocumentados y Trilce llenó un par de hojas de notas sobre algunos casos especialmente trágicos que conocía Lina y que revelaban la intención inquebrantable de aquella gente: buscar un lugar donde trabajar y vivir en el seno del Imperio. Cuando por fin consideró que eran más que suficientes los datos para completar una segunda entrega, cerró el cuaderno y sólo alcanzó a decir: Es increíble que los estadounidenses no hayan obligado a México a detener esta invasión.

Por la tarde, Trilce y Homero fueron al pueblo a comprar un par de veladoras, galletas, papel higiénico y dos litros de aceite que les encargó Lina. Trilce intentó ahondar en los motivos del encarcelamiento de Lina, pero Homero fue lacónico: Acuchilló a un hombre, ¿no te contó? No, dijo Trilce, y Homero sólo añadió: Ah, mejor déjalo así. La travesía fue mucho más ardua de lo que Trilce

había supuesto, y a pesar de que regresaron en taxi, la cabeza resintió el calor aplanante de la ida. Se acostó temprano luego de haber decidido con Homero la partida para el día siguiente.

La noche fue demasiado larga. En la otra cabaña Lina, Homero y otro hombre habían estado bebiendo y riendo, y Lina y el hombre maldecían por momentos y se oían manotazos y más risas y Homero seguía estando allí aunque no hablaba, y Trilce pensaba en la voracidad sexual de que podía ser capaz Lina y sentía en el fondo el remover de la náusea. Después de media noche la sobresaltó la llegada de Homero. Tardó más de diez minutos en encontrarle sentido al amarre de la puerta y luego la empujó nada más lo necesario para pasar y así la dejó para condena de Trilce. En una esquina, sobre el huacal de madera invertido, la veladora iluminaba la estampa de la Virgen de los Dolores. Tras tantear en los pies de Trilce, que los retiró molesta, Homero encontró un extremo de su hamaca y se dejó caer dentro de ella. No tardó ni cinco minutos en comenzar con los resoplidos; pero Trilce ya no apartaba su preocupación de la puerta.

El calor era cada vez más asfixiante y dentro de la cabaña la sangre bullía enloquecida y todo se estremecía anunciando un cataclismo inminente. Despertó completamente enmarinada de sudor y frente a ella estaba Homero de pie viéndola fijamente desde una cordura mañanera que parecía dudar de la evidencia. ¿Estás bien, maestra?, le preguntó. Trilce apenas negó con la cabeza.

Nunca había imaginado que pudiera existir un dolor de cabeza como ése. La radio en la distancia con sus desahogos tropiqueros, cualquier subida de tono en la otra cabaña, todo traspasaba aquella membrana sensitiva que la envolvía y estallaba en el centro mismo del infierno. Porque si de verdad existía el infierno, debía de tener aquella temperatura y aquellos sufrimientos: a la cabeza y a las articulaciones le habían seguido los riñones, cuyas punzadas le hacían reconstruir el mapa entero del ardor que empezaba a sentir en su raíz íntima. Miró hacia la veladora, que aún seguía ardiendo y dijo: ¡Virgen Santa, te lo ruego, una cistitis no!

Lina la oyó quejarse y vino seguida de Homero. La vio mucho peor de lo que se imaginaba; luego le puso la mano en

la frente desbordada de sudor y le preguntó si andaba mal del estómago. Trilce movió calmosamente de un lado a otro la cabeza. Había abierto una sola vez los ojos, pero le bastó para ver que Homero traía ropa límpia y el lechuguero mojado. Debe ser dengue, así es esa pinche enfermedá, aseguró Lina. Le preguntaron qué quería y apenas alcanzó a mascullar: Morir. Y la volvieron a dejar a solas con sus quejidos.

A media tarde, cuando iniciaron las convulsiones, Trilce había ya pedido todos los perdones a las culpas de la memoria, y su vida se había convertido en una novela mediocre que releyó con una sensación de tristeza y fracaso: toda su vida se había creído realizada, convencida de que ya había logrado alcanzar ciertas metas que justificaban su paso por la tierra, y de pronto el entramado justificador se le venía abajo y se descubría confesando ante la muerte sus derrotas. Los extraños rechinidos de la hamaca se superpusieron a los quejidos y Lina empujó de nuevo la puerta y entonces comprendió que aquello era ya tal vez demasiado grave. Trilce estaba en plena fase de agonía y era claro, por la forma como la miraba Lina, que su rostro reflejaba el acabamiento. Haciendo un último acopio de voluntad para semiincorporarse en medio de los sacudimientos incesantes, Trilce le pidió que trajera su bolso y luego apenas pudo indicarle en la libreta el teléfono de Celeste. Lina, que la sostenía por la espalda con uno de sus brazotes, asintió y luego dijo como para autoconvencerse: ¿Sabes qué, manita? Esto es paludismo, el dengue no da tembladera.

Con la primera oscuridad las sacudidas se salieron de control y Lina tuvo que sentarse junto a la hamaca en una silla para sujetar a Trilce con los brazos. Aquello era como un sismo que parecía no tener fin y que crecía al amparo de las tinieblas. Me muero-oo, ten-goo frí-ooo, muuu-choo frí-ooo, dijo con el tembleteo.

Después de decidir que no había otra salida, Lina urgió a Homero a que ocupara su lugar al lado de la hamaca, que ella se iba a hablar al crucero. Fue a cambiarse a su cabaña, entró de nuevo y preguntó desde lo alto: ¿Y qué le digo?, ¿que se venga así nomás? Trilce alcanzó a asentir y luego con gran esfuerzo dijo que a las diez seguro estaba.

Lina venía adelante y la otra mujer atrás. Pasaba ya de media noche y antes de empujar la puerta oyeron los castañeteos de Trilce. La segunda veladora estaba a punto de consumirse y bajo aquella luz el cuerpo de Homero abrazado a la hamaca era la fiel imagen del rendimiento. Lina le habló un par de veces y luego lo sacudió por los hombros para que se despertara. Medio confuso, Homero nada más se levantó y se fue a recostar contra la pared de la cabaña.

Eta niña se v'asá, dijo la anciana negra quitándole con brusquedad la cobija mugrosa que tapaba a Trilce. Dijo que tenía un chingo de frío, arguyó Homero. Tú salte pafuera, ordenó la anciana, y tú traeme una cubeta con'agua. ¿Dulce o salada?, dudó Lina. Dulce, mija, que no e burra ni yegua. En medio de sus rezongues la anciana desnudó y lavó el cuerpo exangüe de Trilce y luego le pidió a Lina una muda de ropa. Lina buscó en la mochila de Trilce y encontró ropa interior y una camiseta y un pantalón. Un poco recobrada Trilce tomó las tres pastillas que le daba la anciana y agradeció con la cabeza. Después pidió que la regresaran a la hamaca y lo último que oyó fue la voz sentenciosa de la anciana: Eta niña tá muy mal, a ve si no e pa ti un compromiso.

La voz de Celeste le llegó con la primera luz de la mañana como un canto primordial: ¿Dónde está? ¿Cómo sigue? Enseguida la amiga traspuso la puerta y se arrojó sobre la hamaca. En menos de una hora recogieron todo y pagaron. Después se despidieron de Lina y de Homero y al arrancar desde el volante de su Mercedes, Roberto volteó por encima de su respaldo y le dijo al bulto que venía encogido sobre el asiento trasero: ¡Qué carajo podías esperar de salvajes que siguen comiendo iguanas y chapulines! Trilce no alcanzó a ver la sonrisa maligna de Roberto, pero la supuso. Hizo un esfuerzo para reunir todo su coraje y después le dijo: ¡Hijo de puta!, y desapareció en la nada.

IX

Hay experiencias que a pesar de quedar marcadas con fuego en nuestra memoria terminan convirtiéndose en ficciones que creemos haber leído en un momento ya imprecisable de nuestra vida. Por eso es que el hombre (y más aún la mujer) es el animal más estúpido a la hora de caer en el mismo hoyo donde el año anterior se había roto una pierna. Pero hay algo esencial de la experiencia humana que no puede retener animal alguno: la conciencia de la traición. Cuando alguien me traiciona, algo se altera para siempre en mi interior y ya no puedo bajar la guardia ni siquiera ante las buenas intenciones. En el paraíso la lealtad y la hermandad parecen ser las condiciones de existencia de todo lo demás; en el infierno la traición es lo único que no se puede perdonar.

Terminó de escribir y cerró el cuaderno sobre las piernas. Estaba recostada contra el respaldo de la cama, agradecida de haber sobrevivido al terrible ataque de malaria (una de las variedades más virulentas, le había dicho el médico del Instituto de Enfermedades Tropicales que contactaron a través de una amistad de Celeste) y recobrando poco a poco la seguridad en sí misma a que estaba acostumbrada; porque eso, para ella, era el estar sana: tener plena confianza en sí misma. Sin embargo, no era lo que acababa de vivir lo que ahora la preocupaba, sino la certeza casi absoluta de que si Celeste la había traicionado una vez, volvería a hacerlo.

Al quinto día de haber llegado, ya bastante repuesta, Trilce le dijo a Celeste que tenía que regresar a Oaxaca por sus cosas. Celeste apagó al instante la radiantez de la sonrisa y previó lo que aquello significaba. Así que logró convencerla de que se quedara y que las dos irían a buscarlas. Para aceptar, Trilce puso como condición que mientras ella estuviera allí, Roberto no apareciese para nada por la casa. Celeste no tuvo más opción que asentir, y esa misma noche los insultos de Roberto la arrojaron a un lodazal de lágrimas. No obstante, Trilce pensaba ahora que el acuerdo final -comer con Roberto todos los sábados en un restaurante- era una concesión peligrosa: la bestia negra que ese hombre llevaba dentro más temprano que tarde volvería a hincarle los colmillos en la garganta. En el fondo, la presencia diabólica de Roberto era para ella como la reencarnación del mal que el destino le había enviado a Lowry con atuendo de policía. Por eso es que había decidido enfrentar de una vez el mal, antes de que el temor se fijase para siempre en lo más oscuro de su mente.

Habló con su madre, casi diez minutos: respondió lo que su madre quería oír -Bien, todo iba muy bien- y sólo decidió retener la nueva locura de la Rata calva (como le decía su madre a Pujol): todo hispanoamericano hijo o nieto de catalanes gozaría automáticamente de los derechos de la catalanidad. Después, ya para despedirse, vino la monserga de rigor:

Ay, cuídate muchísimo reiniña... Vieras las noticias que dan de México.

Ya me imagino qué noticias, dijo Trilce.

Pasaron en *Informe semanal* un programa terrible, no te puedes imaginar, filliña, más de cien chicas violadas y asesinadas en la frontera con Estados Unidos...

El infierno está allí, mamá.

Pero la madre, como siempre, sólo se oía a sí misma: Y también en la capital, si vieras...

Cuando ya iba a colgarle, la madre le dijo que le había hablado Tere varias veces, y Trilce nada más dijo: Ah, esa pelma, agradecida de estar lejos, muy lejos, de los lloriqueos de la poeta que había sido su última amante. Luego les habló a Paola y Vicent, y al comprobar que estaba puesta la grabadora decidió seguir en

el juego con una frase que había recordado de pronto en el interminable viaje hacia la ciudad de México, y que sabía que no sería nada fácil para Vicent encontrarle la autoría: La capacidad de sufrimiento es la prueba de la superioridad del sabio sobre los demás mortales.

Justo la mañana del primer sábado en que comerían juntos, un joven le trajo un ramo de gardenias y un paquetito. Venía impecablemente envuelto y al abrirlo Trilce vio sobre el libro una tarjeta que decía: Poema, este libro es un acto de rebeldía contra el jodido histerismo patriarcal de Octavio Paz, y también una reivindicación de la madre del mestizaje mexicano y primera traductora del Nuevo Mundo. Hoy comeremos con el autor. Nada más te pido que hagas un esfuerzo y dejes lo mamona para otro momento más íntimo, ¿de acuerdo? Un beso de lengüita de tu don Quijote.

Soltó en rosario las maldiciones y estrujó lo que en aquella tarjeta había del alma de Roberto. Después se fijó en la chillona portada del libro. Lo abrió y empezó a descubrir un posible filón que prometía liberarla de la desazón que le habían producido los dos artículos sobre los indocumentados que acababa de enviar. Regresó a la habitación y estuvo casi tres horas leyendo, hasta que el taconeo rumboso de Celeste llegó precediendo el encantamiento de su sonrisa.

Hola, hola, donoseó al acercarse. Y después de dejarle el sabor dulzón del carmín a flor de labios: ¿Y qué lees, eh?

Un librito que si lo comentaras en tu programa, de seguro te costaría una reprimenda del Ojo Insomne.

¿Tanto así?, y se acomodó sobre el hombro de Trilce y leyó: *Antilaberinto.* Luego dijo: Ah, es de Manuel Aceves. ¿Y de qué trata?

Trilce sintió cómo la fragancia de Celeste empezaba a adueñarse del aire y terminó aceptando la agresividad de aquel Channel No. 5 que Roberto le imponía a Celeste. Luego dijo: Es una crítica un poco visceral aunque interesante de algunas tesis de Octavio Paz sobre la mexicanidad.

¿Cuáles tesis?

Las que expone en *El laberinto...*

Qué libro tan bello, ¿no?

Sí, es un gran libro, masculló desganada Trilce.

Celeste ya había sentido que en el corazón de Trilce había poca dulzura, y que cuando la amiga se retiraba hacia su interior turbulento una mancha de rencor se prendía en su rostro previniendo el estallido.

Pero..., dijo ensombreciendo ella también el semblante.

No voy a ir a la comida, escupió Trilce.

Lo suponía, y Celeste cruzó los brazos no preocupándose ya en lo más mínimo por ocultar el cansancio que le producía todo aquello.

Trilce desmontó la tiesura y dejó que el peso del malestar se fuera a través del asiento.

La verdad es que no lo puedo soportar, dijo en un tono mucho menos beligerante.

No quieres soportarlo, que es muy distinto, alegó Celeste.

No quiero ni puedo.

Pues con eso lo único que logras es darle mayor importancia de la que tiene.

No, es obvio que no puedes entenderlo...

Por lo menos lo intento, ¿no?

Tus vínculos con él son completamente distintos a los míos.

Es que con esa actitud lo único que logras es darle por su lado.

Trilce miró hacia adentro y no encontró el fondo a aquella oscuridad empozada: odiaba tener que reconocer que cada vez se estaba haciendo más soberbia e intolerante, y odiaba más todavía que en la lucha entre sus demonios venciera siempre el que no concedía perdón.

Es algo tan profundo como tu aversión al Ojo Insomne.

Yo no odio al Ojo Insomne ni a nadie.

No, supongo que no te habrá violado...

Por favor, Trilce, eso ya quedó atrás.

¿Atrás? ¡El muy hijo de puta me lo está recordando a cada rato!, y recogió la bola de papel y se la puso sobre la esquina de la mesa.

Celeste desarrugó el papel con parsimonia y al final, con el meneo reprobativo de la cabeza, dejó aflorar también una sonrisa de indulgencia: Pero si ya sabes que es así, ¿para qué le haces caso?

Es siniestro, un tipo de esos que el día menos pensado te hace picadillo e invita a alguien a que te coma horneada.

¡Roberto jamás me haría el menor daño!, prorrumpió Celeste con una contundencia que Trilce encajó en retirada. Y Celeste se animó: Es la única persona, la única que de verdad viene siempre que lo necesito. ¿Sabes lo que significa para mí tener esa seguridad, saber que en cualquier momento en que lo necesite Roberto estará allí a mi lado, mientras mi madre y su nuevo esposo y mi estúpido hermano se asolean en Miami sin importarles un comino lo que me pase? Sí, a veces me parece también casi insufrible, pero es su forma de pedir comprensión, tú no sabes la de cosas que dicen a veces en los periódicos y revistas sus enemigos...

Mierda, pues vaya manera de pedir cariño, soltó Trilce.

Te juro que él también odia ser así, es como un castigo que tiene que sufrir.

Él sí, ¿pero por qué lo tengo que sufrir yo?

Tú, en el fondo también eres así.

¡Qué dices!

Perdona que te lo diga, pero es cierto, y si no fuera por lo mucho que te quiero créeme que no te lo diría.

O sea, que según tú soy como la contraparte de Roberto en femenino, y ahora había en el crispamiento de Trilce un mensaje que Celeste recibió evasiva.

No, yo lo único que quiero decirte es que a mí también me duele mucho esa manera tan tuya de negarte a comprender los errores de los demás y no querer reconocer los propios...

Trilce tomó la Watermann y comenzó a rayar una hoja. Sobre el ras ras de la pluma los desahogos buscaban una salida.

Por favor, y Celeste se acercó a la mesa y abrió las manos para encontrar apoyo, sólo te pido que le pongas un poquito más de corazón y que intentes ser más tolerante, ¿no puedes hacer eso por mí?

Tras unos segundos palpitantes, Trilce soltó la pluma y la miró. Luego dijo: ¿Y qué me dices del otro tipo?

Celeste volvió a prenderse como un sol que comienza a relucir después de una nublazón pretormentosa: Te juro que te va a caer muy bien, ya verás, dijo agradeciendo con un beso en la frente el cambio de actitud de Trilce.

Por lo menos está cerca, mal lugar pero cerca, dijo Trilce ante el estruendo del tráfico.

Pues tiene fama, Celeste detuvo el auto donde un tipo con un trapo rojo señalaba el estacionamiento.

Entraron al restaurante. Celeste iba adelante y le señaló a Trilce algunas fotografias de celebridades que frecuentaban el lugar. En todas las fotos que llenaban las paredes, al lado de personajes como Julio Iglesias, Luis Miguel, Hugo Sánchez, etc., estaba la sonrisa bigotuda de un tipo rubicundo que parecía convencido de que cada foto era un instante de eternidad.

Desde una mesa Roberto les hizo señas con el brazo en alto. Pasaron a un lado de lo que pretendía ser una fuente circundada por un exhibidor donde podían verse todos los cadáveres marinos -enteros y en partes- que cada cliente podía elegir al gusto. Trilce reojó el cementerio y pensó que tal vez un buen trago le cambiaría el regusto desganoso.

Manuel Aceves, encantado de conocerla, dijo el hombre que se había levantado con Roberto para recibirlas en la mesa. Trilce le dio la mano Y después le dijo simplemente Hola a Roberto, agradeciendo que le sostuviera el respaldo de la silla para así no tener que besarlo. Manuel saludó de beso a Celeste Y se sentaron recordando la ya lejana última vez que se habían visto. Roberto levantó la mano hacia el mesero y luego le preguntó a Trilce qué quería beber. Trilce pidió un Herradura blanco y Celeste un margarita. Muy bien gachupitas, celebró Roberto, me gustan las mujeres que aprenden rápido. Trilce ni lo miró. Miraba hacia el otro hombre, ya casi en los sesenta años, delgado y con unos ojos tan vivaces y unos mostachos tan parecidos a los de Groucho Marx que Trilce nada más deseó que no fumase puro. Se encontraron en un furtiveo de miradas y Trilce se complació ante la inclinación de cabeza y la expresión tan nítida: aquel hombre parecía la bondad personificada al lado del maligno.

Quiero decirle, dijo Manuel, que cuando Roberto me habló de usted intenté conseguir algunos de sus libros, pero fue en vano.

¿Y por qué no fuiste a la Gandhi o al Parnaso?, Roberto lo enfrentó con un posudo semirregaño. Vestía un traje negro de fina panilla y una camisa también negra y de cuello de tortuga, que relucía como una piel de reptil.

Por supuesto que fui. Me dijeron que habían recibido unos cuantos ejemplares de España, pero que ya los habían agotado.

Trilce pensó en los contados libros que había traído de España y que ahora estaban en Oaxaca con la maleta, y en la energía que tendría que irradiar Manuel para merecer un libro suyo. Llegó el mesero con las copas y todos hablaron menos ella, que sólo asintió cuando Celeste le puso la mano sobre la suya y le preguntó si se encontraba bien. Dio un trago al tequila y sorpresivamente encaró a Manuel:

Me gustaron dos ensayos de su libro.

¿De veras?, se avivó Manuel.

Eso quiere decir que todos los demás no le gustaron, y después de hablar Roberto dejó salir una larga bocanada de humo que cruzó la mesa y fue a encortinar los lentes de Manuel.

Eso quiere decir lo que dice, Trilce subió la voz.

¿Y a cuáles se refiere?

¿Y a cuáles se refiere?, remedó con sorna Roberto. ¡Ya no sean mamones y háblense de tú!

Sí, claro, por mí encantado, añadió Manuel.

En España muy pocos lectores han entendido el *Laberinto de la soledad,* agregó Trilce mientras recordaba la pasión del embajador de España por ese libro.

Querrás decir escritores, muy pocos escritores, puntualizó Roberto.

Trilce no hizo caso del comentario y siguió como si nada: Y casi nadie tiene idea de quién fue la Malinche y lo que verdaderamente significa para los mexicanos.

¡Qué buenísima observación!, celebró Manuel reconociéndose objeto del halago.

Estoy pensando en escribir algo para el periódico.

Sería un honor para mí.

¡No seas pendejo!, escupió Roberto. Seguro te va a poner de la chingada.

Trilce forzó la calma: Y el otro ensayo debo reconocer que fue una revelación, no tenía ni la más remota idea sobre madame Calderón de la Barca...

¡Ah, la divina Fanny!, exclamó Manuel, Y enseguida ladeó hacia Celeste: ¿Tú no has leído su libro?

No, ¿de quién hablan, eh?, se quejó Celeste.

Ni más ni menos que de la autora del mejor libro escrito por un extranjero sobre México, y al decirlo Manuel se centró más en Trilce que en Celeste.

Ésa es la puta manía de los jungianos, protestó Roberto, siempre están chingando con el deseo de trascendencia.

Fíjate que no, lo encaró Manuel. Lo que estoy diciendo va más allá de toda pose, hermanito. En el fruncimiento del entrecejo y en la manera cómo había juntado las manos sobre la mesa buscando aplomo, se podía entrever la decisión con que Manuel estaba dispuesto a defender su causa.

¿Por encima de Valle-Inclán y de Lowry?, lo retó Trilce.

Bueno, Valle-Inclán es otra cosa. Pero a mí me parece que lo que Lowry nos enseña sobre México es en realidad poco. Yo diría que más bien su obra mexicana, como la de Greene por ejemplo, lo que nos muestra es, descontando desde luego el valor literario intrínseco, la incapacidad de la mentalidad anglosajona para entender a México.

Y Celeste se animó a meterse en el tema: El otro día le oí en la tele a un escritor muy conocido que…

¿Quién?, la interrumpió Roberto con una mirada colmillosa.

Oh, Roberto, eso ahora no importa, se quejó Celeste. Lo que quiero decir es que dicen que el mejor libro sobre México es el de Bernal Díaz del Castillo.

¡Cómo me jode que hagas caso de tanta mierda que venden en la tele!, y la mirada de Roberto era tan maligna que Celeste desvió la suya hacia otra mesa ocupada por una pareja que agradeció risueña esa atención. Mientras forzaba una pose televisiva, Celeste nada más se preguntaba si habría alguna manera de evitar la actitud violenta de Roberto ante las exigencias impuestas por Trilce, o al menos encontrar un modo en que el inevitable reclamo de Roberto no terminara convirtiéndose en un escándalo. Él había

insistido: Yo paso a recogerlas. Pero Trilce no había cedido ni un ápice ante Celeste: Si entra en esta casa, yo me largo a un hotel.

¿Por qué demonios no te centras en lo literario y dejas lo personal aparte?, lo fijó Trilce con la misma intención con que se trata de distraer una bestia a capotazos para que deje de cornear al cuerpo que yace encogido en el suelo.

Bien, bien, así me gusta, gachupitas, defendiendo el derecho de piso.

Hermanito, ¿por qué no das dos razones que invaliden mi comentario?, terció Manuel tratando de evitar el arrebato.

Te voy a dar una, y no porque no tenga más sino porque es terminal: a mí lo único que me podría interesar de esa cortesana trepadora son las cogidas que se echó a espaldas del viejo marqués gachupas, cornudo y alcanforado; pero de eso no dice nada la muy putarracona. Todo lo demás es una insulsa guía turística para culeros exquisitos y comadres menopáusicas...

¡Joder, tío, tú como crítico das lástima!, escupió Trilce.

Luego levantó el caballito tequilero y apuró el resto. A partir de la experiencia infernal en la costa había decidido bajarle a la bebida, pero dos o tres tequilas no tenían por qué ser motivo de autoflagelamiento. Por el rabillo, mientras recorría con mirada crítica el entorno, notó que Roberto la seguía mirando.

¿Y cuál es entonces, según tú, el mejor libro escrito por un extranjero sobre México?, preguntó Celeste sorpresivamente.

Roberto la puso en la mira y en el párpado izquierdo comenzó el bailoteo asesino.

Corazón de piedra verde, dijo, y como Manuel hizo un gesto que parecía aprobatorio Roberto extrajo un cigarrillo y lo prendió con fruición.

Tendré que leerlo, comentó Celeste, y Manuel le confirmó que de veras valía la pena.

Trilce, que tampoco había leído ese libro, aprovechó como pretexto la pasada de uno de los meseros. Ella pidió lo mismo y Celeste dijo que también tomaría un Herradura; Roberto siguió con Absolut etiqueta azul y Manuel cambió de martini a Black and White en las rocas. Como nadie habló, Roberto cambió de tema y empezó a perorar sobre el dueño del restaurante: otro

típico provinciano que llega a la capital a trabajar de lo que sea y después de veinte años de andar picando verduras y lavando trastes compra un restaurante en decadencia y realiza el sueño de darle de comer a sus ídolos. . .

Y de fotografiarse a su lado, socarroneó Trilce.

Las personalidades sin rasgos propios buscan siempre la proyección de los triunfadores, soltó Manuel.

Trilce, que no quería desaprovechar las oportunidades para redondear su próximo artículo, vio en la frase un punto de agarre.

Yo tenía entendido que los mexicanos os identificáis con los perdedores, le dijo de frente a Manuel.

¡Ése es el gran logro de Samuel Ramos, Octavio Paz y Miguel León Portilla!, reclamó Manuel. Inesperadamente la bola de la nariz se le puso roja y los ojos se le abrieron como empujados por una marea vengativa. Trilce aceptó complacida el ataque a Paz; de los grandes escritores hispanoamericanos era el que menos le agradaba (reconocía su grandeza pero, al igual que a Font de Riba, le repugnaba el culto casi divino que ahora que había fallecido le rendían los académicos). Observó a Manuel y dudó en relacionar algún rasgo de aquel rostro con cualquier indicio de pasado indígena.

¿Y por qué hay tanto miedo a criticar la historia patriarcal de México?, insistió Trilce.

Porque aquí te ningunean o te linchan, así de sencillo, adujo Manuel. Y enseguida añadió en dirección a Roberto: ¿O no?

Ya te dije que a mí las devociones culeras me valen madre, gruñó Roberto, y apuntaba hacia Manuel con el índice de la mano derecha a manera de advertencia. Sin embargo, Manuel ya sabía que con Roberto las precauciones terminaban siendo falsas defensas y que lo peor que podía hacer era darle importancia a esas salidas que ya conocía de sobra.

Por atrás llegó una tufarada de muerte y en el instante en que Trilce volteó se encontró frente a la cara con una bandeja llena de vida marina en descomposición.

¡Virgen Santa, quién puede comer eso!, dijo echándose hacia un lado, y el mesero que sostenía la bandeja y el capitán que ya estaba dispuesto a vender sus verdades culinarias, encajaron la pulla con una risita fingida.

Roberto les dijo que podían retirarse, que pedirían con las cartas, y ya solos trató de recomponer un poco el nivel del restaurante alabando algunas carnes de res y aves (sobre todo insistió en el pato a la zarzamora), y concluyó con una frase que parecía ser la aceptación de una semiderrota: En este país de pinches culos emplumados nadie sabe nadar ni comer pescado.

Trilce no pudo evitar enrisueñarse con la ocurrencia, pero Manuel se puso otra vez rígido y con el cuello estirado y la cabeza altiva, y dijo que en el subconsciente del mexicano el mar era la puerta de entrada de todo lo malo.

¡Ya deja de ser quejicas, cabrón!, escupió Roberto.

Manuel se apartó para recibir su vaso y esperó a que el mesero terminara de servir; luego buscó los ojos prendidos de Trilce y brindó por España y México. Roberto abrió la carta y le insistió a Trilce con el pato y de entrada un consomé para asentar los tequilas. Ella no dijo palabra, en silencio buscaba de nuevo el hilo de sus dudas para aprovechar todo lo que Manuel pudiera decirle al respecto. Cuando todos terminaron de ordenar Trilce volvió a la carga:

Si no entendí mal, en tu *Antilaberinto* al mismo tiempo que exiges una reivindicación de la Malinche, pides también una reconciliación con lo propiamente español...

Efectivamente, qué bien lo has entendido. La Malinche no traicionó a su pueblo, ni a sus hijos, es decir, a todos los mexicanos. Por el contrario, encontró en los españoles los aliados que el destino le enviaba para derrotar a los aztecas, que sí eran sus verdaderos enemigos…

Mira jungiteca..., quiso interrumpir Roberto.

Pero Manuel, con una firmeza que incluso sorprendió a las dos mujeres, exigió que lo dejara terminar, y terminó:

En el fondo, el problema de México y el de España es el mismo: la imposición violenta de un modelo patriarcal y centralista; y justo contra eso, contra el centralismo y el patriarcalismo aztecas, luchó la Malinche.

¿Ya?, y en la manera de hincar la mirada de Roberto había un presagio de incendio. Manuel asintió ceremoniosamente con la cabeza y entonces Roberto dejó que emergiera su lado oscuro:

Lo que esa pinche india quería era estar todo el puto día montada sobre la verga de Cortés.

Ay Roberto, qué vulgar, protestó Celeste.

De acuerdo, presento mis excusas, y en el tono era obvio que por esa vía sólo lograría puro rechazo. Entonces enfocó a Trilce y dijo:

El origen legítimo de México descansa en Hernán Cortés.

Lo dices como si fuese tuya la frase, lo encaró Trilce.

Vasconcelos, Poema; el profeta del México desplumado.

Trilce meneó la cabeza y dijo:

Es increíble cómo de una cosa tan seria hacéis una bobada, y enseguida dio un trago desilusionado al tequila.

Es la única manera de soportar tanta puta miseria.

No, fíjate que no, hermanito; la raíz de todos nuestros males está en que nos hicieron creer que somos para siempre unos hijos de la chingada. ¿Te imaginas?, y ahora Manuel miró a Trilce: Un pecado original que no puede ser redimido, ¿y sabes por qué? Porque el mexicano ya se acostumbró a ser un hijo de la chingada.

Aunque la impresión fue dulzona, Trilce pudo captar en la réplica de Manuel dos rasgos que podían estar relacionados con algo mucho más oscuro y profundo: la manera como le había dicho a Roberto hermanito, que era señal inequívoca de otros vínculos, y la vehemencia casi jesuítica que asumía por momentos para apuntalar sus alegatos. Pero tenía a su favor la apariencia antibeligerante y el hecho de ser depositario de una muy peculiar percepción de la multifacética e inaprehensible realidad mexicana. Por lo pronto Trilce ya tenía encabezado para su artículo, lo acababa de concebir justo en el resonar crítico de la última frase, y eso era mucho más de lo que ella podía haber esperado que sucediera. Buscó en el bolso la pluma y la libreta de notas y se aisló de lo que pasaba afuera.

Se lo había dicho su madre en varias ocasiones sin mayor esperanza en la respuesta; también Paola de Font de Riba se lo echó en cara una vez en un tono mucho más duro e intencionado: Eres una niñata consentida que una vez que consigue lo que quiere se cierra como una ostra en su propia baba. Sin embargo,

esa sensación de hartazgo que experimentaba cuando alguien o algo ya no le interesaba no era cosa fácil de concientizar; ni siquiera la voluntad tenía poder de decisión: el no ser se adueñaba de pronto de la relación y la química del rechazo terminaba predisponiendo al espíritu hacia un atisbeo de indiferencias. Manuel fue el que se atrevió a preguntar al cabo por la razón de aquel ensimismamiento, y más barruntando lo que el desfiguro de hastío en el rostro de Trilce podía significar para su proyectado programa de posmesa.

Aunque no se cerró al diálogo, Trilce se negó a preguntar y sólo respondió en el límite del desentendimiento a las cada vez más precavidas tentativas de Manuel. A las agresivas e incluso malintencionadas alusiones de Roberto (como cuando dijo que las mujeres vascas y catalanas, de tan feas y sabihondas, estaban condenadas sin remedio a ser lesbianas), Trilce sólo le ofreció su peor lado. El pato estaba duro y gomoso y la salsa excesivamente dulce; así que en vez de comer prefirió recorrer una y otra vez, con la vista liberada de esa mesa y de las otras que habían ido ocupándose por comensales grises y ruidosos, las fotos de personajes imprecisos que llenaban las paredes: era increíble que aquel triunfador rollizo, que había pasado a saludarlos con demasiada rapidez ya que llevaba la intención de hacerse protagónico en otra mesa, no tuviera el menor asomo de vergüenza al momento de posar con la misma sonrisa pueblerina y el mismo esponjamiento de ave de corral al lado del ídolo de turno en todas las malditas fotografías.

En el estacionamiento lo que Manuel ofrecía era demasiado claro, y aquella tarde la contaminación era especialmente roñosa y enfermiza, y Trilce sólo pensaba en llegar de una vez a la casa. De pronto sintió que alguien la veía y sorprendió a dos tipos que la observaban desde un auto estacionado en la calle lateral: ante la imagen de la posible violación, el robo no era más que un simple agravio. Dijo que no, que otro día tal vez, pero Manuel no se replegó fácilmente y en cuanto se dio cuenta del error que había cometido al señuelear la ida a su casa con un par de pases de coca, insistió en que Trilce fuera con él a buscar un libro que quería dedicarle de todo corazón. Esta vez Trilce le

concedió la duda y él neceó en que sólo diez minutos, que la casa estaba muy cerca. Trilce aprobó ligeramente con la cabeza y entró al auto. Celeste le dijo a Manuel que se veían allá y arrancó. Cuando volteó hacia Trilce se sorprendió de la sonrisa franca que por primera vez en la tarde parecía durar en el bronceado rostro de la amiga.

¿De qué te ríes, eh?

No, de nada, respondió Trilce.

Anda, dime.

Pensaba en mis amigos de Oaxaca, en lo que significa para ellos darte su palabra.

¿Y qué significa?

Supongo que lo mismo que para todos los mexicanos.

Pero qué significa.

¿Quieres que te diga la verdad?

Claro, ¿a poco me ibas a decir mentiras?, y en la expresión dulcicona de Celeste, Trilce vio otra vez a la hermosísima niña que se negó para siempre a la maldad adulta.

Pues que te quiero mucho más de lo que supuse que te querría, y que además tuve celos estúpidos de esos dos gilipollas con los que salías en la revista.

Celeste abrió la expresión al máximo para que el pasmo fuese visible sin tener que voltear hacia Trilce. Luego de un silencio aprovechó un semáforo en rojo para enfrentarla:

Dime la verdad, necesito que me la digas...

Está bien. La verdad, chica, es que estoy aprendiendo a gozar de mi libertad como hacéis los mexicanos, y mi deseo de libertad es que ahora mismo mandemos a la mierda a ese par de pelmas y nos vayamos como flechas para casa, ¿de acuerdo?

¿Lo dices en serio? ¡No te imaginas la que me va a armar Roberto!

Pues dile que el pato me cayó pésimo.

Celeste quiso replicar, pero Trilce se le acercó y le dio un beso en el borde de los labios; luego volteó para confirmar que nadie la seguía y dijo: Si lo cree o no, es problema de él.

Por fin pudo oír la voz nerviosa de Vicent del otro lado. Prefería hablar con Paola, chismorrear un rato sobre el mundillo literario para saber quién había hecho el ridículo y quién era el nuevo genio, hablar con ligereza y despreocupación como si estuviera viendo sobre la corriente de un río el arrastre de puros desechos. Y es que con Vicent había que estar siempre a la defensiva; su inteligencia ácida y su egocentrismo hacían imposible un diálogo fluido, y cualquier afirmación llevaba la amenaza de una réplica desconcertante y definitiva. Después de los saludos y unas frases deshilachadas, Trilce preguntó por Paola. Vicent dijo que andaba de farra, y entonces lanzó la primera pulla:

¿Y qué tal México, ya te robaron o te violaron?

Trilce aprovechó el silencio para pensar en una salida.

A mí también me quisieron robar, continuó con el mismo tono acuchillado, en Veracruz, dos mulatos feísimos y feroces, uno traía navaja y el otro pistola, ¿no me crees?, dijo ante el silencio del otro lado.

Sí, claro, musitó Trilce.

Y los asusté y se fueron corriendo.

Sí, ya me lo imagino.

No, ni tú ni nadie puede imaginárselo.

Trilce no habló, en unos instantes más cortaría la comunicación.

Yo puedo desmayarme a voluntad ¿sabes? Desmayarme como si estuviese muerto, no fingir desmayo. Seguramente ya te habrá dicho algún licenciado con bigote que el mexicano no teme a la muerte; lo cual es totalmente falso, tan falso como su palabra. Cuando un mexicano mata a alguien sale corriendo, y sólo Rulfo sabía el porqué, sólo Rulfo y nadie más. ¿Ya viste a Pitol?

Y fue entonces cuando Trilce colgó sin decir palabra.

En la librería Parnaso de Coyoacán no le pudieron conseguir el libro de Salvador de Madariaga; el otro, el de madame Calderón de la Barca, se lo hizo llegar Manuel Aceves con otro libro suyo, *El mexicano: alquimia y mito de una raza,* y una carta donde le reclamaba, un poco en serio un poco en broma, el plantón después de la comida. En realidad no era el libro sino

una fotocopia encuadernada, pero Trilce se lo quiso agradecer de todos modos. Le pidió el teléfono de Manuel a Celeste y le habló aun sabiendo lo que propiciaba. Dijo que tal vez sí a otra reunión con alguien muy especial que Manuel quería presentarle y fue esquivando las intenciones hasta que concedió por fin verse el próximo fin de semana.

A cambio de soportar los desplantes de Trilce, Roberto consiguió que Celeste permitiera que le hablara por teléfono casi todas las noches después del noticiario. Los regaños y las órdenes por delante, y luego empezaba a decirle cochinadas, a imaginar con lujo de crudezas las formas en que se entregaban las dos mujeres, y Celeste entre negaciones y sonrisas terminaba finalmente excitándose y, aunque no se atrevía a confesárselo a Roberto y mucho menos a Trilce, en su deseo palpitaban aquellas locuras: las dos entregadas a los delirios perversos de Roberto.

Si bien Trilce jamás bajaba la guardia con Roberto, había empezado a aceptar que aquel grandísimo hijo de puta tenía algo especial. Como ella lo enfrentaba por sistema, él respondía siempre de manera impredecible y a veces, en algunos de sus detalles, podía verse un rasgo de aquella distinción que él reclamaba. Dos noches después del plantón en casa de Manuel, Celeste le hizo saber a Roberto que Trilce, aunque aparentaba lo contrario, sí le concedía cierta nobleza de espíritu, y a la mañana siguiente, junto con el consabido ramillete de gardenias, le mandó una nota.

> Poema:
> Aquí te adjunto unas líneas (no de coca que sé que no te gusta) para confirmarte lo sagaz que eres con respecto a mi nobleza. Podría llegar hasta los pendejos visigodos, pero voy a limitarme a decirte quién era el abuelo de mi tatarabuelo, y con eso ya es más que suficiente. Durante la batalla de Brihuega, que fue una de las decisivas para que los tarados Borbones expulsaran de España a los aún más tarados Austrias, el conde de San Esteban de Gormaz, grande de España y capitán general de Andalucía, se puso a la vanguardia de las tropas

> para sorpresa de todos los que lo veían. Y conste que no estaba tan loco como yo, lo que pasa es que necesitaba hacer algún prisionero entre los oficiales ingleses y austriacos que había en Brihuega para lograr a cambio el rescate de su padre, que había caído prisionero siendo virrey de Nápoles. Y este vejete era ni más ni menos que el señor más querido y respetado de toda aquella emputecida España, y entre otros muchos títulos tenía el de marqués de Villena y duque de Escalona, que luego heredó al muy chingón de su hijo, es decir el padre de mi tatarabuelo, que por supuesto ganó la batalla y consiguió el rescate. Y fíjate nomás, Poemita, cuánto nos parecemos el vejete y yo: resulta que cuando ya estaba en silla de ruedas con setenta y pico de años, aún tuvo el muy cabrón aquello que los verdaderos hombres nunca perdemos, y sacudió a bastonazos al culero cardenal Alberoni. ¡Qué antepasados tan chingones tengo!

Esta vez Trilce no estrujó la nota. Había en Roberto rasgos de una patología delirante que podían servir, junto con la nota, para delinear un posible personaje. En la comida le enseñó la nota a Celeste sin ocultarle su sonrisa.

Dos días después recibió otro ramillete de gardenias y un paquete de libros: *El laberinto de la soledad, Los grandes momentos del indigenismo en México, El perfil del hombre y de la cultura en México* y *El Occidente y la conciencia de México.* Al hojear los libros vio que estaban subrayados y dentro del de Octavio Paz venía una tarjeta que decía: Ojo, Poema, es un préstamo. Y ese préstamo era justamente lo que ella necesitaba para acometer el proyectado artículo sobre la Malinche. Estuvo durante tres días con gran parte de sus noches absorta por completo en la lectura y al cuarto día se echó de un tirón todo el artículo.

Dicen los filósofos que sin preguntas no hay filosofía. Aceptemos que así sea –lo que explicaría en parte por qué en nuestra cultura tan dada a andar entre el grito y el silencio hay tan poca filosofía-; y concedamos también que preguntar es condición de madurez cívica y no señal de mala educación (como los pedagogos de la dictadura nos inculcaron desde críos). Pero, ¿cómo explicar entonces que tanto los españoles como los mexicanos hayamos hecho una obsesión de la pregunta por nuestra identidad? Tal vez de tanto vernos en el espejo no tengamos ya más respuesta que la resignación y el lamento; o tal vez tendríamos que cambiar el perfil y aceptar la respuesta del espejo sin mayor escándalo. Tal vez.

En España la pregunta por la identidad es inseparable de los delirios regionalistas, y hay libros, como *El español y su complejo de inferioridad* de López Ibor o *España como preocupación* de Dolores Franco, que son simples precios del gran naufragio nacional. En México la pregunta por la identidad es indisociable del proceso traumático que fue la Conquista; y como herida abierta ha sido siempre motivo de grandes disputas: para los hispanófilos lo mejor de México se le debe a España; para los indigenistas, por el contrario, todo lo malo vino con la Conquista.

Así las cosas, cuando Octavio Paz señala en *El laberinto de la soledad* que el pachuco es violento, pasivo, desdeñoso, distinto y solo, y además ha perdido su herencia (lengua, religión, costumbres y creencias), nadie duda en México de que se refiere a un verdadero "hijo de la Chingada"; pero, ¿quién es en realidad "la Chingada", esa madre de hijos que nadie quiere?

En la historia oficial de México, Malinal, Malitzin o Malinche, es la prodigiosa mujer que Cortés recibe como obsequio de un cacique indígena enemigo de los aztecas, y que se convierte de inmediato en la aliada incondicional del conquistador para consumar la haza-

ña que no pocos historiadores consideran como la más grande realizada jamás por guerrero alguno. Bella como una diosa y más inteligente que cualquiera de las mujeres que Cortés había conocido, la Malinche aprendió el idioma de su dueño en menos de un mes, y a partir de entonces, y gracias al perfecto conocimiento del náhuatl y el maya, su papel de traductora entre los enviados de Moctezuma y Cortés se tornó decisiva para la Conquista.

Samuel Ramos,Octavio Paz, Fernando Benítez, Carlos Fuentes..., hasta ahora el clamor contra la Malinche había sido casi unánime entre los patriarcas de la cultura mexicana. De traidora, gran prostituta y madre chingada nadie la había bajado; y como madre del mestizaje mexicano -producto no deseado del cruce de dos razas en conflicto- era también la evidencia vergonzosa de que todos los mexicanos eran hijos de la Chingada.

El sustancioso ensayo de Paz no encontró mayor eco en España; pero en México es como una pequeña Biblia, y el mexicano ha terminado por reconocerse en silencio como un hijo de la Chingada, aunque por ningún motivo tolerará que alguien más se lo recuerde. Sin embargo, a medida que la visión patriarcal del mundo se va haciendo más senil y achacosa, surgen nuevas perspectivas que nos revelan una historia diferente, hecha en consonancia con un sentir y un saber mucho más tolerantes y decididamente femeninos..

En otro libro reivindicativo, aunque deshilvanado y menos abarcador, que se titula *Antilaberinto,* el investigador Manuel Aceves (padre de la contracultura mexicana de principios de los setenta y principal divulgador de Jung en México) recoge el reclamo contra la visión patriarcal de la Conquista y nos muestra una Malinche completamente opuesta a la que hasta ahora habíamos conocido. Y en esta nueva y más plausible imagen, la madre de todos los mexicanos ayuda a los conquistadores porque sabe que son la única posibilidad de frenar el sanguinario poderío de los aztecas. Así de fácil...

A partir de ahora los señores patriarcas de la Academia tendrán que corregir el significado de la voz

"malinchismo" (preferir lo extranjero a lo propio), e incluso los indigenistas a ultranza se verán obligados a reconocer que la única traición que acaso cometió esta mujer excepcional fue como traductora para acomodar la beligerancia de las partes en conflicto a su deseo de paz. Así, de madre chingada de los perdedores, la Malinche pasa a ser la madre sabia y prudente de la gran cultura mestiza mexicana que, junto con la madre espiritual Tonantzin-Guadalupe, hará que la grandeza de sus hijos refulja al máximo en el próximo milenio... Bueno, eso es lo que proclaman al menos los esperanzados en el cambio hacia una sociedad mestiza más tolerante y justa. Pero no faltan voces calificadas que nos previenen contra tal euforia y que insisten en que el resentimiento de los indígenas y la corrupción endémica del sistema patriarcalista seguirán haciéndole creer al mexicano que ha sido, es y seguirá siendo por los siglos de los siglos un irredimible hijo de la Chingada.

X

Era una mujer ya madura, briosa y flaca y con una máscara de agradecida resignación por no haberle ido tan mal en la vida. Fumaba con avidez, como si buscara con cada jalada del cigarrillo satisfacer todos los deseos que no podían encontrar otros cauces, y luego de los saludos había abierto el portafolio para mostrar rutas y precios. En el centro del sofisticado maletín de cuero negro, el repujado del nombre de la agencia -Cultitours- le transmitió a Trilce una sensación gustosa. Prácticamente había viajes a todos los lugares exóticos de México. Trilce comenzó de inmediato a descartar hasta que quedaron finalmente tres opciones: Chiapas, Huautla y Real de Catorce.

Una directora de teatro conocida de Celeste la había invitado a participar en una ceremonia de peyote en el Quemado. Celeste pensó en Trilce y anotó el número de la agencia; por eso es que aquella mujer de ojos oscuros y desconfiados apoyaba ahora con insistencia la postura de Celeste, que sostenía que lo mejor era ir al desierto. Trilce todavía dudó y quiso saber más sobre Huautla, pero cedió cuando la hábil vendedora hizo que vislumbrara la solitaria grandeza del desierto. Sólo puso como condición ir antes a Oaxaca a recoger sus cosas. Celeste dijo que claro que sí; consultaron fechas y allí mismo apartaron los boletos de avión a Oaxaca para ese fin de semana.

Habían reservado una habitación doble en el hotel Gala y al llegar sólo encontraron al encargado de la recepción y al mozo. Trilce preguntó por la hija de la dueña. El recepcionista vio en

el reloj de la pared que ya pasaban de las ocho p.m. y dijo que no regresaba hasta el día siguiente.

Trilce detuvo a Celeste frente al cuadro de la diosa del maguey y bajo aquella luz tan artificial la diosa parecía una terrible curandera.

Se ducharon juntas y se besaron y se cosquillearon y por fin decidieron que lo ideal sería una buena cena en los portales.

El recepcionista tenía otra sonrisa cuando ellas bajaron. Era obvio que había reconocido a Celeste y no dudó ni se ruborizó cuando le tendió una libretita para que por favor le firmara un autógrafo.

Afuera las esperaba aquel ambiente festivero que para Trilce era ya inseparable de Oaxaca. Celeste refulgía como nunca y las miradas le resbalaban y al entrar al jardín dijo que aquello era maravilloso. Trilce había lanzado la vista tras su pensamiento y lo que decía Celeste apenas le llegaba mientras ella, conforme avanzaba, iba buscando la mesa donde siempre estaban los oaxacos.

Vio primero los lentes y el lechugal de Homero y al lado Augusto y también Filemón y otro más. Augusto borbotó una risotada y Trilce, aprovechando el gentío de la hora punto, llevó a Celeste a un lado y se los señaló y las dos rieron y Trilce le dijo que era extraño el cariño que les había tomado en tan poco tiempo.

Homero se levantó resorteado. Dijo: ¡Maestra, qué gustazo!, y le dio un abrazo y un beso. Augusto se fue de inmediato hacia Celeste. Después de los saludos trataron de hacerles sitio y molestaron a los turistas que ocupaban dos mesas vecinas. Pidieron cerveza y mezcal. Trilce miró a Celeste y puso la palma de la mano hacia abajo y Celeste le hizo un guiño y las dos le dijeron a la mesera que de cenar nada, y dejaron que Augusto pusiera sobre la mesa el último de los ejemplares que con orgullo crecido había ido repartiendo durante la tarde. Se trataba de su segundo libro de poemas y en el alumbre de los mezcales que ya llevaba bebidos se notaba una sobradez de estima. Homero lo tomó y se lo ofreció a Trilce. Augusto dijo que mañana les traería otro. Celeste dio unas gracias tontas y Trilce empezó a leer tratando de bloquear los elogios de Homero. Buen título, pensó al leer *Deriva de pecio;* luego lo abrió y leyó el epígrafe de un

autor que nunca había oído nombrar y pasó a la hoja siguiente donde se encontró con un brevísimo poema casi perfecto: Desde la proa / el puerto es un sueño / entrando al mar. Siguió leyendo y un par de páginas más adelante levantó la mano frente a Homero y logró que todos la oyeran: Nacemos y morimos en boca de la gente / dijo el poeta antes, mucho antes / de que empezaran a hablar mal de él. Trilce buscó la mirada de Augusto y levantó su mezcal. Todos bebieron y Homero convocó enseguida a la mesera con el vaso en alto y la chaparrita llegó sonriente y anotó lo mismo. Mientras recogía los vasos y los envases de cerveza, le dijo a Trilce que le daba mucho gusto verla de nuevo por Oaxaca, y Trilce asintió y pensó que entre tantos rostros posibles ese detalle bien valía una propina generosa.

Entre Augusto y Filemón estaba una especie de gnomo mestizo con el pelo ensortijado y unos ojillos que parecían acechar con una desconfianza asesina. Desde el primer vistazo Trilce se dio cuenta de que tanta ceremoniosidad en el porte no podía ser gratuita. Homero estaba en plena fase eufórica y las alabanzas disparatadas eran como un remolino que iba creciendo sobre sí mismo y que no permitía contrariedad alguna. El tipo de pelo rizo -que Homero le había presentado como director de algún instituto humanístico- quiso iniciar una crítica y al negarle Homero la palabra volteó hacia Trilce y tironeó con rabia de los extremos del bigote. Luego masculló: A mí nunca me verás así, desbarrando como un pendejo. Trilce fingió la peor de las sonrisas y en ese instante decidió que el tipo no existía. Habló con Homero y con Augusto, y se pusieron de acuerdo para comer juntos al día siguiente. Dos rondas más tarde Filemón y Augusto estrechaban el cerco en torno a Celeste y se cuchicheaban intenciones al oído. Homero notó la tensión de Trilce y dijo: No hay pedo, maestra, yo controlo a estos pendejos . Y el tipo volvió a agredir: Primero tienes que aprender a controlarte a ti mismo.

Celeste sonreía y asentía y miraba alrededor y seguía sonriendo porque aquel ambiente era sencillamente lo que a ella le gustaba, y porque el juego rijoso de estos oaxaqueños era el mismo que jugaban todos los machos mexicanos. Nada de qué preocuparse por tanto; aunque ese baboseo encimoso podría desbor-

darse en cualquier momento en un arrastre de agravios. Buscó a Trilce con la mirada y le señaló el reloj en su muñeca. Recuerda la llamada, dijo. Y Trilce asintió y pidió otros diez minutos. Cuando las dos se levantaron, el primero en protestar fue Homero. Augusto quiso secundarlo reteniendo a Celeste con halagos, pero Trilce atajó los reclamos diciendo que enseguida regresaban, y los doscientos pesos que dejó sobre la mesa fueron garantía suficiente para el desafane.

Se alejaron hacia el otro extremo del jardín y buscaron la parte alta de un restaurante no muy frecuentado. Pidieron carne asada con frijoles refritos y un aceptable tinto chileno. Después tomaron los últimos mezcales y salieron al perfumado frescor de la noche. Durante la cena los oaxacos habían sido el tema obligado y los alcoholes hacían que las dos vieran cada vez más cómica esa actitud de machos siempre listos para el vueleo fecundante. Era casi medianoche y entre el alboroto de fin de semana no era extraño que otras voces cantarinas con las mismas obsesiones las saludaran al paso. Así que derechas al hotel y felices como hacía tiempo que no lo eran. Trilce se dejó caer de espaldas y con los brazos abiertos sobre la cama. Celeste prendió la tele sin siquiera pensarlo. Trilce protestó. Celeste la apagó y Trilce emitió un gruñido de felino satisfecho. Después Celeste empezó a desvestirla ceremoniosamente, y ya casi desnuda Trilce no se atrevió a decirle que le encantaba tanta dulzura, ese demorarse en el gozo que era sin duda el don más femenino de todos los dones y que en Celeste, al deleitarse ella misma deleitando a su amante, alcanzaba niveles embriagantes.



Regresaron tarde de visitar Mitla. Don Bonifacio estaba furioso y su explicación no fue tan brillante como la primera vez que Trilce había ido con Homero. En cuanto supo quién era Celeste no cesó de insistir en su rencor contra la indolencia de los funcionarios. En el acceso a una de las tumbas el olor de dos montones de mierda les llegó antes de que el anciano las previniera y les dijera que esas suciedades eran por pura ignorancia y que la

culpa no era de esos cabrones marihuanos, e hizo énfasis en el gesto hacia el grupito de gandallas que habían visto al final de los puestos de curiosidades, sino de la Iglesia y el gobierno. Y remató con rabia: Luego se nota que ni una ni otro tienen el menor respeto por nuestro pasado. Trilce dijo que era inconcebible que sucediera eso, y Celeste le prometió a don Bonifacio que iba a hacer lo posible para que lo viniera a entrevistar la tele.

Eran las dos y algunos minutos cuando se toparon a la entrada del hotel con la inquieta animalidad de Augusto. Les reclamó que llevaban allí casi dos horas esperándolas y le gritó a Homero, que estaba repantigado en un sofá, para que fuera a avisar al mercado que en diez minutos llegaban. En el aire ellas dejaron la queja del abandono en que se encontraba Mitla, y Augusto empezó a escupir nombres de los culpables.

Se ducharon y se acicalaron y cuando media hora más tarde bajaron, Homero ya estaba de vuelta al lado de Augusto y los dos veían con más pasmo que coraje cómo las dos mujeres se detenían frente al cuadro de la diosa del maguey en una pose revistera que también tenía idiotizados al recepcionista y al mozo de equipajes. Los atuendos esplendentes -Trilce de pantalón blanco y camisa azul marino, y Celeste con un precioso conjunto de pantalón y camisola de finísimo algodón en un tono oro viejo y diseñado especialmente para ella por Manolo Núñez- hicieron que Augusto bisbiseara en el oído de Homero alguna maldad compartida. Los dos rieron y Augusto se adelantó y recibió a Celeste con un beso en la mejilla. Homero y Trilce también se saludaron de beso, un solo beso a la mexicana que a Trilce le hacía quedarse a veces con la intención del segundo, como si se vieran después de una larga ausencia, y el recepcionista, que prendía y apagaba la sonrisa según mirase a ellas o ellos, olvidó con la escenografía el encargo que le había hecho la hija de la dueña, de que esa noche las invitaba a cenar en el Terranova.

Por el retraimiento y la crispadura en el entrecejo esperando el afloje de los primeros mezcales, era obvio que Homero no estaba a gusto con el papel que el amigo le había asignado. Augusto iba al frente atento a los requerimientos de Celeste y más atrás Trilce trataba de sonsacarle a Homero el lugar donde iban a comer y

otros pormenores, pero él dejaba resbalar la intención y le señalaba al paso alguna fruta o artesanía que le sirviera de señuelo. Cruzaban la primera nave del mítico mercado y Celeste saludaba y sonreía a los chiflidos y se detenía ante mercaderías exóticas y preguntaba, mientras Augusto desde atrás les hacía un gesto de negación rotunda a las puesteras y luego urgía a Celeste a seguir, sabiendo que los estaban esperando desde hacía más de una hora.

En cuanto entraron a la segunda nave Celeste comentó que jamás se había imaginado que existiera esa parte. Celebró con alocada alegría el descubrimiento y la señal se fue al interior en un repiqueo de advertencias. El olor les llegó como si estuvieran quemando una pradera con los animales salvajes adentro. Tenía algo de repeluzne aquella humareda que salía de los anafres; sin embargo, había un halo fascinante de ritualidad que para Trilce era como regresar de golpe a la España profunda de Valle-Inclán y Delibes. Augusto se detuvo ante uno de los puestos más aireados (después Trilce vería que había un ventilador adentro) y abrió los brazos hacia todos los puestos y dijo: ¡Ya llegamos! Después él mismo inició el aplauso. Un puestero extendió una mano saludante por encima de las carnes y luego Celeste tuvo que repetir el ceremonial a cada lado. Era un pasillo de quince o veinte metros de largo por uno y medio de ancho y lleno por completo de puestos. Todos tenían sus tendidos de tasajos y en los anafres crepitaban las asaderas. Adentro de los minúsculos puestos, tripas y chorizos aguardaban sobre cordeles a estómagos más emperrados con ese tipo de tragaderas.

Homero le señaló a Trilce un buen surtido de tasajos que iba desde el recién cortado hasta los de más de una semana. Trilce ojeó el muestrario y el negro verduzco de los últimos la hicieron regresar de golpe al intenso rojor de los primeros. Señaló dos trozos, que de inmediato se fueron hacia el anafre. Sobre una mesa una anciana y una treintañera comenzaron a colocar salsas, platos, tortillas, nopales y frijoles. Mientras Celeste seguía agradeciendo simpatías, Trilce le pidió a Homero una cerveza. Y el puestero puso al lado de la mesa un cubo lleno de trozos de hielo y cervezas. Cuando Trilce le estaba dando el primer trago a la botella estalló un Ayayay y vio llegar a un trío de bigotones con

sombrero; los tres tenían abundante abdomen y los pantalones y las camisas parecían acostumbrados a la violencia de aquellas hinchazones. Cargaban un bajo, una guitarra y un acordeón, y de buenas a primeras arrancaron con la saga de Camelia. Trilce y Celeste habían abordado un par de veces el tema de la música vernácula y mientras que para Celeste los boleros eran lo máximo, para Trilce los corridos de José Alfredo y de los Tigres del Norte eran la única música mexicana que, mezcales de por medio, le sublevaba la sangre.

Homero destapó la primera de las tres botellas de Benevá que ahora ocupaban un lugar preferencial en la mesa y le sirvió a Trilce un vasito que originalmente había contenido una veladora. La mujer más joven dijo: Con permisito, y puso un platillo con sal y otro con trozos de limón al pie de las botellas. Trilce le sonrió y ella se detuvo y le tendió la mano y dijo que se llamaba Marena. Trilce pensó que en efecto aquel cuerpo tenía algo de oleaje marino y cosquilleo de arena. Homero le ofreció a Trilce un trozo de limón. Ella dijo que no quería. Pero él neceó: El limón, maestra, es la panacea... Sí, ya lo sé, y recordó al taxista que la había llevado al centro de la ciudad de México; luego tomó el trozo de limón y lo sostuvo en la mano mientras con la otra brindaba con Homero. En cuanto él volteó para llenar el vaso, Trilce dejó caer el trozo de limón en un canasto con basura. Miró alrededor y la fiesta de los corridos se había extendido ya hacia el corazón del mercado, que trepidaba con los bajeos de euforia. Vio que Augusto tomaba con insistencia del brazo a Celeste para llevarla y traerla, y la diosa televisiva parecía feliz. Ya aprenderá, se dijo Trilce regresando a Homero, que con la botella en la mano buscaba rellenarle el vasito.

¿Qué te traes entre manos, eh bribonzuelo?, le dijo de fulgor a fulgor.

No, nada, maestra. Bueno sí, cómo te diré, es que estoy muy feliz de verte y tenerte aquí y que además estás más guapa que nunca...

¿No pretenderás emborracharme para tirarme los tejos?

No, por supuesto que no. Nos vamos a emborrachar solos, pero sin tristeza, ¿no?

Trilce sintió muy adentro un aleteo de simpatía y aceptó el juego:

Homero dime una cosa, y dímela al instante: ¿te quieres venir conmigo a Barcelona?

Contigo me vengo donde sea... Este, ¿hablas en serio, maestra?

Completamente. Hoy en la noche recoges todo y sales en autobús para Ciudad de México, y nos vemos mañana por la tarde en casa de Celeste.

Este... ¿no es cierto, verdad?

Sabía que no lo harías...

No, maestra, claro que sí, pero...

Pero qué.

Pues que hay como un impedimento de origen; cómo te diré, sí, yo necesito algo muy especial para carburar...

¿Para escribir?

Para todo.

Ah, ahora va a resultar que estás enamorado.

Más que eso, maestra, estoy completamente apendejado.

Claro, Irma.

No, maestra, el pinche mezcal. ¿Qué haría yo en Barcelona sin mezcal?

Augusto aprovechó que terminaba el tercer corrido para pedir la atención con los brazos abiertos. A su derecha estaba Celeste y a su izquierda un oaxaqueño delgado y cetrino que tenía los brazos pegados a las piernas en actitud solemne. Compañeros, paisanos y paisanas, dijo Augusto, es un honor para nosotros darles la bienvenida a nombre de todos los locatarios a dos mujeres tan inteligentes como bellas y que han triunfado en sus respectivas profesiones. Compañeros y compañeras, se nos acaba de decir hace unos instantes que por medio de la gestión de la comunicadora Celeste San Román aquí presente, muy pronto tendremos el honor de que Televisa venga a filmar un programa especial donde todos ustedes serán los protagonistas. Así que gracias compañeros y los dejo con el compañero Natanael. Ah, pero antes unos aplausos para nuestras invitadas. Después de los aplausos el representante sindical de los locatarios dio un paso al frente y habló con la mirada fija en dos perros

que titubeaban a la entrada del pasillo que daba a la calle: Compañeros y compañeras, por este mercado han pasado muchos políticos pidiendo votos y prometiendo y después ¿quién los vuelve a ver? Aquí no vienen a comer los que nos piden el voto, aquí vienen los turistas porque precisamente ellos saben lo que es bueno, lo que es típico, lo que es auténtico. Nosotros en el sindicato sabemos esto y lo respetamos. Porque así debe ser y el que quiera encontrar el mero sabor de Oaxaca que venga aquí y se lo demostraremos. Así que yo les agradezco a estos dos amigos letrados que nos traigan aquí a gente como ésta, o sea personalidades de lo suyo que por eso mismo saben también apreciar lo que es tan nuestro. Compañeros y compañeras, les pido a todos y a todas que le brindemos nuestra mejor atención a estas dos conocidísimas y queridísimas personalidades de la televisión que hoy nos honran con su presencia. ¡Un fuerte aplauso!

Y el trío arrancó con una norteña. Augusto tomó del hombro al líder sindical y empezó a dibujarle con la mano libre un futuro de colaboraciones exitosas. Trilce y Celeste se dispusieron a entrarle a los tasajos. Por el discurseo, la carne se había pasado en el doraje y el sabor era de lo más exquisito. Siguiendo a Homero, Trilce ponía en medio de la tortilla hecha a mano varios trozos de tasajo y después los condimentaba con un par de cucharadas de salsa ranchera. Unas gotas rojizas le salpicaron la blusa y desde la altura del taco nada más vio que el chorreado apenas se esbozaba y se desentendió al sentir cómo los demonios del mezcal jugueteaban ya por su sangre produciéndole un alocamiento gozoso. Estaba completamente desapegada de todo y al mismo tiempo sabía que esa fase burbujeante era nada más la puerta de entrada a otra realidad donde ella dejaría ya de ser espectadora de su protagonismo. A más comida, más bebida, y Homero le preparó el tercer taco con un derroche de guacamole. Cuando iba por mitad, Trilce comprobó que aquello era demasiado. Dejó el resto sobre un plato y miró a Celeste, que comía con expresión pletórica. Trilce dijo que ya no podía más, a lo que Homero respondió con otro mezcal para el desempance.

La puestera más joven bailaba ahora con el líder sindical y coleaba su rechonchez con un regusto que tenía más de pato que

de sirena. Augusto, más desatado que nunca, pidió luego a los músicos una ranchera y fue a sacar a bailar a Celeste. Trilce miraba cada vez más sorprendida la agilidad de Augusto y la manera como Celeste se dejaba llevar en aquel anudamiento de las partes centrales de sus cuerpos. Incorregiblemente facilona, estaba pensando Trilce cuando sintió que la tironeaban por la espalda. Era la puestera joven y tenía, en una mano un billete de veinte dólares y en la otra una pluma desechable. Trilce dudó de la intención, pero la puestera le dijo que por favor le dedicara aquel billete, que era de muy buena suerte. Y se lo firmó.

Homero abrió la segunda botella y de inmediato le llenó el vasito a Trilce. Después llenó el suyo y brindó: ¡Por el amor que siempre te tendré!

¿Qué es eso, una dedicatoria o qué?

Tenía que decírtelo, maestra, ahora o nunca.

¿Ahora o nunca qué?

Pues eso.

Vaya, ahora resulta que también eres cantante de boleros.

No, maestra, quiero decir que sabemos que hoy es nuestra última oportunidad.

¿Sabemos?, y Trilce lo miró con una suspicacia picosa.

Bueno, cada quien se contenta como puede, confesó Homero prestando ahora más atención al bailoteo restregoso de Augusto con Celeste que a la natural arisquidad de Trilce. De un trago vació su mezcal y fue a la mesa a rellenar el vaso. Otra pareja se sumó al baile y Trilce sintió que algo se le prendía de la mano. Pegó un tirón y ya libre pidió disculpas y dijo que no bailaba. El hombre se paró enfrente y alegó algo ininteligible para Trilce. Era un gordo al que parecía no importarle en absoluto la impresión que producía aquel englobamiento de la barriga bajo la camiseta grasosa y el pantalón de mezclilla trabado apenas de la cintura y con las nalgas desinfladas en un desfiguro que ya Cantinflas había mitificado. No sé bailar, de verdad, volvió a disculparse Trilce. Y la puestera le salió providencialmente al quite. Tomó al tipo de la mano y comenzó a moverse con sabrosura como si frente a ella nada más existiera la mirada afirmativa de Trilce.

Celeste sudaba y reía cuando llegó junto a Trilce. De inmediato Homero buscó un vasito y se lo llenó de mezcal. Con la euforia Celeste sólo se dio cuenta al sentir el quemar por la garganta. Dijo: ¡Qué bárbaro!, y luego a Trilce: ¿Cómo estás? Yo bien, y al decirlo, Trilce veía que la humareda aumentaba por momentos y los olores y la música parecían conspirar contra la tiesura de conciencia que ahora la encadenaba. Oyó que Homero mascullaba un mezcaloso No va a alcanzar, y luego lo vio frente a ella con la tercera botella recién abierta. En torno a la mesa había ahora un revoloteo de manos llenando tacos con todas las salsas. Desde el otro extremo del pasillo el trío rompió con los acordes de un corrido y enseguida llegó la voz de una mujer: Ojalá que te vaya bonito..., y Trilce vio que era la puestera joven y todos se abrieron para ver el garbo con que cantaba; entonces Augusto y el líder sindical llegaron con una cámara fotográfica y hablaron por lo bajo y después se la dieron a Homero y los dos se pusieron a los lados de Trilce y Celeste, mientras Homero miraba el aparato como si fuese un juguete para niños de otro planeta. Luego trató de enfocar y siguió tratando en un columpiamiento hacia adelante y hacia atrás que ya mero caía pero no, y Trilce empezó a reírse y contagió a Celeste y por último se oyó un chasquido y Homero bajó la cámara y dijo Valgo madre como fotógrafo, y fue a servirse otro trago. La última botella iba ya por la mitad y Homero derramó un buen tanto. Augusto lo agarró por el cuello, lo sacudió y le dijo: Mira cabrón qué pinche espectáculo estás dando, y Homero dijo: No hay pedo, tú cáele a la pinche güera. Saca a bailar a Trilce, cabrón, le soltó Augusto. No quiere bailar, güey, se defendió Homero. Y Augusto fue en medio de los aplausos y le dio un beso en la mejilla a la puestera joven y después habló en corto con el trío. Al iniciar la polca, Augusto se vino derecho hacia Trilce y en actitud payasa le hizo un caravaneo y le tendió la mano. Trilce dijo que no sintiendo cómo la lengua ya no le obedecía. Augusto insistió. Y ella que no fuera necio. Y él que en su tierra el desaire era una ofensa. Y Homero gritó que se echaran el de Rosita Alvírez. Pinche vieja volteada, masculló Augusto y fue a sacar a la puestera joven.

Aquello era lo último que Augusto podía haberle dicho. La primera vez que tomó clara conciencia de esa ofensa fue hacia finales de los ochenta, cuando el hijo del peletero gallego que tenía su tienda en el mismo edificio donde Trilce vivía, la vio salir tomada de la mano con su primera novia del bar más famoso de lesbianas que había en la zona roja aledaña a las Ramblas. Después las miradas y los comentarios en todo el edificio habían sido como salivazos en la cara. Pero ahora la actitud defensiva tenía otro motivo: de golpe había comprendido lo que ella podía ser capaz de hacer ante la necedad de Augusto y la lucidez era como una señal intermitente que prevenía el naufragio. Buscó a Celeste, que estaba explicándole al líder sindical que en realidad la filmación sería nada más una cápsula, y le dijo que ya era hora de la llamada. ¿De cuál llamada?, devolvió Celeste. Y Trilce meneó la cabeza y la tomó de la mano. Celeste quiso reprocharle la huida, esa gente era lindísima y además estaban ofreciendo lo mejor que tenían; pero antes de que Trilce respingara, la puestera vieja llegó diciendo que el señor de lentes se había privado. Las dos miraron confusas a la puestera y ésta les señaló el interior del local donde a Trilce le habían asado el tasajo.

La frescura que Trilce había sentido al llegar emanaba de un ventilador eléctrico que estaba colocado estratégicamente en una esquina del local, y que ahora el locatario trataba de instalar directamente frente a la cara de Homero. Estaba tirado en el piso sobre un petate y tenía los brazos abiertos y el abdomen le bajaba y le subía rítmicamente como si estuviera meditando. Preguntaron qué había pasado y Trilce se acuclilló y vio que Homero roncaba y que en la apacibilidad de aquel rostro de tortuga marina no había nada preocupante. Nada más duerme, dijo Trilce. No, replicó el puestero, este amigo está congestionado,¿qué no ven cómo se está poniendo? Y sí, tenía en la cara y el cuello un rojor de acaloramiento que para Trilce más que congestión era pura borrachera. Pues llévenselo, ¿no?, pidió el locatario. Celeste dijo que mejor lo dejaran estar allí, que no molestaba a nadie. Y el tipo que se lo llevasen a otro lado, que él no quería compromisos. Entonces Trilce fue a hablar con el líder sindical y consiguió que pidieran dos taxis. Mientras llega-

ban, Trilce se acercó a Homero y le dio unos golpecitos en los cachetes y nada, seguía roncando dentro de una profundidad inalcanzable. Échele tantita agua, dijo el locatario. La puestera vieja trajo un vaso con agua y Trilce le roció la cara a Homero, y nada. Pues frótenlo con alcohol o con mezcal, dijo la puestera. Trilce mojó sus dedos en su vaso de mezcal y luego se los pasó por la cara a Homero. Sólo entonces abrió con deleite los labios y comenzó a relamerse. Trilce dijo que no tenía remedio y luego pensó qué le diría a Irma. Por último extrajo del bolso un billete de cien pesos y su pluma y pidió un papel. En cuanto el locatario le ofreció la hoja que arrancó de una libreta, Trilce le escribió a Irma con letra apresurada que le hubiera gustado mucho verla y que lamentaba enviarle a Homero en aquel estado. Luego escribió del otro lado de la nota la dirección y el teléfono de Irma y se la dio al primer taxista que llegó junto con el billete. El taxista asintió a todo lo que Trilce le decía; sin embargo, en cuanto vio que el pasajero que le encargaban ni siquiera había dado señales de vida al ser echado como un fardo por el locatario en el asiento trasero, empezó a renegar y a decir que no podía llevar así a ningún pasajero. Trilce quiso explicarle, pero el hombre rechazaba con la cabeza y decía que eso era un delito muy grave. Hasta que Celeste le pidió permiso a Trilce, que ocupaba la puerta contraria a la del taxista, y sin más comentarios le tendió otro billete de cien. El hombre fingió renuencia al momento de tomar el dinero y masculló un Estén o no estén yo allí lo bajo.

Después, sin despedirse de nadie, las dos subieron en el otro taxi y Celeste dejó salir los desacuerdos:

Te juro que no te entiendo.

Trilce tragó el amargor de la saliva y luego expulsó el aire con fuerza.

¿Qué es lo que no entiendes?, y ladeó la cabeza para verla. ¿Qué a mí no me guste poner en manos de la masa mis sentimientos?

Sabes muy bien que no me refiero a eso.

¿Entonces a qué te refieres?

Al modo, a ese modo que tienes de cortar con lo que no te gusta.

O sea, que según tú debería seguir aguantando hasta que llegara al estallido.

Trilce, por favor, ¿es que no puedes ponerte ni un instante en el lugar de los otros?

La subida de tono de Celeste hizo que la atención del taxista se prendiera del espejito interior. Desde hacía rato venía pensando en el nombre de esas dos actrices que tantas veces, estaba seguro, había visto en la tele; pero ahora la telenovela estaba allí, dentro de su auto y él era un espectador de excepción. Celeste gritó y el conductor apenas tuvo tiempo de frenar. El golpazo contra otro taxi que cruzaba hizo que la cabeza de Trilce rebotara contra el asiento delantero. Celeste, que había podido detenerse con las manos, supo que el golpe del conductor contra el volante había sido bastante duro. El hombre sangraba por la nariz y lo primero que hizo fue sacar de debajo del asiento un trapo rojo y sucio y se lo pegó con una mano a la cara, mientras con la otra abría la puerta y después salía y le pedía calma al otro taxista que no cesaba de pendejearlo. Trilce sujetaba la cabeza con las dos manos, y aunque Celeste le preguntaba cómo se sentía poniendo en el tono toda su dulzura, ella ni hablaba ni se quejaba; su respiración era apenas un siseo y con la boca abierta y las dos manos presionando con fuerza la cabeza le recordó a Celeste la reproducción del cuadro de Munch que Roberto tenía en la tapadera de su excusado. Aunque aquí no era terror lo que el gesto delataba, sino un dolor que sólo cuarenta y ocho horas después dejaría a Trilce frente a una realidad completamente en blanco.

El lunes a las diez de la mañana, justo cuando Celeste se despedía de ella frente a la puerta, un muchacho le trajo un ramo de gardenias y un paquetito. Sabía quién lo enviaba, pero la cabeza aún le dolía demasiado y decidió no abrirlo. Todo el día se la pasó en cama removiendo con ácido la costra estéril de sus últimos meses, y lo que encontró debajo no era nada agradable. Después siguió escarbando hasta comprobar que, exceptuando la relación

congelada desde la adolescencia con su madre, no había habido en su vida de escritora exitosa el menor atisbo de amor. Desde sus primeros escarceos literarios había considerado la palabra amor como una sustantivación enfermiza que hacía estragos entre las escritoras. Ella decidió entonces prohibirse el tema y ya en su primer libro las relaciones humanas sólo se movían por intereses, odios y compasiones. Después de su segundo libro, la crítica Mercedes Monmany la reconoció como una de las pocas nuevas escritoras que no sucumbían a la fácil tentación de hacer del amor el lugar común de los desengaños y los lamentos... Y ahora allí estaba: compartiendo lo poco que consentía compartir de su ser con una mujer que a su vez compartía su vida con un loco machista y con un público que exigía con gran efusividad sus derechos gregarios.

El martes, ya calmado el dolor de cabeza, trató de escribir algo en el cuaderno y al fracasar tomó de la mesilla el paquetito y lo rasgó. Adentro venía un libro con una nota encima y un frasquito de perfume; no tuvo que abrirlo para saber que aquel olor era de pura esencia de gardenia. Luego leyó la nota:

> Poema, enemiguísima mía:
> Si en la jodida Conquista nos hubiesen llegado una docena de mujeres como tú, hoy en México ya nadie gritaría chinguen a su madre los gachupines. Como no fue así, sólo nos queda el consuelo de leer libros como éste que te regalo con la total seguridad de que terminarás amándome...

Tiró la nota sobre la cama junto con la sonrisa que le había provocado y, como siempre hacía, empezó leyendo la solapa. Y vaya que fue sorpresa enterarse de que el autor de *Corazón de piedra verde* era oriundo de La Coruña. Después comenzó la novela y ya no la dejó hasta el jueves por la tarde, que salieron rumbo al desierto.

La salida estaba programada para las ocho p.m.. Cuando Trilce y Celeste llegaron todavía faltaban trece minutos y sólo la mitad de los asientos del autobús estaban ocupados. Eran en su mayoría jóvenes ruidosos aunque se veían también algunos ros-

tros marcados por una vida excesiva. Celeste le comentó a Trilce que era gente del cine, del teatro y la televisión; le presentó a varios y le dijo también a qué se dedicaban. Trilce escogió el asiento de la ventanilla y mientras oía el zumbido de saludos sobre Celeste, pensaba que eran demasiados los actores y las actrices. A intervalos fueron llegando los personajes de más rango, y cada vez que alguien subía el desborde de la celebración hacía que Trilce se preparase para tender la mano y maquillar una sonrisa. Hasta las diez menos cuarto llegó la pareja más esperada: un actor y una actriz de telenovelas que habían alcanzado una popularidad aun mayor que la de Celeste. Acababan de estrenar con muchísimo éxito su faceta de productores y todos se lo festejaban. Al detenerse ante Celeste, que se levantó para abrazarla, la mujer cruzó con Trilce una mirada puntillosa. Trilce no se levantó y las dos sonrieron complacidas de permanecer a la justa distancia. El chofer prendió el motor y entre el júbilo Trilce recorrió de memoria los rostros sólo para comprobar que ninguno de los pasajeros tenía rasgos indígenas. El autobús arrancó y Trilce se desentendió por completo del rebaño. Reclinó la cabeza contra el vidrio y no opuso la menor resistencia a que pasaran aquellas imágenes desoladas que quedaban suspendidas en la nada.

Sólo despertó dos veces. El cansancio acumulado le cerró con plomo los párpados y cuando los abrió por primera vez fue porque el frenazo y el golpe se le habían metido bruscamente en el sueño. Supo que algún animal quedaba tendido al borde de la carretera y volvió a dormirse. Después, mientras veía cómo Homero ganaba con su libro el Premio Nacional de la Crítica y ella lo guiaba a través de las mismas falsedades que ya había vivido hacía cinco años, el mundo comenzó a trepidar y al derrumbarse las imágenes vio surgir de la oscuridad otro mundo que empezaba a nacer desde ese mismo instante. El primer sol de la mañana hacía que la vegetación del desierto apareciera como una piel milenaria. Acababan de entrar en un camino de piedras hecho a la manera romana, y a pesar del tembleteo todo el paisaje quedaba fijo en la memoria como un regalo de vida. Aquello era muchísimo más estremecedor que el arenoso norte de África, y sin duda en aquellos cactos y aquellas montañas

sublimes podía pasar cualquier cosa que la distanciara más del regreso al Viejo Mundo, que era lo que ahora menos deseaba.

La vía de piedras negruzcas fue subiendo en su retorcedura y desde las ventanillas los ya despiertos señalaron dos pueblos ruinosos y fantasmales y los nombraron con un reconocimiento alegrecido. Trilce se sentía descansada como pocas veces después de un viaje largo. Buscó en su bolso y cuando estaba terminando de arreglarse la cara, el autobús se detuvo frente a un túnel que abría su negrura en la base misma de una montaña de roca. Desde su asiento apenas podía ver lo que quería. Celeste venía dormida al lado y aunque la posición era incomodísima, tenía en la expresión tal dulzor que Trilce prefirió no tocarla. Se irguió sobre el asiento y vio a un ranchero que hablaba por teléfono. ¿Qué hace, eh?, le preguntó a la chava que iba adelante que, como ella, quería saber por qué se habían detenido. Pero fue otra voz la que dijo que estaba hablando al otro lado del túnel para que no dejaran pasar más vehículos.

A los diez minutos salió por la boca del túnel una camioneta de redilas llena de gente. Luego el chofer prendió el motor y las luces comenzaron a descubrir una excavación casi paleolítica llena de laberintos que se extendían a ambos lados. Dos kilómetros más allá, encima del autobús se abrió un cielo clarísimo de azules y Trilce ya no hizo caso de los pormenores con que la coordinadora del viaje revestía la hazaña de esa obra desmesurada que había realizado un ingeniero español hacía casi cien años, y que era la única forma de acceso al mítico Real de Catorce, un yacimiento de plata ubicado a tres mil metros de altura y que a principios del siglo XIX había sido considerado como uno de los mayores del mundo.

Todo el pueblo parecía haber sufrido una maldición bíblica, uno de esos temblores que en menos de un minuto transforman la grandeza en ruinas. Sin embargo, aquí el desgaste había sido paulatino y en el aspecto ruinoso de casi todas las viviendas la modorra del tiempo parecía haberse fantasmaseado, y Trilce identificó de inmediato todo aquello con el cine. Sí, aquél era un pueblo que no podía existir más que en la película en que ella ahora estaba pensando: *El tesoro de la Sierra Madre.*

Un pueblo completamente distinto a todos los que hasta ahora había visto, y ése era un motivo esperanzador en el inicio de la aventura. La coordinadora hizo dos grupos y los repartió en dos pequeños hoteles. El cuarto que les tocó a las dos era lo mínimo que se podía esperar de un hospedaje digno: tenía dos camas demasiado individuales y un minúsculo baño, y por una ventana podía verse la calle principal, un camino empedrado por el que ahora subían cinco neohippies. Trilce dijo: ¡Mierda!, y Celeste se adelantó a ver. Les encanta aquí, dijo Celeste, quién sabe qué tendrá este lugar que muchos nada más vienen aquí derechito desde sus países.

Dedicaron la tarde a recorrer el pueblo. En la iglesia de San Francisco se separaron del grupo e hicieron un largo descanso. Vieron los retablos y los exvotos y las dos se quedaron en silencio y empezaron a sentir y luego a oír los estremecimientos de aquellas piedras que eran como quejidos del tiempo. Trilce reconoció al instante el halo energético del recinto. Era la misma sensación que había sentido las tres o cuatro veces que entrara en el monasterio benedictino de Sobrado, que había desempeñado un papel importantísimo como centro espiritual en la ruta iniciática hacia Santiago de Compostela.

Cuando salieron del templo, Trilce remiró por última vez la fachada, y por un momento tuvo la certeza de que su alma amaba desde la eternidad el silencio del desierto. Después no quiso hablar: sólo cenó un vaso de leche con un pan dulce y se acostó mucho antes que Celeste.



Trilce se acordaría siempre de la última vez que visitó el bar para lesbianas en las Ramblas: allí rompió con su primera novia y allí terminó de definir su preferencia sexual. Había muchas cosas que rechazaba en los hombres, y a ese bar llegaban demasiadas mujeres que querían ser hombres. Pocas cosas rechazaba más que una mujer que asumiera burdamente el rol sexual del macho. Una de las dueñas del bar, bilbaína irredenta, llevaba el delirio machista a extremos de usar pura ropa de hombre, desde

los calzoncillos hasta los calcetines. Era alta y delgada, de cara larguirucha y agria y sin nalgas ni pechos; hablaba dando órdenes y no cesaba un solo instante de ir de un lado a otro de la barra removiendo y contando y echando mierda contra cualquier opinión que no coincidiera con la suya. Para Trilce había sido un choque violentísimo descubrir que su novia la engañaba con esa hombruca repulsiva... Y ahora acababa de saludar de beso a la coordinadora (además la situación fue un tanto embarazosa, pues la coordinadora intentó darle un beso en cada mejilla y Trilce se quedó parada después del primero y las dos bocas se rozaron) y era justo del tipo de lesbiana que ella aborrecía. El pequeño restaurante estaba lleno y entre las mesas hablaban y reían. Todos tomaban lo mismo: un plato de frutas y un jugo de papaya. Trilce y Celeste compartían mesa con la pareja de actores-productores. Trilce masticaba en silencio y oía las maravillas que decían del nuevo cine español y asentía sin ganas. A la actriz le había gustado mucho la adaptación cinematográfica de la primera novela de Trilce. Celeste dijo que la última novela estaba aún mucho mejor, y la actriz quiso saber quién tenía los derechos. Entonces Trilce vio acercarse a la coordinadora sin titubeos y supo que venía por ella. La coordinadora se paró justo en medio de la pareja de actores y se apoyó en sus hombros. Trilce estaba enfrente y no quiso apartar la vista. Les dijo que en media hora salían y que tuvieran todo su equipo listo en la mochila. Todos asintieron menos Trilce, y la coordinadora se separó y fue a colocarse entre Trilce y Celeste. Se acuclilló con las manos prendidas de los respaldos de las sillas y le preguntó a Trilce si era la primera vez que iba a comer hikuri. Trilce le dijo que lo único que había tomado en su vida era alcohol. ¿Ni hachís ni coca?, preguntó incrédula la coordinadora. Sólo alcohol, dijo Trilce. La coordinadora desprendió su mano izquierda del respaldo y la puso sobre las de Trilce, que desde hacía rato estaban ancladas en la mesa. Le dijo que no se preocupara que todo iría muy bien, que ella se encargaría de guiarla, y Trilce ya no pudo resistir por más tiempo el sudor de aquella mano y retiró las suyas y dijo que aún no estaba muy convencida de tomar los cactos. La otra se incorporó y la corrigió: No son cactos, mi

amor, son carne viva de los dioses. Bueno, lo que sea, dijo Trilce. Celeste y la pareja de actores la miraron pensando lo mismo, y la coordinadora sólo apuntilló: No te imaginas cuánto lo necesitas.

Salieron a media mañana hacia el cerro, en una fila que encabezaba la coordinadora y uno de los dos asistentes. Casi al final iba la pareja de actores con Celeste, de la que no se separaban para nada. Trilce iba unos metros adelante con el otro asistente, que era un joven actor de teatro que por su alegría espontánea no necesitaba decir que su fuerte era la comedia. Todos con su mochila a la espalda y cada vez más silenciosos, como si estuvieran preparándose para un salto en el vacío. Trilce había oído ya demasiados comentarios en torno a aquel cerro inmenso al que subían y el culto de que había sido objeto durante siglos por los indios huicholes, y más recientemente por los neohippies y todo tipo de nuevaoleros del espíritu. Así que iba cerrada y evasiva, poniendo todo su empeño en demostrarle a ese coñazo de lesbiana que esos acantilados blanquecinos que se metían misteriosamente entre las nubes, estaban mucho más abajo de lo que ella podía realmente hacer siempre que se lo propusiera.

Celeste fue la primera en rezagarse y pronto la fila se estiró y los de atrás pedían tiempo y enlentecían la marcha. Conforme subían y pasaba el día, el frío era más intenso y algunos escupían y bebían agua y maldecían su condición física y poco a poco el mensaje del viento se adueñaba de los corazones.

Aquello no tenía nada que ver con Tilmango. Sin embargo, para Trilce la sensación experimentada en los dos lados era en esencia la misma: el yo soberbio y egocéntrico desaparecía de pronto y todo lo que la vista abarcaba era como una revelación primigenia que no necesitaba palabras.

Se cruzaron con dos grupos de extranjeros, que bajaban muy sucios y fachosos, y les sonrieron y les transmitieron un mensaje de fuerza, la misma fuerza, pensó Trilce, que se obtiene al compartir un culto secreto o una peregrinación a tierra sagrada... Aunque lo profano no dejase de estar presente en esa regazón ofensiva de botes vacíos y envoltorios de plástico que para ella era ya inseparable del paisaje total de México. La mochila frenaba cada vez más el empuje del cuerpo y en esas condiciones

tan adversas Trilce jamás había querido encontrar satisfacción, a pesar de reconocer que todo lo que de verdad valía la pena sólo se podía alcanzar con una voluntad templada en lo adverso.

Descansaron en una ladera y únicamente les permitieron tomar un trago de agua. Después siguieron subiendo y subiendo, hasta que llegaron a una explanada casi en la cima, donde estaban dos hombres esperándolos. Trilce vio que uno de ellos, el de más edad, era un indígena, y el sombrerito con plumas y orlas y el faldón y pantaloncillo con bordados multicolores transmitían un mensaje de mando. El otro, de mediana edad, era plenamente occidental y su indumentaria -pantalón y camisa caqui del tipo que Clark Gable llevaba en *Mogambo*- aunque bastante usada le daba al personaje una dignidad teatrera. Tenía la barba nutrida y entrecana y el pelo más oscuro y recogido en una pequeña coleta sobre la coronilla, a la usanza de los samurais. La coordinadora y el primer asistente lo saludaron y después hablaron y rieron mientras veían cómo todos llegaban y dejaban caer la mochila y enseguida se doblaban vencidos y se recostaban sobre ella.

La coordinadora golpeó un triangulito de metal blanco y el finísimo sonido convocó la atención del grupo. Les dijo que el marakame se llamaba don Paulo Callejas y que podían dirigirse a él respetuosamente como don Paulo; al otro lo presentó como el Lúder. Celeste le dijo a Trilce que tenía fama de ser un tipo duro. La actriz, que estaba recostada junto con el actor a un metro de Celeste, oyó el comentario y añadió: La verdad es que es un amante extraordinario. ¿Y tú qué sabes de eso?, la encaró el actor con una mirada que ya traía viejos motivos. Tengo una amiga cuya palabra me merece mucha más confianza que la tuya. Y el actor hizo un gesto de hastío y se desentendió acomodando la cabeza sobre la mochila. Luego Celeste retomó el hilo: Al menos tiene buen tipo, ¿no? Trilce buscó con toda la mala leche de que podía ser capaz como crítica y no vio en el metro setenta y pico de estatura, ni en el cuerpo correoso y musculado que se adivinaba en la trabazón del cuello, ni en el rostro anguloso, ni en los ojos verdes, ni en la nariz aguileña nada que le resultara rechazable. Entonces dijo: Seguramente ha de ser uno

de esos antropólogos gilipollas que sueñan con ser chamanes. Todos voltearon hacia ella, pero justo en ese momento hablaba el Lúder. Con voz segura y fluida les dio la bienvenida y les dijo que podían descansar allí un par de horas, hasta que se metiera el sol. Después tendrían que caminar unos cien metros, y señaló hacia una pared rocosa, para ocupar el lugar que a cada quien le correspondería. Les recordó que no debían ingerir nada y que trataran de recostarse en silencio lanzando su vista al cielo igual que si lanzaran una flecha y dejando que el viento les barriera todas las cosas importantes que traían en la cabeza.

Trilce agarró el paso de una nube y siguió convenciéndose de que todo aquello no era más que una excursión esotérica. Después siguió otra nube y vio que tenía forma de toro y la dejó y tomó otra y luego otra más mientras seguía dándole vueltas a lo estúpida que llegaba a ser la gente al pensar que podían suceder cosas que solucionaran de golpe su vida. Lo único que ahora creía ver claro a sus treinta y cinco años, era que los cambios -incluso los premios y los reconocimientos- suponían siempre un paso hacia la muerte. Y así lo había escrito tres días atrás en su cuaderno: La vida es un quemar cuestionamientos, de manera que cuanto más rápido agotemos los cuestionamientos, tanto más rápido se agotará la vida.

Trilce estaba tan profundamente dormida que Celeste tuvo que darle unos jaloncitos a la chamarra para despertarla. Después recogieron las mochilas y se apresuraron. A la luz misteriosa del anochecer, los altarcitos con las ofrendas que veían a los lados parecían ruinas de civilizaciones milenarias. Alguien resbaló y el alboroto momentáneo fue lo único que se sobrepuso al crujir de las piedras bajo las pisadas.

Cuando Trilce llegó, vio que la coordinadora y los asistentes distribuían a la gente en torno a un círculo. Más cerca comprobó que en realidad eran dos círculos marcados con piedras negras y que estaban separados como diez metros. Todos fueron acomodados en el círculo interior y algunos extraían ya el saco de dormir de la mochila. En una especie de cueva que estaba en la base misma de la última pared rocosa, empezó a verse el resplandor de una fogata. Absorta en el fuego, Trilce se estremeció

cuando oyó gritar su nombre. Era la coordinadora que la llamaba. Le señaló un lugar al lado de un director de videoclips que Celeste le había presentado sin entusiasmo, y luego le apretó el hombro y le dijo que todo iba a ir muy bien. Trilce no dijo nada, vio que seguía Celeste y más allá la actriz. Sabía que a esas alturas decir que no sería ponerse en evidencia total; aunque tal vez la cosa no fuera tan drástica si decía que se sentía mal del estómago. Porque era el estómago sin duda lo que más se le sublevaba ante la sola idea de encontrarse de frente y sin huida posible con todos sus temores.

Los asistentes fueron extendiendo en el suelo, frente a cada participante, un paliacate y después pasó la coordinadora con don Paulo repartiendo las cabezas de peyote. Por lo que Trilce pudo ver, a la mayoría le daban cinco y sólo a dos les dieron tres.

Cuando don Paulo se paró junto a Trilce, la coordinadora le dijo que era la primera vez. El marakame dijo tres, pero la coordinadora alegó que necesitaba cinco. ¿Para qué tanto?, preguntó, y la coordinadora dijo que tenía una membrana muy dura. El marakame tendió un brazo y esperó a que Trilce le diera su mano. Luego tomó suavemente con el pulgar y el índice la muñeca de Trilce y le sintió la sangre. Asintió satisfactoriamente con la cabeza y comentó que allí había mucha fuerza para bien o para mal. Algunos estaban pendientes de la escena y esto para Trilce era disgustante. La culpa de todo ese bochorno no la podía tener nadie más que Celeste, pues, ¿quién si no ella le había soltado el rollo a la coordinadora?

La vista de los cinco peyotes hizo que todo lo demás perdiera importancia. Ya había escuchado que sabían a rayos, aunque a decir verdad no era el sabor lo que ahora la preocupaba. Y de pronto le dieron unas ganas enormes de orinar. Se levantó y le dijo a Celeste a dónde iba. En cuanto se alejó unos pasos del primer círculo la voz del Lúder le dio el alto: ¿A dónde vas? A orinar, dijo con la habitual franqueza hispana. Y el Lúder añadió: Nada más ten cuidado dónde pisas y no te alejes demasiado.

Cuando regresó, el Lúder estaba hablando desde el centro del círculo y se giraba lentamente y extendía las manos para enfatizar el discurso: ...Y no olviden que aunque vienen en

grupo, el grupo es sólo una unidad de diversidades y que a la hora de la verdad cada quien tendrá que vérselas solo consigo mismo. Traten de ser fluidos y no se aferren a ningún tipo de sentimientos, ni sublimes ni terribles; esto no es más que un ejercicio espiritual, o si quieren una aventura más en el reino caprichoso del espíritu, y el hikuri lo único que va a hacer es que emerjan los demonios y los ángeles que todos llevamos dentro. Bueno, como ven, están sentados formando un círculo y afuera hay otro círculo más grande. Cuando alguien necesite realmente ayuda -y me refiero a algo serio, no a cualquier pendejadanada más que se levante con mucho cuidado y camine hacia el otro círculo; nosotros nos encargaremos de inmediato de ayudarle. El marakame, y al decirlo volteó hacia donde estaba sentado don Paulo en actitud concentrada, va a ser su guía, y cuando él empiece a comer todos harán lo mismo. Trilce se esforzó por contar los bultitos que había en el paliacate del marakame y, aunque la oscuridad y la distancia se lo impedían pues estaba casi en el extremo opuesto, supo que allí había más de cinco cabezas de peyote... El Lúder continuó: Ahora dense las manos y cierren por unos instantes los ojos y sientan que son una misma energía con la montaña y el viento. Trilce experimentó una repentina crispación, pero enseguida sintió que la tensión se le escapaba por sus manos y una oleada de seguridad la envolvía de pies a cabeza. Con una nítida estereofonía el viento comenzó a hablar y lo que decía resonaba en el interior de Trilce con una claridad misteriosa, como si a través de una grieta pulida en millones de años estuviera susurrando sus verdades la montaña. Cuando sintió que su lado izquierdo se soltaba abrió los ojos y vio que el marakame mascaba ya un peyote.

Al viento lo desplazó un estremecimiento cósmico y Trilce supo entonces que era en realidad una grabación y que aquellos crujidos sísmicos no parecían alterar en lo más mínimo la actitud de todos, que comían en un silencio litúrgico. El Lúder se metió en el centro del círculo por un lado del marakame y, después de ofrendar a los cuatro puntos, depositó en el suelo el ascuero humeante. Trilce dio el primer mordisco y le supo a pulpa gelatinosa. No era como cualquier verdura o fruta de las

que hasta ahora había comido; aquello era más bien como una transición entre lo vegetal y lo animal, algo que dejaba en la saliva un amargor infinito. La coordinadora se acercó y le preguntó que cómo iba. Trilce asintió sin dejar de mascar, y la otra le dijo que tratara de comerlo rápido, que no le diera tiempo al mal sabor a fijarse.

Le llegó una ráfaga de copal y cerró los ojos. La grabación incendió con su eco toda la montaña y a Trilce le pareció que era un bosque de copal en llamas el que transmitía aquel aroma. Continuó comiendo y empezó a convencerse de que le iba a ir muy bien. Seguía invadida por el soplo del viento y en su mano el trozo restante tenía aún más fuerza que la pasta amargosa que estaba engullendo. Luego vino el mensaje del agua, que era como el derrame de finísimos cristales llenos de vida... Alguien se levantó aprisa y lo sacaron fuera de los círculos. En la distancia los espasmos del vómito sonaron como lamentos profanos. Cuando se dispuso a mascar el tercer botón, ya habían vomitado tres más, y su estómago quiso también protestar. Luego siguió Celeste, que regresó enseguida. El llamado de un caracol retumbó en la montaña y después del tercer llamado la voz del Lúder dijo que iban a pasar en un plato trozos de naranja y que sólo tomaran uno y lo chuparan. Los dos asistentes fueron pasando los gajos de naranja y todos chuparon. Se oyó el silbido de una flauta de carrizo y la voz del marakame comenzó un canturreo. Trilce tuvo que hacer un esfuerzo para pasar el último gajo del tercero. Le hubiera gustado saber qué decía, pero aquel idioma le sonaba demasiado distante e impenetrable. De fondo había ahora una musiquilla de flautas y percusiones muy rudimentarias, que hacían que el canto del marakame adormeciera el pensamiento. Congelada en el tiempo, Trilce sólo reaccionó cuando la voz del marakame le llegó nítida:

Soy la pisada del dios venado
Y soy el ojo que lo sigue
Y soy la flecha que lo mata
Soy el trueno y soy el sol
Soy Tatawari el abuelo fuego

Y soy el trueno que cae sobre Wirikuta
Soy el que da vida y purifica
Soy la verdad donde hay mentiras
Soy quien abre la noche y da el amanecer
Soy el perdón y el castigo
Y soy la voz donde todo es silencio...

El marakame calló y Trilce abrió los ojos y se dio cuenta de que acababa de estar en otro lado. El cielo era como una piel luminosa que podía albergar todos los mundos imaginables. Dijo: ¡Bellísimo!, y luego abarcó el círculo con una rápida mirada y comprendió que la mayoría de aquellos cuerpos que estaban ya acostados dentro de los sacos de dormir vivían en mundos muy lejanos con los que era imposible comunicarse. Tomó el cuarto botón y al morderlo tuvo la vivísima sensación de que comía un corazón palpitante.

Sólo ella, el marakame y el actor consagrado seguían sentados y comiendo. En medio de la negrura los sonidos de una selva decían ahora que la plenitud de la vida estaba en otro lado. Desde adentro seguía creciendo una fuerza casi incontrolable, el empuje de un volcán de sentimientos que no tardaría en vaciarse.

Todo estaba prodigiosamente vivo y la vida tenía muchísimas tonalidades de verde que vibraban y fosforecían por instantes y lo decían todo a la primera mirada. Oyó que una voz extraña decía: La clave está en la armonía de las esferas celestes, y entonces cerró los ojos y dejó de pertenecerse. La oscuridad era total, algo membranoso la envolvía y no le permitía moverse. No había olores, ni sabores, ni colores, sólo una sensación intensa en el centro mismo de su ser; una opresión angustiosa que de pronto empezó a crecer y se convirtió en puro rechazo. Entonces comprendió que estaba muerta y condenada por toda la eternidad a ser odiada y a permanecer sin remedio en aquel tormento. Allí no existía el menor asomo de amor, era un mundo frío y viscoso y solitario; nadie ni nada más que ella, encadenada sin remedio a ese terrible sentimiento de angustia que terminaría asfixiándola. Tenía que salir de allí aunque ése fuera su último esfuerzo. Trató de mover el cuerpo y apenas logró desentumir las piernas. Ahora sabía con toda certeza que tenía que salir de allí o moriría.

¿Entonces no estaba muerta? Empujó con sus manos y sus piernas y sólo logró que por su interior se derramara un líquido quemante. Quiso gritar, pero comprendió que los muertos no tenían voz, y en la desesperación pateó con fuerza hasta que, en medio de fuertes sacudidas, terminó asfixiándose... Cuando abrió los ojos vio que un ser muy extraño la sacudía por los hombros y lo que intentaba comunicarle no tenía una sonoridad humana. Con esfuerzo logró fijar la imagen y lo que vio la hizo reaccionar con violencia. Gritó y manoteó para que aquella rata feísima se alejara, pero el animal abría más la boca filosa y tendía sus patas hacia ella. Volvió a gritar y un instante después se vio de pie fuera del círculo y otra voz más clara y amistosa le decía que mirara hacia arriba. El firmamento estaba en todo su fulgor y ella tendió la mano y vio cómo el halo energético que desprendía era también polvo de estrellas. Ven conmigo, le dijo la voz, y se sentía ahora tan lejos de aquella sensación terrible de rechazo que no dudó en tomar la mano y dejarse guiar por ella. La voz y la mano le transmitían el mismo bienestar. Pasaron el segundo círculo y después se sentaron. La voz le dijo que ya no tenía cuerpo, que era nada más pura energía en forma de conciencia y que esa energía sólo obedecía a un mando: el de la respiración. La voz se acercó más y más hasta que las dos frentes se unieron en medio de un intenso olor a copal. Eres pura respiración, dijo la voz, y enseguida comenzó a inspirar y espirar con el acompasamiento largo de una ola. Era tan armoniosa la sensación que Trilce se dejó llevar y poco a poco las dos respiraciones se hicieron una y la presión que sentía en su frente cedió y se encontró de pronto en un mundo sin temores, ni odios, ni resentimientos. La respiración se intensificó y Trilce ya no pudo evitar que las lágrimas la desbordaran: era una oleada de amor como nunca jamás había sentido. Un amor de una pureza inconcebible que le hacía desear que todo quedara así fijo para siempre en aquella dicha infinita. Y la sensación siguió creciendo hasta que por último, en medio de un gran resplandor, vio una silueta divina que le tendía la mano y cayó de rodillas y estuvo así viendo toda la estupidez que era su vida y comprendiéndolo todo y prometiendo al resplandor divino que siempre lo amaría...

Trilce se encerró en un silencio distante. Rehuyó ostensiblemente todo contacto con el grupo durante el desayuno y nada más asintió y negó sin convicción las dos veces que le preguntaron algo. Para Celeste era fácil entender en el rostro de su amiga que su mente no estaba allí. Aceptó de mala gana el rechazo de Trilce a contar lo que le había pasado en la experiencia, hasta que por último, de regreso en el autobús, la encaró y le dijo que era la persona más egoísta que había conocido.

Trilce sólo dijo: No entiendes que hablar lo complicaría todo mucho más...

¿No crees que con cariño es más fácil ayudar?, le replicó Celeste.

¿Y cómo mierda me vas a ayudar si ni yo misma entiendo aún lo que me ha sucedido?

Y Celeste ya no volvió a hablar en todo el viaje.

Cuando Celeste salió hacia su programa el lunes a las diez de la mañana, Trilce aún dormía. Regresó cerca de las nueve de la noche y venía muy cansada y doblegada por la noticia que había cundido por la televisora: el Ojo Insomne tenía cáncer. Hasta ese día creyó estar convencida de que no sólo no lo quería sino que por momentos llegaba a odiarlo y desearle lo peor; y ahora descubría que en el fondo lo respetaba muchísimo y necesitaba que su presencia o su voz estuviesen siempre presentes como una garantía para todo. El productor al darle la noticia había añadido por lo bajo: Es el fin de un gran sueño... Así que lo único que deseaba era darse un baño con sales relajantes y después cenar amigablemente con Trilce, que con seguridad estaría esperándola repuesta ya de ese mutismo absurdo.

Trilce seguía escribiendo en el cuaderno cuando oyó el ruido de la llave y el golpe del cierre con que Celeste hacía evidente su llegada. Desde la puerta Celeste dijo: Hola, hola, como en los buenos tiempos, y después fue derecha hacia el cuarto de la amiga.

¿Qué tal?, le dijo Trilce como si la respuesta estuviera en la misma pregunta.

Vaya, al menos ya hablas, se quejó Celeste por no haber salido a recibirla.

Sí, tuve el tiempo suficiente para tomar decisiones.

¿Ah, sí?, y en el tono había una forzada ironía. ¿Y qué decidiste?

Que me voy mañana mismo.

Para Celeste fue la puntilla definitiva. La poca voluntad que le quedaba se desprendió del largo cuerpo como si soltara un lastre ya innecesario.

Debería importarte más el daño que haces..., empezó a decir.

Vamos, Celeste, por favor, y se levantó y le tomó una mano entre las suyas.Tengo que regresarme y punto, ¿entiendes?

Llegué a pensar que yo era para ti otra cosa...

Y lo eres, como lo es México y todo lo que aquí me está sucediendo.

¿Entonces? ¿Por qué te quieres regresar tan rápido a España?

Que no me voy a España, chica, regreso al desierto.

¡Estás loca!, y en la exclamación había mucho más alegría que pesar: por lo menos se quedaba en México.

Sí, claro que lo estoy, ¿y no lo estás tú por seguir soportando a Roberto y toda esta mierda?

Lo que quiero decir es que estás loca si crees que el Lúder te va a hacer el menor caso.

Trilce le soltó la mano y regresó al asiento. Luego dijo sin mirarla: ¿Y qué mierda sabes tú?

Oh, hasta los asistentes lo vieron.

¿Vieron qué?

¿Sabes cómo le llama la coordinadora a eso que a ti te pasó?

Pues simple transferencia iniciática.

Vete a la mierda, gruñó tomando la pluma en actitud desentendida.

Y se da la casualidad de que al Lúder eso le pasa a cada rato.

Trilce empezó a rayar con fuerza en una hoja del cuaderno y Celeste continuó:

¿No me crees, verdad?

Trilce arrancó la hoja, la estrujó y apuntó al bote de basura.

La pelotita golpeó el borde y se quedó un instante indecisa antes de caer adentro.

Las personas necias como tú nunca aprenderán en cabeza ajena, masculló Celeste al retirarse de la puerta.

Ni las necias ni las crédulas ni las ingenuas, contrapunteó Trilce.

XI

Tuvo que contactar a la vendedora de Cultitours y el resultado fue prácticamente el mismo que si hubiera ido directamente a Real de Catorce.

Después de que la había dejado embelesada en medio del prodigioso cielo estrellado, el Lúder no regresó. No estaba cuando todos bajaron del cerro con la primera luz de la mañana, ni apareció más tarde para el desayuno. Así las cosas, las alternativas parecían claras: o se iba directamente a Real de Catorce a preguntar por él, o acudía a la agencia que les había vendido el viaje.

Lo más que logró fue que María Luisa le explicara que se comunicaban con él mandándole un fax al hotelito donde se habían hospedado en Real de Catorce.

Esta vez el viaje se le hizo mucho más largo. Como no había línea directa a Real de Catorce, tuvo que ir a Matehuala y allí esperó casi dos horas para tomar un autobús en mucho mejor estado del que había supuesto. Ya en Real de Catorce caminó con la mochila a la espalda hasta el hotel y pidió una habitación. A las preguntas del recepcionista trató de ponerle su lado menos hiriente, y mientras cubría los trámites vio que en el restaurante había bullicio de extranjeros. Subió, se duchó y luego se durmió.

Cuando bajó mediaba la tarde. Fue hacia la recepción, pero no encontró a nadie. Esperó unos minutos observando la reproducción de una vieja fotografía de la villa en pleno apogeo hacia finales del ochocientos, y entonces vio que de la puerta del restau-

rante salía el gordo parlanchín que la había registrado. Ella lo fijó y él se acercó con sonrisa ladina y dijo si podía servirle en algo.

¿Conoces al Lúder?, preguntó Trilce.

Ah, pues quién sabe, dijo el recepcionista como desentendiéndose, y enseguida añadió: ¿Española?

No, oaxaqueña. Me dijeron que aquí en la hostería podía dejarle un recado.

Ah, quiere un viaje guiado, dijo el otro en un tono mucho más cómplice.

Trilce no dijo nada y esperó.

Mañana tiene compromiso con una pareja de antropólogos italianos, y al decirlo, el recepcionista adelantó la barbilla hacia el restaurante.

¿Viene temprano?

El tipo levantó los hombros y luego le dijo que se lo preguntara a los italianos. Trilce dudó antes de mandarlo a la mierda. Por último extrajo de la cartera un billete de cincuenta pesos y se lo tendió. El recepcionista tomó con ganas el obsequio y en menos de dos minutos fue a preguntar y dijo que a las diez de la mañana.

Entró en el restaurante y se sentó cerca de la ventana que daba a la calle empedrada. Sólo había dos mesas ocupadas; en una estaban dos parejas de estadounidenses bebiendo Cocacolas y riendo y en otra hablaban por lo bajo los italianos. Él tenía el pelo bastante corto y blanquecino y la cara y la nariz finamente delineadas; ella era más morena y abundosa, pero en sus ojos cafés parecía llamear una inteligencia muy segura de sí misma. Comió en silencio, aunque en su interior las preguntas se disparaban como flechas hacia un blanco que no permitía confirmar nada, y las dudas crecían y lejos de sentir simpatía por aquellos extranjeros, que buscaban como ella salir de una vida programada, los veía como algo pervertidor, como si la razón por la que estuvieran allí fuera mucho más profana que la de ella. Lo que había visto, y el modo cómo lo había visto, era algo que no podía estar al alcance de todos, y aquello no podía ser otra cosa más que simple destino. Ni razón ni sentimientos, pensó; pero al instante se dio cuenta de que lo que sentía era tan profundo como su mirada interior y lo que vislumbraba irradiaba una

fuerza que iba mucho más allá de lo que su conciencia en ese momento podía abarcar. Sólo una cosa tenía clara: que estaba allí por un mandato superior.

Por la noche empezó a perfilar un posible filón para su nueva novela. Reconstruyó en ráfagas su experiencia e imaginó múltiples derroteros, aunque al final, poco después de las once, la duda principal seguía en el aire: ¿Narrar en primera o en tercera persona?

Se levantó temprano y bajó a desayunar poco más tarde de las nueve. Se sorprendió que todas las mesas estuvieran vacías. Se sentó en el mismo lugar del día anterior y se puso a ver la parsimonia con que la camarera movía el trapeador por el piso. Antes, un antes que en realidad se remontaba apenas a unos días, se hubiera enojado por no recibir inmediata atención, pero ahora miraba embelesada el ir y venir del trapeador y empezaba a encontrarle el gozo a la sensación de calma interior que transmitía.

Media hora después, cuando estaba terminando sus huevos rancheros, llegó la pareja de italianos. Los tres se vieron y se saludaron. Siguió comiendo y ya no pensó más en su próxima novela. Sin el menor disimulo miraba el comedido desenvolvimiento de la pareja y cuanto más veía más entendía lo que habían hecho los neofenicios de la sociedad global, cómo habían traficado astutamente con el deseo de trascendencia y cómo habían logrado que todos se creyeran únicos y nadie confiase en nadie. Y a punto estaba aquel sentimiento hermanante de empujarla hacia la otra mesa, cuando el Lúder entró y se detuvo un segundo frente a ella y nada más le hizo un saludo con la cabeza y la mano y siguió hacia la mesa de los italianos. Por la forma como se saludaron era claro que ya se habían visto antes; y esta proximidad de trato y el hecho de que el Lúder ni siquiera le hubiera dado opción para iniciar el diálogo empezaron a malograrle el buen sabor del desayuno.

Pidió más café y siguió anudando las tensiones. No había bajado ni la pluma ni el cuaderno, nada en qué poder afianzar esa indefensión penosa que la regresaba de golpe a la impotencia. El Lúder sólo le ofrecía su flanco izquierdo y ni una sola vez

lo sorprendió mirándola. Sin embargo, sabía que de alguna manera la veía y que además estaba también al tanto del malestar que su actitud le producía. Los italianos terminaron de comer su plato de frutas y se levantaron. El Lúder los siguió y entonces volteó hacia Trilce con una media sonrisa, como si aceptara que las cosas tenían que ser así y que las preguntas sólo podían ser motivo de problemas. Trilce esperó el momento de mayor proximidad para abordarlo.

¿Podrías concederme un minuto?

Es tuyo, le dijo expectante. Vestía otro uniforme tipo safari, pero esta vez era de un tono más claro; el pelo sujeto por la misma coleta y la barba más recortada.

Bueno, en realidad quisiera que me ayudaras a entender algunas cosas que me sucedieron...

Él asintió sin mucha convicción, pero en la manera como frunció el entrecejo parecía haber más fastidio que interés. Trilce mordió con fuerza el labio inferior y comenzó a jugar con la cucharilla dentro de la taza de café ya vacía. Luego levantó la vista decidida a jugarse el todo por el todo y se encontró con una mirada que estaba leyendo todo lo que ella sentía.

Por supuesto que pagaría tu tiempo..., quiso seguir, pero él la cortó amistosamente.

Aunque no me creas, ando sobrevendido.

La respuesta, a pesar del tono ligero, fue para Trilce demasiado ofensiva.

Sí, ya me advirtieron que estás muy solicitado, dijo, dejando con brusquedad la cucharilla sobre la mesa.

El Lúder rió por lo bajo y vio complacido cómo el rubor incontrolable matizaba el rostro de Trilce. Ella había escogido con detenimiento su vestimenta para la ocasión, y el conjunto que traía -pantalón negro de pana, camisa amarilla y saco negro de lana virgen- era para quien supiera verlo un mapa preciso de su autoestima. Y el Lúder intuía muy bien lo que aquella vestimenta ocultaba.

¿Te parece bien mañana?, le dijo con una franqueza que volvió a desarmarla.

Supongo que no tengo más opción, masculló resignada.

Tengo un compromiso que no puedo cancelar, y al decirlo hizo un gesto en dirección a la pareja de italianos que observaban con insistencia desde la puerta sin atreverse a ningún reclamo.

Entonces te invito a desayunar.

No, a desayunar no, mejor a comer.

Vale, mañana a las...

Dos de la tarde.

Trilce se atrevió por fin a sostenerle la mirada y él le guiñó un ojo y le dijo que tenía que aprender a ser más fluida y después se fue. Mientras lo veía alejarse, Trilce pensó que aquella forma de afirmar los pasos era la de un conquistador del siglo XVI, que en lugar de armadura tenía una membrana egocéntrica a prueba de toda clase de sentimientos.

Visitó el mercado y caminó por el pueblo. En realidad Real de Catorce era mucho más que un pueblo y bastante menos que una ciudad. A Trilce le recordaba a Sobrado, el lugar frío y mágico en el corazón de la Galicia lucense donde había experimentado la primera gran sacudida de su vida. Tenían en común el efecto abrumador de su silencio y la pátina de un renombre secular; pero diferían en la apariencia: en un lado estaba la magia electrizante del desierto y en el otro las riquísimas brañas de pastizales.

Por la tarde durmió el cansancio de la caminata y después escribió y leyó. Hacia las ocho, maquilló la palidez frente al espejo del baño y bajó a cenar. Cinco de las siete mesas estaban ocupadas. Vio que la mayoría eran extranjeros y reconoció a algunos que ya había visto durante el paseo. Escogió la mesa más escondida de las dos libres y pidió una cerveza. Después se puso a pensar si lo que ahora sentía hacia esa gente no representaría en el fondo un peligro, o en todo caso una señal de que algo dentro de ella estaba cambiando drásticamente, pues ¿cómo explicar que lo que antes era rechazo beligerante fuera ahora comprensión y deseo de contactarse? ¡Y cuánto había rechazado en su vida!

Sin embargo, no sólo no buscó relacionarse sino que cuando un italiano se le acercó risueño a su mesa usando el típico pretexto del cigarrillo, ella lo cortó tajante. Comió en silencio dos quesadillas y bebió otra cerveza y comprendió que lo que se había forjado con orgullo y rencor durante años no podía desaparecer en un solo día.

Durmió mal. Despertó a intervalos y los sueños parecían ser una prolongación descontrolada de la experiencia con peyote. Vio cosas buenas que podían ser también malas, como los cientos de manos que empezaban a crecer en el desierto y se abrían y la llamaban, y ella sabía lo que aquella desesperación quería decirle. Se duchó con la primera luz de la mañana y luego desayunó y se le fue el resto de la mañana escribiendo sus sueños. A la una y media bajó y entró en el restaurante muy satisfecha de haber tenido más de una hora para acicalarse. Pidió una cerveza y desde la ventana se puso a observar el trasiego de la calle.

El Lúder entró siete minutos después de la hora convenida, y Trilce no se dio cuenta de su llegada. Estaba con la cabeza pegada contra el vidrio tratando de leer las minúsculas letras de la pancarta que llevaban al frente unos cincuenta gritones. ¡FUERA LA JUDISIAL DE CATORCE!, decían las letras más grandes, y el detalle de la S en vez de la C le pareció una denominación de origen.

Se sorprendió de tenerlo tan cerca de pronto, y en vez de saludarlo nada más le preguntó si lo que decía la pancarta era en serio. El Lúder dijo que bastante serio y se sentó frente a ella. Traía un pantalón muy parecido al de ayer y se cubría con una chamarra de cuero negro bastante usada y alrededor del cuello el mismo paliacate rojo que le había visto el día de la experiencia. El Lúder pidió una cerveza y ella otra. Sólo tres mesas estaban ocupadas y aún se oían los gritos de los manifestantes en la calle. El Lúder juntó sus manos y se quedó viéndola. Por primera vez Trilce reparó en el verde extrañísimo de aquellos ojos y lo único que se le ocurrió es que estaban traspasándola dos rayos de jade.

Quisiera comer otra vez peyote, le dijo para romper el acoso.

Él asintió con un par de movimientos de cabeza y siguió mirándola. La habían visto muchas veces y con distintas intenciones, pero esa mirada era más penetrante y fría que cualquiera de las miradas que recordaba y, antes que seguir sometiéndose a aquel ojeamiento, prefirió descubrir de una vez sus motivos.

Necesito aclarar muchas dudas que me han surgido... No sé cómo decirlo, pero creo que muy dentro de mí se rompió algo, ¿entiendes?

Él volvió a asentir y nada más se hizo ligeramente hacia atrás para hacerle sitio a la cerveza. La mesera vació la mitad de las cervezas en los vasos y luego dejó dos cartas con el menú sobre la mesa.

¿Podrías ayudarme?, y puso en la mirada todo el sentir del corazón.

El Lúder dio un trago a la cerveza y después, con la vista descansada en el burbujeo del líquido, musitó: Tenemos todo el día.

Por lo menos tres días. Necesito que me muestres también los sitios sagrados de los huicholes, y que me digas todo lo que sepas al respecto...

El Lúder parpadeó y la expresión se tornó aún más fría.

Cobro cien dólares diarios.

Los dos volvieron a enfrentar las miradas y supieron que ese camino no llevaba a ningún lado.

De acuerdo. ¿Los quieres por adelantado?

El Lúder dibujó una sonrisa y se puso a buscar en la carta algo que valiera la pena.

¿Te parece bien que empecemos mañana?, insistió Trilce.

Quizás esté totalmente equivocado, pero tengo la impresión de que estás malacostumbrada a conseguir lo que te propones, dijo él sin apartar los ojos de la carta.

¿Y tú no?

No, y lo dijo cerrando la carta de golpe, yo he pasado los últimos veinte años de mi vida aprendiendo a perder.

Vaya, eso suena muy bien.

La mesera vino a pedir las órdenes y él pidió una sopa de verduras y pollo con champiñones; ella aceptó también la sopa y de segundo un filete a la plancha bien hecho. Al retirarse la mesera él fue el primero en hablar:

¿Y cuál es el fin que persigues?

Ya te dije.

No, hasta ahora sólo has hablado de motivos no de fines.

Está bien, digamos que lo último que se me ocurriría sería tirarte los tejos, ¿vale?

No, no vale. ¿A qué te dedicas?

Soy escritora.

O sea, que quieres escribir un libro...

Esta vez fue ella la que sonrió y negó sacudiendo la cabellera.

¿Entonces?

Uno o dos artículos para un periódico. Pero eso es ahora lo que menos me importa.

¿Y cómo puedes asegurar que lo que a ti te importa me importe también a mí?

Trilce volvió a erizarse. Él la miraba con la fijeza de búho y el verde de los ojos no transparentaba emociones ni hacía concesiones. Trilce supo por el estremecimiento que la sacudió que aquella mirada podía seguir así colgada del tiempo sin importarle nada lo que estuviera viendo.

Me gustaría contarte todo lo que me sucedió, le dijo como si aflojara un amarre.

¿Sabes que en Eleusis se penaba con la muerte la revelación de los ritos iniciáticos?

¡Jo, no me vengas ahora con esas chorradas!, y aunque el tono era fuerte el deje era de ruego.

El Lúder sacudió la cabeza y luego tomó el vaso y lo levantó con parsimonia. En medio del líquido dorado pateaba una hormiga. Seguramente los dos se hicieron la misma pregunta: ¿cómo demonios había llegado aquella hormiga allí? El Lúder sacó la hormiga con la cuchara y la puso en el piso, luego la trituró con la punta de la bota y volteó hacia Trilce.

Seguramente no estarás acostumbrada a que le pongan límites a tus deseos.

Y seguramente tú no estarás acostumbrado a que algún bicho se interponga en tu camino.

La verdad no puedo decir que me simpaticen los insectos.

Y claro, aquello que no te simpatiza lo pisoteas y ya, ¿no?

El Lúder volvió a tomar el vaso y le dio un buen trago. Vio venir los platos humeantes con la sopa y observó en silencio. Y así siguieron hasta que la mesera se retiró y los sorbidos que se arrastraban en medio del silencio hicieron que Trilce soltara una risotada. Él también sonrió, aunque en sus ojos se notaba que se había acentuado el distanciamiento.

Discúlpame, dijo Trilce enserieciéndose de golpe; de verdad que no tenía la menor intención de parecer más arrogante de lo que soy.

Él sólo detuvo la cuchara en la mano el tiempo que duró en decir: No hay problema, y siguió comiendo.

Bien, voy a tratar de volver al principio: te pido de corazón que me ayudes a entender todo este cacao en el que estoy inmersa.

Él la miró un instante y asintió con la cabeza. Trilce continuó: Por eso es que creo conveniente contarte todo lo que me sucedió..., aunque imagino que buena parte ya la conoces.

El Lúder volvió a asentir. Luego dio un par de cucharadas más y apartó el plato.

De acuerdo, empieza, dijo juntando las manos sobre la mesa y mirándola con aquel verdor fascinante.

Y Trilce le refirió todo lo que había visto y sentido durante su iniciación. Sólo se interrumpió ante la presencia de la mesera, y cuando por fin dejó de hablar, él hacía rato que había terminado su pollo y ella ni siquiera había probado su filete. Mientras veía cómo el Lúder le sonreía, volvió a poseerla la certeza de que la luz que irradiaban aquellos ojos venía de muy adentro, y pensó que era demasiada hondura tal vez para poder encontrarle enraizamiento. Ni una sola vez había intentado interrumpirla, y eso era en sí mismo suficiente motivo para estarle agradecida.

Me temo que más que a mí, lo que realmente necesitas es un siquiatra, dijo él de pronto. Sostenía la barbilla con las manos entrelazadas y los codos sobre la mesa, y en el modo como lo dijo no había la menor suficiencia.

Por supuesto que hay cosas que me parecen más claras...,empezó a decir ella.

¿Cómo cuáles?

El rechazo a mi madre, por ejemplo.

¿A tu madre o de tu madre?

¿Qué quieres decir?

Mejor dejémoslo ahí, no me gusta inmiscuirme en otras vidas.

Trilce frunció el ceño y luego buscó a la mesera y le hizo señas levantando el vaso. Después volvió a él:

Te juro que estoy dispuesta a oír todo lo que tengas que decirme.

Hay alguien más que podría decírtelo y mucho mejor que yo.

¿Quién? ¿Mi madre?

¿Vive todavía?

Sí.

Y entonces él le empezó a decir que lo más seguro era que la parte opresiva de la experiencia tuviera que ver con un fuerte rechazo de su madre durante la gestación. Pero ella no lo dejó continuar:

¿Quieres decir que mi madre no me deseaba?

Mejor pregúntaselo a ella.

Y la duda comenzó a removerle los recuerdos. Por supuesto que hubo momentos en que la incomprensión las había separado; sin embargo las muestras de cariño por parte de la madre, las incontables veces que le había dicho que ella era su única razón para seguir viva, chocaban brutalmente contra esta revelación de ser una hija no deseada. En silencio recibió la otra cerveza y oyó cómo el Lúder le pedía a la mesera que recalentara por favor el filete que no había tocado, y en silencio siguió oyendo las explicaciones del Lúder sobre la relación que había entre el cuerpo de luz, las visiones místicas y los universales de Platón. Por un momento le pareció que tratar de explicar a través de palabras aquella atracción sublime que ella había sentido era una condena gratuita. Luego regresó al marasmo de la duda y cuando emergió dio un buen trago a la cerveza y ya no tuvo el menor reparo en hacer obvia su obsesión:

¿Crees que eso es de veras importante?

Es tu vida, no la mía.

Lo que quiero decir es si crees que eso pueda llegar a influenciar un carácter, no sé...

Nunca te ha interesado el sicoanálisis, ¿verdad?

Trilce negó.

¿Qué tipo de género escribes?

Novela, y al decirlo intuyó al instante por dónde iría el acoso, así que se adelantó: Dicen los críticos que tengo bastante habilidad para el manejo sicológico de los personajes.

Ya, socarroneó él; hoy día parece un requisito mediático ignorar para crear.

Vamos, que sí he leído algo de Freud, Lacan...

Sí, tal vez en algún suplemento o en alguna revista.

Bueno, si vamos a eso te diré que los más grandes personajes sicológicos de la literatura son anteriores a la mierda del sicoanálisis, ¿o no?

¿Entonces para qué carajo te preocupas?

Con permiso, dijo la mesera poniendo frente a Trilce el plato con el filete, que por el recalentado se veía más apetitoso. Él pidió un café y después la enfrentó:

Francamente a mí no me interesa la literatura hecha de espaldas a la vida.

Son dos cosas distintas.

Sí, y todavía lo seguirán siendo. Sin embargo hubo un tiempo en que fueron la misma cosa, y te puedo asegurar de que más pronto de lo que crees volverán a ser la misma cosa.

La duda es infinita, dijo Trilce maquinalmente, aunque en el fondo empezaba a disgustarle la evidencia: ¿por qué era implacable con los sentimientos de sus personajes y no podía serlo consigo misma?

El Lúder se levantó y fue al baño. Cuando regresó, Trilce estaba recogiendo el cambio que le daba la mesera. Ninguno de los dos habló. Trilce dejó unas monedas sobre la mesa y le preguntó si le parecía bien mañana a la hora del desayuno. Él asintió y los dos se quedaron viendo un buen rato, y entonces Trilce se le acercó con su mejor sonrisa y estiró el cuello para dade un beso en la mejilla. Él cerró un instante los ojos buscándole filiación a aquel perfume, y luego dijo que la gardenia no tenía espinas. Trilce nada más rió.



Las bienvenidas eran desbordes de alegría, pero pocas cosas odiaba tanto como las despedidas. Nunca se había puesto a pensar la razón, ni tampoco ahora tenía la menor intención de hacerlo. En cuanto tomaba una decisión, el cambio de ánimo era instantáneo y jamás hacía nada por ocultar de inmediato el desinterés hacia todo lo presente: aceptar una idea era ya una

orden irrevocable. Y esa tarde, en el silencio que había abierto el Lúder al ir al baño, la posibilidad de que su madre hubiera podido considerarla culpable del abandono del padre era ya una estampida de sospechas.

Calculó con rapidez la hora e imaginó que estaría durmiendo. Dejó el bolso sobre la cama y pidió la llamada. La voz que respondió del otro lado tardó en reaccionar, se notaba cascada y temerosa, y Trilce tuvo la sensación de que hablaba con un ser condenado sin remedio. Después de dar salida a las preguntas de rutina, se quejó de la gripe que la tenía tirada en cama y de que también estaba mala Paquita, que era la única persona que de veras se preocupaba por ella; de la cantidad de viejecitos que se estaban muriendo por la epidemia igual de solos y abandonados que ella, y que volviera pronto si es que aún quería verla con vida... Cuando Trilce la cortó con un ¡Ya deja de lamentarte, por favor!, del otro lado sólo se oyeron unos moqueos. Y entonces Trilce le hizo la pregunta a bocajarro: Mamá, necesito que me digas la verdad sobre mi gestación. La madre dejó de sollozar y Trilce siguió: Es importantísimo para mí saber todo lo que tú sentías cuando me llevabas adentro, ¿entiendes? La madre continuó en silencio, desde la primera pregunta la cabeza se le había llenado con las imágenes de los sentones que se daba contra el piso durante el embarazo y de la cantidad de veces que subía y bajaba a la carrera las escaleras y de los tés infernales que tomaba y de los vómitos continuos que la habían llevado al borde de la anemia... Sé que va a ser duro para ti revivir ese momento tan difícil de tu vida, prosiguió Trilce, pero no tienes idea de lo mucho que en este momento significa para mí el que me hayas rechazado o deseado durante el embarazo, ¿me oyes bien, mamá? Y del otro lado se oyó un respingar de agonía acuosa. ¿Fui yo la causa de que él se fuera, mamá? Dime, ¿te dejó por el embarazo, verdad? No es cierto, yo jamás te he mentido, Trilciña, protestó la madre con fuerza. Y luego volvió a sollozar: Se fue con otra mujer, una mujer de la vida... Eso no contesta la pregunta principal: ¿deseaste o no tu embarazo, mamá? Y de nuevo Trilce oyó un hipar de derrota al fondo de unos pitidos erráticos. De pronto parecía haber entrado en un sueño que

alguien más estaba soñando, y todo lo que la rodeaba era oscuro y cavernoso y lo que sentía era más frío que cualquier frialdad que hasta ahora había experimentado. ¿Se fue cuando se enteró del embarazo, verdad? Los sollozos empezaron a llegar como un río. ¡Mierda, y yo que jamás te oculté nada en la vida!, escupió con rabia Trilce. Y yo a ti tampoco, filliña. ¡Mentira vulgar y cochina! Reiniña, te juro por Dios que eso fue antes de que tú nacieras, no puedes imaginarte el infierno que tuve que vivir...

Esa noche alguien enloqueció en una habitación aledaña y los gritos y las risas se juntaron con los recuerdos de la infancia y ya no pudo encontrar acomodo en ninguna parte de la cama. Se levantó un par de veces para ir al baño a verse la cara en el espejo y lo que veía era soledad y rechazo, y mientras siguieron los gritos pensó que tal vez lo único que podría arrancarle aquella máscara sería una botella de tequila. Al final, la cabeza igual de aterida que el cuerpo, se hizo un ovillo en el centro de la cama, como cuando era niña, y juró que ella jamás terminaría viviendo en el puro rechazo.

El Lúder le habló por teléfono a la habitación y ella vio la hora y se disculpó y dijo que enseguida bajaba. Un cuarto de hora más tarde la mujer que se acercó a la mesa no era ni la sombra de la que el Lúder conocía. Traía puesta la misma ropa que había usado en la experiencia y en el crispamiento de las comisuras de la boca y en las ojeras era fácil interpretar todo el cuadro.

Espero que no haya sido el trago, dijo el Lúder visiblemente desconcertado con la imagen.

Ella dijo que no con la cabeza y apartó una silla para sentarse. Frente al Lúder había una taza de café y al lado un plato y un vaso vacíos y con manchas de salsa y de jugo. Él le preguntó si quería algo y ella dijo que sólo café. Él pidió el café y después entrelazó los dedos y apoyó los codos sobre la mesa en aquella actitud expectante que Trilce ya le conocía. Y entonces ella dijo que ese día no podía ser, que de todas maneras le iba a pagar pero que se sentía muy mal y que así como estaba sería terrible. Él dijo que no había problema, que no le debía nada, y luego calló y dejó que la mesera se acercara con el café. Al alejarse la mesera, llegó apresurado el tipo de recepción y le dijo a Trilce

que le hablaban por teléfono. Preguntó, y al oír el nombre de Celeste dijo que le dijera que había salido desde temprano a caminar por la montaña. El recepcionista dudó un instante y ante el silencio encogió los hombros y se alejó.

Sé que te estás imaginando demasiadas cosas que no son ciertas, dijo Trilce tras el silencio.

El Lúder no habló ni contrajo un solo músculo de la cara.

Anoche hablé por teléfono con mi madre y confirmé lo del rechazo.

Él asintió sutilmente con la cabeza.

Me porté como una idiota y le dije cosas que nunca me imaginé que pudiera decirle. Y ahora me siento mucho peor que antes, todo me parece una mierda y sólo tengo ganas de morirme. ¡Virgen Santa!

En México casi la mitad de los embarazos no son deseados, dijo el Lúder con forzada calma.

Maldita sea, no entiendo por qué esa mierda tiene que afectarme tanto...

Suele suceder cuando acomodamos engañosamente las cosas según nos conviene.

¿Qué quieres decir con eso?, respingó agresiva.

El Lúder ya no tenía la menor duda sobre la clase de bicho urbano con el que estaba lidiando. De seguir por ese derrotero la ruptura sería inevitable.

¿Por qué no intentas escribir todo lo que sientes?, le reviró al cabo.

Trilce hizo una mueca que descompuso aún más su máscara de fastidio y masculló que desde hacía meses su vena creativa se había quedado sin sangre. El Lúder vio claro entonces que o cortaba por lo sano o tendría que soportar todo el vómito autoconmiserativo de que era capaz ese tipo de personajes. Sin más preámbulos le soltó que él respetaba la vida íntima de sus clientes y que su función exclusiva era la de ser guía. Ella empezó a alegar que lo que pagaba era más que suficiente para..., pero él la interrumpió con un brusco movimiento de la palma de la mano al frente y dejó en claro que si él era el guía, él mandaba. Ella tragó saliva y después dio el último trago al poso de café ya frío. Al ver

que la situación le era por fin favorable, el Lúder fue al límite y le advirtió que si volvía a traer a cuento lo del dinero, la mandaba de una vez al carajo. Trilce no dijo nada ni se atrevió a mirarlo.

Le señaló que la ropa que se había puesto para autocastigarse servía muy bien para donde iban a ir, y que nada más trajera el saco de dormir y sus cosas de aseo personal.

Trilce bajó media hora más tarde. Ahora, al verla con labios y ojos pintados, él esbozó una sonrisa y después salió a la calle. Frente al hotelito estaba estacionada una camioneta viejísima y un tipo con sombrero y botas puntiagudas y sonrisa bigotuda norteña sostenía abierta la puerta más cercana y sólo parecía esperar que la gabacha que venía a recoger no estuviera tan loca como la última. Trilce abrió la boca y los ojos ante lo que veía, y el tipo se acercó satisfecho a quitarle el bulto que traía en la mano. El Lúder le indicó a Trilce que subiera y después subió él. El tipo dejó el bulto en el asiento trasero y se acomodó al volante. Volteó hacia Trilce, le tendió la mano y dijo que se llamaba Pedro.

Salieron por el túnel y empezaron a bajar hacia el valle. Trilce estaba a punto de romper el autocontrol que se había impuesto a partir de la regañada del Lúder. Lo que menos había imaginado era que tuvieran que regresar por el camino de terracería y tomar de nuevo la carretera asfaltada. Eso y la petición del chofer de que mejor se pusiera la palanca de cambios en medio de las piernas empezaron a ennegrecerle los auspicios. Se negó con un rotundo movimiento de cabeza y se pegó más al Lúder. El chofer extrajo de la guantera un casete y lo introdujo en el aparato. Cuando el estruendo empezó a llegar le preguntó a Trilce si le gustaba la onda grupera. Trilce frunció el gesto y el Lúder dijo que le bajara el volumen. Después de un buen trecho de carretera entraron en un pueblo bastante grande y la última esperanza de aventura se le vino abajo a Trilce y ya no le importaron nada las promesas ni el autocontrol. Dijo: ¿A dónde mierda vamos? Y el Lúder masculló que viera todo lo que quisiera en silencio, que después ya hablarían.

Hora y media más tarde, nunca a más de ochenta kilómetros por hora, llegaron a un letrero que decía Estación Wadley 1.000 habitantes, y cruzaron la vía de un tren y entraron en un pue-

blucho inmundo. Bajo la violencia de aquel sol las cosas parecían detenidas para siempre. Envoltorios y envases se esparcían entre la polvareda, y la imagen total la completaban los nopales espinudos y llenos de papeles crucificados que formaban las bardas de algunas casuchas. En la única calle pavimentada se detuvieron frente a un tendajón y el chofer bajó a comprar un refresco. Le preguntó a Trilce si quería y ella dijo que no. Al seguirlo con la vista, Trilce descubrió adentro una pareja de extranjeros. Desde los límites del pueblo llegaban unos monótonos retumbes de tambores. El chofer terminó el refresco y arrancó. Al salir del pavimento en la última esquina, Trilce vio ante sí la inmensidad del desierto.

La camioneta disminuyó la velocidad y el chofer cambió la tracción en medio de unos claquidos que a Trilce le sonaron a rupturas sentenciosas. El Lúder sintió la aprensión de Trilce y le dijo que esas viejas Willys tenían unos motores casi eternos. Pero a medida que se iban adentrando en la brecha, aquel "casi" crecía hasta convertirse en un opresivo suspenso. Para mayor condena de Trilce, la brecha se cruzaba con otras brechas y la camioneta doblaba o seguía por donde el dedo del Lúder señalaba en el vidrio.

Por todos lados se veía una prodigiosa proliferación de arbustos y cactáceas, y aquellas imágenes dejaban en lo más profundo de su ser una sensación de exuberancia primordial, como si aquel mundo fuera la contraparte de la visión desoladora del México ranchero. Trilce dijo que aquello era fascinante, y el Lúder añadió que fascinante y terrible a la vez, como todo lo sagrado.

Vieron conejos y correcaminos y cruzaron arroyuelos secos con muchos guijarros negruzcos. Cuanto más avanzaban más atrás quedaban las deformaciones del espejear de la conciencia. Trilce empezó a sentir aquella libertad como el vuelo de un águila que abarcaba todo y lo entendía sin siquiera tener que pensarlo. De pronto, en pleno desapego, oyó unos pitidos desde el centro mismo de su ser y todo el cuerpo se le estremeció y de nuevo tomó conciencia del presente. El Lúder y el chofer hablaban de la manifestación contra los judiciales, y en el momento en que el chofer estaba diciendo que la semana pasada se habían lleva-

do detenidos a dos alemanes por encontrarlos con peyote, vieron a tres neohippies, más sucios aún si cabe que sus ancestros. Trilce preguntó si no podían llegar a perderse mientras veía cómo los tres jóvenes -por lo menos diez años más jóvenes que ella- seguían caminando sobre el borde de aquel abismo que al menor desliz podía engullirlos. El Lúder dijo que casi nadie de esa generación podía perderse. Trilce insistió en el porqué, y él respondió que porque la mayoría ya estaba irremediablemente perdida desde su infancia. ¿Y quién no?, replicó ella retadora. El chofer volteó a verla y por primera vez en su expresión ya no había ningún recelo.

La camioneta tuvo que batallar más cuando la brecha se hizo más angosta y accidentada. Las sacudidas obligaron a Trilce a sujetarse con ambas manos en el tablero, y en una ocasión, al entrar una rueda en un hoyo, Trilce perdió el agarre y su mano derecha se fue hacia el muslo del Lúder. Se zafó de inmediato como si hubiera tocado fuego y el efecto se le subió a la cara. En medio del azoro creyó ver por el rabillo del ojo un esbozo de sonrisa en el rostro del Lúder. El chofer aminoró la velocidad ante un nuevo cruce y preguntó si iban derecho a Las Ánimas. El Lúder negó y señaló la desviación que era apenas un sendero entre los matorrales y por allí se fue la camioneta clinclaneando y rugiendo con una entereza inverosímil. Como trescientos metros después el chofer detuvo el vehículo en medio de un paisaje más verde y feraz. El Lúder abrió la puerta y bajó. Después le dio la mano a Trilce para que bajara y extrajo de la parte trasera las dos mochilas. Tras breve diálogo del Lúder con el chofer, la camioneta arrancó y Trilce se quedó viendo las orgullosas cabriolas de aquel engendro que parecía ideal para hacer un *road movie* a la mexicana. El Lúder la sacó del embeleso iniciando la marcha y ella fue detrás cargando su mochila. Él llevaba la suya a la espalda y esa imagen daba pie a que Trilce conjeturase sobre su contenido.

Entraron en una amplia terraza donde era fácil distinguir un cierto orden en la distribución de las cactáceas; algunas eran enormes y panzonas como erizos y otras eran verdaderos candelabros espinudos, y todas tenían a su alrededor pequeños círcu-

los de piedras caleadas y perfectamente dispuestas. A Trilce aquella preocupación por romper el orden del desierto le recordó los juegos absurdos de algunos niños solitarios.

Al fondo de la explanada estaba la cabaña. Trilce pensó que era la mínima expresión de lo que podía considerarse una cabaña. No obstante, al entrar en el recinto blanqueado la sensación de bienestar comenzó a ensanchársele en el pecho y supo que aquél podía ser el mejor refugio para olvidarse del tiempo. Además de la puerta tenía una pequeña ventana y adentro había una hamaca tendida de extremo a extremo, un petate grande que ocupaba todo el centro y una colchoneta enredada y acomodada en una esquina; al lado de la puerta había también un canasto de madera con algunos trastos, y esto fue lo primero que el Lúder llevó hacia fuera.

La imagen de la hamaca era demasiado tentadora. Trilce dejó su mochila sobre el petate y se tendió mirando al techo. Bajo la cal era visible la rugosa textura de arbustos secos mezclados con barro, y las cinco vigas que sostenían toda aquella mezcla eran troncos nudosos que la hicieron pensar en otras cabañas que se habían fundido ya para siempre con la imagen de Oaxaca. Luego se quedó dormida y soñó que un anciano le daba dos hermosas cabezas de peyote; una tenía en su centro una flor amarilla y la otra era blanca, y las partes inferiores eran como un cono extremadamente largo y con sólo tres raíces como tentáculos que quemaban al menor contacto. Las llevaba sujetas por las coronas como si fueran dos cálices, y así se vio entrando en medio de una multitud que la aclamaba. De pronto las flores se marchitaron y las dos cabezas gritaron y Trilce abrió las manos y se quedó viendo cómo las dos cabezas comenzaban a girar sobre sí mismas y salían volando y la multitud se arrodillaba en medio de una exclamación de culpa.

La despertó el aire frío que anunciaba la puesta del sol. Enseguida le llegó el aroma de un puro y pensó que el Lúder no era de ese tipo de fumadores. Salió y lo primero que vio fue al Lúder sentado en una piedra observando cómo el sol terminaba de perderse sobre el horizonte de cactos. Tenía en la boca un puro, y al acercarse Trilce lo sacó para preguntarle qué tal la siesta. Trilce

dijo que muy bien, aunque había tenido un sueño un poco inquietante. Él adujo que en el fondo todos los sueños eran inquietantes si es que se les veía desde una perspectiva cotidiana, y volvió a meterse el puro en la boca. Entonces Trilce le dijo si quería oírlo y él asintió. Cuando Trilce terminó, él comentó que en efecto ésas eran las flores que brotaban en el corazón del hikuri, y que de alguna manera el sueño reflejaba lo que estaba sucediendo en la zona. Trilce preguntó qué era lo que sucedía, y él dijo que todo se podía resumir en una sola palabra: profanación. ¿Y por qué no me cuentas todo?, inquirió ella. El Lúder siguió en silencio y volteó a ver el último fulgor de los cactos incendiados. Trilce comentó que era como vislumbrar el infinito, y enseguida insistió en que le contara.

El Lúder hizo una síntesis descarnada y Trilce se quedó con la pura negatividad de la sensación que aquellas imágenes le transmitían: neohippies desorientados que eran presa fácil de los judiciales que los robaban, dueños de ranchos que les negaban a los huicholes el acceso a rutas que durante cientos de años habían recorrido en sus peregrinaciones, jóvenes huicholes y algunos viejos alcoholizados que, al amparo del decreto oficial que les concede el permiso para usar ceremonialmente el peyote, se dedicaban a recolectar canastas enteras para vendérselas a los gringos que las llevaban para hacer rituales del otro lado..., y por si todo esto no fuera suficientemente sombrío estaba también la disputa de tierras entre los ejidos circundantes, con la consiguiente amenaza de parcelar para el cultivo el desierto sagrado, además de los reclamos y presiones de los mineros y el reciente descubrimiento de petróleo y gas natural por parte de Pemex... Cuanto más oía, más se convencía de que la visión que había tenido en la montaña no era gratuita, y el solo pensamiento de que había sido señalada para cumplir un mandato le producía una satisfacción inmensa y al mismo tiempo la angustiaba. Se quejó de que cómo era posible que nadie hiciera nada al respecto. El Lúder dijo que había algunos grupos haciendo su lucha, pero que la cuantía de los intereses pesaba mucho más que cualquier vida. Después, con la primera oscuridad, él se acercó a la ceniza que estaba al centro, prendió unas ramas secas y le aco-

modó dos gruesos leños que extrajo de montón que estaba a un lado de la piedra donde se había sentado. Aunque Trilce vio que eran cuatro piedras grandes las que servían de asientos, ni se le ocurrió pensar que cada una señalase un punto cardinal y que ella estuviera justamente ocupando el Este.

Él le preguntó si quería comer algo y ella se quedó viéndolo como si acabara de oír una herejía. ¿No voy a comer peyote?, le reviró, mientras veía cómo arrojaba el resto del puro entre las llamas. No, hoy no, dijo él incorporándose. Luego caminó hacia la cabaña y al rato regresó con la chamarra de cuero puesta y con una botella de agua y una torta. Le dijo que era de pierna asada y Trilce la tomó y la comenzó a mordisquear. Él le quitó el tapón a la botella y se la pasó; después se volvió a sentar en la misma piedra.

Durante el tiempo que estuvo comiendo, Trilce se dejó poseer por el embrujo de las llamas. Fija en los lengüeteos del fuego se imaginaba situaciones que sólo pudieran suceder en una novela -su novela-, situaciones límite que aparecieran a los ojos del lector como marcas casi indistinguibles entre lo verosímil y lo inverosímil. Sin embargo, en cuanto trataba de convertir las imágenes en palabras se encontraba siempre con la misma impotencia. El Lúder también observaba el fuego, aunque en su mirada no había el menor indicio de preocupación. Para Trilce era cada vez más claro que el Lúder ejemplificaba uno de esos casos de autosuficiencia hipercrítica que se va hundiendo más y más en el silencio.

¿Tú crees en el azar?, preguntó Trilce sin apartar la vista de las llamas.

El azar es la providencia de los imbéciles, respondió el Lúder sin exteriorizar el menor sentimiento.

¿Es tu opinión?

No, es de León Bloy, pero es como si lo fuera.

Bien, pues yo soy una imbécil que cree que las cosas suceden por algo.

El Lúder no dijo nada y Trilce tampoco quiso seguir por ese rumbo. Un chotacabras chifló muy cerca y fue para Trilce como un llamado para entrar en los misterios de la noche. Todo un mundo de amenazas parecía estar allí para enloquecer a los

intrusos, y ella en el fondo no era más que eso: una intrusa que se creía elegida por una fuerza superior y que, para colmo de los pesares, había escogido a este tipo huraño y egoísta para manifestarse. Y de pronto tuvo un presentimiento electrizante: ¿Y si la violaba y la dejaba allí tirada en medio del desierto? Volteó a verlo y se alegró de que en el chispear de jade de los ojos del Lúder sólo hubiera distanciamiento. Y entonces ella volvió a hablar:

¿Puedo hacerte una pregunta intencionada?

¿Bien intencionada o mal intencionada?

¿Te gusta ser guía?

La mayoría de las veces trato de no ser guía de cualquiera.

¿Y conmigo qué?, y buscó sus ojos desafiante.

Él le aguantó la mirada y esbozó una sonrisa. Luego dijo: Contigo prefiero no pensar en lo que me espera.

La respuesta fue demasiado directa y Trilce decidió que en casos tan arrogantes como ése, lo mejor era pasar de la defensiva al acoso.

Me dijeron muchas cosas sobre ti, y ahora veo que no concuerdan. . .

Sé en qué piensas y sé también que eres lo suficientemente lista para entender que mi función como guía no va más allá de ser un espejo.

¡Jo, qué mierda con eso de querer llevar siempre las de ganar!

Si la imagen real cambia, el reflejo en el espejo también cambia.

Ya, conozco de sobra esa historia.

¿Y has hecho algo para cambiarla?

De uno de los leños comenzó a sopletear una llama azul, y para Trilce el chisporroteo fue como una revelación ritual hecha en un idioma indescifrable. Reconocía que el Lúder tenía razón, que desde niña se había encerrado a cal y canto en su soledad; pero sabía también que lo había hecho porque abrirse era perderse y pocas cosas la desquiciaban tanto como perder.

Tengo la impresión de que a ninguno de los dos nos gusta perder, dijo al cabo.

A mí francamente no me gusta, adujo él, aunque tengo que admitir que soy un perdedor irremediable.

¡Vamos, a otra con ese cuento! Estoy segura de que jamás das un paso sin prever antes todas las posibilidades, ¿qué no ves que siempre quieres tener la última palabra?

De acuerdo. ¿Por qué mejor no me cuentas algo de esa infancia tan amorosa que has tenido?

Oye, quedamos en que eres guía, no siquiatra.

Él no replicó y ella quedó masticando pesares: ¿Por qué mierda tenía que ser tan agresiva? Había llegado hasta allí dispuesta a todo, y ahora que estaba bajo el infinito cielo estrellado, su corazón se endurecía de soberbia y le hacía expresar lo contrario de lo que en el fondo deseaba. Vio de reojo que el Lúder seguía inexpresivo ante las llamas y pensó que para él era mucho más fácil aceptar la derrota. En su desasosiego el chirriar de los insectos era como una amplificación del chirriar de su conciencia.

Mierda, siempre termino en lo mismo, dijo esbozando una disculpa.

¿Cómo sientes tu lugar?, preguntó él.

Mal, muy mal.

El Lúder se levantó y le dijo que lo acompañara. Ella dio unos pasos tras él y luego se quedó quieta tratando de encontrarle seguridad a su pisada. Él la tomó de la mano y la condujo en medio de la oscuridad hacia el límite de la terraza. El resplandor de la fogata era apenas un vaho rojizo en la distancia, y al acostumbrar su vista a la oscuridad, Trilce notó que entraban en un círculo de piedras. Quiso decirle ¿Te gustan mucho los círculos, verdad?, pero su propia conciencia censuró el intento. El Lúder la llevó a un extremo del círculo y le dijo que se acostara con la cabeza hacia el centro. Trilce dudó y él sin decir palabra se abrió en el círculo y se tendió en el sur. Trilce hizo lo mismo formando con él un ángulo de noventa grados y las dos cabezas se juntaron. El Lúder le tomó la mano y la apretó con fuerza. Cuando le dijo que mirase hacia el cielo y vaciara todos sus pensamientos, ella ya lo estaba haciendo. Él le preguntó si ahora estaba a gusto, y ella respondió que se sentía increíblemente mejor. Entonces él comentó que toda aquella grandeza de allí afuera tenía su contraparte mínima en el hombre y que ante ese latir cósmico el hombre se minimizaba hasta verse como lo que real-

mente era: una mierdita presuntuosa y arrogante que se creía única y que en realidad era una copia deformada y perfectamente prescindible de un original que sólo unos pocos privilegiados alcanzaban a vislumbrar alguna vez en su vida. Trilce pensó en su visión de la montaña y siguió en silencio. El Lúder continuó diciéndole que ahora estaba en el Oeste, su dirección natural, y que antes había estado sentada en el Este, su dirección necia, y que no era necesario que malgastara su razón con esas cosas, porque de todas maneras ejercían su influencia, igual que toda la fuerza cósmica que ahora los envolvía. Luego le dijo que cerrara los ojos y prendiera la respiración de la suya, como lo había hecho en la montaña. Y los dos respirares se fueron acompasando en la misma armonía que Trilce acababa de admirar en la caprichosa geometría de las constelaciones que llenaban el fondo estrellado.

No estaba dormida, aunque la sensación era la de un sueño agradable donde las imágenes que pasaban por su mente sólo dejaban estelas fugaces que no decían nada. Tanta dicha y tanta seguridad en medio de aquel silencio extraordinario le hacían desear que el ahora dejara de transcurrir, y ese deseo era como el latir de un corazón en el centro mismo del universo... Las breves presiones de la mano del Lúder sobre la suya la hicieron regresar finalmente al círculo donde estaba tendida. Abrió los ojos y dijo que jamás se había imaginado que en el vacío total pudiese existir tanta dicha. El Lúder comentó que esa dicha era apenas la de la renuncia, y que la verdadera dicha era la de la unión total con el espíritu. Trilce guardó silencio tratando de imaginar lo que aquello significaba para una vida como la suya, acostumbrada a la ruptura y a la negación, pero el Lúder la regresó con una frase lapidaria: No debes tomar esto tan en serio; estas cosas no son para ti, ni para mí, ni para millones de pendejos orgullosos e hiperracionales como nosotros. Luego hizo ademán de levantarse aduciendo la crudeza del frío, que por momentos se intensificaba, y Trilce le pidió que por favor siguieran allí un rato más, que así como estaba quisiera quedarse toda la vida. El Lúder rió por lo bajo y Trilce decidió entonces sincerarse:

La verdad es que me siento increíblemente a gusto aquí contigo, y te juro que no tiene nada que ver con lo sexual, ¿entiendes?

Te creo, susurró él.

Sé que te parecerá extraño todo esto, y más siendo un hombre con posibilidad de elegir entre tantas mujeres, pero no es tu cuerpo lo que me atrae sino tu espíritu, o como quieras llamarle al ser luminoso que yo vi en la montaña...

Creo que estás tomando decisiones demasiado aprisa, y el tono era ahora más serio.

Sí, es probable. Aunque tal vez tendrías que conocerme un poco más para comprender lo que para mí ha significado aquella unión de nuestros espíritus en la montaña.

Sigues complicándolo todo innecesariamente.

No, te puedo asegurar que si no sintiera lo que siento por ti, bueno, por tu espíritu, no estaría aquí diciéndote todo esto... Como el Lúder no dijo palabra, ella decidió mostrarse toda sin pensar siquiera en las consecuencias: A mí no me gustan los hombres, ¿sabes?

A mí tampoco, y al decirlo lo venció la risa.

No te rías, por favor, te estoy hablando muy en serio. Lo que quiero decir es que soy..., bueno, sí, soy lesbiana, ¿entiendes?

Ahora sí que me mandaste a la lona, y al instante separó su mano y se sentó para verla. Tantos años de caminar en la noche y acechar sombras le permitieron distinguir en los ojos de Trilce un brillar acuoso.

¡Virgen Santa, cómo puedo creer que amo a alguien que no deseo!, exclamó ella sin importarle ya que las lágrimas corrieran por sus mejillas.

El Lúder se acercó y tomó dulcemente el rostro de Trilce entre sus manos.

¿Has amado en serio alguna vez?, le preguntó.

Ella sacudió la cabeza.

¿Entonces cómo puedes decir así de buenas a primeras lo que dices si ni siquiera me conoces?

No entiendes, replicó zafando la cabeza de las manos del Lúder; no entiendes ni quieres entender... Luego se levantó y empezó a caminar en la oscuridad.

Claro que entiendo, dijo él, y no me gusta lo que entiendo. Estaba de pie mirando aquel cielo palpitante que era como una grandiosa concesión antes del sacrificio.

¿Qué dices?

Él volteó hacia la sombra que se había quedado fija y expresó con voz clara:

¿Has leído a san Juan de la Cruz?

Ella tardó lo necesario para que la negación no sonara displicente y luego masculló:

Ni a san Juan ni a santa Teresa ni a ningún místico.

Y él citó: "Aunque es verdad que la gloria consiste en el entendimiento, el fin del alma es amar."

Luego se adelantó y tomó la mano de Trilce y la condujo en medio de la oscuridad de regreso a la cabaña. La dejó en la puerta y después prendió una veladora. Le dijo que entrara, pero ella seguía con la mirada abierta al infinito y pensando que pasara lo que pasara jamás se arrepentiría de haber regresado. Aquella dicha que ahora sentía ante la inmensidad estrellada era como el soplo primigenio que había experimentado en Tilmango y en la costa oaxaqueña ante la arribazón de miles de tortugas, el mismo pasmo y el mismo empequeñecimiento que miles de años atrás también habían experimentado otros espíritus mucho más fuertes que el de ella; algo tan elemental que ya no se podía vivir hoy en día en la vieja e hipercivilizada Europa. Cuando el frío la hizo entrar en la cabaña vio a la luz de la veladora el bulto del Lúder sobre la colchoneta y el saco de dormir tendido en la hamaca. Se enjuagó la boca con un trago de agua y salió a orinar. Al volver nada más se quitó los zapatones y la chamarra, apagó la veladora y se metió en el saco de dormir.



La despertó el calor que le producía el suéter de algodón, y al quitárselo descubrió que afuera la luz era demasiado agresiva y que al lado de la hamaca ya no estaba ni el Lúder ni la colchoneta. Aunque podía haber seguido durmiendo un par de horas más, la sensación que la invadió fue como un llamado inapela-

ble a levantarse. Comprobó alarmada que la colchoneta estaba enrollada en una esquina y salió sólo para confirmar que allí no había nadie. Caminó apresurada entre los cactos y llegó al círculo de piedras donde habían estado anoche. El sol calentaba ya la superficie silicosa del desierto y el entorno semejaba un escenario fílmico donde de un momento a otro aterrizaría alguna fuerza extraña. Al precipitar el regreso se golpeó en la pierna derecha contra una especie de chorizos espinudos. Las punzadas eran agujas de fuego, y entre maldiciones se sentó en un claro y levantó el pantalón. De pronto tuvo un presentimiento extrañísimo y al alargar la vista vio al Lúder recostado con la cabeza contra su mochila en el lado sombreado de la cabaña. Tenía en las manos un cuchillo y con él rebanaba pequeños trozos de una manzana y se los llevaba con parsimonia a la boca. Ella se acercó a saltos sosteniendo con una mano la pierna del pantalón subida hasta la rodilla. Sabía que la imagen era cómica y fingió aún más dolor del que sentía para que la expresión tuviera el impacto deseado. El Lúder se incorporó y le obsequió la sonrisa que ella esperaba. Luego acomodó a Trilce con la espalda contra la mochila y le extrajo las tres espinas con la punta del cuchillo. Trilce se mordió el labio y apretó con ambas manos la pierna herida. Después él le dio una palmadita en la pantorrilla y le bajó la pierna del pantalón. Se incorporó y recogió la bolsa de plástico que estaba junto a la pared y le ofreció a Trilce un plátano y un par de manzanas. Trilce primero cogió el plátano y no dijo palabra, pero después, al recibir las dos manzanas, completó una imagen que la hizo reír.

¡Vaya desayuno!, exclamó en tono pícaro.

Sí, muy freudiano.

Quiero decir que tengo mucha hambre, añadió más seria.

Bastará con que te comas las frutas, no lo que representan en tu subconsciente.

Y sin más palabras él le dijo que ésa sería la comida para el resto del día.

¿Qué quieres decir con eso?, respingó ella.

Que te alistes, pues en quince minutos nos espera un buen paseo, y se encaminó al interior de la cabaña.

Ella todavía dijo: ¿A dónde?, pero no obtuvo respuesta y comenzó a pelar y mordisquear con desgana el plátano.

El Lúder iba con su mochila a la espalda; había dejado en la cabaña todo excepto las dos botellas para el agua -una vacía y otra mediada-, y había guardado el cuchillo en una funda de cuero que llevaba sujeta en la pierna derecha bajo el pantalón. Trilce lo seguía ayudándose con una sólida vara que en caso extremo podría servir también de defensa. La condujo al límite oriental de la terraza y le mostró la postal mágica de aquel desierto que se extendía kilómetros y más kilómetros como un sueño misterioso y estremecedor. Señaló con la mano una protuberancia a cuatro o cinco kilómetros y dijo que aquel cerrito era El Bernalejo, centro ceremonial de primer orden en el ritual de los huicholes, y de inmediato se encaminó por una vereda. A los quince minutos de caminata Trilce dejó escapar un ¡Mierda! que obligó al Lúder a detenerse. Esperó a que ella completara los cuatro metros que los separaban y le preguntó qué pasaba. Trilce se quejó del efecto de aquel sol que caía sobre su cabeza como el aliento de un dragón, y el Lúder desató el paliacate rojo que traía al cuello, lo desarrugó y se lo puso a Trilce como pañoleta. En el momento de mayor cercanía de los rostros, los dos se quedaron viendo y sonrieron, y para Trilce aquella sonrisa del Lúder era como un abrazo amoroso que llenaba de esperanza la soledad del silencio y la alentaba a proseguir en la lucha. Le dijo: ¿Y tú? Y él respondió que ya estaba acostumbrado a andar bajo aquel fuego. Trilce lo vio adelantarse de nuevo y sólo se quedó con la imagen de los surcos en los extremos de los ojos y en la frente, que parecían una cartografía minuciosa de todo lo que él había vivido; por último fijó la coleta de samurai que le restiraba la cabellera castaño oscura hacia la coronilla, y pensó que era un cincuentón atractivo a pesar de ser definitivamente anacrónico.

Les llevó casi hora y media llegar a El Bernalejo. Había ofrendas de turquesas y obsidianas y plumas y estambres de colores en pequeños montículos. Trilce se sentó sobre una piedra y el Lúder le explicó todo lo que aquello simbolizaba. Luego le pidió que cerrara los ojos y armonizara la respiración, y cuando Trilce comenzó a respirar como él le había enseñado, le dijo

que nada más sintiera sus pies, que eran como antenas conectadas directamente con el centro energético del desierto. Al rato Trilce comenzó a respirar ruidosamente por la boca y su cuerpo quiso balancearse. El Lúder la dejó todavía otros quince minutos cuidando de que no fuera a escorarse hacia un lado. Mientras más la veía, más se convencía de que adentro de ese cuerpecito delicioso se ocultaba un orgullo forjado en la soledad y en la falta de cariño. Ella abrió los ojos y empezó a decir que había tenido la sensación clarísima de..., pero el Lúder la cortó con un gesto de la mano al frente y le dijo que las vivencias privadas eran energía acumulada y que al contarlas esa energía se vaciaba. Enseguida se puso la mochila a la espalda y se echó a andar. El efecto de aquellas palabras quedó resonando en la cabeza de Trilce y ya no supo si era un consejo o un reclamo.

A veces dejaban las veredas y se adentraban entre los cactos. El Lúder buscaba sólo las especies más interesantes para indicárselas con sus nombres respectivos, que Trilce oía sin hacer el menor esfuerzo por memorizarlos. Le mostró dos preciosas coronas con duros pétalos de espinas y le dijo que eran peyotes brujos, más fuertes y peligrosos. Trilce venía aún resentida por el desplante y tuvo que forzar la voluntad para no hacer la pregunta de rigor: ¿No iban a recoger peyotes? Como media hora más tarde bajaron por una cañada arenosa. Varias palomas volaron y el Lúder señaló un animalejo de piel parduzca unos veinte metros más abajo, después apuntó hacia un chorrito de agua que escurría al pie de la cañada y formaba un empozamiento verdoso. Le hizo señas de que lo siguiera y fue hacia el extremo opuesto del aguaje y subió entre las rocas hasta un hueco sombreado. Desde allí podía verse claramente el escurrimiento de agua, aunque el sonido era apenas un glogloteo distante. El Lúder se sentó con las piernas cruzadas y la espalda contra la pared y le dejó a Trilce su lado derecho con el espacio justo para que ella hiciera lo mismo. Trilce esperaba la oportunidad para dar salida a todas las dudas y sentires que se le habían ido agolpando con la caminata. Sin embargo, el Lúder cruzó su índice sobre los labios y Trilce endureció la mandíbula para no tener que masticar el coraje. Las palmaditas que el Lúder le dio sobre la rodilla más

próxima detuvieron el estallido en el límite. Él sonreía con la mirada fija en el aguaje, y la malicia juguetona que había en sus ojos era como una corriente energética de signo contrario a la autoimportancia que doblegaba a Trilce. Antes, por mucho menos, ya hubiera mandado todo aquel tinglado a la mierda. Pero ahora habían cambiado muchas cosas y desde lo más profundo de su suficiencia surgía con fuerza una protesta fluida que la obligaba a desprenderse de la máscara de arrogante invulnerabilidad con que había ocultado sus debilidades y temores.

Durante varias horas ninguno dijo palabra. El Lúder enganchó la vista en algún punto del escurridero y por allí se fue. Trilce lo estuvo observando a intervalos por el rabillo del ojo y notó que cuando algún animalito bajaba a beber la mirada del Lúder se avivaba. Vio varias palomas, un conejo, un correcaminos y una familia de tejones con el pelamen de un café oscuro. Lo que más la impresionó fue el modo tan particular que tenían de acercarse a beber. Los saltitos y las repentinas detenidas del conejo tenían un deje desesperante, pero los coleos paranoicos de las palomas eran demasiado eléctricos, como si el animalito se supiera deseado y tuviera que detenerse a cada paso para comprobar, mediante histéricos descolgones de cabeza, que no existía ninguna amenaza. Los tejones llegaron poco antes de las tres de la tarde. Primero llegó el macho, caminando un tramo y levantando el hocico para olfatear, y después se acercó la hembra con tres tejoncitos que por momentos emitían unos chillidos casi humanos. En el instante pleno de aquella imagen Trilce sintió una oleada de afecto que jamás había sentido por ninguna criatura humana: los tejoncitos no sólo le parecían más bellos, sino también más sanos, más libres, más naturales. Y con esta sensación gratificadora cerró los ojos y se quedó sumida en un sueño profundo. Cuando el Lúder la despertó quiso poner en claro dónde había estado durante el sueño, y no logró más que vislumbres de un paisaje inmenso y luminoso que parecía casi líquido.

Después bajaron al aguaje y el Lúder extrajo de la mochila un bote de plástico de un litro que había contenido yoghurt, una Jabonera y una botellita de champú y comenzó a desvestirse. Tenía el torso mucho más blanco que la cara, y por la forma

como trabó los músculos del abdomen, Trilce supo que él también sabía que esa parte de su cuerpo era un logro de la voluntad. Para sorpresa de Trilce se quedó en calzoncillos y de inmediato acercó el recipiente al escurridero y comenzó a mojarse. Trilce alargó más de lo necesario el curioseo y por último, cuando estaba tratando de imaginar cómo se entendería aquel cuerpo con su cuerpo, los ojos del Lúder fueron como una orden para que ella iniciara también su baño. Se quitó todo excepto los calzones y el sujetador y esperó a que el Lúder le pasara el recipiente con agua. Al darse el primer remojón, con el agua escurriéndole por el medusal que le colgaba por delante de la cara, se le acrecentó la sensación de que la imagen que ofrecía era el colmo del ridículo. El Lúder le daba su flanco izquierdo y así siguió pasándole el bote con agua, sin siquiera voltear para juzgarla. Entonces ella le pidió el champú y por primera vez él la recorrió entera; luego sonrió y ladeó con gracia la cabeza, en una pose que Trilce quiso entender como un piropo. Dos veces, atisbando entre la espuma, lo sorprendió mirándola. El recipiente tardaba casi un minuto en llenarse, y durante ese tiempo el silencio del desierto era como una membrana que de un momento a otro podría romperse para dejar al descubierto los deseos. Sin embargo, lo que Trilce menos podía imaginarse era que en la cabeza del Lúder sólo existiese desapego: aunque el cuerpo de Trilce le parecía delicioso, algo le decía que tanta autoestima y tanto acostumbramiento a la autosatisfacción habían hecho de aquel cuerpecito una inexpugnable fortaleza, de manera que intentar dominarlo sería condenarse a la derrota.

Trilce demoró el goce del enjuagado hasta que sorprendió en el rostro del Lúder un desorden de preocupación que le quebrantó la sonrisa. ¿Sucede algo?, le preguntó sin detenerse. No, nada más estoy contando los litros, respondió él mientras arrimaba de nuevo el bote al resumidero. Ah, vaya, ¿y cuántos van? Con éste diecisiete. Entonces Trilce tendió la mano hacia el bote con pose coqueta y lo enfrentó: ¿Te parecen bien veintiuno? Mucho mejor que treinta, dijo él.

Se vistieron en silencio y después emprendieron el regreso cerrando casi un círculo. A mitad de camino pasaron frente a

una presa de agua lodosa donde había un anciano y un niño con un hato de chivos que bebían en la orilla. Los saludaron con la mano desde la distancia y siguieron caminando. Aunque el sol estaba ya bastante inclinado sobre el horizonte, sus efectos aún reverberaban con fuerza sobre la arena y los terregales, y Trilce sentía que su cuerpo pesaba más que nunca y no pensaba más que en llegar a la cabaña y tenderse en la hamaca. En poco más de una hora acabó ella sola una de las dos botellas que habían rellenado en el aguaje, y el Lúder le señaló que ya no bebiera más, que el agua restante la necesitaría para más tarde.

Cuando al fin llegaron, Trilce arrastró los zapatones hasta la puerta de la cabaña y esperó a que el Lúder abriera. Después, sin molestarse en pedir permiso, buscó la hamaca y se tendió derrotada. A los pocos minutos el Lúder sacudió la hamaca y la arrancó del incipiente sueño diciéndole que tenían que ir a recoger los hikuris antes de que anocheciera. Entre gruñidos Trilce se incorporó y lo siguió. El sol rozaba ya la línea de la lejanía y su fulgor era una llamarada que apenas calentaba el cansancio. El Lúder la guió hasta el círculo de piedras y una vez adentro la puso mirando hacia el sol y le pidió que cerrara los ojos y que sintiera cómo la energía del sol llenaba todo su cuerpo. Luego, con una voz que a Trilce le sonó lejanísima, añadió que en un par de miles de años más la especie humana se alimentaría de puro plasma solar.

No tuvieron que caminar más de cincuenta pasos. El Lúder extrajo del bolsillo del pantalón un punzón de madera muy oscura y luego subió la pierna del pantalón para sacar el cuchillo de su funda. Le dijo que la sombra de las plantas de gobernadora eran el techo predilecto del hikuri y le señaló dos cabezas que asomaban apenas entre la aridez terregosa. Uno tenía siete gajos y el otro cinco, y al afinar la atención vio también que alrededor había otras cabezas. El Lúder se arrodilló sobre la arena y comenzó a escarbar con el punzón en torno a la planta más grande. Por momentos el rojor se intensificó y de las ramas de las gobernadoras parecía escurrir fuego líquido. A pesar del viento cuchilloso Trilce se sentía cada vez mejor. Después de energizarla con el sol, el Lúder le había dicho que cualquier ani-

mal del desierto sabía muy bien que había lugares más energéticos que otros, y que el ser humano había atrofiado la capacidad para encontrarlos. Aunque Trilce dudaba de todos esos rollos esotéricos, algo le decía ahora, muy adentro de su natural escéptico, que ese desierto era el lugar más energético que había conocido. Estaba increíblemente recuperada y caminaba entre las plantas de gobernadora como si estuviera descubriendo un nuevo mundo. A cada paso descubría más y más peyotes y cada cabeza que veía era para ella un duendecillo que asomaba para darle la bienvenida. Después del pequeño paseo, regresó casi eufórica con el Lúder y se sorprendió de que apenas estuviera extrayendo la segunda cabeza. Con la punta del punzón escarbó casi cinco centímetros y después rebanó limpiamente la cabeza con el cuchillo; por último tapó el corte con un puño de tierra. Trilce preguntó razones y el Lúder le explicó que la raíz del hikuri retoñaba si tenía cuerpo suficiente, y que las plantas cuanto más viejas y más cortes tuvieran más retoños sacaban.

Recogieron cinco cabezas grandes y pesadas que el Lúder metió en un paliacate y se lo entregó a Trilce. Regresaron al círculo de piedra y el Lúder se sentó en el mero centro para extraer con la punta del cuchillo la pelusilla blanca de las coronas. Luego le pidió a Trilce que trajera el saco de dormir y la botella de agua. Acomodó el saco en el Oeste y él se sentó con las piernas cruzadas en el centro y le indicó a Trilce que hiciera lo mismo dándole el frente. Después arrastró despacio el paliacate con los hikuris y lo dejó en medio de los dos. Le dijo que sólo comiera y guardase las preguntas para su momento. Y Trilce empezó a mascar.

Esta vez no había fuego ni más luz que la energía de las cosas; y aunque el amargor era terrible mascaba como si estuviera saciando el hambre acumulada. Con el tercero tuvo un conato de vómito. El Lúder le pasó la botella de agua y le dijo que sólo diera un trago y se enjuagara la boca. Los efectos comenzaron a electrizarla poco antes de que acabara el último. El Lúder, que hasta ahora había permanecido en un silencio acechante, le preguntó cómo se sentía. Ella respondió que muy bien, y él le confirmó que tenía uno de los estómagos más duros que conocía. Se

incorporó y le tendió las manos. Ella negó con la cabeza, que así estaba muy a gusto; pero él la levantó y le dijo que si no se volvía tan fluida como el aire que soplaba del Oeste terminaría convirtiéndose en un ser igual de insensible que una piedra. Los dos cuerpos estaban casi rozándose y el halo de seguridad con que la envolvía el Lúder tenía el agradabilísimo olor del champú con que se habían bañado. Él acercó la cabeza de Trilce con sus manos y le dio un beso en la frente. Luego la ayudó a meterse dentro del saco de dormir y le dijo que no se preocupara por nada de lo que pasara afuera, que él estaría siempre al pendiente. Al tomar conciencia de la soledad a que la condenaba, Trilce se semiincorporó y masculló que por favor no la dejara sola. Él se acuclilló al lado de ella y la tendió de nuevo y le dijo que cerrara los ojos y nada más siguiera su respiración.

El sonido era de cristales líquidos y los colores se abrían en ondas de tonalidades encendidas que vibraban en plenitud de significaciones. Vio que encima de ella se abría un túnel que multiplicaba su caprichosa geometría hacia el infinito y una luz tironeó de su conciencia y se vio recorriendo aquellas estructuras moleculares a una velocidad prodigiosa. Después entró en un espacio ingrávido y flotó al lado de multitud de burbujas que resplandecían como lunas llenas. Al fijar su atención en una de ellas distinguió que algo adentro se movía, y ese algo empezó a jalarla y se vio al instante en el interior de la burbuja. Allí no existía ni espacio ni tiempo, estaba fija en una masa gelatinosa que le impedía moverse y la sensación era la de un sueño agradable que seguiría así por toda la eternidad. Y de pronto tomó clara conciencia de que tenía que salir de allí a como diera lugar... En realidad no tenía cuerpo, era como una lucecita aprisionada dentro de una espora y esa espora seguiría así el tiempo necesario para madurar y reventar. ¿Cuánto tiempo? Oyó claramente que una voz resonaba dentro de ella: El tiempo que tardes en ser libre. Oyó que otra voz le decía: Armoniza tu respiración, y al hacerlo notó que poco a poco la burbuja empezaba a crecer y palpitar. Ahora ya no sentía ninguna urgencia por nada; todo estaba allí, en una plenitud calmosa, ajena al transcurrir y al sufrimiento... Hasta que sobrevino la ruptura y con ella la

revelación jubilosa del acto creador. Unas manos gigantescas le limpiaron los últimos líquidos y la depositaron en un lecho. Aunque no veía más que una densa neblina luminosa, estaba casi segura de que todo lo que pasaba allí afuera lo estaba registrando con su cuerpo apenas renacido, y ese cuerpo empezó a respirar de manera diferente y luego olió de manera diferente y al tomar conciencia de todo vio que estaba aferrada a los barrotes de una jaula de madera y que desde arriba una voz le decía cosas que no tenían el menor sentido para ella. Luego la voz le llegó más clara y familiar: Trilciña, por favor, ven. La imagen que estaba ante ella, con los brazos tendidos y ojerosa y desgreñada, era como su madre, pero al mismo tiempo no podía ser ella, siempre tan meticulosa y obsesionada con su propio reflejo. Reiniña, ayúdame, siguió diciendo la madre. Sí, era su madre, se lo decía lo mucho que le dolía ahora aquella imagen. Como si supiera que al fin había sido escuchada, la imagen tosió y esbozó una sonrisa; enseguida volvió a tender los brazos y habló: Trilciña, anda ven a cuidarme, ¿no ves que me estoy muriendo? El gesto era típico del patetismo chantajista de su madre, pero su cuerpo, al contrario de su mente, le decía que en realidad no era su madre, sino la imagen de un ser atrapado en el fingimiento de su madre. No me dejes sola, filliña, ¿no ves que soy lo único que tienes?, y al decirlo los brazos se acercaron para tomarla. La sensación de rechazo fue tan fuerte que todo se oscureció y por primera vez oyó su propia voz: ¡Mierda, qué quieres ahora! La madre estaba tendida en su cama, con uno de aquellos horripilantes camisones de lunarcitos y el pelo era larguísimo y gris, desparramado por la almohada buscando que el patetismo del rostro cadavérico fuera verosímil. Trilciña, ¿me has querido de verdad alguna vez? ¡Claro que te quise, y demasiado! Antes no gritabas así, ¡cuánto has cambiado! Y tú antes no te lamentabas tanto. ¡Si tan sólo me quisieras un poquito! Quiso gritarle que la dejara libre de una maldita vez, que con esas súplicas tan quejumbrosas lo único que lograría sería que nunca la volviera a ver en su vida, pero una fragancia inconfundible la condujo hacia la cómoda de caoba donde ardía en aceite una mariposilla frente al marco de plata que protegía a su Virgen de

los Dolores. ¡Cómo se había atrevido a sacarla de su habitación! ¿No ves que me estoy muriendo de tristeza?, se quejó la voz a sus espaldas. Descubrió el jarroncito que contenía las flores y notó que empezaban a amarillear y a marchitarse, y que no eran gardenias, sino nardos. ¿Qué mierda significa todo esto?, volteó encorajada. Y la imagen ahora ya no era la de su madre, sino la suya propia tras muchos años de soledad y sufrimiento. En los ojos la miel se había secado y eran más pequeños y resumidos y la única sensación que transmitían era de una tristeza irresistible. Se arrojó de bruces sobre la cama y comenzó a llorar. Lloró durante días y años, viendo pasar ante sí todos los momentos cruciales de su vida; pero no lloraba por lo que ella sentía, sino por lo que sentían las personas a las que humillaba y despreciaba, lloraba porque comprobaba que nadie la quería y lloraba aún más al darse cuenta de que ella tampoco quería a nadie. ¿Para qué seguir llorando?, dijo una voz en tono conciliante. No era la voz de su madre ni ninguna de las que hasta ahora había oído; era una voz viejísima y al mismo tiempo juguetona. La solución es mucho más fácil, añadió la voz. Es que no puedo, se quejó ella, no sé qué hacer ni por dónde empezar. ¡Mira a tu alrededor!, ordenó la voz. Y al hacerlo vio cientos de peyotes que brillaban intensamente como botones eléctricos sobre la piel rugosa de la tierra. Desde lo más profundo de su sentimiento brotó una bellísima sensación amorosa y supo de manera esencial que el destino de aquel lugar estaba ya para siempre ligado a ella. Bien, si tú me ayudas yo te ayudo, verás qué fácil es, prosiguió la voz; todo lo que tienes que hacer es empezar a escribir. ¿Cómo? Pues como yo te diga, ¿me puedes ver? Y Trilce por primera vez se dio cuenta de que la voz no tenía imagen y bastó este vislumbre para que de inmediato empezara a ver de manera clarísima la fisonomía verdosa de la voz. ¡No, no sigas!, cortó la voz tajante; los personajes que de ahora en adelante vas a escribir no son más que acciones y voces, su forma no tiene la menor importancia, sólo existen y nada más. Tienes que escribir igual que los sucesos que viste, poniendo la importancia donde no la hay y quitándola donde hay demasiada; tienes que escribir todo lo que ves y oyes en tu pantalla interior; no expliques, nada más narra,

no juzgues, sólo muestra. ¿Ves qué fácil? Lo tuyo que sólo es tuyo no me interesa, lo tuyo que también es mío puede ser muy interesante, ¿no crees?... y la voz siguió y siguió y lo que decía iba llenando páginas y más páginas y Trilce casi no podía creer que tanta facilidad fuera posible. ¡Al fin volvería a escribir! Su nuevo libro estaba ya listo; nada más tendría que buscar el programa donde había sido grabado y pulsar el teclado para transcribirlo... Oyó como si la tierra respirase con una calma milenaria y ella también respiró. Poco a poco se fue volviendo pura respiración y el entorno apareció ante ella con una fisonomía intensísima: infinitos filamentos de luz ascendían por el cosmos, y los órganos y los nopales eran presencias acechantes que conformaban un mundo sobrehumano. Al final de todas las sombras, por encima de las montañas que cercaban a Real de Catorce, llegaba con claridad el mensaje más pleno de vida que jamás había recibido. Estaba allí afuera y no sabía ni cómo ni cuándo. Dentro del círculo de piedras estaba su bulto y encima de ella millones de estrellas parecían palpitar como una medusa cósmica. Vio entre los cactos el resplandor de una fogata y se fue trastabillando: la mente lo veía todo con precisión, pero el cuerpo era torpe y pesado y la imagen que le vino a la cabeza fue la de una planta, ¡un peyote!, que era obligado a caminar sobre el desierto. Los últimos trozos de leña se consumían en la fogata ¿cuándo la habían prendido?, y su resplandor le daba a la cabaña la atmosferación de otro mundo. La puerta estaba abierta y entró. El Lúder yacía sobre la colchoneta con el cuerpo encogido bajo la cobija y respirando muy suave. Trilce se acercó a la hamaca y al momento de querer separar los bordes para tenderse se quedó paralizada y vacía. Estaba y no estaba; no tenía ni voluntad ni razón y sólo sabía que estaba allí por la sensación de náusea que empezaba a invadirla. Su estómago era un volcán en nacimiento y lo que anunciaba no era nada deseable. Bajó la vista de golpe y vio cómo el Lúder la miraba. Estoy completamente perdida, alcanzó a decir. Ven aquí, dijo él apartando la cobija. Quiero vomitar. Y el Lúder se incorporó y la llevó afuera. Estaban atrás de la cabaña y Trilce no podía vomitar. El Lúder la sostuvo un buen rato con una mano en la espalda y otra en la

frente hasta que por fin decidió actuar. Le metió dos dedos en la boca y el vómito se vino en cascada. Frente a ella, en medio del naufragio, Trilce alcanzaba a ver la luz verdosa que aureolaba a la pasta viva que había expulsado. Con pases lentos por la espalda, el Lúder la estuvo templando, hasta que al fin la condujo a la cabaña, le dio la botella de agua para que enjuagara la boca y la acomodó en la colchoneta. Ella tomó conciencia plena de su olor y quiso sentir el rebrote de la náusea, pero el Lúder se acostó a su lado, la tomó por la espalda y la metió dentro de sí y empezó a susurrarle en el oído unas palabras dulcísimas y después se puso a respirar como él sabía y la convirtió en puro sueño.



La camioneta llegó a media mañana. Trilce se levantó en uno de los múltiples mundos en que había estado y sólo tomó conciencia plena del lugar cuando oyó cómo el Lúder regañaba al chofer. Después, inmóvil en el pasmo, estuvo viendo el ir y venir del Lúder, hasta que por último él la tomó del brazo y la subió a la cabina. El chofer dijo algo y Trilce medio sonrió; él también sonrió y arrancó satisfecho.

Nadie habló durante casi media hora. Trilce no pudo resistir el flameo del sol y cerró los ojos, y sólo los volvió a abrir cuando oyó claramente la voz del Lúder: Seguro ésos fueron. A un lado de la brecha y entre las plantas de gobernadora estaban dos parejas de jóvenes sonrientes y a Trilce en aquel momento le parecieron demasiado jóvenes para preferir las amenazas de ese desierto a las confortables aventuras de internet. ¿Y ésos?, inquirió sin siquiera pensarlo. Italianos, dijo el chofer. ¿Y se meten así de buenas a primeras en el desierto? No, escupió el Lúder, él los trajo, e hizo un gesto despectivo hacia el chofer. El tipo no dijo nada y entonces Trilce preguntó desde el empozamiento en que la sumía la imagen de aquellos jóvenes: ¿Y por qué hay tantos italianos? Por culpa de un libro, masculló el Lúder. ¿Un libro?, añadió más avivada. Francamente no creo que un libro pueda ser culpable de nada. Sí, aseveró el Lúder, eso es lo que diría Pino Cacucci de su libro, como en un tiempo dijo Carlos

Castaneda de los suyos. Trilce prefirió no seguir sufriendo el arrastre dificultoso de las palabras y volvió a cerrar los ojos.

Un cuarto de hora después se detuvo la camioneta y el Lúder le dijo a Trilce que lo acompañase una veintena de metros entre los cactos. Pero lo último que Trilce deseaba ahora era caminar en el desierto. Cuando ya iba a expresar la protesta, el Lúder le señaló las plantas de gobernadora. Ella todavía tardó un rato en entender la intención, y sólo en el momento en que el Lúder dijo que los estaban acabando sistemáticamente fue que experimentó un jalón de conciencia y comenzó a buscar bajo los arbustos. ¡Ni uno!, dijo al cabo, y la sensación era dolorosa como una puñalada. Hace diez años, aquí mismo, en menos de un metro cuadrado se podían recolectar hasta diez; ahora la línea de extinción llega ya hasta donde estaban los italianos, y en menos de diez años todo se habrá acabado... El Lúder calló y Trilce regresó a la camioneta absorta por completo en su misión. Al arrancar la camioneta tuvo un gesto de solidaridad con el dolor de aquel paraje y en un vislumbre beligerante dejó escapar entre dientes: Antes habrá de correr mucha, muchísima tinta.

XII

La despertaron los llamados en la puerta. Dejó que tocaran dos, tres, cuatro veces y supo que seguirían tocando. Preguntó quién era y respondió una voz tímida. Le dijo que estaba bien y que regresara por favor en un par de horas para limpiar el cuarto. Volvió a dormirse y cuando despertó el entorno estaba más oscuro que el sueño. Prendió la luz y vio la hora. Después se incorporó y fue a levantar una esquina de la cortina. Afuera, a la luz del hotel las piedras del camino también parecían descansadas y en el relumbre aceitoso de sus lomos estaba escrita toda la historia del pueblo. Alguien lanzó un grito ranchero en alguna parte, y Trilce pensó cuánto diría esa calle si hablara, cuántos crímenes y cuánta belleza ultrajada en aquellos tiempos en que Real de Catorce abundaba en oro y plata.

Se sentía repuesta y lo único que deseaba era comer algo y después escribir. Todo su ser transpiraba el agradecimiento y tenía la certeza de que ese estado de ánimo podría sobrevivir a los más dolorosos reclamos del pasado. La noche era fría, pero el baño la había electrizado y estaba tan vivaz como el amanecer de un felino hambriento. Entró en el restaurante y correspondió al saludo que le hicieron desde una mesa dos hombres y una mujer con facha de mexicanos; en otra mesa cuchicheaban dos extranjeros. Pidió sopa, carne asada y cerveza, y de postre un pastel de chocolate con un café. Todo el tiempo estuvo pensando en el artículo que esa misma noche empezaría a escribir, y de cuando en cuando mascaba también el recuerdo del Lúder, la manera

tan fluida como la había dejado en la puerta del hotel con un simple: Luego nos vemos. Al final de la rumia de pros y contras sólo tenía en claro dos cosas: que era un tipo imposible de cambiar, y que él y ese desierto donde había renacido eran ya partes inseparables de su vida.

Terminó de cenar y decidió dar un paseo. En el parquecito había ambiente muchachero y también en dos o tres bares se veía bullicio de clientes. Se quedó un instante observando y enseguida un anciano se le acercó con la mano tendida. Olía a fermentación y era bajito y delgado, con el pelo cano, aplastado en haces de inverosímil tiesura y un bigote igual de almidonado que le daba el toque preciso a la pícara vivacidad de sus ojillos de rata. Trilce negó con la cabeza y giró como si quisiera desviar la acometida. Pero el anciano porfió y la mano llegó apenas a unos centímetros del estómago de Trilce. Entonces ella se echó a caminar y los ruegos del anciano le sonaron a viejos conjuros y amenazas. Y empezó a sentirse culpable: culpable por no darle, y culpable también por dar entrada a la superstición. El anciano aprovechó la duda de Trilce para volver a acercarse. Sin pensarlo más, ella buscó en la cartera una moneda de diez pesos y se la depositó en la mano. El anciano sólo dijo: ¿Ves qué fácil es?, y desapareció. De regreso al hotel Trilce pensaba cuál sería el estado de ánimo más conveniente para enfrentar tantos cambios.

Hacia media noche concluyó el primer artículo de la serie que planeaba escribir en defensa de aquel desierto. Lo tituló Viaje profundo al corazón de Wirikuta, y en él hizo un recuento de lo que significaba el desierto sagrado de El Bernalejo para los huicholes; habló también de Real de Catorce como reducto del hippismo, y al referirse irónicamente a la avalancha de italianos, pensó alarmada que entre los miles de lectores del periódico algunos podrían intentar emularlos.

A las diez de la mañana bajó a desayunar y se detuvo frente al recepcionista.

¿Sabe si ha venido el Lúder?, le preguntó.

El tipo negó con la cabeza. El clima era mucho más caluroso que los días pasados y el recepcionista traía puesto un pantalón de mezclilla y una camiseta con el logotipo de Cultitours.

Para Trilce esa imagen fue doblemente desagradable: al rechazo que le producía esa clase de fauna se sumaba la actitud cínica del servidor que se sabe corrupto y lo asume con dignidad. Trilce abrió la cartera, extrajo un billete de cincuenta pesos y lo depositó encima del mostrador. El recepcionista nada más ojeó la oferta y esperó.

Necesito encontrarlo, dijo Trilce apuntando con un dedo a la frente del prócer mexicano que estaba en el billete.

Siempre que viene a Catorce llega con la Chilanga, dijo el recepcionista sin aparentar el mínimo interés.

¿Y dónde queda eso?

Dos cuadras calle arriba, en la contraesquina hay un restaurante que se llama Nierika. Allí él renta un cuarto.

Trilce le dio las gracias y siguió hacia el restaurante sin voltear. Desayunó más aprisa de lo acostumbrado y después subió a lavarse los dientes.

En una sucursal bancaria cambió los pesos equivalentes a trescientos dólares y los metió en un sobre. Luego enfiló decidida hacia el lugar. La calle subía fatigosamente y no era nada agradable buscarle el lado más seguro a la irregularidad de las piedras. En el trayecto vio a dos grupos de extranjeros, y en el segundo además de dos rubios iban dos indígenas corpulentos y feos, con grandes melenas lustrosas que no lograban ocultar las anchas caras cobrizas. La memoria le trajo al instante la certeza de que eran indios como los que salían en las películas.

Un letrero de colores chillones estaba a la entrada del restaurante. El fondo era de verdes y azules, y debajo de la palabra Nierika había varios círculos que iban del amarillo al anaranjado. En el interior había dos niñas de entre diez y doce años y una mujer treintañera. Trilce saludó desde la puerta y la mujer le dijo que pasara. Estaba tejiendo a mano un suéter de lana y Trilce supuso que sería igual que el que ya traía puesto sobre un vestido café muy holgado y viejo que le llegaba hasta los tobillos. Trilce pensó que aquella indumentaria era excesiva para un día tan caluroso como ése, y el choque fue aún mayor cuando vio que la mujer calzaba unos guaraches de cuero bronco sobre unas medias de lana burdas y mugrosas.

Si quieres comer, en una media hora más estará ya listo el caldo de pollo, dijo remirándola de arriba abajo.

Trilce pensó en el desayuno que, por la rapidez con que había comido y la maldita subida, aún no terminaba de asentarse en el estómago. Sin embargo, prefirió ir derecho al asunto:

En realidad busco al Lúder. Me dijeron que aquí vivía.

La mujer volvió a mirarla y lo que aquellos ojos oscuros transmitían era una mezcla innoble de frustración y tristeza. Dijo que él tenía un cuarto allí arriba, pero ahora no estaba.

Me urge verlo, insistió Trilce. Afirmando sus manos sobre el respaldo de una silla.

Yo puedo darle el recado, masculló la mujer, y lo dijo desentendiéndose por completo de la presencia de Trilce.

Trilce dudó unos minutos en dar el siguiente paso: si le decía que traía el dinero, lo más seguro era que aquel espantapájaros resentido le dijera que se lo diera, que ella se lo entregaría; así que decidió mostrar su mejor carta:

Estoy escribiendo para un periódico español unos artículos sobre esta zona...

Como resorteada, la mujer preguntó el nombre del periódico. Trilce se lo dijo y el rostro descolorido de la mujer experimentó un brusco prendimiento. Con avidez empezó a ensartar las preguntas que le interesaban y Trilce, satisfecha del cambio, maquilló las respuestas mínimas con una sonrisa y dejó que la mujer escupiera todo. Después seleccionó entre los lamentos la preciosa información que el Lúder apenas le había mencionado: Casi medio centenar de tribus norteamericanas estaban empleando el peyote para sus ceremonias religiosas; algunos líderes visionarios de ciertas tribus habían encontrado en el uso ceremonial del peyote la llave para recuperar el orgullo por su cultura y su pasado, y esta recuperación era ya un nuevo culto que tenía cerca de trescientos mil seguidores, sobre todo entre los comanches y los kiowas, y que ya tenían reconocimiento legal en los Estados Unidos bajo el nombre de Iglesia Nativa Americana. Lo verdaderamente grave -y en esto insistió varias veces la mujer- era que ya se habían acabado todo el peyote del sur de Estados Unidos y del desierto de Sonora, y que ahora, al amparo de la nueva ley que les per-

mitía a los huicholes su uso legal, venían al desierto de Catorce con algunos huicholes desarraigados, a los que les daban unos cuantos dólares, y se llevaban camionetas llenas para el otro lado. ¿Y nadie hace nada?, la cortó Trilce. Sí, hay en San Luis Potosí un grupo de ecologistas y también viene gente de México con los marakames huicholes, pero es el gobierno el que no quiere…

Después del largo desahogo, la mujer dejó que Trilce terminara de tomar notas en su libreta y fue a la cocina. Las dos niñas observaban lo que Trilce hacía en una quietud defensiva. Al darse cuenta de lo que aquellas miradas mostraban, Trilce dejó de escribir y enfrentó a la más grande: ¿Sois hermanas? La niña asintió. ¿Y cuál es tu nombre? Daniela, respondió la niña, y se puso a restirar compulsivamente la pechera de su vestido. Para Trilce esa imagen era en extremo mortificante; había en ese miedo esencial algo abrumador que le recordaba los peores años de su vida, cuando todo parecía serle tan hostil que la idea de la muerte era el único consuelo. Y de pronto tuvo un vislumbre de que su novela tendría que empezar por allí, sacar del oscuro empozamiento de su infancia toda la soledad y todo el sufrimiento a que la había condenado su condición de hija no deseada; y sería también la primera vez en que su vida entraría de lleno en una de sus novelas...

Ya está la comida, dijo la mujer sacándola de sus cabiles.

Ah, qué bien.

¿Quieres que te sirva ya?

No, acabo de desayunar, gracias.

La mujer sacudió los hombros y volvió a ocupar la silla.

Oye Daniela..., empezó a decir Trilce.

No me llamo Daniela, mi nombre es Dolores, pero me dicen la Chilanga porque soy del D. F.

Ah, ya. Oye, te agradezco muchísimo la información que me has dado.

Al contrario, ojalá y puedas ayudamos.

Sí, claro que lo voy a hacer... Pero necesito que el Lúder me acompañe al desierto, ¿entiendes?

Qué lástima que Daniel, mi esposo, salió muy temprano con unos argentinos, un grupo de rock.

Sí, aunque es al Lúder...

Él no vive aquí, dijo la Chilanga con un deje de triunfo.

¿Cómo?

El cuarto que me renta arriba sólo lo usa para dormir cuando viene a Catorce.

¿Y entonces dónde vive?, y al hacer la pregunta Trilce pensaba que de ese tipo cabía esperar cualquier cosa.

En otro lugar.

¿Y no me puedes decir dónde?

La mujer meneó la cabeza.

Entonces Trilce decidió ir a fondo:

Bien, debes saber que estuve dos noches con él en el desierto y que traigo aquí los doscientos dólares que le debo. Además, si no hablo hoy mismo con él tal vez el proyecto de los artículos se venga abajo...

Es que me tiene prohibido decir dónde vive.

¿Ni en una emergencia?

La mujer dudó un instante y Trilce aprovechó para practicar lo que había aprendido en Oaxaca:

Te juro que no va a saber quién me lo dijo.

Está bien, pero de todos modos hazte a la idea de que hoy no llegas ni en helicóptero.

Trilce anotó todos los pormenores para asegurar que el mapa no tuviera posibilidad de extravíos. Después le dio de nuevo las gracias y dijo que estaba segura de que pronto volverían a verse. Ya en la puerta la Chilanga la llamó y le dijo que le encargaba mucho que su nombre no saliera en el periódico, porque luego la chingaban. Trilce se lo aseguró, y al voltear vio que los colores del letrero relumbraban con el sol casi vertical.

¿Y qué quiere decir Nierika?, le preguntó.

La entrada al infinito, dijo la Chilanga con voz sobrada.



Había una nitidez en el azul del cielo que ensanchaba las esperanzas. Bajaba en una camioneta por el impecable empedrado negro y estaba convencida de que la decisión que había tomado

alguien más la había tomado por ella. Ahora, en vez de una Trilce estaba segura de que había dos: a la primera, de tan bien que la conocía ya no quería escucharla; a la segunda apenas lograba oírla entre el barullo de la primera, pero lo que decía era igual de cautivante que el susurrar del viento que había oído en el desierto.

Lo único que no era de su completo agrado era el conductor. Sin embargo, había sido el único que había dicho que sí conocía ese rumbo y que estaba dispuesto a llevarla. Cuando dijo cincuenta dólares, Trilce lo fijó unos instantes y lo que vio quiso sublevarla. Era un tipo muy fornido, de pelo ralo y blanquecino, con los ojos de un azul pringoso y la piel tan blanca que permitía el resaltar ofensivo de las venillas de la nariz y los cachetes. Tenía una panza orgullosamente mexicana y la media sonrisa que traía siempre de adorno dejaba entrever el relumbre de algunos dientes dorados. No obstante, dentro de su ladinez, el hombre tenía un atributo: era un hablador nato. Le refirió el origen vasco de sus antepasados y le reconstruyó un principio de siglo esplendoroso a pesar del agotamiento de las minas. Después la Revolución acabó con todo, y entre él y su hermano estaban viendo la manera de asociarse con un inversionista gringo que mostraba interés por someter a una criba minuciosa los montones del material de desecho que aún conservaban en las dos viejas minas de la familia.

Al llegar a Wadley, don Esteban Elorriaga, que tal era la filiación que le dio con orgullo, detuvo un par de veces la camioneta para preguntar detalles. La segunda vez le confirmaron que el camino viejo estaba delante de Las Margaritas, pero que ahora era mucho mejor usar el que iba desde Wadley pasando por la nueva mina. Trilce vio en el reloj que ya eran las cuatro y la idea de subir esa montaña en plena noche fue como un espoleo de dudas. El vehículo, una vieja Ford de tres cuartos de tonelada, entró en plena brecha de terracería y Trilce aprovechó para cambiar de tema. Le preguntó si conocía bien aquel desierto, y don Esteban le soltó una retahíla: Las Ánimas, El Bernalejo, La Casa de las Espinas, Tanque de San Valentín… Trilce lo cortó y le pidió que tratase de recordar el área colindante. Dijo que no

entendía lo que quería decir, y Trilce insistió en que cuántos pueblos o aldeas había alrededor del desierto. Y desde allí hasta el anochecer, que llegaron a un lugar mucho más frío y vegetado, Trilce siguió preguntando y anotando en la libreta, al tiempo que en su cabeza se iba dibujando claramente el mapa conflictivo de su cruzada: las poblaciones más importantes y con mayor injerencia eran Estación Catorce con mil quinientos habitantes, Wadley con mil, luego le seguían Ejido Coronado con seiscientos y Guadalupe el Carnicero con quinientos; después había otras intermedias como Tanque Dolores y Presa Santa Gertrudis con trescientos, y por último los ranchitos El Refugio con cincuenta y Margaritas con treinta… Sin dejar de anotar en la libreta, le preguntó si a todos esos lugares habían llegado ya los extranjeros, y don Esteban dijo que a casi todos. Luego se relamió y dijo que daría cualquier cosa por un par de cervezas frías.

Una niebla húmeda empezaba a desdibujar las formas de las primeras casas y era claro que una media hora todo el entorno sería engullido por la noche. Don Esteban detuvo la camioneta frente a la tercera casa, y en la última luz de sus ojos Trilce notó una seriedad de alarma. El hombre miró hacia el lado de Trilce y hacia atrás y después tocó la bocina. Trilce dijo que era mejor bajarse a preguntar, pero el hombre ni oyó. Volvió a tocar varias veces. Trilce abrió la puerta de su lado y bajó. Caminó hacia la casa más cercana y vió que un hombre con un chaquetón de lana y sombrero la observaba desde la puerta.

Buenas noches, dijo Trilce acercándose.

Buenas, respondió arisco.

Se nos hizo muy tarde, disculpe, ¿me podría decir por favor dónde vive el Lúder?

Son las dos casas que están ahí adelantito, dijo señalando con el brazo.

Trilce le dio las gracias y se metió en la cabina. Dijo que era más adelante y se frotó las manos. Tenía frío, aunque dentro de ella brillase con toda su fuerza un sol agradecido; y tenía también hambre y sed. Sin embargo, no iba a permitir que la sombra que había borrado de golpe la sonrisa relumbrona de aquel rancherote afectara para nada su sensación de triunfo.

Frente a la siguiente casa estaba otro hombre con la misma indumentaria: sombrero de fieltro bien calado, chaquetón de cuadros y pantalón de mezclilla. Sin esperar que bajaran del vehículo preguntó que a quién buscaban. Trilce respondió, y luego abrió la puerta. El hombre dijo que quién lo buscaba. Trilce dijo su nombre. El hombre repitió ¿Quién? Y Trilce dijo que le dijera que la escritora española.

Desde la verja de la segunda casa llegó la voz del Lúder:

Próspero, ayúdala con sus cosas.

No traía más que su saco de dormir y la bolsita con sus objetos de aseo personal dentro de la mochila. Y eso fue lo que le dio al hombre. Luego abrió la cartera y contó cinco billetes de a diez dólares. Pensó que eso sería más que suficiente para enladinarle de nuevo la expresión al ranchero, pero se equivocó. El tipo empezó a hablar de lo peligroso que era regresar en la noche, los asaltos, cualquier descompostura…, Trilce cerró con fuerza la puerta de su lado y le dijo que condujera pensando en la cantidad de cervezas frías que se iba a beber con esos dólares.

Por la puerta de la primera casa salía la luz de una lámpara de gasolina. Trilce vio pasar la silueta de una mujer y notó que la construcción estaba hecha de piedra y cemento. Enseguida llegaron a la verja de madera y el hombre abrió la entrada al espacioso jardín. Al fondo de la oscuridad había una tenue fisura de luz. Trilce apenas pudo distinguir que la casa era la mínima expresión de un chalet y que a un lado de la puerta estaba reclinado el Lúder.

Como ves no me gusta dejar deudas pendientes, dijo Trilce deteniéndose a un par de pasos y ofreciéndole el sobre que extrajo del bolsillo interior de la chamarra.

Por el empeño que has puesto en llegar y por el modo como lo dices, cualquiera diría que soy yo el que te exige, replicó él sin moverse.

Bienaventurados los que dan, porque tendrán que seguir dando, recitó ella y siguió con el sobre tendido.

El problema es que cuanto más das, más quieren, y al terminar de decirlo reparó en el hombre, que seguía con atención el encuentro desde la negrura. Pasa Próspero, y deja la mochila

adentro, le dijo. El hombre obedeció y luego salió. El Lúder le dio las gracias y añadió que mañana hablaban. Después le dijo a Trilce que guardara el sobre y que pasara.

Allí había sin duda la misma intención de austeridad que Trilce ya notara en la cabaña del desierto. Vio de pasada, y a la luz de la veladora que iluminaba la salita, una cocina pequeña donde azuleaba una llama y dos puertas que seguramente daban acceso a dos cuartos. Deseaba ir al baño y eso fue lo primero que le dijo al Lúder. Él la condujo con una linterna de pilas afuera de la casa y le mostró un cuartito. Adentro, sobre la repisa del lavabo, había una veladora y la prendió. Le dejó la linterna y salió. Trilce comenzó a escudriñar el interior con mirada suspicaz. El piso era blanco y tenía piedrecillas negras incrustadas formando unos dibujos muy estilizados. El lavamanos era de fina porcelana de estilo colonial y la taza del escusado era blanca y reluciente. Sobre el lavamanos había un precioso espejo de bronce en forma de sol y al fondo una cortina azul que separaba la regadera. Trilce hizo pis sin tocar para nada la frialdad de la taza. Después se lavó las manos y la cara y del estuchito de cuero que traía en la chamarra extrajo el bilé para avivar los labios y el frasquito de perfume para salpicarse.

¿Quieres té o café?, preguntó el Lúder al verla de regreso.

La verdad es que no he comido nada desde la mañana, se quejó ella, dejando la linterna sobre la mesa.

Él asintió con la cabeza y la observó en silencio unos segundos. Dijo que enseguida regresaba y agarró la lámpara y salió. En los casi diez minutos que tardó, Trilce descubrió que en el techo había un foco y que en las paredes había nada más dos cuadros de vivísimos colores y todo el mobiliario de la sala se reducía al sofá donde ella estaba sentada y una mesa de madera de apenas medio metro de largo y en cuyo centro ardía la veladora que suponía la única luz de la casa. Aquel lugar era decididamente estremecedor y Trilce se preparó para recibir la respuesta que cabría esperar de alguien que vivía bajo aquella penumbra fría y desolada.

El Lúder regresó y se sentó en el piso frente a ella; encogió la pierna izquierda y luego dobló la derecha formando un ángulo

de noventa grados y cerró las manos sobre la rodilla. Trilce le hizo lugar en el sofá, pero él insistió en quedarse allí abajo. Y verlo así, casi a sus pies, desarmó la tensión defensiva de Trilce.

Supongo que no esperabas que me atreviera a tanto, empezó a decir ella.

Y estoy seguro de que te atreviste también a pensar cuál sería mi reacción, dijo él, y aunque el tono era ríspido en sus ojos chispeaba un esbozo pícaro.

Bueno, creo que no me equivoqué al pensar que no me recibirías con un abrazo caluroso y un beso lleno de sentimiento.

Él meneó la cabeza con gesto resignado y luego expresó:

La verdad es que piensas demasiado.

Los dos se quedaron viendo de corazón a corazón. Trilce pensaba que pensar era dudar y que con un ser-duda como el que tenía enfrente, pensar era un requisito de sobrevivencia.

Jamás paras de especular, remarcó él.

¿Y qué quieres que haga con alguien que no se quiere mostrar?, y como él no dijo nada, añadió: Vine porque el desierto me dijo que tenía que venir.

Cierra un momento los ojos y escucha todo el desmadre que traes.

Trilce obedeció y cuando empezaba a sufrir el hostigamiento de aquel tráfico de imágenes, una mujer habló desde la puerta y el Lúder le dijo que entrara. Se la presentó como Refugio, la esposa de Próspero; vestía un delantal de cuadritos verdes y blancos y traía una canastilla colgada del brazo. El Lúder se incorporó y tomó los dos platos y la servilleta con tortillas y los dejó sobre la mesa. La visión de los huevos revueltos y los frijoles refritos hizo que Trilce repitiera el agradecimiento. La mujer sólo caravaneó un par de veces y después salió. Sin demora Trilce empezó a comer. El Lúder volvió a preguntarle si quería té o café, y ella dijo que café. Él fue a la cocina a servirle una taza y se la dejó sobre la mesa. Después se metió por una de las puertas y se entretuvo haciendo algo.

Trilce estaba terminando de cenar cuando él regresó y le dijo que por esa noche podía quedarse en su habitación, y que ya mañana hablarían. Ella no dijo nada y siguó sorbiendo el café. Después él introdujo una llave en la cerradura de la otra puerta

y la abrió. Antes de entrar, volteó hacia Trilce y dijo: Quiero que sepas que por encima de todo eres bienvenida, y desapareció.

Trilce dejó los platos en la cocina y después extrajo de su bolsa de aseo la pasta de dientes y el cepillo. A la luz de la linterna los mosaicos con filigranas azules y amarillas que cubrían la pared encima del fregadero, eran piezas de rompecabezas misterioso en el que el Lúder no terminaba de encajar. La imagen que ahora tenía de él no coincidía con lo que le habían dicho ni con lo que ella se había figurado. Para Trilce estar frente a él era como tratar de establecer un acercamiento amistoso con una criatura salvaje; y eran muchas las dudas y más grande aún la sensación defensiva, pues todo lo que ella decía motivaba inevitablemente una respuesta punzante. ¿Sería siempre así con todas?

Entró en el cuarto con la linterna prendida. La luz descubrió una cama individual y una hamaca tendida en diagonal de pared a pared; en el techo había un foco empotrado, encontró en la entrada el interruptor pero no funcionaba. Luego siguió recorriendo la estancia y detuvo el haz de luz un instante sobre una tabla con dos soportes que hacía de librero rústico. A la distancia no pudo precisar ni títulos ni autores. Luego palpó la cama y el colchón le pareció muy duro, tal vez de hule espuma comprimido pensó, y entonces descubrió que el piso estaba forrado de petates. A un lado bajo la hamaca había una veladora y un encendedor barato, y un poco más alejada, casi tocando la pared, estaba una libreta con una pluma encima y al lado un libro. La luz mostró una vieja edición de las *Epístolas a Lucilio* de Séneca. ¡Vaya lectura!, pensó mientras la luz seguía resbalando por las paredes vacías. Pasó sobre la única ventana y se detuvo en una puerta que había en la pared del fondo. Era un armario empotrado y al abrirlo descubrió otra expresión de lo mínimo: en dos ganchos colgaban dos juegos de camisa y pantalón tipo safari casi iguales, estaba también la chamarra de cuero que Trilce ya le conocía y en dos estantes había dos pares de calcetines, tres calzoncillos y varias camisetas… El ruido de una cerradura la puso alerta. Se pegó a la puerta y oyó unos pasos que se alejaban. Después levantó la cobija y la sábana y se desvistió con la mente llena de muchas más preguntas que cuando había llegado.

Normalmente cambiaba de lado dos o tres veces antes de dormir, y aunque después de jornadas fatigosas solía caer rendida, esa noche su mente estaba tan electrizada que a la quinta vuelta estuvo a punto de levantarse y salir. Entre vuelta y vuelta había tejido ya una copiosa trama de preguntas y respuestas, y de pronto, en medio de todas las elucubraciones, la imagen del Lúder se abrazó a la de Celeste y ella deseó vivamente que la amiga estuviera allí abrazándola por un lado mientras que el Lúder la abrazaba por el otro, y los dos la besaban y acariciaban y la sensación era de tal placidez que se quedó dormida en el abrazo.

El Lúder la despertó a las diez de la mañana con dos golpes secos contra la puerta. Le dio una toalla y la esperó en la sala, frente a un vaso de naranjada. Cuando Trilce regresó, él la recibió con una sonrisa igual de fresca que la ducha que ella acababa de darse. Sentía el cuerpo renacido y lo único que le importaba era seguir obedeciendo aquel llamado que le enloquecía la voluntad de cambio. Por eso es que, sin siquiera pensarlo, se le acercó a la mejilla y le dio un beso. Él estaba sentado en una silla vieja y rara que tenía dos sólidos descansabrazos.

¿Dormiste bien?, le preguntó.

Sí, muy bien, dijo ella terminándose de acomodar en el pequeño sofá.

Desde la puerta la mujer dijo: Con permiso, y pasó con una taza de café y una canastilla donde venían un plato de huevos revueltos con machaca y una servilleta con tortillas. Los dos le dieron las gracias casi al mismo tiempo. La mujer esbozó una sonrisa, dijo de nuevo Con permiso, y salió. Trilce se frotó las palmas de las manos anticipando el regusto con demasiada efusividad. Para el Lúder tanta miel derramada era motivo de creciente alarma. Trilce enrolló el primer taco y el aviso de que aquello no podía ser tan fácil le llegó cuando iba por la mitad.

Creo que lo mejor para los dos sería dejar bien claro el motivo de la visita, dijo el Lúder con pose ceñuda.

Trilce terminó de mascar y dejó el resto del taco sobre el plato; luego miró al Lúder tratando de que el destellar ambarino de sus ojos no ocultase el anhelo de tranquilidad.

Bueno, ya te dije que vine a pagarte..., empezó ella, pero él la cortó diciéndole que no le debía nada.

Vine porque me parecía justo, continuó con más firmeza. Y vine sobre todo porque tengo la cabeza hecha un cacao, y en ese cacao tú tienes un papel estelar, ¿de acuerdo?

Sí, eso ya estaba más o menos entendido, y lo dijo recuperando el dominio inicial. El asunto es qué piensas hacer.

Trilce levantó la vista y recorrió con agrado toda la estancia. Antes de que ella dijera algo el Lúder volvió a hablar:

Esta casa no es mía, me la prestan; y una de las condiciones, o más bien la única condición, es que jamás trajera aquí a ninguna mujer.

Trilce le buscó la verdad en los ojos y notó que en aquel verdor no existía el menor titubeo. Aunque en un tipo como ése, pensó, la manipulación de los sentimientos podía alcanzar niveles monstruosos. Y entonces desde muy adentro de su cabeza alguien habló a través de ella:

Algún lugarcito habrá en la aldea donde pueda quedarme.

El Lúder pareció dudar por primera vez, y eso fue para Trilce la confirmación de que aquella voz que hablaba dentro de ella era la voz irresistible de su destino.

¿Sabes en verdad lo que estás haciendo?, interrogó el Lúder viendo la satisfacción con que ella tomaba el resto del taco y lo llevaba a la boca.

Yo no, pero te puedo asegurar que hay alguien dentro de mí que sí lo sabe, y muy bien.

Él volvió a no dar crédito con su cabeza, y esta vez los movimientos duraron más que de costumbre. Luego dijo:

¿Y qué carajos quiere ese alguien, si se puede saber?

Que me ayudes.

¿Ayudarte a qué?

A dos cosas: la principal es salvar este desierto, y Ia otra pues soy yo, que me ayudes a poner un poco de orden en mis sentimientos, quiero decir traumas y todo eso...

O sea, que ese duendecillo que te habla en el oído me ha escogido a mí para que te quite lo lesbiana, y lo dijo con una sorna tan precisa que Trilce reconoció la ocurrencia feliz de su sobrenombre.

¡No, qué va!, replicó casi eufórica. Si mi vida sexual me encanta.

¿Entonces?

No sé, eso es lo que tú precisamente tienes que encontrar.

El Lúder se la quedó viendo como si se encontrase frente a un capricho y que hiciera lo que hiciera ya no lo podia evitar. Después de un par de minutos de silencio en que estuvo observando las puntas de sus botas, volvió a fijarla:

¿Cómo vas con tu escritura?

Trilce detuvo la mordida sólo para decir ¡Mal!, y después siguió comiendo.

¿Sabes qué significa recapitular?

Tenía la boca llena y dijo que no con la cabeza.

Es como vomitar, como si echaras fuera toda la basura mental acumulada y te quedaras con lo mejor de tu recuerdo.

Tenía entendido que Freud le llamó a eso sicoanálisis, ¿o no?, dijo después de darle un buen trago a la naranjada. Era de polvos artificiales pero estaba bien preparada.

No, es un producto autóctono, y con él no tienes necesidad de enfrentarte con los fantasmas de Occidente, simplemente los echas fuera y punto.

Algo muy sencillo, ¿no?

Él sonrió y ella supo que o empezaba de una vez o no empezaría nunca.¿Y qué te parece si empezamos esa recapitulación por tu nombre, tu verdadero nombre?

¿Y por qué no me cuentas algo sobre el tuyo, que es mucho más poético?

Me llamo Trilce Vallejo Xunqueiras del Sobrar, y se detuvo expectante.

Al menos suena a genealogía de casta. Mi caso es mucho más patético.

Cuéntame, dijo ella invitándolo a continuar con el planeo del brazo.

Y sin más vueltas le contó que su padre y su madre, buenos herederos del necio orgullo español, se habían peleado el derecho a elegir el nombre de su primer vástago; al final de todos los desacuerdos el padre tuvo un arranque salomónico y decidió

que si era hombre se llamaría Él y si era mujer Ella. La madre, por no seguir llevándole la contraria dijo que estaba bien. Así que se llamaba Él Ibarra Puig, y ya se podía imaginar lo que eso había significado en su vida. Trilce celebró con demasiada alharaca esa locura y el Lúder esperó en silencio a que ella terminara. Enseguida le dijo que había varias formas para limpiar al yo del lastre del pasado, pero que su maestro había usado con él la forma escrita. Trilce sacó de pronto el tema de su última experiencia e hizo varias preguntas que él respondió de forma concisa. Y cuando vio que el tema era ya una niebla envolvente que amenazaba con regresar el ahora a su origen convulso, le dijo que lo mejor para ella sería que empezara desde los primeros recuerdos que tenía grabados del rechazo. Antes de tirarse al abismo, Trilce dio un sorbo a la taza de café y de lo primero que habló durante la caída fue de un sueño obsesivo que tenía de niña: siempre la venían persiguiendo hombres con perros, leones, tigres o demonios, y al final llegaba al borde del precipicio donde tenía que dar el salto; la angustia que sentía en esos momentos de indecisión la hacía despertar con una sensación de asfixia. Empezó a hablar de su primera infancia y de inmediato surgió el padre ausente y la agonía de la madre y el consiguiente rechazo de toda la familia materna y... ¡No puedo!, dijo derrotada, la misma sensación de derrota con que emergía de aquellas pesadillas. El Lúder dejó que diera un par de sorbos al café y después volvió a su planteamiento:

Todo indica que tendrás que escribirlo.

Lo dices como si fuese el dictado de una moneda echada al aire. ¿Qué no ves que ése es precisamente el origen de todo?

No es el origen, sino la consecuencia. Y no te estoy obligando a nada, que conste, y el tono era ahora mucho más sentencioso. Sólo te digo que no veo otra salida a tu bronca personal más que la recapitulación escrita de tu vida.

¿Quieres decir una novela?, preguntó a la defensiva.

Quiero decir escritura. El cómo y el qué es asunto exclusivamente tuyo.

Trilce se echó hacia atrás en el asiento y se quedó viendo el plato completamente vacío (incluso había tenido el gesto des-

medido de rebañar los últimos vestigios de la salsa con una última tortilla decididamente golosa de criterio); había sido un desayuno delicioso y no tenía el menor caso estropearlo con los viejos resabios de niñata incorregible. El Lúder observaba sus propias manos y Trilce ya sabía que eran fuertes y callosas, y sabía también que le gustaba ese ser de una manera muy distinta a como hasta ahora le habían gustado las mujeres; le gustaban esos uniformes anticuados que usaba y le gustaba el afilamiento de rostro que le producía la tensión de la coleta y le gustaba su barba y le gustaba sobre todo la manera cómo en sus ojos se alontanaban las urgencias del presente.

¿Tú también tuviste que hacerla?, le preguntó en el momento en que las dos miradas se encontraban.

Él asintió.

¿Hay algo que pueda ofrecerte a cambio de un breve vistazo?

Ahora fue él, la intensidad de vértigo que había en su mirada, quien se adueñó por completo del escenario.

¿Qué tanto es ese algo?, dijo entrando de lleno en el juego.

Mucho más de lo que crees.

De acuerdo, acepto, y el énfasis fue tan concluyente que Trilce respingó. Luego él añadió: Se trata de que a cada capítulo que yo te dé, me respondas con uno tuyo.

¿Es una novela?, inquirió avivada.

Una novela de trescientas cincuenta y cinco páginas que se llama *El Grupo.*

Vaya, eso suena pero que muy bien.

¿Entonces qué?

¿Y qué pasaría si no diera el ancho?

Tienes que dar el ancho, el largo y el alto, si no todo se irá al carajo.

Está bien, tranquilo, pero sin tiempo límite, ¿no?

Un capítulo por semana y sólo en caso excepcional dos capítulos en tres.

¡Jo, tío, eres un coñazo de tirano!

A pesar de la sonrisa que esbozó, él siguió firme:

Recuerda que no te estoy obligando, la decisión es solo tuya.

¡De acuerdo, acepto!, y se incorporó con la mano tendida.

Él también se levantó y transmitió al apretón la fuerza de un pacto inviolable.

¡Pero empiezas tú!, reclamó juguetona.

Él tiró ligeramente del brazo hasta el contacto preciso de sus labios con los de ella. Fue un encuentro de sentires y pensares, un silencio tan total en la fusión que por un instante el universo entero se convirtió en una pura nada deleitosa. Después él masculló: Ojalá no me reconfirmes en mi condición de perdedor nato.



Notó que el hombre y la mujer se comportaban ahora como actores rígidos en un papel que no entendían ni deseaban. Con las palabras extraídas a jalonazos Trilce fue formando su entramado defensivo y comprendió también que sería una estupidez imperdonable ofender en lo más mínimo la sensibilidad tan rural de aquella pareja. Aunque suponía que el Lúder les había dicho algo sobre su persona, ella decidió presentarse de una vez como una periodista que estaba escribiendo un reportaje sobre el desierto de El Bernalejo. Sólo en esa ocasión la mirada de Próspero había reflejado un relampagueo de aceptación.

La instaló en una especie de cabaña rústica. Los muros eran de adobe repellados con cemento y el techo era de teja. Estaba dividida en dos partes por una pared de tablones; en la parte derecha se quedó instalada ella, y en la otra había una camioneta roja y muchas herramientas y trastos. La parte que le correspondía era de tres por dos metros y en ese espacio mínimo había un camastro y un cuadrito de la Virgen de Guadalupe con el manto estrellado en azules y el fondo de un escandaloso color crema dorado. Próspero le dijo que esa cama sólo la usaba alguno de sus parientes cuando venía de visita. La primera imagen de claustro miserable que Trilce se formó, cambió un poco cuando el Lúder trajo un juego de sábanas limpias, una cobija gruesa y una mesa minúscula vieja y contrahecha, al igual que la silla. Ni una sola queja, ni siquiera cuando vio que la veladora que Próspero le puso sobre la mesita de madera estaba ya casi consumida y en el fondo se distinguía un apelmazamiento de insectos.

En cuanto se quedó sola en su celda, como desde ahora le llamaría al cuartucho, se acomodó sobre el catre y empezó a leer el legajo que el Lúder le acababa de pasar dentro de un folder. En la primera hoja venía el título: *El Grupo,* y un poco más abajo, E. Ibarra Puig. En la siguiente hoja empezaba el capítulo:

I

Deyanira y Vladimir ya lo habían oído en el auditorio de la Facultad de Filosofía: opiniones encontradas, meros supuestos que no tenían más fundamento para ella que el anárquico desaliño del viejo, y para él un virulento ensayo sobre la acefalia del movimiento obrero mexicano. A Isa le simpatizaba por su rebeldía y por la noveleta que acababa de publicar, una nervación intensa basada en su experiencia carcelaria. De todo el Grupo sólo Él había leído lo suficiente -tanto narrativa como ensayos- como para saber que el anciano que ahora iban a ver era quizá el interlocutor más válido entre toda aquella fauna intelectual que el maestro mismo consideraba cobarde, vil y miserable. Mejor narrador que pensador, mezcla de asceta, moralista y libertario, el viejo atraía pasiones: los más lo consideraban una amenaza, otros un héroe en tiempos de desastre. Había sido anatematizado por los autoritarismos de todo signo, pero aún seguía firme en su terquedad: el hombre merecía la oportunidad de escoger su sacrificio.

Copilco: cientos de conosureños felices de haber sobrevivido al infierno; profesores de economía política que no veían otro destino que la unidad subcontinental contra el Imperio, sicoanalistas logofílicos y militantes de todas las desviaciones posibles de una izquierda que lo único en que creía, y lo hacía ciegamente, era en que derechización era sinónimo de barbarie. Una radicalidad incómoda para la intolerancia del Leviatán justiciero, pero adicta ya al gregarismo festivo del mitote mexicano.

Tuvieron que dejar el auto estacionado dos calles más abajo. En la caseta de entrada dijeron a quién iban a ver y los dos policías los miraron y remiraron y por

último les franquearon el paso. Un tercer piso construido, como los varios cientos restantes, con una visión democrática e igualitaria: dos habitaciones, una salita, una cocina y un baño; todo pequeño y frágil, un refugio perfecto, sin embargo, para el sufrido exilio conosureño. Desde la puerta del edificio se oía el lamento presiente de Víctor Jara. Siguieron subiendo. Isa y Deyanira se miraron con sorna y luego Isa volteó hacia Él, que apretaba las mandíbulas enfachando ya aquel malestar de fondo que tan bien le conocían. Tranquilo, dijo Isa y le dibujó un beso. Pero Él siguió subiendo, jalado por aquel gemir andino que pretendía acabar con la música clásica por decadente, con el rock por imperialista y con las rancheras por provincianas. La puerta del apartamento estaba abierta y en medio una pareja gesticulaba sus desacuerdos. Pasaron hacia la humareda y entre el montón saludaron a varios conocidos. Después Deyanira preguntó por Ximena Ferré, dirigente de las Juventudes Comunistas y porfiada candidata a entrar en el Grupo. Enseguida vino a recibirlos y los condujo a la habitación donde el invitado de honor se dejaba querer. La música seguía alta y el lamento era ahora de Violeta Parra. Él aprovechó el ofrecimiento de Ximena para traerles las bebidas y le pidió que por favor le bajara el volumen al llorido.

-¿No te gusta? -dijo ella con expresión casi consternada.

-¿No hay otra cosa? -preguntó Él.

-¿Cómo qué?

Y de inmediato Él pensó en el disco recién salido de su banda favorita:

-*The dark side of the moon,* de preferencia.

-¿Qué? -inquirió ella.

-Cualquier cosa que no sea folclórica, y bájale al volumen, por favor.

Ximena le dio un beso y se alejó sin esperar más comentarios: sabía de sobra que a Él había que tratarlo con pinzas.

Entre pelos y barbas quiso reconocer algún rostro. Un colchón tirado en una esquina servía de asiento para los apelotonados, los otros simplemente estaban alrede-

dor, fumando y bebiendo las palabras del maestro, escurrido en un burdo equipal de cuero. El volumen se alejó y la voz se hizo dueña de las inquietudes. Había algo de diabólica rebeldía en aquella máscara de pelo y lentes, y la voz era seria y filosa como un arroyuelo de guijarros de jade.

-Nada es más pernicioso para el militante, para el auténtico luchador social, que el lacrimeo rousseauniano de los reformistas; el hombre es esencialmente ruin, innoble y despreciable, y esta marca esencial la llevamos todos en lo más profundo de nosotros mismos. . .

-¿Todos, maestro? -dijo una voz de mujer.

-Las mayores aberraciones, compañerita, de Auschwitz a la plaza de Tlatelolco, las cometen hombres y mujeres como tú y como yo, y lo más que podemos hacer es avergonzarnos de nosotros mismos.

Él se dio la media vuelta y fue hacia la cocina. La música ahora era de Cream, y se oía de fondo permitiendo el repuntear del sonsoneteo conosureño de un grupúsculo reunido en torno a una mesa nutrida de botanas. Ximena estaba acompañada por dos recalcitrantes leninistas que Él conocía muy bien por sus actividades de proselitismo en la Facultad de Economía. Ella le tendió el vodka y lo encaró:

-¿Qué tal? -la barbilla regordeta en dirección al mitote y poniendo en el azulear de los ojos toda la esperanza.

-Apenas estoy llegando, pero para allá voy -dijo Él guiñándole un ojo.

En la sala, Vladimir charlaba con dos chilenos. Él le había dicho un par de veces lo riesgoso que era para todos evidenciar su vieja relación con el MIR chileno; pero Vladimir había salido de Chile con los primeros estremecimientos y aún no conocía en carne propia los excesos paranoizantes de la clandestinidad. No se detuvo y regresó a la recámara donde el anciano seguía hablando.

Todos oían el verbo incendiario embelesados por el magnetismo de aquel hombrecillo que parecía una invención de las pulsiones deseantes de todos los que hacían corro. Como perro adiestrado contra todo lide-

razgo, Él estudiaba el terreno. No iba a ser fácil: en los rostros se notaba un refulge de veneración y eso a Él le espoleaba los instintos, aunque supiera que en el fondo fuera más envidia que nada. Alguien aventuró una pregunta, que se perdió en la cercanía, y Él se prendió de la respuesta:

-Yo le llamo creer escéptico, es decir, estamos condenados a creer aunque no creamos, ¿me sigues?

El anciano miraba a una figura de mujer que tenía sentada enfrente, la prendidez de los ojos bajo los lentes como un Zeus justiciero y capaz, al mismo tiempo, del mayor ofrendamiento. "Yo soy el hijo del Hombre", había dicho recientemente al concluir una entrevista.

Deyanira vio a Él al borde del arrebato y quiso hacerle señas de que no fuera a joder a ese hombre que, para ella, era el único intelectual mexicano que vivía y pensaba con la verdad. Él ni la miró, el perro resentido que aullaba en su alma no esperó otra ocasión y lanzó la tarascada:

-No, claro que no entiende -e hizo con intención una pausa para dejar que se asimilara el golpe. Luego siguió-: Tendría que haberse indigestado con los cínicos griegos, los estoicos romanos y los místicos españoles para entender eso.

El anciano había levantado la vista para encontrarlo y lo fijaba como si lo quisiera morder; el fulgor era el mismo de un animal herido, aunque la voz contrastaba por lo calmada.

-Me refería a la inutilidad de la existencia y la necesidad de completarla hasta el infinito -añadió el viejo.

-Plenitud inútil -insistió Él.

-Oh, qué ganas de chingar -dijo un tipo con un sombrero de fieltro gris y abombado a lo Bob Dylan.

-A ver, expón tus razones -dijo el anciano reacomodando la postura. Estaba acostumbrado a las bajezas de la dialéctica y en el fondo le atraía el vértigo del desafío, la rebeldía como afirmación, aunque la mayor parte de las veces el acto no fuese más que un gesto autocomplaciente. Levantó el vaso de vodka sin dejar de escudriñarlo con la mirada: algo había, no le cabía duda, tal vez...

-Agonía, duda y negación -dijo Él, de fulgor a fulgor.

-No está mal, quizá la duda primero, pero sigue, sigue -lo incentivó el maestro.

-De manera que la verdadera conciencia es conciencia desgarrada, es decir, lucha que duda de sí misma y termina negando toda solución. . .

-Por eso es que el filosofar de hoy en día sólo se puede hacer desde el sufrimiento y la desesperanza -dijo el maestro avivándose-; pero lo terrible, compañero, está en la inmediatez, no en la conciencia desgarrada.

-Sí, maestro, pero renegar es negar dos veces, y el que niega dos veces termina afirmando lo negado.

-¿De qué demonios hablan? -protestó una voz de mujer.

Isa lo enganchó un instante, el tiempo justo para apagarle la llamarada: no tenía ningún caso, eso era precisamente lo que no le gustaba, que fuera tan insensible como un ventarrón y que hiciera de todo razonamiento una guerra. El tipo del sombrero dijo entonces que la dialéctica imitaba a las ranas, y Él todavía añadió:

-A Aristófanes querrás decir.

Isa lo volvió a mirar y meneó la cabeza, y Él simplemente se dio la vuelta y desapareció.

-Un provocador -dijo una voz.

-Es otro tipo de provocación -masculló el maestro sin apartar la vista del hueco de la puerta, como si por allí se le hubiese escapado la bestia recelosa que ya le cabalgaba en el pecho.

-¿Y no somos todos aquí provocadores? -dijo Isa enfrentándolos, la ceja izquierda enarcada en clara señal de desafío.

-Aborrezco esa palabreja por lo que me duele, pero sí, tal vez tengas razón -dijo el anciano, llevándose el vaso a la boca en actitud lejana. Luego siguió un silencio cada vez menos tenso, como un disparo fallido que deja el entorno simplemente vibrando. El anciano carraspeó y dio otro trago, por lo bajo dejó escapar unas palabras y sólo él y la gorda que tenía sentada enfrente sonrieron.

-Yo tengo dos planteamientos, dudas que no negaciones -expresó el tipo del sombrero; hablaba con la

seguridad de su buen porte y del sitial privilegiado que ocupaba entre los demás-: Una es la obsesión por los espejos cóncavos, presente ya en *Los días terrenales*; y la otra. . .

-Muy buen señalamiento -cortó el maestro, sacudiendo con énfasis el índice. Le encantaban esos vislumbres que por momentos podían lograr sus lectores, una señal, un atisbo de que en el fondo, muy en el fondo, era posible compartir la verdad. Y enseguida añadió-: Lo que a mí me interesa es la distorsión del hombre en su propia nada; para mí la literatura es la imagen distorsionada en el espejo de la vivencia, y la vida humana no es más que una degradación, infinitesimal si se quiere, de la imagen que Dios tiene de sí mismo.

-Los obsesionados por lo absoluto hacen añicos los espejos que los reflejan -dijo Él desde la puerta.

Y el maestro escupió con violencia:

-¡A la chingada los absolutos!

Todos miraron hacia el hueco que de pronto se llenó con la imagen de Vladimir, que empujaba con el índice de la mano derecha los quevedos hacia arriba, y con la otra mano tomaba por el hombro a un colega chileno.

De nuevo el del sombrero respingó:

-No seas mamón y da la cara.

Y entonces Él reapareció con gesto abierto, ya decidido a todo:

-Está bien, digámoslo de una vez: el marxismo es la filosofía de la renuncia y el sacrificio.

-¿Es que hay otra? -le lanzó el anciano. Por primera vez sentía al rival al alcance y no quiso que la oportunidad se le fuera a malograr-: ¿Es mejor la obsesión por los sistemas cerrados, por los valores inmutables, por la verdad abstracta?

-Lo mejor es reconocer los límites allí donde los fijaron Duns Scoto y Kant; y por no haberlo hecho es que caimos en decepciones y autoritarismos -dijo Él con fuerza.

-Pero es que Kant, compañero, jamás vislumbró otra conciencia que el dichoso sí mismo, aislado, puro, sometido a una eticidad egoísta que no arriesga nada...

-En Kant, maestro, estaba ya consumado el agotamiento del filosofar occidental: la razón sólo puede establecer significados, jamás verdades; la verdad de las cosas es incognoscible, por eso es que todas las filosofías que pretenden poseer la verdad son falsas.

-Este cuate es un fascista convencido, dijo un barbudo desde el piso.

-Hay que razonar, conchetumadre, no insultar -replicó Vladimir y levantó un revuelo de inconformidades.

La voz del anciano se alzó por último sobre el tumulto:

-Aquí abajo, en este mundo emputecido y enajenado, los significados, compañeros, devoran siempre a las verdades.

-¿De qué enajenación hablamos? -dijo Él aceptando el pique-, ¿de la económica?, ¿de la política?, ¿de la cultural?

-¡De la enajenación esencial del hombre! -tronó el maestro-. No de la enajenación de la pura libertad, sino de la enajenación del pensamiento y el conocimiento, que es la única que cuenta.

-Ésa es la puta enajenación abstracta, la que llevó a Hegel a creer que la vida era puro espíritu y a Heidegger a que era puro lenguaje -dijo Él soltándole la rienda a la bestia que le rugía en la conciencia. Cuando se ponía así, con las venas del cuello hinchadas por el apasionamiento, igual que regueros de pólvora que iban incendiándose con el coraje, no había manera de señalarle desbarres, simplemente oía lo que quería oír, las palabras precisas para continuar satisfaciendo a la bestia. Isa le había dicho que verlo así, con las venas del cuello trepidando, le despertaba deseos draculinos, meterle los colmillos hasta sentir cómo toda la violencia verbal iba enmudeciendo.

-Pura mierda -dijo la chava que estaba sentada enfrente del maestro. Se incorporó y al sacudir el huipil que traía puesto sobre un pantalón de mezclilla, Él vio que hacia perfecto juego con el decorado de tapetes y artesanías que cubrían las paredes.

-No -corrigió Él al hacerle paso para que saliera-, mierda impura y folclórica propia de mentalidades agrarias.

-¡Chinga tu madre! -dijo la chava volteando para enfrentarlo, y le escupió a la cara.

Él, sin siquiera pensarlo, le metió un golpe directo al puente nasal y el desborde de la sangre sobre el huipil desdibujó al instante las filigranas.



La lectura no hizo más que potenciar la desbandada de dudas. Dudaba de la personalidad del Lúder, dudaba de la necesidad de meter aquel rollo filosófico en la novela y dudaba también, por primera vez, del mandato recibido y de su propia razón de ser como escritora. Lo más que podía decir del texto es que era raro y frío y que hablaba de un mundo que a ella no le había tocado vivir ni le interesaba. Sin embargo, en medio de tanta confusión parecía afirmarse la voluntad creativa, el deseo de lanzarse de una vez al abismo de la escritura... Cuando Próspero la llamó para comer seguía pensando en un posible título para el libro.

Como suponía, ni el hombre ni la mujer cambiaron de actitud mientras ella llegó, se sentó a la mesa y empezó a comer. Así que siguió masticando en silencio el guisado de pollo y las ideas, y nada más dio las gracias al terminar y salió. Muchas cosas se habían aclarado en la mañana y Trilce pensaba que para la pareja rústica los setenta y cinco dólares semanales por comer y dormir que había acordado el Lúder deberían ser un buen motivo para que se sintieran agradecidos.

Se acostó pronto y se hundió en el soñar hasta perderse en mil delirios. Como no había cenado fue el hambre la que la expulsó del camastro con el primer sol que se filtraba entre las tejas. Al abrir la puerta vio que Próspero se acercaba. Los dos se saludaron y después ella siguió hasta el baño de la casa del Lúder (en el acuerdo él le había permitido usar el suyo). De regreso vio que la camioneta roja estaba afuera y prendida. El acompasado ronroneo del motor transmitía la misma sensación de impecabilidad que la brillante carrocería. Era una camioneta compacta de marca japonesa y Trilce calculó que aquel trasto costaba más, mucho más, que todo lo que hasta ahora rodeaba al Lúder.

En el desayuno sólo hubo intercambio de superficialidades; pero en cuanto arrancaron rumbo a Catorce, el diálogo se tornó fluido. Al volante iba Próspero, el Lúder iba con el codo apoyado en la ventanilla del otro lado y ella tenía a su disposición todo el asiento trasero. El interior era justo la complementación del exterior, y a Trilce aquel tapizado de cuero rojo le recordó de pronto el exuberante despropósito del barroco indiano: la exquisitez más ofensiva en medio de la miseria más espantosa. El Lúder preguntó entonces qué le había parecido el primer capítulo, y ella trató de ser lo menos incisiva posible. Él rió y ella también, y luego dijo que le encantaría seguir leyendo más. Él dijo que antes tenía que cumplir con su parte, y ella nada más añadió: Sí, por supuesto.

Al tercer intento por fin pudo localizar a Celeste en la televisora. Le contó la reciente revelación que había tenido con el peyote y le señaló que todo iba sobre ruedas. La amiga no podía dar crédito a los proyectos que Trilce le dibujaba. Intentó frenarla un par de veces y ante la imposibilidad de detener el desborde, decidió decirle que sí a todo, aun sabiendo el brete que supondría hacer una campaña televisiva con el lema -ya dado por Trilce- Salvemos el desierto sagrado de El Bernalejo. Y continuó hablando y hablando hasta que Celeste profirió un ¡Nooo puede ser!, cuando Trilce la puso al tanto de su relación con el Lúder. Aunque el chismorreo duró casi media hora, Trilce sólo tomó conciencia del tiempo que había hablado cuando le mostraron la cuenta.

Recogió sus pertenencias y liquidó la cuenta del hotel, no sin antes asegurar la disponibilidad del fax para recibir y mandar mensajes. Así que mandó el primer artículo sobre el desierto escrito a mano y añadió para el jefe de redacción del periódico una nota llena de sol y entusiasmo. A Próspero, que la acompañó para arriba y para abajo con todos los pendientes que traía anotados, lo obligó a aceptar el regalo de una camisa, y también le hizo escoger un vestido para su mujer, aunque él prefirió señalar un delantal, y sólo entonces Trilce reparó en que efectivamente la mujer de Próspero usaba por encima del vestido un delantal. Compró víveres y una silla y muchas veladoras, y el mejor cuaderno que encontró en una papelería minúscula que también vendía dulces y bocadillos y refrescos... Por último Próspero le detuvo el

impulso diciéndole que él tenía que bajar de todos modos dos o tres veces a la semana, fuera a Wadley o a Catorce.

Habían dejado al Lúder en el restaurante del hotel donde se había citado con tres franceses, y ya no tenían que preocuparse por recogerlo. Ahora, en pleno camino de regreso, Próspero estaba mucho más abierto y colaborador y Trilce sabía que tenía que aprovechar esa coyuntura para aclarar confusiones. Procurando no violentar los silencios que el hombre se daba entre preguntas, Trilce logró ganarle la confianza y con esa mínima información empezó a atar los cabos sueltos de la vida del Lúder. Resulta que el tipo, aunque sabía, se negaba a manejar, lo mismo que se negaba a usar la planta de luz que tenía en el cobertizo y se negaba también a que Próspero regresara a buscarlo. Mientras el hombre hablaba, Trilce pensaba en el esfuerzo que supondría para ella el camino de regreso a pie desde Catorce, cinco horas a buen paso por una vereda que bordeaba las montañas. La casa donde el Lúder vivía pertenecía a una licenciada de San Luis Potosí. Era dueña o directora de una escuela para niños y tenía mucho dinero. Trilce hizo entonces la pregunta de rigor y Próspero asintió: Sí, nadie más que ella llega a la casa. ¿Y cada cuánto viene?, insistió Trilce. Próspero aferró con las manos el volante e hizo con los hombros un gesto dubitativo: A veces tarda tres meses, a veces menos, según le cuadre...

Llegaron con el atardecer y el cansancio ya no le permitió a Trilce hacer nada. Durmió muy bien y esto le dio oportunidad de replantear el concepto negativo que se había formado del camastro. Fue a ducharse y después, mientras se estaba acicalando, Próspero la llamó para el desayuno. Por la manera como la atendió la mujer, Trilce dedujo que el par de regalos sin pretensiones había sido la clave de todo. Aunque traía otro delantal de cuadritos blancos y azules, el que le había comprado Trilce era sin duda mucho más bonito y más caro de lo que la mujer se hubiera permitido pagar. Desayunó huevos rancheros con café y regresó a estrenar la silla de parota cuya compra tanto le había reprochado Próspero. La respuesta que había dado al porqué de Trilce había sido demoledora: Pues porque ahora vamos a tener mismamente que cargar con la mesa.

El cuaderno era brasileño y desde la primera página era obvia la característica distribución de un cuaderno para estudiantes. Trilce enfrentó la primera hoja en blanco y se dispuso a escribir. Pensó uno, dos, cinco títulos que no la convencieron en lo más mínimo. Bloqueada, miró hacia la hoja anterior y leyó: Matéria-Professor-Provas-Trabalhos..., y de un zarpazo arrancó la hoja y la estrujó. Levantó la mano para tirar el papel, pero por último lo dejó en la mera esquina de la mesa y se lanzó al espacio abierto sin pensarlo.

Estuvo escribiendo cinco horas seguidas, algo que sólo había logrado en sus primeros tiempos, cuando pensaba y escribía casi al mismo tiempo. Ahora era la primera vez que escribía una novela en primera persona y podía asegurar que la escritura era mucho más fluida y natural. Se detenía por momentos para enfocar con mayor precisión los recuerdos, pero enseguida regresaba al empuje del río y las imágenes iban saliendo y flotando y alejándose para siempre con todas sus celebraciones y pesares. Aunque era la niña la que revivía extrañezas, era su voz de mujer ya curtida la que realzaba los rechazos y se regodeaba en el sufrimiento. En un momento de duda pensó si debería también destacar lo bueno, y la voz interior le dijo que era lo malo y no lo bueno lo que tenía que exorcizar de su vida. Además, insistió con malicia la voz, la literatura de bondades termina siempre leyéndose en sacristías. Así que se dejó ir con todo el coraje acumulado y sólo paró cuando Refugio, la mujer de Próspero, vino a llamarla para la comida.

Refugio parecía el reverso exacto de las mujeres de la costa. Únicamente sonreía y asentía, y esa imagen, que en principio podía ser exasperante, tenía un lado favorable en el modo como la mujer *servía;* porque ése era el término exacto que a Trilce se le había ocurrido al verla traer y llevar las cosas: un animal perfectamente domesticado para *servir.*

Afortunadamente, con Próspero la situación había cambiado y ahora en las respuestas que daba se refería al Lúder como don Él y a la dueña de la casa como la Licenciada. Para Trilce los vínculos extrañísimos entre el Lúder y esa Licenciada eran una doble tentación: lo eran por el puro deseo de entremeterse, y también eran cada vez más atrapantes como puro enredo literario.

Después de comer durmió. Tuvo un sueño profundísimo donde había mucho sol y nada de agua. Un mundo silencioso que podía ser principio o fin de algo; allí no existía el menor sentimiento hacia nada y ella ni siquiera tenía cuerpo, era nada más su conciencia la que estaba en aquel mundo, pero estaba sin querer estar y la angustia era galopante. De pronto gritó un ¡No quiero estar aquí! tan estruendoso que se despertó. Al salir hacia el baño descubrió a Próspero observándola medio escondido tras un tanque negro de esos que se usan para el agua. Con la duda de si había gritado en el sueño o fuera del sueño, llegó justo a la puerta del baño cuando el Lúder salía. Acababa de darse un regaderazo y traía la toalla enroscada a la cintura. Tras la mutua sorpresa fue el Lúder el primero en acercarse y darle un beso en la mejilla. Para Trilce, que se sentía por fuera igual de pastosa que el malsabor de boca que traía, el olor a naturaleza indómita del Lúder y la sólida trabazón de los músculos de su abdomen suponían un encontronazo abrumador, casi tan abrumador como si el Lúder la hubiera sorprendido saliendo desnuda de la regadera. Él preguntó cómo le iba en su nueva vida, y ella respondió que muy bien. Luego él le dijo que la invitaba a cenar. Ella preguntó cuándo y él le dijo hoy, bueno, al rato.

Un par de horas más tarde los dos estaban sentados de frente en la mesita de la sala. Ella en el sofá y él en aquella silla rara con brazos de sillón. Había preparado espagueti y Trilce no quiso hacerle sentir que era uno de los platos que más aborrecía. Dejó que sirviera los dos platos y también que le vaciara encima aquella espantosa salsa roja llena de granulillos de carne que agravaban aún más el rechazo. El vino era un tinto bajacaliforniano y Trilce pensó que seguramente estaría al mismo nivel que el espagueti. Mientras el Lúder comía con ganas ella se dedicó a mordisquear más pan que pasta. Él no tardó en darse cuenta y por ahí rompió el silencio:

Me temo que el platillo no está al nivel de tus expectativas.

Ella fingió una excusa: Es que comí muy tarde.

Bueno, reconozco que la cocina no es mi fuerte.

Tampoco el mío, remachó ella, avivándose por el acuerdo.

Al menos ya coincidimos en algo, dijo él sin mirarla, y luego añadió: En fin, creo que podré resarcirme con el postre, y siguió comiendo.

Trilce lo dejó mascar un par de minutos y luego le soltó la noticia que le quemaba los labios desde hacía rato:

Ya terminé el primer capítulo.

¿Tan rápido?, reviró él.

A mano, y con tachones, son como unas nueve o diez cuartillas.

Él metió más pasta en la boca y ella agarró el tenedor y jugó a ensartar los gusanos menos salpicados de salsa.

Ahí adentro hay una máquina, dijo él ladeando la cabeza hacia el cuarto misterioso, y después añadió: Si tienes una letra como la mía, la máquina podría ser de gran ayuda.

Trilce nada más asintió con la cabeza. Ahora sabía que aquel cuarto era del dominio exclusivo de la dueña de la casa, y el inventario que Próspero le había hecho de las cosas que ahí guardaban lindaba con lo inverosímil. Además -otro detalle discordante- Próspero insistió en que casi todas las cosas estaban nuevas. Miró al Lúder, inalterable en su frialdad, y pensó que aquella seguridad que emanaba debía por fuerza tener alguna fisura. Durante unos instantes la llama de la veladora empezó a brincar y Trilce tuvo la certeza de que los gusanos blancuzcos de su plato tenían vida propia. Por fortuna él terminó y se levantó con su plato y recibió también el de Trilce. El postre era un pastel casero de manzana, con una fina pasta de harina integral y de un sabor exquisito. Entre mordiscos y sorbos al café, Trilce le comentó que era sorprendente la sensación que tenía de que algo se le había abierto en la cabeza y que ahora no podía dejar de pensar...

Es la novela, dijo el Lúder.

Y no te puedes imaginar cómo se me niega el título.

El Lúder le preguntó si ya sabía el final. Ella respondió que apenas estaba en el inicio. Entonces él recitó: “Di un salto tan grande tan grande que di a la caza alcance”.

Trilce le pidió otro trozo de pastel. El Lúder cortó la porción y se la ofreció; después extrajo un puro que traía en el bolsillo de la camisa y le preguntó si le molestaba el olor. Ella negó con la boca ocupada en la deliciosa molienda del pastel.

Hoy tuve una especie de revelación mientras caminaba, dijo sorpresivamente el Lúder. Como un vislumbre de lo que puede llegar a suceder con todo esto.

¿Te refieres a El Bernalejo?, inquirió Trilce, y dejó la cucharilla al lado del trocito del pastel que acababa de decidir no comer.

Me refiero a mí.

¿Quieres decir a ti y a mí?

No, quiero decir a mí, y dio una fuerte jalada al puro. Aunque el tono de voz era sobrio no había en él rasgo alguno de altanería. Y siguió: Llevo más de veinte años metido en esto, y creo que es bastante obvio que estoy a gusto, aceptando las cosas ajenas como son y respetando las buenas y malas costumbres que ya estaban vigentes cuando yo llegué. Así que me gustaría que entendieras que no quiero broncas gratuitas, y menos si se trata de vender verdades, ya sean esotéricas o políticas.

¿Ni de salvar tus propios medios de vida?

Lo que para ti es salvación, a mí me suena a sacrificio.

¡Pues de eso se trata!, tronó Trilce inesperadamente. De sacrificarse por las cosas que verdaderamente valen la pena.

Hace mucho tiempo que dejé atrás esa filosofía del sacrificio.

¿Ah sí? ¿Y por eso te empeñas en vivir como un anacoreta de vitrina?

Él dio otra jalada y ocultó la sonrisa tras el humo del puro.

Pues discúlpame por volver a decírtelo, añadió Trilce, pero yo no veo nada de renuncia en cobrar cien dólares diarios.

De ese dinero yo sólo me quedo con un veinticinco por ciento.

Ya, o sea que el resto se lo llevan los impuestos, ¿no?

No, se lo llevan las agencias y mi hija, que es como si fuera lo mismo.

Ahora fuiste tú el que me mandó a la lona, dijo Trilce.

Luego siguió un silencio en que los dos se quedaron viendo en los ojos del otro las pinceladas misteriosas de los reflejos de la veladora. Los dos sentían que la corriente que los unía estaba mucho más allá de la mezquindad de las palabras.

Es curioso, pero las palabras ya no sirven para expresar nada importante, dijo Trilce, y recargó los codos sobre las rodillas para acercarse más.

Yo creo que todavía sirven para hacer literatura.

La sola mención hizo que Trilce recordara al instante el capítulo que el Lúder le había dado a leer. ¿Es Isa la madre?, preguntó levantando la vista con una expresión tan ingenua que al Lúder le pareció encantadora.

Él adelantó su mano derecha y al tiempo que negaba con la cabeza le hizo un par de caricias sobre la punta de la nariz. Y enseguida dijo:

Fue después, justo después del grupo.

¿Y cuántos años hace de eso?

Veinte, veinte preciosos años con la piel morena y brillante de la madre y los ojos desconfiados del padre...

¿Y la ves a menudo?

Son la hija y la nieta de don Paulo, el marakame.

Ah, vaya. O sea que...

O sea que nada.

Está bien, nadie te obliga a hablar de lo que no quieres.

Eso es, muy bien captado, y tampoco quiero que me obliguen a hacer lo que no quiero.

¿Me estás pidiendo que me vaya?, y separó los codos y se echó hacia atrás, lo más atrás que pudo contra el respaldo del sofá.

Él sacudió la cabeza y volvió a fumar. Después expulsó con calma el humo y se llevó la mano izquierda a la barbilla en ademán caviloso.

Mira, voy a tratar de dejar bien claro mi planteamiento: me pareces una mujer atractiva e inteligente y me gustan las mujeres atractivas e inteligentes, pero no al grado de que entren en mi vida y pongan todo cabeza abajo. Por eso te digo que prefiero la renuncia al sacrificio.

Pues a mí me pareces un hombre que en realidad es mucho menos frío e insensible de lo que pretende; aunque no descartaría que en un arrebato montaraz pudieras llegar a romperme la nariz de un puñetazo.

Esa faceta quedó atrás hace muchos años, dijo él con la mirada fija en la llama.

¿Y por qué no me cuentas los detalles?

Él se levantó de la silla y dijo que jamás lo contaría mejor que cuando lo tuvo que vivir para recapitularlo. Después pasó a su habitación y enseguida salió con la llave del otro cuarto. Entró

y al salir traía en las manos una máquina portátil con un paquete de hojas encima, y dejó todo frente a Trilce.

Mejor vamos a seguir con nuestro juego, dijo señalando las hojas y la máquina; en cuanto me entregues tu primer capítulo yo te entregaré el siguiente mío.

Mañana mismo lo tienes, expresó Trilce.

Pues mañana mismo yo te daré el segundo de mi novela.

Como él siguió de pie, Trilce se levantó.

Pensé que la velada daría para más, dijo ella.

Estoy bastante cansado, y se acercó y le dio un beso en los labios. Trilce hubiera deseado que la juntura durara más, que el pálpito de la carne se fundiera con aquel olor a tabaco virgen que remontaba el deseo hacia otras exuberancias. Sin embargo, al sentir el retiro del Lúder pensó que tal vez en la duración del juego estuviera la verdadera dicha.

De todos modos tenemos que aceptar que tarde o temprano terminaremos durmiendo juntos, ¿no?, dijo ella levantando la máquina.

Sí, supongo que algún día nos cansaremos de dormir separados, socarroneó él.

¡Eres un capullo de mierda!

Bueno, espero que cambies de criterio la noche de bodas.

¡Estás majara perdido si crees que va a ser tan fácil!, le gritó cuando ya el circulito de la linterna le abría camino hacia su refugio.

XIII

Era una mañana abierta y asoleada. En su cabeza daban vueltas demasiadas cosas y unas caían fácilmente y otras rebotaban y se sostenían volando. Más que nada desasosiego, un seguir o no seguir que en el fondo era puro artificio; porque si de algo estaba segura ahora era de que, le gustase o no, ya había aceptado el mandato: o luchaba o luchaba... Y esa mañana se levantó temprano para caminar. Quería ver, oler, sentir, todo menos pensar. Los árboles que le faltaban al desierto parecían estar allí arriba. Pero sobre todo manzanos -de ahí el nombre del poblado-, y había también muchos nopales, y el cielo era azulísimo y la intensidad de adentro igualaba a la de afuera, hasta que oyó un graznido y buscó en lo alto y oyó otro graznido y vio un águila con las garras tendidas, que de pronto se abrieron para dejar libre algo de plumas, patas y alas que continuó cayendo y poco antes de llegar al suelo el águila volvió a atraparlo y se lo llevó. Trilce siguió por unos instantes el alejamiento de la mancha con el aliento contenido. Aquello tenía necesariamente que significar algo, no era, no podía ser gratuito.

Y persistió en el zarandeo de conjeturas remontando el camino empedrado hasta que le llegó primero el sonido y luego la visión de un riachuelo encantado. El agua brotaba de una pequeña cueva entre las rocas y llegaba a una pileta de cemento bastante grande. Lo que había en torno a la pileta le recordó la frase brutal con que el Maldito calificaba esa costumbre: La nostalgia del chiquero. Había bolsas de detergentes y jabones y un

peine rojo de plástico y un par de ligas mugrosas para recoger el pelo..., por fortuna el agua del estanque estaba completamente cristalina. Descubrió una manguera negra que salía de la boca de la cueva y desaparecía en el suelo a un par de metros de la pileta. Trilce calculó la pendiente que había subido y coligió que el agua llegaba a la casa a través de esa manguera.

Pasando un puente de piedra había dos casuchas también de piedra y lodo pero mucho más rústicas, y de ella salieron dos perros ladrando y detrás llegó corriendo un niño y les arrojó una piedra. Trilce lo saludó con la mano y el niño desapareció igual de rápido que como había llegado. Se detuvo todavía unos minutos para ver si alguien más se asomaba y después regresó a desayunar.

Casi no habló durante el desayuno. Próspero no estaba y dialogar con su mujer era igual que sacarle muletazos a un toro descastado. Sólo retuvo una cosa: el sueldo mensual que la Licenciada le daba a Próspero era más que suficiente para serle fiel de por vida. Después empezó a pasar a máquina el primer capítulo y tuvo un rebrote de optimismo: no era decididamente de lo mejor que había escrito, pero lo que narraba allí era sin duda un buen comienzo; y lo más gratificante era que ese comienzo creativo suponía al mismo tiempo un soltar lastre, un desprendimiento de todo los rencores y egoísmos que con el tiempo habían ido malogrando su carácter.

Cuando terminó puso la máquina a un lado y luego se sentó sobre el camastro para la lectura definitiva:

Capítulo uno

> Estuve toda la noche resistiendo la soledad del abismo. Me habían arrancado de raíz, y el frío, escupiendo su veneno sobre los vidrios, y el abrazo que a propósito se me negaba, me metían más y más para adentro, reduciendo al mínimo mi latir: era un cuerpecito culpable, asomándome al rechazo desde las rendijas de mis ojos y a través de las madejas doradas que cubrían los hombros del abrigo. Estaba inmovilizada en la esquina del asiento y la voz del hombre que iba al volante me llegaba

mohosa y sin consistencia, como si el soplo invernal que lo cubría todo con su maldición lechosa le quitara también el calor y la vida a las palabras. No, por más que intentaba no podía encontrarle sentido a aquel parloteo baboso. Por momentos la voz de mi madre relampagueaba en la oscuridad y eso me estremecía; no era el mascullar bárbaro del hombre, sino tijeretazos que cortaban el aire desde el arranque y que se aproximaban cada vez más al desprecio.

El coche se detuvo al fin en cualquier parte y mi madre le pidió al taxista que tocara tres veces. Luego abrió la puerta y una luz grisácea que parecía venir de otro mundo empujó hacia dentro el vaho roñoso de la llovizna. El chirrido del portón pasó sobre el silencio. Enseguida unos ladridos corrieron hacia el coche. La voz de mi madre comenzó a restallar varias veces, hasta que por fin, al callarse el perro, el sentido de las palabras llegó al ángulo del asiento trasero donde para mí terminaba el mundo:

-¡Viriato, cuanto más viejo menos reconoces!

Después la voz se fue adelgazando hacia el interior del portón y yo sólo oía el trajinar del taxista en el maletero. La puerta del coche seguía amenazadoramente abierta y yo temía que de un momento a otro la bocaza apareciera para arrancarme de aquel mal sueño que duraba y duraba… "Dime toda la verdad, Trilciña", me había suplicado mi madre. Yo se la había dicho, y poco a poco todo se había ido convirtiendo en una condena fría y silenciosa donde se me negaban las cosas que más quería.

Me llamó dos veces, y el modo, que era más una orden que un llamado, aumentó aún más la sensación de que aquella soledad que me helaba el corazón era la muerte. El taxista me observó de arriba abajo, yo pensé que con el mismo desdén del que ve un bicho y lo rechaza, pero por último sacudió compasivamente la cabeza y después serenó la expresión.

-Pobre rapaziña - dijo mientras cerraba la puerta del coche y bordeaba el frente para ponerse al volante.

-Anda, no te hagas la mártir y pasa a saludar a la abuela -me dijo mi madre al salir para pagarle al taxista.

La llovizna menudeaba y el frío arreciaba, haciendo que cada paso fuera como el arrastrar baboso de un caracol hacia el pie que terminará aplastándolo con un chasquido de asco. Miré con pavor la muralla de piedra que se alargaba desde los extremos del portón y me quedé en el umbral sin atreverme a más. El mastín, gigantesco como un oso de largas guedejas blancas, se me acercó decidido. Todavía mis piernas quisieron bailotear el pánico; busqué a mi madre y al ver que estaba despidiéndose del taxista, volteé ya al borde del grito. De pronto, sin pensarlo, alargué la mano hacia el morro que iba a tragarme y el perro me la lamió; después la bestezuela emparejó su cabeza con la mía y a lengüetazos comenzó a quitarme el frío de la cara.

-¡No dejes que te lama, cochina! -tronó la voz de mi madre, y enseguida me propinó un empujón que me mandó hacia el interior, hasta la silla de ruedas donde estaba mi abuela. Tenía una mano extendida y la otra cerrada férreamente sobre un bastón de cerezo con empuñadura de plata. Estaba fría y tiesa y desprendía un olor rancio de encierro que a mí me pareció mucho más desagradable que el del perro.

-Esta niña está helada -dijo apartándome con su garra hasta la distancia justa; luego me observó entera y barbotó-: Tal como lo suponía, por algo dicen que de los trópicos sólo nos llegan desgracias. ¿Y cuántos años tienes ya?

-Voy a cumplir nueve -bisbisé.

-Y ese nombre arrabalero que te pusieron. . . Pero no es culpa tuya -dijo mi abuela, dándole con el bastón la orden de marcha a la sirvienta que empujaba la silla.

-¡Mamá, por favor! ¿No fueron suficientes once años sin vernos? -protestó mi madre.

-¡Ni lo poco que me queda de esta vida, ni la otra entera y eterna serán suficientes para lavar tu vergüenza!

Yo dejé que los rencores se alejaran por una de las puertas y salí del empozamiento para ver la construcción en toda su grandeza: eran como tres o cuatro casas a todo lo largo, con puertas y ventanas pintadas con el verde más verde de todos los verdes, y hechas con pie-

dras iguales a las de los palacios e iglesias que yo había visto cuando mi madre me llevaba al colegio o a rezar. En un extremo remataba con una torreta y en el otro con un enorme tejado, bajo el que estaban un tractor y un labriego limpiándose las manos con un trapo, además de los aperos de labranza.

De improviso me llegó por atrás el jadeo y de nuevo sentí en la cara la raspura de aquel trozo de carne estremeciente y cálida. Después de todo, pensé, no estaba mal que al menos alguien me quisiera. Pero la voz de mi madre tronó otra vez y el labriego que estaba junto al tractor comenzó a llamar al perro con insistencia.

Todo limpio y brillante, nada estaba fuera de aquel orden obsesivo que mantenía las cosas en una atmósfera de muerte. Me habían obligado a regresar a limpiarme los pies en la alfombra de la entrada y ahora caminaba sobre las barnizadas duelas de madera con brazos, boca y ojos abiertos, pisando apenas lo necesario para sostenerme y llevándome en el pasmo los cuadros renegridos y aceitosos de aquellos personajes igual de desalmados que mi abuela. Iba derecha hacia el fondo del largo pasillo donde las órdenes de mi abuela resonaban como hachazos, y de pronto me llegó el reclamo de mi madre y al seguirlo tuve que subir los escalones de cedro, relucientes y resbalosos como la tapa de un piano que había visto en un escaparate de las Ramblas.

-Anda, apúrate, que pareces tontiña -dijo mi madre llevándome hacia la habitación contigua a la que ya tenía el bolso y el abrigo sobre la cama. Una ventana, un armario con espejo y un Sagrado Corazón de Jesús encima de la cabecera de la cama, y aquel olor a humedad almacenada que sería ya inseparable del recuerdo de esa casa.

-Aquí vas a dormir a gusto -soltó mi madre sin preámbulos.

-¿Sola? -respingué, y en mis ojos se proyectó al instante la sombra del miedo.

-Si ya eres grande para unas cosas, también lo vas a ser para otras.

-Mamá no, sola no...

-El lavabo está en la puerta de enfrente, ve a lavarte la cara y las manos y baja a desayunar.

-Mamita por favor -y me le colgué del brazo.

-¿No oíste lo que te dije?

Cuando bajé ya no pude reparar en detalles. Iba vacía y derecha, como el último planear de un pájaro herido; me senté a la mesa donde me indicaron y sólo me abrí al exterior cuando la muchacha que se ocupaba de la cocina me puso delante, junto con una sonrisa tan bella y cálida como un sol, un tazón humeante de chocolate y un plato de mantecadas. Aún no llegaba a los veinte años, flacucha y quizás demasiado larga, aunque el rostro, aquella sonrisa enmarcada en un halo de gracia que sólo se opacaba cuando mi abuela blandía el bastón ordenando, tenía un atractivo retador, la alegría de un ser natural que nunca había sido corroído por el odio. Y fue en ella donde encontré el único sostén en aquel retiro que se estaba convirtiendo en la peor condena que hasta ahora había vivido. Se llamaba Antonia, por su padre, que era el que atendía la casa y las fincas, pero le decían Tuchiña, menos mi abuela que odiaba todo lo que sonara a gallego y por eso le decía Toñita.

Para mí, la obsesión de mi madre por la limpieza era algo que no podía ser de otra manera. Al no conocer otra casa más que la mía, y al no permitírseme tener amigas que pudiesen hacer comentarios y comparaciones, lo que hacía mi madre era la única forma en que las cosas tenían que hacerse. Hasta que vi a mi abuela, encabalgada en la silla de ruedas y dando estocadas hacia todos lados con el bastón, dirigir la limpieza durante todo el día: las ranuras de los baldosines de Sargadelos, las planchas y el horno de la primorosa cocina de hierrofundido y cromados de bronce, paredes y pisos, cuadros, jarrones, muebles y alacenas, todo era sometido a la máxima despiadada de mi abuela: la miseria y la suciedad son de quienes las merecen.

Tuchiña obedecía sin el menor gesto ni comentario los mandatos de mi abuela, y sólo en las comidas, cuando yo era obligada a compartir el fuego cruzado entre mi madre

y mi abuela, la muchacha se colocaba fuera de la vista de mi abuela para alentarme con un secreteo de muecas.

Me habían prohibido hablar con la servidumbre a espaldas de mi madre y de mi abuela; y una vez que mi abuela me sorprendió acariciando al perro mientras el hijo del capataz, que era dos años mayor que yo, me tentaba con un paseo a través de los robledales que se extendían desde la parte trasera del pazo hasta la presa donde nadaban aves de mil tamaños y colores, el capataz recibió una reprimenda ejemplar. Ésa fue la primera vez que, encerrada con llave en mi cuarto y ahogada en mi lloriqueo, deseé con todo el corazón que mi abuela se muriera. Y eso justamente, desear su propia muerte, era lo que mi abuela repetía en los momentos más precisos para mortificación de todos los que la oían:

-Quisiera Dios Nuestro Señor privarme de una vez de ver tanto pecado y tanta infamia.

Todas las noches antes de la cena mi abuela, mi madre y yo nos recluíamos en la pequeña capilla que estaba bajo la torreta y allí, frente a la imagen de una Virgen con siete puñales clavados en el corazón y que lloraba sangre, nuestros murmullos hacían coro a los infortunios de la vida.

A los cinco días de haber llegado, mediada la tarde del viernes, un estruendo de bocinazos resonó en el patio y al salir vi un cuadro que me entenebró el ánimo. Mi madre ya me lo había mencionado y Tuchiña me había dicho que me cuidase mucho cuando llegaran mis primos. Pero me bastó una mirada para comprender lo sola que estaba ante aquel tropel. Así que, sin perder detalle alguno, fui la última en acercarme a los recién llegados: mi abuelo, rollizo y altivo como en la pintura que ocupaba el centro de la sala, y preocupado más por las arrugas del traje que por otra cosa, simplemente paseó una mirada sobre mí y siguió de frente hacia el interior de la casa, para escapar tal vez al veneno que mi abuela comenzó a derramarle al paso. Mi tío y mi tía sí me abrazaron, pero mi primo y mi prima -de quince y trece años según me había dicho mi madre- simplemente me adelantaron la mano en gesto condescendiente y continuaron tras sus padres.

El sábado fuimos a comer a la laguna, sin los abuelos, que no dejaban de gruñirse los desafectos; y mis primos, acostumbrados a no dudar de su señorío, me traían y me llevaban como a una sombra sin rostro. Yo apenas respondí a las primeras inquisiciones: había algo en la belleza imperturbable de mi prima, con su larga cabellera rubia, su cuerpo espigado y sus ojos marinos, que sólo podía producir daño; y cuando al fin me hizo la pregunta tan temida, yo me cerré en mi vergüenza y fijé la vista en un grupo de garzas de largas patas que jugueteaban a picotazos con sus sombras. Y así estuve, en silencio y en la cercanía de los mayores para evitar a mis primos, rechazando con la cabeza sus llamados y oyendo cómo mi tío, con su voz engolada y fantasiosa, refería sus éxitos como abogado. Mi madre, ahora menos severa y hosca aunque sin recuperar todavía el natural bondadoso de antes del incidente, celebraba con una sonrisa bobalicona la suficiencia de su hermano y de tiempo en tiempo buscaba mis ojos para encontrar la misma soledad y el mismo anhelo. Sólo una vez mi tía rozó la herida:

-¿Y no has vuelto a saber nada de él?

-No -dijo mi madre en el instante en que un escopetazo llenó de aleteos los juncales.

-¿Nada, ni una carta, nada? -insistió.

-Se fue como se van los muertos -dijo mi madre, mirando cómo Viriato chapoteaba tras una garza sangrante. Yo quise decir algo, criticar el gesto cruel de mi primo, pero sentí que entre los mayores las palabras también cortaban.

La desmesura rencorosa de mi abuela terminó por hacer imposible la reconciliación tan esperada. Parecía que tanto encono obedecía a un cálculo repensado, aunque las amenazas y las blandidas de bastón fuesen ya algo rutinario. Y fue el domingo, aprovechando la ocasión de la comida, cuando decidió dar salida a todo el rencor acumulado:

-Quiso Dios Nuestro Señor darme esta última oportunidad de tenerlos a todos al alcance -dijo asumiendo la actitud justiciera que ya le conocíamos.

-¡Espera! -la interrumpió con fuerza mi abuelo desde el otro extremo de la mesa-. Si va a ser lo que me temo, será mejor que todo quede entre familia -y levantó la vista hacia la mujer que en los últimos diez años se había convertido en un apéndice de mi abuela.

-Vete a la cocina, Benita, así evitaremos de una vez las envidias -le dijo mi abuela a la adusta mujer que estaba de pie tras su silla. Era un extraño pajarraco de edad indefinida y que sólo tenía dos fidelidades que constituían por lo demás la razón misma de su vida: la entrega en cuerpo y alma a doña Mercedes y el sempiterno luto en la vestimenta en memoria de su padre, el único hombre con el que había convivido.

Bien -prosiguió mi abuela, blandiendo una carpeta que había levantado del regazo-, aquí están mis órdenes; y nótese que digo mis órdenes, que nada tienen que ver con este mujeriego y pecador...

-Vamos, di de una vez el sermón que de por sí ya bastante desagradable es -protestó mi abuelo, aguantándole el fulgor inquisitorial de la mirada.

-En fin, que este chupasangres ya tiene todo debidamente notariado -y regresó la atención a la carpeta-. Pero quiero, ya que estoy dando los últimos pasos en este calvario que el Señor me dispuso como vida, que vaya mi propia voz por delante de todas esas paparruchadas legalistas o como se llamen. Bien, el pazo, con el bosque, el pantano y las dos fincas aledañas se las dejo a mi hijo Manuel, que para condena de las ilusiones que algún día tuve se parece cada vez más al camándula de su padre.

-Mamá, no tiene caso insultar ahora -farfulló mi tío, fingiendo no saber lo que ya todos en la región sabían.

-Y a ti -prosiguió en dirección a mi madre-, pobre criatura que diste la espalda a Nuestro Señor para entregarte a ese Satanás de los trópicos, te dejo el purgatorio de Barcelona donde vives y una renta de por vida para que dediques lo que te queda de vergüenza a pedir perdón por esa deshonra que arrastras -y salpicó con el veneno mi imagen diminuta-. Y entonces, al ser confluencia de todas las miradas, ya no pude detener el

llanto. Por abajo, con la entereza de un condenado que se sabe inocente, mi madre me apretó la rodilla con la mano varias veces y por allí me entró el calor de la vida. ¡Dios mío, si supieran lo de don Conrado!, pensé mientras seguía oyendo aquellas palabras forjadas con la mezcla de odios, renuncias y sacrificios.

-Y dejo por último a Benita, que es la única ayuda que me envió Nuestro Señor para paliar tanto sufrimiento, las tres casas del pueblo y un millón de pesetas a su nombre en la Caja de Ahorros. Las fincas colindantes con las del Monasterio se las dejo a los monjes que lo están reconstruyendo, así como un millón doscientas cincuenta mil pesetas para que se le haga una capilla a Nuestra Señora de los Dolores, que no quiero que se quede en este lugar maldito. . .

Yo salí corriendo y no paré hasta llegar a la capilla. Entré cabizbaja, apenas reprimiendo los sollozos, y me arrodillé en el lugar donde lo había hecho por las noches durante toda la semana. Cerré los ojos y comencé a repetir con toda mi alma el deseo.

-¿De verdad quieres que se muera? -dijo una voz encima de mí.

Al levantar la vista vi cómo la Virgen me veía: los puñales se encendieron con el color de la sangre y todo el rostro era una fuente de luz.

-Te prometo rezar siempre -dije con decisión.

-Rezar no debe ser sólo súplica, sino también agradecimiento -parpadeó por instantes la luz.

-Te prometo lo que me pidas -insistí.

-Di entonces en voz clara y alta que vas a rendirme culto de por vida.

Lo dije, y la voz sólo añadió:

-En nueve meses se cumplirá el deseo, y no olvides jamás la promesa hecha.

El Lúder recibió el montoncito de hojas con abierta satisfacción. Trilce también sonrió y los dos se dieron cuenta de que el juego que compartían era ya algo íntimo y al mismo tiempo aún profano. Estaban sentados en la sala; Trilce en el sofá y el Lúder en la vieja silla. Cada vez que se sentaba o se levantaba el maderamen crujía como si se tratase de una carabela en medio de una tempestad. Acababa de meterse el sol y él le ofreció un café. ¿No tendrías mejor un mezcal o un tequila?, inquirió ella. Él se levantó e hizo el consabido ritual de entrar en su cuarto, sacar la llave del otro cuarto, abrirlo y salir por fin con una botella de tequila que puso sobre la mesa. Trilce sabía por Homero Torrenciales -que era una auténtica autoridad en cuestión de agaves- que los tequilas blancos eran más puros y legítimos que los añejados, y este tequila era casi transparente y venía en una botella panzoncita y atractiva. El Lúder trajo de la cocina dos vasitos y abrió la botella y sirvió. Después levantó uno y dijo: ¡Por tu novela! Trilce entrechocó el suyo y añadió: ¡Por El Bernalejo!

Hablaron de Oaxaca, que el Lúder también consideraba uno de los reductos más auténticos de México, y el tema fue derivando hacia el indigenismo, y de ahí a Chiapas y de ahí a la corrupción de la política, y por último vinieron a encallar fatalmente en el único desacuerdo: la culpabilidad de Occidente.

El señalamiento del Lúder fue preciso: Occidente era culpable por uniformar, etiquetar, empaquetar y vender todas las formas de pensar y vivir con las que se había relacionado. Pero la defensa que hizo Trilce hasta a ella misma la sorprendió: La civilización occidental ha sido la más tolerante, justa y sabia de todas las que han existido.

Así las cosas, el agarrón era inevitable. El Lúder insistió en que los delirios de la razón occidental sólo creaban pendejos arrogantes y completamente desechables. Trilce adujo que eso de "razón occidental" era una idiotez, que la razón era una... Y el Lúder la cortó alegando que ése era precisamente el problema: señalar una sola vía de acceso a la verdad y luego venderla como la única posible.

Creo que esta canción ya me la sé de memoria, dijo Trilce como si se lamentara ante el vaso de tequila que acababa de levantar.

En fin, lo peor que puede pasar ahora es que nos quedemos con la imagen resentida, masculló el Lúder.

¿Nos quedemos?, puntilleó Trilce.

El Lúder se levantó y fue a buscar el encendedor y un puro. Lo prendió con deleite y dejó que el humo al salir se llevara también toda la importancia del momento. Luego dijo:

Creo que se me puede acusar de muchas cosas, pero no de resentido.

¿Entonces por qué esa fobia contra Occidente?

No es fobia, simplemente es otra perspectiva.

No, lo que sucede es que en México veis a Europa como la gran culpable de todo lo que queréis ser y no podéis.

Te puedo asegurar que en México el noventa por ciento de la gente con carrera universitaria sigue considerando a Europa como lo máximo.

No lo dudo, dijo Trilce viendo cómo la mano del Lúder tomaba la botella.

Él le preguntó si quería otro. Ella dijo: Sí, claro, y en sus adentros se prendió la sospecha. Él sirvió en los vasos y siguió fumando. Tras soltar el humo la enfrentó:

¿Pero?

Trilce acababa de levantar el vaso y no quiso detenerse. Bebió, y antes de responder pensó que aquel tequila estaba bastante ligero de graduación y cuerpo y además excesivamente perfumado. Después miró de frente al Lúder y todavía esperó a que las sonrisas de los dos armonizaran los sentires.

Me temo que tus propios números te fallan, dijo ella con pose ganadora.

Puede ser, masculló él.

Ella afirmó con la cabeza y añadió:

Estoy casi segura de que en México ese noventa por ciento del que me hablas no ha de ser ni el diez por ciento de la población total. Y como el Lúder siguió sonriendo, ella remachó: Y también estoy casi segura de que en ese noventa por ciento de

mexicanos sin educación universitaria, la mayoría ve a Europa con resentimiento, ¿o no?

No precisamente a Europa, dijo con sarcasmo el Lúder.

¿Qué quieres decir?, respingó Trice previendo lo que ya venía.

Bueno, la conquista de México no aparece como una gesta gloriosa en las efemérides de Italia, Francia o Inglaterra...

Ya me lo suponía, y al decirlo se apartó hacia el respaldo del sofá.

El Lúder dejó el puro en el cenicero de barro que estaba sobre la mesa y volvió a ir al cuarto misterioso. Mientras lo veía cruzar hacia la cocina, Trilce trataba de entender las razones de peso que un ser como el Lúder, sin el menor rasgo indígena, podía encontrar en el indigenismo. Pensó que tal vez aquella hija semiindígena fuera el principal motivo; aunque ya sabía muy bien que el tema del indigenismo en México era casi igual de solemne que el culto a la Virgen de Guadalupe. El Lúder regresó con un plato lleno de pistaches y otro vacío; los acomodó en la mesa y volvió al puro. Como ya se había apagado, lo tuvo que prender de nuevo.

Por más vueltas que le doy, no logro entender muy bien los motivos de tu rechazo, dijo Trilce con la vista fija en los pistaches.

¿Rechazo a qué o de qué?

Estamos hablando de Occidente, España y todo eso...

Yo no he dicho que rechace a España ni a Occidente.

Vamos, que yo no te he oído ningún elogio; ni me parece que estés muy satisfecho con tus genes hispanos.

De acuerdo, voy a tratar de ser más claro: para mí España es el pasado absoluto de la hispanidad.

¡Anda, a otra con esa merluza!

El Lúder levantó su vaso y le dio un trago. Ni un solo gesto de Trilce escapaba ahora a su mirada. Le gustaban las mujeres de inteligencia insumisa, había en ellas algo de la rebeldía milenaria de las diosas madres que las volvía casi inexpugnables; pero lo cierto es que en ese tipo de mujeres había también un rezume vengativo, un deseo de imponerse a como diera lugar que terminaba endureciéndoles el corazón y amargándoles la sangre. Sin embargo, con Trilce había una diferencia decisiva: aunque no le desagradaba su cuerpo, empezaba ya a verla como un ser

desexualizado, o para ser más preciso, una belleza andrógina que por su condición de tal había podido desexualizar su mente. Sabía también que si ella oyera estos murmureos brincaría con el desacuerdo, y al pensar en la respuesta avivó la sonrisa.

Y evidentemente el futuro absoluto es México, dijo Trilce con seriedad no fingida.

El Lúder sacudió la cabeza.

¿Entonces?

México es sólo el presente; el futuro de la hispanidad está en el seno del Imperio.

¿No te referirás a los chicanos?

A todos los hispanos. Para allá apunta la flecha.

Tu flecha, querrás decir.

Claro, tal vez la tuya apunte hacia Cataluña.

Trilce puso todo su sentir en la mirada y cuando sus ojos se fundieron con los del Lúder dijo:

No, mi flecha apunta ahora a un blanco mucho más preciso.

El Lúder dejó el puro en el cenicero. Luego apoyó los codos sobre las rodillas, juntó las manos y su mirada encontró en el humear un asidero apacible.

Voy a intentar un último gesto, empezó a decir con una voz que a Trilce le pareció excesivamente seria. Te voy a contar de una vez algo que sólo tendrías que conocer al final de los diez capítulos de mi libro. Pero sé que no hay manera de torcerte la voluntad y lo único que puedo hacer es darte un vislumbre de lo que vas a propiciar con tu esfuerzo. Esto sucedió en un país que se parece muy poco al México que tú conoces. Y en ese país había selvas maravillosas que albergaban una riqueza petrolera incalculable, y había también muchos políticos igual de corruptos que los de ahora que querían transferir esa riqueza a sus cuentas bancarias en dólares. El único problema eran las nubes de mosquitos que transmitían el paludismo, o malaria que es como ustedes le dicen. ¡Si lo sabré yo!, exclamó Trilce. El Lúder continuó: Así que buscaron al hombre idóneo, que era un epidemiólogo de treinta y cinco años y lo nombraron subdirector del programa nacional de erradicación del paludismo. Con sus brigadas comenzó a disciplinar la epidemia y a educar a los indí-

genas, y de pronto, en pleno éxito del programa, obligan a renunciar al director general y le piden a él que asuma el puesto. En medio de la euforia nuestro personaje prefirió no saber. Quiso seguir creyendo que toda aquella maquinaria infernal que destripaba la selva era la avanzada del progreso, y así hubiera seguido si tras la maquinaria no hubieran venido los políticos gritando órdenes. Lo primero que le pidieron para ser aceptado entre los lobos fue su colaboración para liquidar políticamente (no físicamente, como hacen ahora) al que había sido su jefe directo. No dijo palabra y presentó su renuncia. El secretario de Salud se la aceptó después de señalarle que su carrera política quedaría truncada para siempre. Nuestro personaje siguió firme, y como compensación por su exitosa campaña contra el paludismo lo nombraron subdirector de la campaña nacional contra la tuberculosis. Con aquel espíritu de insaciable curiosidad que lo caracterizaba se especializó en neumología y se empezó a preocupar por las crisis depresivas que dificultaban la cura de los tuberculosos. Por ese tiempo él mismo cayó en una crisis muy dura y decidió solicitar asesoría siquiátrica para el hospital. Le mandaron una mujer guapa e inteligente, y ya te imaginarás lo que pasó. Obviamente se enamoraron, dijo Trilce. No sólo se enamoraron, reafirmó el Lúder, sino que él terminó haciéndose siquiatra. ¡Jo, que ganas de complicarse la vida el tío! Espera, que apenas estoy comenzando. Bien, estamos en 1957 y nuestro personaje está cursando en la UNAM la carrera de siquiatría. Está entusiasmado con Fromm y tiene muchísimas dudas sobre la validez del sicoanálisis. Y entonces un colega lo invita a participar en un experimento interesantísimo que él acaba de realizar: inyectarse mescalina sintética donada por Albert Hofmann, de los laboratorios Sandoz, para una investigación sicoterapéutica. Nuestro personaje aceptó y fijaron la cita. Fue, como tú bien sabes, una explosión de todas sus represiones, y al final tuvo una revelación básica: ¿Por qué no usar esas sustancias como cura? Varios días después del experimento comenzaron las alucinaciones repentinas y los estados de angustia; en la calle o en la universidad y sin el menor motivo se disparaban los temores y se quedaba prisionero de un ataque de violencia que era como vivir

con una bomba adentro. Aceptó entrar en tratamiento siquiátrico con el doctor que le había inyectado la mescalina y durante un año estuvo caminando sobre los linderos de un abismo. ¿Y su mujer no era también siquiatra?, interrumpió Trilce. Sí, pero justo en esas fechas se divorciaron; su segundo divorcio para ser precisos. O sea, que no era un corderito el tío, masculló Trilce. A decir verdad tenía con las mujeres una relación muy especial, y en la mirada del Lúder brillaba ahora un destello travieso. Es decir, no era un hombre para una sola mujer; tenía una sensibilidad tan enamoradiza que las mujeres difícilmente se le resistían. Sí, ya me imagino, soltó Trilce, más o menos como tú. El Lúder sonrió y negó con la cabeza y siguió sonriendo mientras bebía el resto de tequila que había en su vaso. Luego dijo: No, yo soy mucho más egoísta que él. Ya, sigue que empezabas a interesarme. Pues en ese año la vida de nuestro personaje cambió por completo. Primero descubrió en una librería de París el libro de Heim y Wasson sobre los hongos alucinógenos de México; lo leyó con una avidez de náufrago y ya no se quitó de la cabeza todo lo que decían sobre una curandera que se llamaba María Sabina y que usaba en Huautla los hongos en ceremonias de sanación. Casi al mismo tiempo llegó a sus manos el libro de NeilI sobre sus enseñanzas en SummerhilI en base a una pedagogía del amor, y en medio del deslumbramiento se le prendió el foco y fue a visitar al profesor NeilI en las afueras de Londres. No sé si te acuerdas de esa escuela y el porqué se hizo famosa. No, yo viví secuestrada toda mi infancia. Bueno, allí todo se hacía en base al amor y eso fue lo que atrapó a nuestro personaje. Abrió su escuela en México y en un año se convirtió en modelo nacional. Pero no se centró en los niños, sino en sus padres; exigió que el padre y la madre del niño asistieran a terapias grupales y allí, frente a sicoanalistas, sociólogos, nutriólogos y pedagogos las parejas sacaban todas sus broncas y descubrían algo tan auténtico que no paraban de pregonarlo.

Un día, en la clausura del programa de uno de los grupos, vio a un sujeto muy extraño que lo observaba detenidamente mientras él pronunciaba el discurso de clausura. Y este sujeto lo siguió intrigando durante varios días hasta que por fin le habló

por teléfono para pedirle una cita. Se trataba ni más ni menos que del doctor Robert Hartman, un eminente axiólogo de Harvard. ¿Y qué mierda es eso?, interrumpió Trilce. Una mierda más; lo que importa aquí es que la axiología le había permitido a Hartman desarrollar un test que era muy eficaz: se trataba de treinta y tantas preguntas, la mitad para destacar lo bueno y la otra mitad lo malo de la vida. Nuestro personaje aplicó el test a los padres de familia y el resultado fue impresionante.

En el siguiente curso comenzó a trabajar con las madres desde el embarazo y esta visión le permitió enfocar el desarrollo de la personalidad del individuo como una unidad biosicoantropoespiritual. ¡Que aí es ná, shiquillo!, gitaneó Trilce. Y estamos ya en 1967. Nuestro personaje conoce a un funcionario del Instituto Nacional Indigenista que lo conduce finalmente a la sierra de Huautla con la chamana María Sabina. El objetivo: la posibilidad de usar los hongos sagrados en siquiatría. ¿Ya conoces Huautla? No, preferí venir al desierto, adujo Trilce. El Lúder prosiguió: Es un lugar todavía muy energizado, y en ese tiempo lo era mucho más. Pues el encuentro de nuestro personaje con María Sabina terminó marcando definitivamente su destino. Se entusiasmó a tal grado con la chamana y su mundo que empezó a planear la fundación de un hospital piloto en la sierra mazateca. ¿Quieres decir un hospital donde los pacientes se curarían comiendo champiñones mágicos? Más o menos. ¿Por qué más o menos? Pues porque la terapia se había convertido ya en algo muchísimo más abarcador y novedoso. ¿Cómo qué? Era una terapia que incluía un montón de terapias, o si quieres, una terapia que sintetizaba lo mejor de todas las terapias. Había biblioterapia, musicoterapia, sicodramas y audiovisuales, en fin, una síntesis terapéutica que partía del hecho de que la mayoría de las sicopatologías se debían a la falta de verdadero amor. Nuestro personaje conocía al detalle las nuevas tendencias sicoanalíticas y sabía que sólo el austriaco Victor Frankl y el checo Stanislav Grof buscaban lo mismo que él con su sicosíntesis; la única diferencia estaba en los dominios de lo sagrado: nadie más que nuestro personaje hacía terapias que eran una complementación ritual de la ciencia con el chamanismo. Si la falta de amor poten-

ciaba el temor a la muerte, había que lograr que en la terapia el paciente muriera para renacer en una nueva vida; así que dividió la terapia en etapas -locura, muerte, nada, unión mística con Dios y renacimiento- y dio prioridad al trato con la espiritualidad del paciente. ¡Oye, pero quién fue ese tipo!, y en el asombro de Trilce era clara la discordancia con la norma que dictaban los medios: si algo o alguien valía la pena, los medios tenían que descubrirlo. Fue ni más ni menos que el más grande sicoterapeuta que ha dado México; colaborador de Hofmann y de Leary, amigo de chamanes huicholes y mazatecos, y uno de los más profundos conocedores de las plantas sagradas de los indígenas. ¿También del peyote? Y del ololiuqui y del toloache e incluso de sustancias profanas como el LSD o la ketamina. ¿Keta qué? No importa, lo que quiero decir es que nuestro personaje se preocupó por las reservas de plantas sagradas mucho antes de que tú vinieras a turistear al desierto y te sintieras elegida. Vale, gracias por el cumplido. El Lúder levantó la mano al frente pidiendo silencio: Nada más déjame llegar al desenlace, a ver qué piensas entonces. Sigue, sigue. El llamado era muy claro: sin espiritualidad ni amor, no hay salud social. Y la fama de nuestro personaje siguió creciendo. Pero en el país gobernaban antropoides soberbios y represivos que habían declarado la guerra a la libertad y a la creación. Y resulta que una de las lenguas más venenosas entre las que salivaban los oídos de los monos arrogantes pertenecía al dueño de un semanario, hijo de una verdadera institución literaria. Ya, la vieja historia de siempre, masculló Trilce. Y ese glorioso fascista infiltró disfrazado de paciente a otro reptil aún más ínfimo en una de las ya internacionalmente reconocidas sesiones de sicosíntesis que dirigía nuestro personaje, y el artículo apareció en la primera plana del semanario: "Estupefacientes: 24 horas de terror." Allí se decía que un siquiatra loco hacía terapias donde todos se drogaban y se desnudaban y veían películas porno, etc., detallando además los artículos del código sanitario que se infringían en esas catarsis de perversión. ¡Jo, casi no lo puedo creer! Pues quédate con él casi hasta que oigas la conclusión.

Una noche de finales de noviembre de 1974 un comando armado de la policía judicial entró en la sede del instituto que

dirigía nuestro personaje y se lo llevó detenido junto con sus colaboradores y el grupo de veintitantos pacientes que estaban en la sesión. Cuando nuestro personaje preguntó cuál era el cargo, la respuesta fue asesina: Tráfico de drogas y delitos contra la salud. ¡Mierda, no es posible! Lo estás inventando, ¿verdad? El Lúder alargó el brazo hacia la botella y después rellenó los dos vasos. Dejó la botella, levantó su vaso esbozando un brindis y bebió. Trilce hizo lo mismo. ¿Y?, preguntó ella tras el paladeo del tequila. Lo condenaron a prisión. ¡Mierda! Por fortuna fue tanto el apoyo internacional que el asunto tuvo que ventilarse en la Cámara de Diputados; y por fin, tras cinco meses terribles, logró salir de Lecumberri. ¿Y después? Después ya nada fue igual...

Trilce apuró de un trago el tequila que restaba y dejó el vaso sobre el borde de la mesa sin soltarlo. Lo tenía fuertemente sujeto con el índice y el pulgar y lo que veía reflejado en el vaso era en realidad lo que estaba adentro de su cabeza.

¡Es increíble que un hombre de letras pueda hacer eso!, dijo sin pestañear.

Lo que es increíble es la cantidad cada vez mayor de hombres de letras que hacen eso, dijo el Lúder. Luego se levantó y fue hacia el cuarto misterioso.

Oye, me interesa saber más sobre ese tipo, gritó Trilce.

¿Cuál de los dos?

Por supuesto que el sicoterapeuta; el otro fue Octavio Paz, ¿no?

No, no fue Paz.

¿No? ¿Quién entonces?

El semanario que dirigía y del que también era dueño se llamaba *Tiempo.*

A mí eso no me dice absolutamente nada, podía ser Vasconcelos o qué sé yo...

El Lúder no dijo nada. Cuando reapareció traía un montón de hojas en la mano. Se quedó de pie a un par de pasos de la mesa y extendió las hojas hacia el lugar que tenía que ocupar Trilce al levantarse. Ella sacudió la cabeza con gesto de fastidio y exigió que le sirviera la de la despedida. El Lúder negó y siguió con el brazo tendido.

Dime al menos antes de echarme quién mierda fue ese personaje que me interesa, clamó mientras resistía la maldita orden de levantarse que él le estaba dando.

Fue mi maestro, dijo él acercándose un paso y ofreciéndole su mano libre, el doctor Salvador Roquet.

Ella tomó con fuerza la mano que él le tendía y preguntó esperanzada:

¿Vive todavía?

No.

¿Tuvo él algo que ver con el grupo?

No. Conocí al doctor Roquet justo después de la debacle del grupo.

O sea, que todo eso es lo que me vas a dejar leer...

El Lúder asintió y tiró del brazo y Trilce se vio de pronto a unos centímetros de la cara de él. Los ojos se dijeron todo y las bocas se acercaron y estuvieron fundidas tanto tiempo que cuando Trilce volvió a abrir los ojos se estremeció. El Lúder la miraba desde una distancia infinita, como si sus ojos se hubieran abierto a la nada. Cuando habló, el tono era el de un hombre que regresa de la muerte:

Antes eran cinco meses de cárcel, ahora apareces tirado en la calle con un balazo en la nuca.

¡Qué dices!, y se separó con el mismo pavor que sentía de niña cuando su madre le hablaba de las meigas.

En fin, nadie aprende en cabeza ajena, dijo él tendiéndole de nuevo el montón de hojas.

Oye, pero si se trata de salvar...

Ésa es la palabra fatídica ¡salvar!, estalló desbordando el tono. Todos los pendejos se han propuesto ahora salvar al mundo. ¿Que no ves que ya estamos hasta la madre de que vengan a querer salvamos cuando lo único que logran es condenarnos más? ¿Qué carajo crees que vas a conseguir con tu cruzada? Pues avivar los odios y las envidias y los enfrentamientos, todo para que al final me chinguen a mí y a ti te apliquen el 33...

¿Y qué propones?, respingó Trilce, subiendo el tono al mismo nivel, ¿Que nos crucemos de brazos y tú sigas con tus iniciaciones turísticas y yo como una imbécil acumulando premios de mierda?

El Lúder le acercó aún más las hojas y Trilce las tomó con un gesto cortante. Luego caminó hacia la puerta y ya en la salida oyó que él le pedía disculpas. Se detuvo unos segundos y de pronto en medio del silencio explotó el carcajeo de un tecolote.

¿Por qué demonios me tienes tanto recelo?, lo enfrentó encorajada.

El Lúder se dobló para recoger los vasos, y cuando habló su voz le llegó a Trilce mucho más agónica de lo que esperaba:

En el estado de caída la belleza y la inteligencia son monstruosas.

XIV

Durmió mal, muy mal, y cuando se levantó su cuerpo y su mente estaban en un desacuerdo beligerante. Tanta especulación la había dejado exhausta y la voluntad se sublevaba con un mensaje desesperado: Si cedes ahora, cederás para siempre. Así que esa mañana Trilce se levantó dispuesta a aplastar a la cucaracha kafkiana. Se duchó y durante el desayuno Refugio le dijo que Próspero y don Él habían salido con la primera luz. Ella se rió y pensó que ese don Él en el fondo no era más que pura miel, aunque para llegar a esa miel hubiera que romper antes una corteza llena de espinas. La mujer le puso también una llave enfrente y le dijo que don Él se la había dejado por si se le ofrecía algo de la otra casa. Trilce dio las gracias, y mientras sostenía la taza humeante del café a unos centímetros de la boca, veía la llave y pensaba en la cantidad de heridas que tendría el corazón del Lúder, y si esas heridas no supondrían todas juntas un escepticismo de muerte. Regresó a su cuarto con la taza de café por la mitad y aceptó con agrado el pretexto de la poca luz que se infiltraba a través de la densa neblina para prender la veladora que estaba justo al pie de la estampa de la Virgen de los Dolores. Aquella luz misteriosa le daba a las cosas una apariencia mínima que las convertía en entes primordiales. Recogió el montón de hojas y se dispuso a leer con el mismo embelesamiento del que cree que va a descubrir la salida del laberinto.

II

La mañana estaba nublada, fría y gris como un agujero tenebroso e incierto. Deyanira conducía y las dos veces que Él había hablado, ella lo había buscado en el espejo retrovisor: tanta rigidez no era justa, si eran lo que decían ser, lo que Él decía que eran, por qué entonces se dejaban manipular por Isa, ¿es que tal vez ya no le atraía como al principio, antes aun de que hubiese pasado por su mente que Vladimir y no Él, iba a compartir su cama? Subían por Las Lomas hacia la salida a Toluca y las calles estaban desiertas en todo su ancho; sólo algún auto de los más caros y ostentosos rompía por momentos el verde de la arboleda y las miradas buscaban de soslayo el menor desplazamiento, la mínima señal de que en aquellos lujosísimos caserones había vida.

-Si supieran que más pronto de lo que creen todo esto lo va a heredar el pueblo –dijo Vladimir y alargó el brazo izquierdo hasta dejar su mano sobre la rodilla de Deyanira.

-Terrible y al mismo tiempo deseable –dijo Él, sintiendo la frialdad del vidrio contra la frente.

Con gesto demasiado evidente, Deyanira retiró la mano que ya se arrastraba sobre su muslo derecho.

-¡Vaya genio! –protestó Vladimir.

-¡Vete al cuerno! –le escupió ella, y la vista se le fue al instante hacia el espejito.

Él cruzó la mirada sin detenerse en el reclamo y la fijó un momento en Isa, que parecía dormir aunque Él sabía que no, que simplemente estaba no estando; luego siguió hacia abajo y en el hueco del asiento encontró a Solaris con ojos ansiosos y esperando alguna señal, o al menos que una mano se posara sobre su cuello lanudo para expresarle algo. Él le palmeó la oreja y volvió a aquellas imágenes de riqueza plana y sin alma, y entonces pensó: ¿cuánto duraría todo eso en manos de las hordas resentidas?

-Esto es también una utopía, ¿no es cierto? –dijo Vladimir reclinándose hacia atrás.

-¡Cómo serás baboso! –repeló Deyanira.

-No esto es más bien una distopía –dijo Él, sin dar tiempo a que el insulto llegase más adentro.

-¿Por qué no? –insistió Vladimir. Había ahora en su voz un golpeteo insidioso, la esperada respuesta al latiguear de los dos últimos días.

-Porque estoy seguro de que aquí nadie escogió a sus vecinos, y las relaciones ni siquiera van más allá de los saludos de entrada y salida.

-Yo tampoco escogí –musitó Deyanira.

-¡Ya cálmate, joder! –dijo Él, y fue ella, al encontrarlo en el espejo, la que retiró de inmediato la vista. Luego Él siguió-: Si no hay convivencialidad plena, es decir, si no se comparten perspectivas semejantes de cultura, creencias e inquietudes vitales, no hay comunidad utópica.

-¿Te parece poco lo que comparten? –alegó Vladimir-: Gustos y odios de clase, obsesiones…

-Estás hablando de una determinación exclusivamente economicopolítica que no puede ser pauta de valoración utópica.

-Lo económico y lo político lo determinan todo –añadió Vladimir endureciendo el diálogo. Economista de profesión y profesor de economía política, Vladimir no desaprovechaba la ocasión de recurrir al marxismo duro para descalificar la visión hipercriticista que Él tenía del mundo.

-Entonces, según tu determinismo ramplón, no habría más que traer a vivir aquí a todo un barrio de Neza para que al instante…

-Es la producción la que determina la posición de clases, cabra –dijo Vladimir atacando con aquella porfía sorda que había aprendido en la Unidad Popular de Salvador Allende.

-Deja de recitar pendejadas del catecismo marxista. Ya te he dicho un montón de veces que prefiero la visión inversa.

-¿Cuál visión inversa? ¿La de que es la conciencia la que lo determina todo?

-La de Bataille, la que fundamentó en *La parte maldita*: el hombre es lo que consume.

-Si serás bestia cojuda, ¿acaso puede haber consumo

sin producción? –replicó contundente Vladimir. En Santiago de Chile, en las aulas de la Universidad Central, donde impartían clases los más aguerridos marxistas conosureños que no cesaban de teorizar sobre la dependencia económica de Latinoamérica y el destino de La Unidad Popular, le había tomado gusto al debate y ahora cuando se prendía no había manera de doblegarlo.

-¿Dónde estamos? –preguntó Isa, llenando de otro aire el silencio que se abrió al instante.

-Saliendo ya de esta mierda de ciudad –dijo Deyanira, viendo en el retrovisor cómo Isa encendía su rostro con una sonrisa cómplice. Buscó más al extremo y lo vio entendiéndose con Isa. Sin pensarlo dos veces dio un volantazo y los dos cuerpos que iban atrás no pudieron evitar encimarse. La perra chilló y Vladimir soltó una pulla. Él, reincorporándose apenas en su lugar, levantó la vista y la detuvo allí hasta que el chispear travieso de Deyanira resbaló fugaz sobre el espejo.

Preferían los domingos porque el tráfico era mínimo, y porque además era el único día a la semana en que la presencia de la UNAM, con su red de promesas y delirios, pasaba a ocupar un lugar secundario en el seno del grupo. Aunque a veces, dependiendo de si ya habían visto o no la película, iban por las noches al CUC, donde proyectaban ciclos de Bergman, Fellini, Resnais o Kurosawa. En realidad la UNAM lo era todo, y a nadie en el grupo podía ocurrírsele siquiera que fuera de aquel hervidero de ideologías y militancias extremas pudiera existir referencia cultural alguna.

La niebla comenzó a engrosar y de cuando en cuando aparecían las manchas ruinosas de los puestos de fritangas, como si quisieran señalizar con su violencia el inicio de otra tierra y de otra gente. El frío no le gustaba, ni siquiera la nieve, pero esa niebla densa y envolvente tenía algo de cosmogénesis, una piel vaporosa que adormecía la razón e incitaba a perderse en sus adentros. Nadie habló, y sólo el rasgueo de prendas para protegerse los unió en el silencio. Aunque las miradas ya habían saltado hacia fuera.

-¡Pa' su mecha! –dejó escapar Deyanira uno de aquellos jarochismos que la hacían parecer tan ingenua. Él entendió el reclamo y no quiso apartar la vista hacia ella. Los pinos eran sombras de caligrafía líquida, como si el estremecer de un fondo marino se extendiera más allá del asfalto sin permitir referencia alguna.

-Ve más despacio –fue todo lo que Él dijo, y enganchó su vista al borde de la carretera. Antes de que diera con el pilote kilométrico pudo saturarse con el muestrario de desechos: cacharros, latas, envoltorios de plástico, botellas y el infaltable perro atropellado pudriendo el aire con sus pellejos infectos. El síndrome del tiradero, pensó con amargura, la ignominiosa marca de identidad de una cultura que ha perdido la grandeza de su origen y que ha aprendido a vivir cómodamente entre la regazón de desperdicios.

Encontró la entrada sin mayor problema: para Él el sentido de orientación era un requisito indispensable si es que pretendían algo más que una mentalidad sedentaria y defensiva. Las lecturas habían agotado el tema, pero la vivencia era otra cosa.

-Todos nacemos con la posibilidad en la sangre, y el animal que llevamos dentro exige extensiones inabarcables, selvas y desiertos donde obligar a la razón a reconocer sus límites –les había dicho.

Vladimir replicó que ésa era una visión estrecha, simplemente unos tenían esa capacidad y otros no, y Él supo que el extravío era ya tan grande que no tenía caso regresar el tiempo: nadie quería enfrentar el riesgo que suponía la recuperación plena de la bestia sensciente.

Se colocaron las mochilas a las espaldas y comenzaron a subir por la vereda. Los reclamos de Solaris, amarrada con una cadena a la defensa trasera del auto, siguieron por un buen rato resonando en la distancia. Como media hora más tarde Deyanira e Isa comentaron el porqué de tanta prisa. Él, que iba al frente con toda la atención centrada en el esfuerzo, siguió con el mismo ímpetu, tan molesto por tener que ir siempre a la cabeza como por las salpicaduras de desechos que ofendían el paisaje. En respuesta, las mujeres abrieron

un boquete en la fila y Vladimir criticó el arrastre. Él aflojó el paso sin dejar el acecho, pues nada le parecía más afrentoso que sentirse sorprendido de golpe por algún ejidatario ladino o por urbonautas que como ellos buscaran por alguna razón muy específica aquellos parajes intransitados.

-Aquí –dijo desprendiendo la mochila de la espalda y apoyándola contra la base de un pino que por lo menos lo igualaba en años. No llovía y, aunque el frío quemaba al respirar, los claros comenzaban a mostrar los pinos cada vez más ralos por la lluvia ácida y la depredaciópn de los ejidatarios. Al fondo, la rajada de la cañada que le servía de referencia era como la puerta de un abismo.

Él fue el primero en sacar las cosas de su mochila y las dos mujeres lo secundaron: Isa extrajo los alimentos y Deyanira el anafre y la bolsa de carbón de encino; Vladimir dejó la mochila con las bebidas en el suelo y limpió los lentes con el forro de la chamarra para tratar de encontrarle claridad al gozo. Isa expelió el aire con fuerza, como si con el soplido quisiera desprenderse de la parvada de zopilotes que sobrevolaban sus obsesiones y enseguida enrisueñó el semblante. Él prendió el anafre después de varios intentos y luego se quitó la chamarra y empezó la rutina de calentamiento. Vladimir hizo lo mismo y poco después se les unió Isa. Deyanira les dio la espalda y ajustó más el cuello de la chamarra antes de irse hacia la cañada.

Pocos golpes pero impecables e implacables, ésa era la idea; así que había que sacrificar elasticidad y variedad a favor de la contundencia. Desde la piedra donde estaba sentada, lejos de la visión de los tres, Deyanira oía los pujidos y gritos marciales. Cuando al cabo regresó, encontró a los dos hombres remojados en su vapor. Él bebió un buen trago de agua y se pasó el antebrazo por la cara, después se fue hacia el árbol más próximo y con su cuchillo labró la corteza a la altura del pecho, hasta que las gotas de resina comenzaron a perlar la blancura. Regresó a donde estaba la mochila y del bulto que había sacado apartó dos pistolas: un revólver Smith & Wetson calibre 38 y una escuadra calibre 22 de U.S.

Army, una pequeña obra maestra diseñada por Erma-Werke. Primero tomó la escuadra y se alejó unos veinte pasos del blanco. Los disparos se sucedieron con los intervalos justos para volver a apuntar y el caracoleo se fue taladrando el silencio hasta perderse entre las manchas del bosque. Al voltear hacia los demás, sorprendió a Deyanira apartando apenas las manos de los oídos. La llamó y le tendió la pistola. Ella dijo que no con la cabeza, y entonces se adelantó Isa y pidió el arma. En el espacio descortezado del árbol Vladimir revisaba los ocho puntos de entrada: cinco sin orden y en los bordes, los tres restantes casi formando un triángulo en el centro.

Hija de un célebre político tabasqueño, Isa era la segunda de cinco hermanas y desde niña su padre la había educado sin miramientos, como si fuese el hijo que iba a engrandecer su futuro. Con paso firme llegó hasta donde estaba Él y recogió la pistola con un nuevo cargador. Enseguida buscó el blanco: los disparos fueron más espaciados, como si quisieran hacer constar la clara diferencia de visiones, dos formas de enfrentar el mundo igual de contundentes y altivas, que no pocas veces solían derivar hacia posiciones de violencia. El triángulo que ocupaba el centro del blanco quedó triturado por los impactos. Al tenderle el arma a Vladimir, Isa enarcó la ceja en aquella pose suresteña que Él consideraba propia de una autosuficiencia provinciana, y dejó entrever un resabio de malicia en la mirada.

Antes de tomar la pistola, Vladimir se puso a limpiar los lentes con calculada ironía. Miró luego a Isa, que empezaba a impacientarse con la mano tendida, y sonrió.

-Qué vaina con esta niebla –dijo agarrando el arma. Cuatro de los disparos, más dilatados aun que los de Isa, mordieron los bordes cascarudos del blanco y los otros se perdieron entre el previo puntear azulino. Después cambiaron la escuadra por el revólver y descascararon otro árbol como blanco. Cuando tras los disparos se acercaron a las mochilas, Deyanira los recibió con una sentencia cortante:

-Acaban de darles en la madre a dos de los mejores pinos.

Él abrió la botella de tequila y llenó la mitad de un vaso.

-De seguro los ejidatarios nos lo van a agradecer –dijo Vladimir acercando un vaso al pico de la botella para que Él le sirviera.

-Además de baboso, cínico –escupió Deyanira.

Vladimir se frunció al encajar la pulla. Evidenciarlo así, regodeándose de esa manera en el rechazo, lo desarmaba por completo: era una impotencia aún más afrentosa y humillante que la que solía sentir cuando los militantes del MIR refugiados en México le reprochaban el ser simplemente apoyo político.

-Lo que más me gusta de vos es el sentido de compañerismo –dijo recuperando de pronto la dulzura de su nativo acento vallecaucano.

-¿Qué mierda pasa, eh? –terció Él, ahora ya dándoles el frente.

-Camus dice que no tenemos necesidad de esperanza, sino de verdad –dijo Deyanira.

-¿Por qué no te dejas de romanticismos pendejos y asumes de una vez tu mayoría de edad? –le soltó Él.

-Y Keats dice que belleza y verdad son lo mismo –añadió Deyanira. Esos dos personajes, el prosista y el poeta, eran los modelos que potenciaban su arisquidad.

-Es lo de siempre –dijo Isa, que estaba recostada contra un árbol observando la escena–; quiere lo que no tiene y tiene lo que no quiere.

-Claro, es muy fácil cuando juegas a ser el Castor de un pinche Sartre –rezongó Deyanira.

-Ya deja de refregar con esas cagadas –respingó Vladimir.

-De acuerdo, ¿qué carajo pretendes? –le dijo Él.

-Que seamos sinceros –se quejó Deyanira.

-Yo soy sincero.

-No puede haber sinceridad en que ella te acapare.

-Aquí nadie acapara a nadie.

-Claro, Sartre distinguía muy bien entre las contingentes y la necesaria –y por primera vez Deyanira le aguantó la mirada.

-Yo no tengo la culpa de que ustedes dos no se hayan podido entender…

-¿Nosotros dos o nosotros cuatro? –dijo Deyanira abarcando a Vladimir y a Isa con el movimiento de cabeza. Sabía que el tema era brasa viva, la entrada a un volcán de resquemores que en cualquier momento podía estallar; y eso precisamente era lo que ella pretendía.

-¡Ya les dije un montón de veces que el grupo no es ni un falansterio ni una comuna hippie! –tronó Él.

-Claro que no, pero aún puede llegar a ser un harén -masculló Deyanira.

-Como el que tuvo Camus –ironizó Isa.

-Por lo menos era sincero con ellas –remachó Deyanira.

-Toda esta mierda se solucionaría de golpe si Isa y tú se entendieran de una maldita vez -reclamó Él.

-Eso díselo a Isa.

-¿Y yo qué juego en toda esta vaina? –cuestionó Vladimir.

-¿Entiendes ahora por qué no creo en forma alguna de convivencialidad respetuosa y duradera? –dijo Él.

-Ésa es otra historia.

Por respuesta, Él fue a donde estaban las pistolas y se puso a recargar la escuadra.

-Da razones pues, huevón –dijo Vladimir forzando la distensión.

-¿Otra vez?

-Si las has dado, yo por lo menos no las conozco –dijo Deyanira.

-Celos, una mierda de educación egoísta y confesionaria, y una pinche voluntad que se derrite ante la más ruin oportunidad política o sexual.

-¡Quién habla! –respingó Deyanira.

-¿Y el grupo? –terció Vladimir.

Le había propuesto que leyeran el segundo volumen de la *Crítica de la razón dialéctica,* donde Sartre había intentado darle una fundamentación teórica a los excesos convivenciales del clan que formaba con otras mujeres y Simone de Beauvoir. No era Sartre uno de sus filósofos preferidos, ni tampoco comulgaba con la idea de que la sociedad comunista era un imperativo histórico impostergable. Para Él la sociedad humana en su con-

junto, cualquiera que fuese su forma de gobierno, no tenía remedio, pues todas derivaban inevitablemente hacia la opresión y la entropía; y la relación de pareja era la manifestación más elemental de esta conflictividad, de ahí su interés en la noción sartreana de grupo, pues sólo en un grupo, pensaba, podría darse una convivencialidad menos represiva y menos autoritaria. Pero ahora, blanco de todas las susceptibilidades, empezaba ya a sentir el agobio iracundo del que siempre va al frente.

-O somos por completo o no somos nada –dijo Vladimir ante el silencio que todo lo aplanaba-. Ninguna mujer se embaraza a medias, ni nadie milita a medias, así que yo propongo que dentro del grupo todo, fuera del grupo nada.

Sin molestarse siquiera en explicar su postura, Isa ajustó el cierre de la chamarra y se alejó del árbol. Poco a poco la niebla cubrió su espalda como un sudario.

-Regresa acá conchetumadre y expón razones –gritó Vladimir, y la niebla también se comió las palabras.



Mierda, pensó al terminar la lectura, vivir en grupo era la misma mierda que vivir en cualquier otra forma de sociedad; la misma violencia, la misma lucha por el poder, los mismos golpes bajos... Sin embargo, le gustaba mucho Deyanira, era del tipo de mujer con el que ella se identificaría de inmediato. Con el Lúder y Deyanira desde luego que sería interesante, o con Celeste y el Lúder, pero no con Isa, que desde el primer capítulo ya le había parecido un poco arrogante. Tenía que reconocer que la historia la atrapaba y, aunque ya sabía que el final tenía que ser inevitablemente trágico, las posibles respuestas a las confrontaciones intersexuales suponían para ella un auténtico cebo literario. Era claro que prefería seguir leyendo más capítulos de *El Grupo* a tener que escribir su propia novela, incluso una vocecita le cosquilleó en el oído la posibilidad de ir a la casa del Lúder y buscar la llave del cuarto misterioso donde con toda seguridad estarían los restantes capítulos de la novela. Pero no, eso jamás lo

haría. Lo que iba hacer después de lavarse los dientes era lanzarse de cabeza a escribir su segundo capítulo.

Se reacomodó al cabo sobre el camastro y releyó en el grueso cuaderno el final del primer capítulo. Luego cerró los ojos y conectó los recuerdos con la respiración. No tardó más de quince o veinte minutos en darse de frente contra los acontecimientos que habían seguido a su salida del colegio. Tomó la pluma y empezó a escribir: Cuando mi madre salió de la casa para subir al taxi... No le gustó y lo tachó. Volvió a intentarlo y el resultado fue aún peor: Aquella mañana cuando salimos hacia la estación... Nuevo tachón, que la obligó a dejar el cuaderno y a centrarse en la respiración. En su mente las palabras surgían y se incendiaban sin lograr ninguna frase. Alargó un poco más el ritmo de la respiración y conforme se fue aplacando la pirotecnia mental vislumbró a través de una densa cortina de niebla a la niña y a su madre saliendo del pazo umbrío y entonces en su mente una voz intemporal comenzó a decir: Esa imagen de mi madre al salir temprano de la casa para subir al taxi que nos llevaría a la estación..., y siguió en derechura hasta que los nombres de las calles y de los inquilinos y todos los sentimientos enquistados que el recuerdo agrandaba comenzaron a girar y a darse encontronazos. Arrojó el cuaderno a un lado y se apretó las sienes tratando de detener el martilleo dentro de su cabeza. Y al relajarse la venció el sueño.

Por la tarde releyó lo que había escrito e hizo demasiadas correcciones. Las hojas del cuaderno parecían el manuscrito de un náufrago y los tachones y añadiduras eran señales definitivas del ahogamiento. Sólo la llave, que se encendía de promesas a la luz de la veladora, le ofrecía una posible salida a la rumia de malhumores. Se puso la chamarra y metió la llave en un bolsillo. Al apagar la veladora se dio cuenta cabal de que necesitaba sol, sentir cómo su cuerpo se llenaba de energía y su mente se dilataba y comenzaba a flotar sobre las cosas sin tener que dominarlas ni sufrirlas. Justo lo contrario del vaho frío que ahora cristalizaba sus sentimientos y hacía que las apariencias fueran mucho más grotescas de lo que en realidad eran. Entró un instante en el cobertizo de al lado y comprobó que la planta de luz Yamaha

estaba casi intacta; había también una batería muy grande conectada a la planta, y por más vueltas que le daba no podía entender por qué mierda el Lúder no la prendía. Salió y el acuchillar del frío la obligó a acelerar el paso.

Adentro de la casa del Lúder casi no se veía. Extremando precauciones se metió en la cocina y encontró un encendedor. Regresó a la sala y prendió la veladora que estaba en la mesa. Después levantó al frente la veladora y caminó hacia el cuarto del Lúder. Vio que sobre la cama estaba la linterna y la tomó y la prendió. Con la veladora en una mano y la linterna en la otra regresó a la sala; dejó la veladora sobre la mesa y fue hacia el otro cuarto. La puerta estaba cerrada, pero recordó que el Lúder antes de entrar allí iba primero a buscar la llave a su cuarto. Regresó al cuarto del Lúder y al barrer con el haz de luz el piso vio el viejo libro de Séneca y el montón de hojas de su capítulo. Recorrió las paredes hasta que la luz se detuvo en el pequeño librero. Se acercó y comenzó a leer en los lomos: San Juan de la Cruz, León Bloy, Eckhart, San Agustín, John Hunter, y se detuvo en el título del libro de este autor del que jamás había oído hablar: *El cazador blanco;* luego seguía *El hombre y lo divino* de María Zambrano y *Del sentimiento trágico de la vida* de Unamuno; y al final un libro del que Vicent le había hablado pero que no había tenido oportunidad de conseguir: *La emboscadura* de Jünger. Sin pensarlo alargó la mano y agarró este último. La mano bajaba apenas el libro cuando la llave cayó al piso. La levantó y dejó el libro sobre la cama.

Esperaba encontrar algo distinto a lo que era el resto de la casa. Pero no aquel contraste. Había una cama gigantesca que ocupaba casi la mitad del cuarto y era toda de madera oscura labrada y con soportes para el mosquitero que la envolvía en una suntuosidad cortesana. Tenía encima un edredón de satín y adentro sábanas de finísimo algodón satinado que eran al tacto como pieles lujuriosas que incitaban a desnudarse. En una pared lateral había muchísimos libros de autores que la lámpara al acercarse fue identificando: Hegel, Fichte, Spinoza, Kant, Heidegger, Adorno, Horkheimer, etc., había también una cómoda neoclásica a los pies de la cama y encima estaba un impecable

televisor y una videocasetera. El mueble tenía dos puertas: una ocultaba un sofisticado equipo de música y la otra estaba plena de cajones; allí había perfumes, ropa interior finísima, cremas, condones, un vibrador tentadorsísimo y un montón de cosas que sólo las mujeres acumulan para lo que se ofrezca. En la otra pared lateral, al lado de la única ventana, había un enorme ropero y al abrirlo, Trilce volvió a sacudir la cabeza con el mismo desconcierto: en un lado toda clase de latería y pastas, mermeladas, frutos secos, botellas, en fin, una miscelánea completa; y en el otro un guardarropa que incluía desde chamarras, pantalones y camisas hasta sábanas, toallas, etc... El disco de luz siguió buscando y fue a detenerse en la mesilla que ladeaba la cabecera de la cama. Encima había una foto enmarcada, y el marco parecía de plata y pesaba más que cualquier marco del mismo tamaño de los que hasta ahora había sopesado. En la foto estaba una mujer de rasgos muy mexicanos y armoniosos y en el brillo de sus ojos cafés y en el sabroso encarnamiento de sus labios había una promesa de deleite que para Trilce era como el vuelo flechado del deseo. Afuera resonó de pronto un motor y tuvo que apurarse para que el Lúder no la sorprendiera en el curioseo.

La camioneta estaba frente a la otra casa y Próspero bajaba de atrás la bolsa del mandado. Ella le preguntó qué tal y él respondió que bien.

-¿Y el Lúder?, preguntó como si le preguntara cualquiercosa.

Se quedó en Catorce, pero aquí le mandó un recado, y le tendió unas hojas dobladas.

Era un fax, y el Lúder había escrito en la esquina superior derecha unas letras diciéndole que no se preocupara, que ya todo estaba arreglado. El fax era de Celeste: la regañaba por no hablarle y le hacía saber que su artículo sobre el desierto había salido también en la edición mexicana del periódico y que había tenido bastante resonancia. Por último, le hablaba de un tal Abraham que iba a llegar con su equipo para filmar todo lo que ella quisiera que saliera al aire en la tele...

-¿Cuál tele?, preguntó encarando a Próspero.

-La tele que vino de México, pues.

-¿Vinieron a filmar? ¿Cuántos son?

-Tres, allá andan parriba y pabajo con don Él.

-Mierda, ¿y no sabes cuántos días van a estar?

-Me dijo don Él que usté no se preocupe, que él se encarga de todo.

-¿Y él cuándo regresa?

-Pueque mañana o pasado.

-Mierda, tengo que ir...

Próspero no dijo nada y entró con la bolsa. Al ver que no salía, Trilce decidió también meterse. Con Próspero evasivo y la mujer silenciosa por naturaleza los intentos de Trilce por sonsacar más información se convirtieron en un pelotear contra la pared de un frontón. Mientras sopeaba en una taza de café con leche dos panes de dulce, sorprendió unos bisbiseos entre la pareja que fueron como un ¡A ver cuándo se larga!, dicho con la callada resignación del indígena. Recordó Oaxaca y la imagen final fue la de Homero Torrenciales diciéndole: Maestra, hay que ponerse en el lugar del otro. Y entonces vio con claridad que su soberbia era mucho mayor que la de aquel servidor rústico que tenía por lo menos dos motivos para sentirse a disgusto: si hablaba más de la cuenta, el Lúder lo reprendería; y si Trilce seguía necia, no tendría más remedio que llevarla a Catorce... Tienes razón, dijo Trilce en voz alta, lo más sensato es dejar que el Lúder se haga cargo, y además malditas las ganas que tengo de ir a Catorce. Próspero asintió satisfecho, pero Trilce ya no le dio tiempo para que le mostrase su lado amable. Se levantó, dio las gracias y se fue a su celda.

No quería escribir ni leer, sólo pensar. Pero de tanto lucubrar perdió el sosiego y las sombras que proyectaba la luz de la veladora eran cada vez más inquietantes. Y entonces empezó a revivir aquellos momentos lejanísimos cuando todo el edificio y a veces toda la calle se quedaban sin luz y ella y su madre se refugiaban en la cocina y la voz de su madre era la única seguridad entre tanto miedo. Se vio encogida en la parte de la mesa que le correspondía y sintió en las manos el calor de la taza de Cola-Cao y sintió también su sabor delicioso y el sabor delicioso de las pastas con que lo acompañaba... Tomó el cuaderno y empezó a escribir con el empuje de un río en crecida.

No soñó nada o no recordaba nada si es que había soñado. Se levantó liviana y alegrecida y vio que por el caballete de la cabaña y entre las ranuras de las tejas se filtraba una luz finísima que era como un canto solar. Había terminado el capítulo casi a media noche y la avalancha de imágenes no le había permitido demorarse en la mínima corrección. Estaba de nuevo en plena fertilidad creativa y en su cabeza ahora sólo había lugar para que la novela creciera y que aquella niña angelical de los primeros capítulos terminara metamorfoseándose en una veinteañera diabólica que gana un premio con una novela que en un solo año agota varias ediciones.

Sólo desayunó una taza de café. La mujer de Próspero le tenía listos unos huevos con machaca y frijoles refritos, pero Trilce dijo que luego regresaba y salió con la taza de café hacia su celda. Acomodó la máquina de escribir sobre la mesa y se dispuso a pasar en limpio todo lo que había garrapateado en el cuaderno. Todavía no se le ocurría ningún título, pero eso ahora era lo que menos le preocupaba. Simplemente centró arriba un Capítulo dos y empezó a teclear. Apenas se demoró en un par de correcciones y en tres o cuatro sinónimos, y cuando acabó se sorprendió silbando una vieja canción de Triana, que había sido por mucho tiempo su grupo favorito de rock.

Ni próspero ni Refugio estaban en su casa. La puerta trasera estaba abierta y Trilce entró y vio sobre la cocina el sartén con los huevos revueltos y la cazuela de barro mediada de frijoles. Prendió las dos lumbres y mientras se calentaba la comida preparó algo de beber con azúcar y polvos con sabor a toronja. Comió potenciando al máximo el goce y después fue a consumar el ritual higiénico.

Dio un breve paseo, demasiado breve porque los perros de las primeras casas se le echaron encima, y dividió el resto del día en un programa sumamente atractivo: primero le echaría el último vistazo al capítulo que acababa de pasar, y después iría a casa del Lúder a buscar un buen libro. Ya en la celda, se sentó en el camastro y empezó a leer reparando más en la forma que en lo que decía:

Esa imagen de mi madre al salir temprano de la casa para subir al taxi que nos llevaría a la estación, de una violencia imprevista y decidida, tomándome de la mano y tirando de mí con fuerza como si pretendiera llegar de una vez al futuro, iría por siempre ligada al recuerdo de la maldad de la vida, que de golpe me había convertido en adulta.

En el tren de regreso, solas en el compartimento, los brazos de mi madre volvieron a abrirse para recibirme y yo me entregué con más fuerza y lloré también con ella, pero ya sin rencor ni deseando que viniera la muerte, sino agradecida por todo lo que había pasado en esa semana que quedaría grabada como la peor de mi vida, y que sin embargo me había devuelto el único ser que yo quería; porque llorar así, en unión plena de alma y cuerpo, no era sufrir; no, aquello era volver otra vez a vivir mi mejor sueño: mi madre cargándome en brazos al tiempo que un chorro inmenso de luz nos subía hacia el firmamento.

Encontramos todo igual, pero la relación ya no podía ser la misma. Mi madre me preparó un cuarto aparte y esperó un día, que se alargó sin apenas palabras que rompieran el castigo de la limpieza obsesiva; y al siguiente, luego de ir las dos temprano al mercado de la Boquería, se abrió de golpe mientras me preparaba mi platillo predilecto.

-He pensado que ya no vas a volver a la escuela –me dijo desde el fregadero, sin voltear a verme.

-¿Con las monjas? –balbuceé.

-A ninguna, no tiene caso.

Yo no dije nada y seguí mirando en silencio hacia la espalda de mi madre.

-Con lo que ya sabes y lo que yo te enseñe tendrás suficiente para entender que no se puede esperar a que alguien venga y te ofrezca sin más lo mejor de la vida.

-Ya entendí -repuse y comencé a tensarme igual que antes de ir a Galicia, justo en la cocina y con el mismo tema.

-No, bobiña, algún día entenderás. Ahora lo único que puedes hacer es vivir en mí, como si las dos fuésemos lo mismo, sin ocultarme nada, ni siquiera tus sueños, nada, ¿confías en mí, Trilciña?

-Sí, mamá.

-¿De veras?

Y tuve que voltear y mirarla a los ojos. ¡Virgen Santa, cómo no iba a dar toda mi vida por ella! Y las lágrimas que brotaron de pronto en su rostro resplandeciente hicieron que el recuerdo me dijera de nuevo aquella frase tan perturbadora como la visión de Toledo desde las alturas, del Greco, cuya reproducción ocupaba un lugar central en la amplia sala que hacía de estudio y biblioteca:

-Me dijo don Conrado que somos igual de guapas que Santa Ana y la Virgen de niña.

-Ya verás, filliña, que vamos a ser un mismo respirar y un mismo pensamiento: yo voy a vivir para ti, y tú vas a vivir para mí. ¿Me lo prometes?

El edificio era una mole consolidada y vetusta, justo en la esquina de Josep Anselm Clavé y frente a la sede del Gobierno militar; allí enraizaban las Ramblas y desde la esquina la mirada se disparaba equidistante hacia la dársena y el monumento a Colón. Constaba la construcción de un bajo, un principal, primero y segundo, y cada planta estaba a su vez subdividida en espaciosos apartamentos. La parte baja la ocupaban el laboratorio químico de un italiano putañero y gritón que se hacía llamar Fabricio Orsolini, local que luego absorbería el peletero gallego que le había dado a mi abuela el piso en pago a una resolución desfavorable en un litigio de tierras en Lugo, y estaba también, ocupando la esquina y contraesquina, el famosísimo y estruendoso Cabo Universal, reducto de toda la infantería puteril al servicio de la armada norteamericana que recalaba en el puerto; allí el estraperlo no reconocía trabas, y su dueño, el ultracatalán don José Masana, se vanagloriaba de sus relaciones con los mandamás de la jauría carabineril y de poder conseguir cualquier capricho que se le ocurriese al cliente, desde el mismo modelo de bragas

que usara Rita Hayworth en *Gilda* hasta la más novedosa marca de penicilina, que Orsolini recetaba a las putas para curar la marea infecciosa que les espumeaba en la entrepierna. El principal lo ocupaba en su totalidad don Manuel Muñiz, el peletero gallego, que vivía con el puro pegado a la boca y en medio de la tufarada hostil de las pieles y el alcanfor. En el primer piso, zona de peligro que los de arriba cruzaban con sigilo, vivía el azote de las conciencias miedosas: una puta cordobesa ya en retiro pero que aún conservaba, entre afeites y mañas, el atractivo suficiente para hacer recalar en su cama a un par de navegantes que la mantenían, además de la fama en el uso de la faca andaluza que, desde que probara por primera vez carne humana hacía más de quince años, sólo la descolgaba del surco de las tetas para amenazar o pinchar. Don Miguelito García Puga, puntilloso funcionario menor del Registro Civil y solterón amariconado, era el blanco predilecto de la andaluza, que hacía escarnio de sus modales afectados y sus pretensiones subidas. El otro apartamento lo ocupaban el abogado naviero don Jacinto Olmedo y su esposa. Y por último, en el segundo nivel, y en el apartamento del centro, vivía una pareja de pensionados formada por el señor Carlos Jungá y su esposa Juanita, recién salidos de una breve estancia en el hospital tras ser empujados escaleras abajo por la puta; a la derecha, en otro apartamento igual de reducido que el central, vivía la portera Paquita de Segovia y su hijo veinteañero y afeminadísimo, que gracias al papel desempeñado por la madre lograba medio evitar la ponzoña de la andaluza sobre sus relaciones con don Miguelito. Y el apartamento de la izquierda, con sus increíbles mil doscientos cincuenta metros, lo ocupábamos mi madre y yo rodeadas de un halo de respetabilidad por las maravillas que hablaba Paquita del apartamento y por los comentarios hechos a la puta por don Manuel Muñiz, asegurándole que el padre de mi madre era un juez de bastante peso en Galicia y conocido del Generalísimo.

Don Mariano Valles, que había heredado el edificio, sufría el agobio de una cuadrilla de hijos en edad dispendio-

sa. Espoleado por el ambicioso gallego, pretendía vender de una vez los apartamentos que aún rentaba, pues, como no cesaba de repetirle el peletero, aquella zona estaba ya gangrenada por el vicio y la miseria de los inmigrantes.

El colegio de las monjas Carmelitas estaba al lado de la panadería de la señora Filomena, viuda de González, y para llegar hasta allí mi madre y yo teníamos que coger por Josep Anselm Clavé, cruzar el passatge de la Paz -en medio de un pantano de cagadas y meadas-, doblar a la izquierda para seguir por el passatge del Dormitori de Sant Francesc y luego, en la esquina de la izquierda, frente a la plaza del Duc de Medinaceli, tomar la Carrer Nou de Sant Francesc. Cinco años de rutina, soportando insinuaciones y gestos groseros de borrachos y marineros en celo... Y de pronto mi sorpresiva confesión, la imposibilidad de ocultar por más tiempo a mi madre el origen de aquellas estampitas y lo bueno que era conmigo el bedel del colegio, cortaron de raíz la rutina y ni la pobre viuda panadera se libró de la condena.

Sólo dos salidas romperían la rutina que marcó toda mi adolescencia: un paseo en una golondrina, lancha con toldo que iba hasta el rompeolas, y una caminata hasta la Barceloneta para recibir un paquete que mi tío, el hermano de mi madre, nos mandaba desde Galicia con un conocido. Los otros dos itinerarios, repetidos como un rito lunes, miércoles, viernes y domingo, agotarían todo lo que, hasta mi mayoría de edad, fue el mundo pernicioso de la calle. Tres días a la semana de casa al mercado de la Boquería, Ramblas arriba y abajo; y el domingo, con nuestras mejores galas, la peregrinación al santuario del único recuerdo que mi madre se permitía de mi padre: la misa de diez en la Catedral. Evitando siempre la sordidez leprosa del Barrio Gótico, caminábamos hasta el final de Josep Anselm Clavé, que enseguida cambiaba de nombre por Ample, y luego tomábamos Via Laietana hacia arriba y yo me paraba un instante frente a la Muralla Romana y miraba en silencio hacia lo alto de la torre como si de verdad viera a alguien. Una vez mi madre me preguntó:

-¿Qué ves?

Y yo le dije sin desprender la mirada de la altura:

-Veo cómo nos ven desde allá arriba.

Seguíamos después de frente y en la plaza de Berenguer, para evitar el bullicio de la hora, nos apartábamos por una callecita de la izquierda y subíamos por la Baixada de la Canonjía, que daba a la puerta misma de la Catedral. Un par de veces, a la salida, atraída por el paso de la gente, yo había intentado regresar por la Carrer de Santa Llucía, que entronca con la Carrer del Bishe, pero mi madre me había sujetado con fuerza de la mano para reconducirme al camino de costumbre. Diez años después, comentando con mi madre el detalle del lejanísimo pasado, me enteraría de que allí justamente, en la Carrer del Bishe, mi padre había recibido la noticia del embarazo.

-Nada de matemáticas, ni geometría, ni física, ni química: tú vas a ser escritora -dijo mi madre al adentrarme en el mundo mítico de Valle-Inclán. Además del escarnio que el arousano genial hacía de la incivilidad gallega, mi madre compartía también las penas y sinsabores que ese hombre, al que veneraba como a un santo, había tenido que pasar: no en balde su tesis para recibirse de licenciada en filología galaicoportuguesa por la Universidad de Barcelona llevaba por título *Valle-Inclán: la literatura como devoción.*

Empezamos por las *Sonatas,* y desde allí comencé a dibujar con profusa imaginación el mapa de mis obsesiones. Primero mi madre leía el texto correspondiente a la lección del día y yo oía y anotaba en mi cuaderno las pistas para anudar luego mis fantasías. Y después, durante toda la tarde y a manera de redacción, desarrollaba algunos de los tópicos que surgían de la lectura y que mi madre me proponía. En mi mesita de trabajo, sometida al obligado delirio ordenador de mi madre, el diccionario y la gramática eran piezas fundamentales.

-Acostúmbrate a usarlos como si fuesen los vestidos que han de cubrir la desnudez de lo que escribes -decía para animarme.

Y yo buscaba y rebuscaba, hasta que de tanto frecuentar terminé aprendiéndome todo de memoria.

Adentro estaba el orden, afuera los problemas. Toda salida era un riesgo y yo, consciente del peligro, bajaba y subía las escaleras queriendo ser como el aire, un pasar silencioso que no se detenía en nada; aunque el viejo peletero, con sus halagos, y la andaluza, extrañamente amable cuando nos encontrábamos, fuesen una prueba menor antes de llegar al infierno. Mis salidas solitarias siempre eran una emergencia: una gaseosa, vino, una Fanta, que era el refresco que a mi madre le encantaba; pero de los acosos rara vez me libraba. El encargado del bar, que extremaba atenciones con mi madre, procuraba en vano apartarme de la suciedad de las preguntas que solían hacerme las putas o de las insinuaciones de ciertos clientes. Era como una sumergida en aquella oscuridad aceitosa que había visto con pavor desde la dársena, y el tener que tirarme de cabeza en aquel antro era lo peor que podía pasarme en mi nueva vida. Pero no había opción: mi madre por nada del mundo entraría en aquella cueva del vicio, como le decía en las cada vez más contadas ocasiones en que tenía que mandarme:

-Trilciña, ¿no quieres irme a buscar una Fanta a la cueva del vicio?

Y yo recibía la noticia como si una garra filosa me apretara el corazón.

Una tarde, excedida en lecturas y explicaciones, mi madre dio salida fácil al deseo de un refresco. Entre el sí de aquel atardecer asoleado de primavera, que incitaba especialmente a disfrutar de una bebida fría, y la descarga aterrante del solo pensamiento, yo no lo hubiera dudado. Sin embargo, mi madre lo era todo para mí, y sin opacarme por el disgusto asentí con la cabeza y bajé luego apresurada.

Era la segunda vez que un hombre me tocaba, pero qué diferencia abismal entre una y otra: el tipejo me tomó por atrás para bajarme las bragas, mientras por la nuca me llegaba una tufarada aún más rancia y nauseabunda que la de la alfombra habitual de aserrín y escupitajos que cubría el piso de la barra del bar. Ante las risas que estallaron, todo mi cuerpo se cimbró de coraje. Agarré la botella y, sin preocuparme siquiera por

el regreso del cambio, salí con paso enloquecido: dos marineros que cruzaban frente a la puerta no pudieron eludir mi encontronazo. La botella se hizo añicos contra la acera y yo subí llorando. Y así, hipando de humillación e impotencia, me encontró la andaluza justo al salir de su apartamento.

-¿Qué te ha pasao, niña? –dijo tomándome con suavidad la barbilla y limpiándome las lágrimas.

Yo intenté librarme y no dije nada.

-¿Te robaron?, ¿te pegaron? Dime, corazón.

Y le conté entre sollozos lo que en el bar me habían hecho.

Ni mi madre ni yo supimos más de lo que Paquita la portera nos dijo. Tal vez exagerara, como era su costumbre, y que la navaja de la cordobesa simplemente se limitara a cortar el aire, pero desde ese día ni las putas se metieron más conmigo ni permitieron que ningún cliente lo hiciera.

Estábamos ahora con *Flor de santidad,* y mi madre trataba de responderme una pregunta extraña:

-¿Por qué Nuestro Señor sólo se le aparecía a la pastora y no a los demás? Me habló de los elegidos, de los puros e inocentes y de los desamparados, pero yo seguí neceando, busqué en el diccionario y le leí a mi madre lo que significaban las palabras que me había dicho. Era ya la tercera vez que me ocurría, mis preguntas parecían buscar el sentido límite de las palabras, como si supiera que las cosas y los sucesos fuesen apenas sombras de lo nombrado.

-¿Y yo soy pura, mamá? -le dije antes de que mi madre terminara de levantarse.

-Claro que sí, filliña; ¿y por qué me preguntas eso? -la mirada de mi madre evidenciaba ahora el cambio de enfoque-. No me ocultas nada, ¿verdad?

Y entonces, justo cuando se lo iba a contar todo, a decirle lo mala e impura que había sido en pensamientos y deseos, el milagro terminó de consumarse. Ante la insistencia del timbre, mi madre misma bajó a recibir el telegrama y regresó con paso ensimismado.

-Murió ayer -dijo al alejarse hacia su cuarto.

-¿La abuela? -alcancé a decir.

Y mi madre ni volteó para afirmar. En mi rostro se prendió de pronto la fascinación y fui corriendo hacia el calendario que estaba en la cocina para comprobar el número de meses que habían transcurrido desde que estuviéramos en el pazo de Sobrado.



Estaba en la hamaca. La vida de John Hunter la había cautivado desde la primera página y ahora iba ya por la tercera parte del libro. Era impresionante ver cómo aquel joven escocés se introducía en el corazón del África portentosa de principios del siglo veinte para terminar convirtiéndose en el más grande cazador blanco de toda la historia. Había masacres espeluznantes y algunas también eran prodigiosas, aunque a Trilce la cacería y los toros le parecieran señas de identidad del más brutal patriarcalismo. Sin embargo, había en esas memorias en forma de novela algo tan auténtico y fluido que al cabo de un par de páginas se podía saber ya que lo que se estaba leyendo era ni más ni menos que un verdadero clásico del tema... Oyó unos ruidos amortiguados y al levantar la vista hacia la puerta vio al Lúder. Venía sudando, con la mochila a la espalda y la sonrisa con la que la miraba era apacible, tal vez demasiado parecida a la que ella había imaginado en el rostro de John Hunter.

¿Todo bien?, preguntó él mientras se quitaba la mochila de la espalda.

Muy bien, respondió Trilce con énfasis. Como él la siguió mirando en silencio, ella añadió: Vine por un libro y me quedé atrapada con éste, y le enseñó el libro que tenía en la mano.

El Lúder dijo que no había problema; luego regresó a la sala y hasta allí le llegó la voz de Trilce:

¿Y a ti qué tal? ¿Lograron filmar El Bernalejo?

Como él no contestó, Trilce dejó la hamaca y salió del cuarto. El Lúder estaba en la cocina bebiendo agua. La vio de reojo y cuando acabó de beber se limpió con el antebrazo. Tenía manchas de sudor en el pecho de la camisa y el verde de los ojos era mucho

más oscuro del que Trilce recordaba. La mirada estaba hundida y opaca y la piel se había agrietado en exceso cerca de las sienes. Lo único que en aquel rostro se mantenía pleno era la sonrisa.

Deberías usar sombrero bajo ese sol, comentó ella.

Y también cremas, masculló él.

Claro, ¿y por qué no?

De placenta sobre todo, siguió socarroneando.

Por mí puedes echarte grasa de león si quieres, y al decirlo se encaminó hacia la salida.

Está bien, cazadora, siéntate por favor, y le indicó el sofá.

Trilce pasó remoloneando ante él, que tenía una mano sobre el respaldo de la silla y la otra tendida hacia el sofá, y se sentó con las rodillas juntas y las manos sobre ellas a manera de candado.

Te acaban de conceder el premio Enrique Tierno Galván de periodismo, le soltó a bocajarro.

¡Mierda!

Él extrajo de la mochila el fax y se lo tendió por encima de la mesa. Trilce lo tomó sin atreverse a levantar la vista y confirmó que era por su crónica sobre el ritual del pez-pito. Volvió a decir ¡Mierda! cuando vio que tenía que regresar a Madrid de inmediato, pues ya le tenían convocada una rueda de prensa, y no quiso hablar al percibir la ironía con que el Lúder le decía: ¡Felicidades!

Sólo dos tipos de individuos creen que los premios son una condena, continuó él.

¿Ah sí?, ¿y quiénes son?, y lo dijo sin apartar la vista del fax, para que él sintiera que en realidad ni él ni lo que decía le importaban tanto.

Los resentidos que nunca han recibido un premio, y los que están hastiados de recibir tantos.

¿Y tú?, dijo apuntándole de mirada a mirada.

Yo soy un caso aún más aberrante. A mí me dan los premios y después me los quitan.

Para Trilce era ya claro que el Lúder venía de regreso en muchas cosas. Y aquel verdear sereno que tenía ahora en los ojos era como una abertura a otro mundo, un mundo de fluidez y desapego que en el fondo tenía mucho de renuncia.

¿Y qué tal los de la tele?, preguntó más sosegada.

Bien. Los llevé a que filmaran los exvotos de la iglesia de San Francisco,las ruinas del palacio de la ópera...

Sé que eres capaz de eso y mucho más...

Sí, hasta de invitarte a cenar a manera de humilde despedida.

¿No vas a decirme lo que filmaron?

¿Qué te parece si luego seguimos hablando con un buen vino y una buena cena?

Ya, y va a resultar que es un vino cutre de esos mexicanos y una bazofia de pasta.

No, esta noche por ser tan especial tomaremos una pizza.

¿Hablas en serio?

Nada más concédeme un par de horas. Mientras, puedes aprovechar para hacer tu equipaje.

Ya tendré tiempo de sobra para eso.

No, mañana después de desayunar Próspero te llevará a Matehuala.

Oye, ¿y no tendrás por casualidad mi boleto de avión a Madrid y toda mi agenda ya preparada?

No, lo siento, pero ni puedo ni quiero llegar tan lejos.

¡Tío, con razón te quitan los premios!, y empezó a caminar hacia la puerta.

¡Hey!, le gritó antes de que saliera. ¿Ya te han dicho que desbordas sensualidad cuando te enojas?

Trilce sacudió la cabeza por el lugar común, tan común que hasta el Maldito le había dicho lo mismo, y después levantó la voz mientras seguía caminando:

¡Date un buen baño, que apestas!

Llegó puntual y encontró la mesa ya puesta y al Lúder sorprendentemente enguapecido. Él se levantó para recibirla y en el beso que le dejó a flor de labios había un rezume de tequila. Ella se sentó en el sofá y puso a un lado el montón de hojas que traía en la mano. El Lúder le sirvió de la misma botella panzoncita de la que habían tomado el otro día. Los dos habían escogido su mejor atuendo y los dos también se habían esmerado frente al espejo: el Lúder se había recortado la barba y traía la coleta muy restirada y el pelo abrillantado por algún aceite o loción, y Trilce

había realzado al máximo el rojor de los labios y se había puesto en los pómulos y en torno a los ojos una peliculilla de azul y rosa. Entre tanto olor a afeite, Trilce agradeció el arrastre del tequila. Vio que el vino era un Chianti y en un platón estaba una suculenta ensalada.

Te traje mi segundo capítulo, le dijo señalando el montón de hojas.

El Lúder tendió la mano y Trilce le pasó las hojas.

Todavía quiero darle otra lectura al primero, comentó él. La verdad es que eres muy buena creando atmósferas…

Sólo hay un pequeño inconveniente.

¿Cuál?

Que me tengo que llevar los dos capítulos.

No veo cuál es el impedimento; mañana me pueden sacar una copia.

¡Vaya, ni se me había ocurrido!

El Lúder acercó su vaso a la veladora y vio cómo una mariposilla daba los últimos aleteos. Luego la extrajo con un dedo y la soltó: En vez de volar, la polilla fue dando vueltas como un ángel ebrio expulsado del cielo.

Cuando el yo niega al otro, niega también toda posibilidad al nosotros, dijo él muy por lo bajo.

¿Qué dices?

Que la mayoría de la gente no sabe ni quiere ponerse en el lugar del otro, por eso casi nadie habla con la verdad.

¿Y tú hablas con la verdad?

Sólo a veces…

¿Y ahora?

Ahora mi problema es exactamente lo opuesto: que no he dejado ni un solo instante de pensar en el otro.

¿Pensar bien o pensar mal?

Pensar en cómo un bien puede transformarse en un mal…

Con permiso, dijo Refugio entrando con una cazuela en las manos. El ver que la mujer traía el delantal que ella le había regalado, le produjo a Trilce una oleada victoriosa. La mujer siguió al Lúder hasta la cocina y allí dejó la cazuela. Trilce oyó un masculleo y enseguida la mujer salió pronunciando la misma frase con la misma sumisión de siempre.

Es increíble que sean tan poco sociables, dijo Trilce cuando el Lúder dejaba en el último espacio libre de la mesa un plato rebosante de piezas de pollo frito.

¿Quieres oír una respuesta estadística de por qué son así?

Adelante, te escucho.

Pues porque el cincuenta por ciento de las niñas indígenas sufren abusos sexuales de sus parientes más cercanos…

¡Jo, ya me lo habían dicho, pero me sigue pareciendo una bestialidad!

Y si a eso le sumas las golpizas y las violaciones de que luego serán objeto por sus maridos… En fin, que el panorama ya pierde interés mediático, o lo que es lo mismo, son hábitos zoológicos que nada más le interesan a los expertos…

Oye, yo reconozco que muy pocas veces me pongo en el lugar del otro, pero esa ironía con que tú trivializas las cosas más terribles no me parece una actitud digna de alguien que cree que ya viene de regreso en todo.

Hey, detente ahí, que estás hablando con el más prescindible de los mortales. Enseguida se levantó y descorchó la botella. Luego la enfrentó con mirada juguetona: ¿Te sirves o te sirvo?

A Trilce a frase le recodó a los oaxacos con sus albures y de inmediato se puso en guardia. Levantó su plato y ojeó el pollo mientras el Lúder servía el vino en dos copas. A la luz de la veladora el aspecto de la fritanga no era lo suficientemente apetecible. Tomó dos trozos y al lado se sirvió ensalada, procurándose más palmitos y espárragos que rebanadas de jitomate y cebolla. Pero en cuanto probó el pollo un ¡Ummm! deleitoso le escapó involuntario. Dijo que estaba riquísimo y preguntó qué tenía. El Lúder comenzó a explicarle que el adobo tenía axiote, comino, ajo, pero cortó aduciendo que en realidad ése era el único plato que a Refugio le salía bien. Luego levantó la copa y brindó por el próximo premio. Trilce levantó la suya y siguó mirando en silencio cómo el Lúder bebía. Aunque veía la distensión de la hermosa garganta y el paliacate rojo que la ceñía, en su mente había ahora otras inquietudes.

¿Y por qué no has intentado publicar tu libro?, le soltó justo cuando él dejaba la copa de vino y agarraba con la mano una pata de pollo.

Por pequeñas sutilezas.

Ya me imagino qué tan sutiles.

No, no va por ahí. En ese libro los personajes son de carne y hueso y están vivos y son igual de susceptibles que tú y que yo a que los conviertan en simple literatura.

¿Y entonces por qué me lo estás dejando leer a mí?

Porque tú acabas de llegar y estás de paso...

Estás muy equivocado; ni acabo de llegar ni estoy de paso.

Él no dijo nada y se limpió la boca con una servilleta de papel y luego apuró el resto del vino que había en la copa.

Trilce esperaba la respuesta reojándolo. Los dos siguieron comiendo en silencio y Trilce volvió a comprobar que él comía el doble de rápido que ella. La combinación del tequila con el vino empezaba a producirle un agradable burbujeo de ánimo, y con la subida decidió que era un buen momento para plantearle la pregunta que la inquietaba desde que había terminado el segundo capítulo con la imagen de Isa alejándose.

¿Y por qué desapareció el grupo?

El Lúder terminó de rechupar el ala que ahora comía y dijo:

Cuanto más vayas leyendo, más irás conociendo.

Sí, eso ya lo sé, pero me refiero a la causa principal, ¿no puedes resumirla en una o dos palabras?

En una palabra, egoísmo, dijo, y sirvió más vino en las copas.

¿Y en dos?

Inmadurez sexual.

O sea que...

Que no estábamos preparados para compartimos, así de simple.

¿Te refieres a los celos y todo eso?

Me refiero a que las hembras se peleaban a muerte por los machos.

¡La misma mierda de siempre!

El Lúder se levantó y fue hacia el otro cuarto. Al rato regresó con un sobre cerrado. Se lo puso a un lado del sofá y le dijo que era el tercer capítulo; que podía llevárselo sin preocupación alguna, pues era una copia, y que la única condición era que lo empezara a leer justo cuando el avión que la llevaría a España se alejara de la ciudad de México.

Te encantan las promesas, ¿verdad?

Él sólo sonrió.

De acuerdo, pacto hecho. Pero quiero que me respondas también a otra pregunta.

Él asintió.

¿Nunca te has acostado con dos mujeres al mismo tiempo?

¡Qué preguntita!, y aprovechó para ir a la cocina a buscar el pastel. Cambió unos platos por otros, sirvió café, se sentó y empezó a comer su trozo de pastel. Trilce no había cesado de supervisar cada uno de sus movimientos, y aunque él sabía que ella lo estaba juzgando, en su rostro no se notaba ningún cambio.

Sigo esperando la respuesta, dijo, ya molesta por la manera cómo el Lúder centraba su atención exclusivamente en el pastel.

No, dijo él.

Trilce agarró la cucharilla y empezó a comer. Se regodeó hasta el límite en el primer bocado y después siguió dándole voz a sus elucubraciones:

¿Fue Isa la que no quiso?

Él esbozó una sonrisa donde había por igual juego y fastidio, y siguió comiendo. Terminó de masticar y dio un sorbo al café. Mientras extraía un puro de la camisa dijo:

Así que ése es tu ladito perverso, ¿eh?

¿Y no quisieras que fuera el tuyo también?, y en la réplica había la misma insinuación que en la mirada. Todo estaba ahora esponjosamente delicioso y el cuerpo se le erizaba al pensar lo que ella y Celeste harían en ese preciso instante con aquel ser tan escurridizo y que transpiraba una sensualidad salvaje.

El Lúder se levantó y desapareció en el cuarto donde estaba esa gran cama en la que Trilce fantaseaba con la escenografía de su deseo. Vio cómo los haces de la linterna cortaban la oscuridad y pensó que la luz de la veladora estaba perfecta, que todo lo que pudiera pasar allí adentro estaría perfecto. .. El circulito de luz salió del cuarto y detrás apareció el Lúder con un libro en la mano. Desde aquella posición fría e inescrutable que ella ya conocía, le tendió el libro a manera de despedida. Desde el sofá Trilce alargó el brazo y tomó el libro. Vio que en la parte superior decía Janine Rodiles, más abajo *Una terapia prohibida* y más

abajo aún *Biografía de Salvador Roquet.* En otra circunstancia no hubiera dudado ni un segundo en darle las gracias de la manera más efusiva, pero ahora que sabía lo que aquella actitud de estatua de sal significaba, nada más se levantó y se sacudió las migajas del pantalón, aunque a decir verdad lo que sacudía era más frustración que residuos de pastel.

En cuanto la tuvo a su alcance el Lúder la tomó con rapidez del talle y la acercó a una cuarta de la cara. Y desde ahí empezó a hablar:

Hace un año nuestros cuerpos se hubieran dado un agasajo que ni tu deseo se puede imaginar. Te juro que todo en ti me atrae, y tiró con más fuerza de ella hasta que las dos pelvis se juntaron, ¡y no tienes idea cuánto!

Pero...

Hice una promesa inviolable hace siete meses y me faltan cinco para cumplirla, y al decirlo aflojó la presión y los cuerpos regresaron al mismo palmo de distancia.

O sea que para ti son más importantes las promesas que la vida.

Para mí las promesas son sagradas.

Trilce dudó un instante y enseguida separó los brazos del Lúder, pero lo hizo con donosura. Brillaba ahora en sus ojos alguna intención maliciosa y el Lúder nada más esperaba, receloso del agravio que podía suponer la puntilla.

De acuerdo, dijo Trilce casi eufórica, ya que eres un hombre de promesas tienes que prometerme algo.

Estás pisando terreno minado, adujo él. Yo sólo prometo lo que estoy convencido que voy a cumplir.

Pues prométeme que en cuanto se cumpla tu promesa actual te acostarás conmigo donde yo diga y como yo diga.

Hey, hey, que no es una manda.

Tú nada más di que sí.

Carajo, chava, tú hasta después de muerta seguirás ganando premios.

¡Bravo!, y se lanzó al cuello de él y lo besó con toda su fuerza.

Cuando al fin se apartó, el Lúder fue hacia la mesa y cogió el sobre, el libro y el capítulo de Trilce. Se lo puso en la mano y enseguida fue a su cuarto a buscar el primer capítulo. Cuando regresó le dijo a Trilce que aún no le había prometido nada. Ella caminó hacia la puerta y antes de desaparecer sólo dijo:

No te preocupes, mucho antes de lo que crees vendré a recordártelo.

XV

Qué luz, exclamó al subir en la camioneta. Y la luz se fue con ella, como si fueran sus ojos y no aquel sol desbordado lo que hacía que las cosas mostrasen su eternidad. A su lado, Próspero parecía ver las cosas como nuevas a través de ella y los dos sabían que estaban compartiendo los mismos sentires. Animado por el resonar jubiloso, Próspero se atrevió a preguntarle para cuándo pensaba regresar. Trilce volvió a exclamar ¡Mira qué luz!, y así se fueron deslumbrados hasta que hacia mitad del cerro Trilce le urgió a que parara. Próspero obedeció y nada más se quedó viendo la nueva locura: Trilce se acuclilló en un oteadero perfecto para liberar al vuelo la dicha. El fondo parecía no tener límite y el desierto se alargaba y empequeñecía hasta convertirse en una sombra infinita. A sus pies, rompiendo la sacralidad del desierto, estaba Wadley, y hacia el sur subía un humear caprichoso. Trilce cerró por un instante los ojos y siguió viendo cómo el refulge de la piel verdosa de los cactos le prendía de luz todo el espíritu. Después se dejó ir con el rafagueo del viento y sólo ella y el viento supieron la promesa que hizo. Regresó en silencio a la camioneta, y desde ahí hasta la tienda donde sacaron las fotocopias en Matehuala no volvió a abrir los ojos.

Ya en la estación le habló a Celeste para avisarle que llegaría esa noche, y tras una hora de esperar encontró acomodo en un autobús grandísimo que venía de Nuevo Laredo. Desde que subió se dio cuenta de que aquello era una película de mierda. Niños y niñas y mujeres y sólo dos o tres hombres gordos y feos y con

atuendos llenos de letreros chillones y tragando todo tipo de chatarra plastificada y bebiendo agua con colorantes cancerígenos y riendo y gritando y señalando todo como si todo estuviera allí para que ellos simplemente pudieran señalarlo. Lo grotesco de la imagen contaminó su pensamiento: ¿Y ése era el futuro de la hispanidad que preconizaba el Lúder? Se sentó con las últimas imágenes de la cena de anoche y ya ni vio ni oyó todo el teatro consumista que escenificaban los chicanos al desembarcar con avidez de piratas en las terminales de San Luis y Querétaro.

Hubiera deseado ver a Celeste aspear sus largos brazos dándole la bienvenida en la terminal de autobuses. Pero con una sola mirada descubrió que para aquella fauna condenada sin remedio a la fealdad, la presencia solar de Celeste sería igual de tentadora que la miel para las moscas. Aferrando con desconfianza el equipaje caminó hasta la fila para comprar un boleto de taxi. Después salió con el papel en la mano y consideró muy buena señal que el taxista que le tocaba fuera un sesentón flaco y muy risueño.

El parloteo ultrapolitizado y caótico del taxista hizo que el trayecto fuera ameno. Por la hora, diez y pico de la noche, el tráfico era fluido y el clima ya no tenía relación con el infierno que según el taxista había sido ese día la ciudad por la contaminación y las manifestaciones.

Celeste salió festiva en cuanto oyó el ruido del auto entrando en la privada. Estaba aún más bella que la imagen que Trilce recordaba y también mucho más efusiva y querendona. Preguntaba y decía cosas sin parar, y Trilce sonreía y asentía mientras el taxista recibía complacido la propina sin perder ningún detalle de aquel recibimiento tan bullanguero. Al entrar, Trilce le hizo la pregunta que desde hacía rato se le escapaba de la boca: ¿No le habrás dicho a Roberto que llegaba, verdad? Celeste cerró la puerta con el tacón puntiagudísimo del zapato y la tomó por los hombros para señalarle la mesa con una vela al centro, un ramillete de gardenias en un jarrón, una botella de vino, dos copas y dos platos con sus cubiertos. Trilce estiró al máximo el cuello para darle un beso en la mejilla, pero Celeste estrechó más el abrazo y las dos bocas se engolosinaron en lo suyo.

Al sabor de unos tequilas hablaron de todo aunque sin profundizar en pormenores. El brincoteo ansioso de Celeste tenía sin embargo un punto débil: todo lo referente a la relación de Trilce con el Lúder. Eran clarísimos los celos, pero mayor aún el acicate curiosero. Trilce esquivaba una y otra vez las preguntas insidiosas de la amiga y así, sin proponérselo, lograba que el tema se volviera para Celeste cada vez más tentador. Trilce había imaginado en la soledad de su celda, allá en Los Manzanos, cómo respondería Celeste ante la propuesta de seducir entre las dos al Lúder. Pero ahora, por la manera como la amiga insistía en conocer detalles más íntimos sobre el Lúder, Trilce supo con toda seguridad que ese encuentro entre los tres sería un verdadero agasajo. Después del tercer tequila Celeste se levantó y condujo de la mano a Trilce hacia su recámara. Siguió hacia el baño y desde la puerta le mostró el sutil humear de la tina llena de agua, luego le soltó la mano y fue a manipular el equipo de música que estaba sobre la cómoda. Trilce se había quedado fija en el embeleso y los movimientos de Celeste le parecían los aleteos rituales de un pájaro exótico. Tras los primeros compases, la voz de Celine Dion llenó la estancia. Celeste desprendió los zapatos con dos patadas y se acercó a Trilce con los brazos tendidos como una sacerdotisa que va a inmolarse. Con la juntura los cuerpos subieron el latir y poco a poco la ropa fue cayéndose para dejar al descubierto la geografía plena del goce.

Celeste la dejó en la entrada del aeropuerto. Los cuarenta y cinco minutos de espera en la fila de facturación le sirvieron a Trilce para regresar el recuerdo hasta aquel momento ya lejanísimo de su intempestiva llegada. Le habían sucedido desde entonces tantas cosas que lo único que permanecía flotando en el corrientear de la memoria era un pecio con la doble faz tremenda y fascinante de México. En la fila la mayoría eran españoles y lo que decían y el tono y el modo como lo decían contrastaba groseramente con el rumorea mítico de la memoria. Aquello era una muestra clara de lo que le esperaba: el regreso a un mundo viejo y cansado que tenía los últimos destellos de vitalidad en el grito y el gesto desmedidos. Pensó en la definición de gachupín que una vez le había dado el embajador de

España, y un par de botarates que iban dos lugares adelante le confirmó que la definición era precisa. Justo al frente de ella iba una pareja de mexicanos que no era difícil suponer recién casados. A decir verdad eran los únicos mexicanos que Trilce había distinguido claramente desde su llegada, pues además de los rasgos aparentes, hablaban y miraban con un comedimiento que jamás cabría esperar de ningún español. La mujer mexicana, disfrazando tras una sonrisa el fastidio que le producía la humareda que desprendían los dos fumadores empedernidos que le precedían en la fila, les dijo que era increíble cómo se habían encariñado los españoles con esa planta de origen mexicano. ¡Cuál!, bramó uno de ellos con pinta de vendedor de enciclopedias. A continuación tomó el cigarrillo entre el índice y el pulgar como si estuviera frente a un pizarrón y soltó: Esto es cien por ciento canario, señora. La mujer rió y el marido le dijo algo por lo bajo y los dos rieron. Y eso de que nosotros fumamos, ¡qué va!, en España ya casi nadie fuma, continuó hablando ahora para toda la fila. Fumar, lo que se dice fumar, sí que fumáis los mexicanos...

Como lo suponía, el Airbus iba hasta la coronilla; y como también lo esperaba, las azafatas de Iberia eran viejas, feas y maleducadas. Por fortuna le tocó una ventanilla y por ella dejó que la mirada se liberase. El acomodo de aquella multitud escandalosa todavía demoró otros veinte minutos. Después el avión enfiló la pista de despegue y se levantó finalmente en medio del estruendo.

Desde la ventanilla Trilce volvió a vivir la sensación de pasmo que producía el ver la monstruosa proliferación de la mancha urbana hacia el infinito. Abajo empezó a densificarse la nube rosada de la contaminación y decidió que era el momento justo para la lectura ritual del texto que le había dado el Lúder. Extrajo el sobre del bolso y lo abrió cuidadosamente. Lo primero que buscó fue la nota, pues estaba segura de que el Lúder aprovecharía esta oportunidad para decirle algo que no había querido decirle antes. Pero no había más que el montón de hojas y las extrajo y empezó a leer:

III

Estaban Él y Vladimir en la cocina preparando una fabada, mientras las mujeres charlaban en la sala. Él acababa de picar ajo y cebolla y ahora les daba vueltas en la enorme olla y miraba cómo Vladimir lavaba todo lo que le echaba en el impecable fregadero de acero inoxidable. El departamento era un regalo del padre de Deyanira: dos recámaras, dos baños y una enorme sala, además de la cocina. Nuevo, en un complejo de edificios para clase media alta en un lugar privilegiado de Coyoacán, a una cuadra de Miguel Ángel de Quevedo.

En la sala, sobre un colchón *king size* cubierto con una cobija de lana de Chiconcuac y recostada contra la única pared que no estaba ocupada por libreros, Margaret sólo quería entender de una maldita vez qué tenía que ver ella en todo aquel lío. Desde el principio Deyanira había sentido hacia ella una atracción especial, tal vez una aliada contra la hegemonía de Isa, y por eso congeniaron al instante. Pero Isa se dedicó a observarla desde una lejanía displicente, y poco a poco le fue haciendo ver que la cosa no era tan idílica ni iba a ser tan fácil como le habían dicho. Él la había conocido en casa de un poeta estadounidense en la ciudad de Oaxaca tres meses atrás, y le habló del grupo. Al segundo día, justo al terminar de hacer el amor, ella le dijo que estaba muy interesada en conocer a los demás miembros del Grupo, y él le hizo entender que era indispensable la consulta. Después, con la aprobación de Vladimir y Deyanira, le mandaron una invitación y no tardó en presentarse. Sólo traía una mochila y dos cambios de ropa, pantalones y camisetas de color caqui y beige que le ceñían las nalgas y el busto con un desenfado provocador que en la calle no cesaban de celebrar. Nunca usaba brasier y a veces ni siquiera pantaleta, por lo que el abultamiento de la entrepierna se le abría a menudo agresivamente para aceptar la juntura del pantalón. A Isa fue lo que más le chocó en ella. Sin embargo, Margaret tenía un azulear de ojos y un porte en su metro ochenta que habían motivado más de una disputa en su mundillo de niña

privilegiada. Su padre era un ingeniero aeroespecial de origen alemán que trabajaba para la NASA, y su madre, irlandesa pura, era profesora de física en la Universidad de Saint Paul, Minnesota. Margaret vivía con su abuela materna en Nueva York, aunque pasaba la mayor parte del tiempo lejos de la anciana, repartido caprichosamente entre sus tres amantes: dos hombres y una mujer, todos cineastas como ella.

En el Grupo el tema de la apertura ya se había planteado hasta el hartazgo. Todos coincidían en que la relación de pareja era un legado nefasto del patriarcalismo judeocristiano. Y la única manera de trascender la confrontación viciosa del yo y el tú tendría que ser una convivencialidad grupal que al suprimir los celos potenciara la libertad. Sin embargo, en las manifestaciones cotidianas, los celos seguían siendo el motor de todos los desacuerdos. Isa, que no asumía consecuencias cuando alguien fuera del Grupo le alborotaba las hormonas, decía que no sentía atracción física ni por Vladimir ni por Deyanira y que era injusto que la obligaran a hacer algo que no deseaba. Deyanira compartía lecho con Vladimir pero exigía tener más acceso a Él, y que las parejas rotaran para evitar la rutina.

Así las cosas, no quedaba más que hacer crecer el Grupo. Y entonces empezaron a seleccionar candidatos entre los muchos conocidos que tenían. Vladimir insistía en que Ximena Ferré, con la que ya se había acostado, reunía todos los requisitos. Deyanira ni aceptó ni rechazó. Isa, en cambio, objetó que había que someterla a más pruebas antes de decidirse. Deyanira por su parte se había acostado un par de veces con uno de los más talentosos profesores de la Facultad de Economía de la UNAM, y que acababa de regresar de Italia de hacer una maestría con Galvano Della Volpe; se llamaba Gonzalo Rodelli y tenía ya la aceptación de Él y de Vladimir, y al parecer también le simpatizaba a Isa, por lo que era sin duda el más firme aspirante. Sólo Isa carecía por completo de postulantes. Había presentado dos: un reconocido director de teatro y un sicólogo argentino que trabajaba con ella en la Facultad de Sicología de la UNAM; el recha-

zo había sido unánime en ambos casos, uno por prepotente y vacío, el otro por mamón y lacaniano irremediable... Y ahora el banquillo del juicio lo ocupaba la bella Margaret, bisexual gozosa y convencida.

Deyanira y Margaret planeaban una ida a la Mixteca, que apenas la noche anterior acababa de acordar el grupo en pleno. Se trataba de entregar dos paquetes de material didáctico de marxismo básico a una sección sindical del magisterio que simpatizaba con el güero Medrano, uno de los lugartenientes de Lucio Cabañas que tras la caída del jefe se había refugiado en Oaxaca. Lejos de asumir una conciencia entristada, las dos parecían fascinadas por aquel encargo que durante las vacaciones las alejaría por unos días de los tirantes silencios de Isa.

Él gritó desde la cocina para que les fueran a echar una mano. Deyanira llegó adelante y preguntó qué tenía que hacer. Vladimir le dijo que por favor sacara la bolsa de la basura y la bajara. Margaret quiso acompañarla, pero Deyanira dijo que no era necesario, que enseguida regresaba, y salió. Con su caminar meloso, Margaret se acercó a Él, que ahora troceaba chorizón y salami sobre la tabla, y lo tornó por la cintura. Con su peculiar pronunciación le preguntó si todo iba bien. Él volteó para asentir y, al ver aquella sonrisa azulada y dulce, le acercó la cara. Entonces ella le juntó todo su cuerpo y comenzó a besarlo. Estaba como idiotizado por Margaret, le había dicho Isa, y lo cierto es que con nadie, jamás, se habría permitido tamaña cursilería: tenía los dos brazos abiertos, en una mano el cuchillo y en la otra un recodo de salami; era la típica imagen hogareña que todos, de verla en una pantalla, hubieran considerado ejemplo de decadencia. Vladimir, sintiéndose ya sabroseador de aquel cuerpazo, hizo un comentario jocoso que precipitó el final del amarre, y fue entonces cuando Él vio en los ojos de Isa, de pie con los brazos cruzados frente a la puerta, todo el recelo de que era capaz una mirada.

Modelos grupales había por montones, desde las comunas gnósticas y maniqueas hasta las convivencialidades improvisadas, como muchas que se nutrían ahora

de la oleada conosureña. Isa había conocido un caso bastante representativo de este tipo de asociaciones que buscaban fundamentalmente compartir la renta y ciertos gastos. Sin las pretensiones de vivencialidad utópica que ellos consideraban la razón misma del grupo, la mayoría de las agrupaciones era presa de un anarquismo simplista que más parecía hippismo que rebeldía. Según Isa, la agrupación que encabezaba el escritor Héctor Manjárrez, y que estaba justo a punto de consolidarse, tenía el inconveniente de una ideologización excesiva (a lo Vladimir), y carecía también del culto pitágorico al ocultamiento y al sigilo, pero en aquella casa, dentro del desorden más improvisado, había una hermandad y una tolerancia que distaban mucho de tenerla ellos.

Entre las mil vertientes posibles de convivencialidad utópica, ellos habían derivado finalmente hacia una posición omniabarcadora que hacía de la vida y la obra un mismo todo. Después de cinco años de ensayos y confrontaciones, los puntos de desacuerdo eran mínimos, aunque de importancia considerable: Vladimir y Deyanira, por ejemplo, seguían sosteniendo que no podía realizarse modelo alguno de comunidad utópica dentro de un Estado represivo; y él objetaba con vehemencia que toda forma de gobierno terminaba siendo autoritaria, por lo que le parecía una estupidez condicionar el destino del grupo al derrocamiento del Estado, y que por el contrario, había que tener la astucia para convertirse en una isla utópica dentro del influjo nefasto del Estado. Además, era absurdo que ellos pretendieran incluirse dentro del gregarismo proletario, ¿no los veían los académicos marxistas de la UNAM como una amenaza contra sus dogmas de base? ¿Y qué tenían ellos en común con un campesino oaxaqueño o un trabajador ferrocarrilero?

De todo el bagaje utopizante, sólo se permitieron al cabo dos referencias extremas: en lo social el límite fue fijado por Vladimir en el *Código de la comunidad* de Theodor Dezamy, por tratarse de una convivencialidad transicional entre un grupo y una comunidad impecablemente estructurada; y en lo grupal, Isa, por su

admiración incondicional a Simone de Beauvoir, y Él, por considerar que era de lo poco que podía rescatarse de Sartre, pusieron como referencia el modelo planteado en el segundo tomo de la *Crítica de la razón dialéctica,* La idea final era clara: buscar un lugar incontaminado y pleno, de preferencia en Oaxaca o Chiapas, donde pudiera retirarse todo el grupo después de concluir el ciclo de la UNAM.

El verdadero problema era el sexo, Él lo había vivido ya en sí mismo, aquel desborde de instintos en galope ciego, negado a razones y súplicas, y por eso se los había echado en cara varias veces, cuando los desacuerdos se unían contra él:

-El día que el grupo desaparezca, sólo nos quedará rumiar el pasado.

El grupo se había iniciado en el marasmo que provocó la caída de Allende en Chile. De la docena de conocidos, sólo quedaron finalmente Vladimir, Isa y Él. Después, Él propuso a Deyanira y el proyecto se consolidó. De todos, el más estable era Vladimir. Profesor de economía política y auxiliar del líder del sindicato académico, tenía ya un prestigio forjado en el medio estudiantil y los profesores ortodoxos no le perdonaban el hecho de que estuviera escribiendo un libro sobre la teoría de la dependencia de América Latina, donde refutaba las tesis de moda de Gunther- Frank, Theotonio dos Santos y Cardoso. Sólo había en su currículum un pequeño inconveniente: su simpatía por el MIR. Isa era la más inestable y en los momentos cruciales no tenía reparo en decir que ella sólo permanecía en el grupo por Él. Esto exacerbaba a Deyanira, y al final Él terminaba convirtiéndose en el blanco de todos los ataques.

Así que por tres votos a favor y uno en contra, entró Margaret al Grupo. Era, según Él, el paso necesario para salir de aquel empantanamiento y posibilitar después la inclusión de Ximena y Gonzalo. La vitalidad inocentona de Margaret permeó enseguida la energía del grupo. Sin embargo, en los ojos de Isa había un llamear justiciero, esa actitud tan de la mujer tabasqueña, y por ende de todo el sureste, que bajo el lema de "me chin-

go, pero te chingo" constituía lo que Él terminó definiendo como "síndrome suresteño".

En vista del poco resultado obtenido con sus intrigas -chantajes a Él y mal informaciones a Vladimir y Deyanira-, Isa optó por aquel distanciamiento arrogante que tanto resultado le había dado en otras ocasiones. Cuando anunció que se iba a Villahermosa a visitar a su familia, el único que dijo algo fue Vladimir.

-¿Y el trabajo? -le preguntó, con relación a los experimentos metodológicos que desde un año atrás venía haciendo con monos en el Instituto de Investigaciones Neurofisiológicas de la Facultad de Sicología de la UNAM.

La respuesta de Isa se enfocó hacia Él con especial inquina, para que supiera que aún seguía acostándose con el colega argentino:

-Rodrigo se encargará de todo, el tiempo que sea necesario.

Y con ella se fue la tormenta. Excursiones, agasajos y mucho cine, todos en un mismo aliento y sin buscar imposiciones. Hasta que una tarde, de regreso de la UNAM, Deyanira, Vladimir y Él vieron en el centro de la sala a un tipo bien parecido y fuerte hablándole a Isa y a Margaret con un ligero arrastre de erres.

Había puesto sobre la mesa siete pasaportes, pero dijo que su nombre era Omar. Un egipcio de un metro ochenta y tres centímetros, musculado como un verdadero experto en todo tipo de violencia, con unos ojos cafés en los que Él vio al instante toda la astucia de que era capaz un animal del desierto. El hermano del secretario de Hacienda lo había contratado como guardaespaldas, pero una reyerta en una discoteca, con un saldo de un agente judicial muerto y otro mal herido, lo había encaminado hacia Tabasco, donde el petróleo comenzaba a inundar plataneras y pastizales.

Hablaba sin importarle la evidencia de la dicción, puro orgullo árabe, hermandad de milicia guerrillera y de agravios milenarios. Por la astucia de las ojeadas era obvio que Isa lo había prevenido sobre el rechazo que iba a encontrar. Vladimir y Él oían y juzgaban: aquel

tipo más que el experto en explosivos que decía ser, era él mismo una bomba de detonación impredecible; Deyanira, que desde niña conviviera con una numerosa y acaudalada familia de siriolibaneses en Coatzacoalcos, pasaba por encima de la desconfianza y sopesaba las posibilidades de aquel hermosos cuerpo. Isa, por supuesto, era la reina absoluta de la escena. Sólo Margaret, que tenía varios amigos judíos, adoptó desde el principio una actitud distanciada: ni lo miraba, ni entendía muy bien de lo que hablaban, ni sentía hacia él la más mínima atracción. Para ella la cuestión era Isa, y la actitud de Isa desde que llegara con Omar, era demasiado amable, un fingir mal disimulado a propósito por una actriz que, como la Doña del cine mexicano, vivía y actuaba con la misma previsibilidad e igual soberbia.

Al cuarto día de la llegada de Omar, Isa tuvo un altercado con Margaret. Él, de regreso de la Universidad, sólo encontró la nota que Margaret le había dejado sobre el lecho que compartían. Omar había salido temprano por la mañana a conseguir un dinero que le debían, y en la casa sólo estaban las dos mujeres. Isa leía sobre el colchón de la sala, donde había dormido las últimas noches con Omar, y Deyanira tecleaba en el escritorio.

-¿Qué mierda pasó? -dijo Él.

Ninguna de las dos habló. Él se acercó entonces al escritorio.

-¿No quieres decirme tu versión, Yani? -le decía así, entresacando la intimidad de su nombre en los momentos de mayor resonancia de energías.

Ella ladeó hacia Isa y luego lo encaró:

-Mejor que te lo cuente Isa.

-¡Qué carajo pasó! Creo que tengo derecho a saberlo, ¿no?

-Se fue y punto -musitó Isa.

-Claro, se cansó y ya -dijo Él.

-No, simplemente se dio cuenta de que no tenía lugar en el grupo.

Él caminó hacia donde estaba Isa y se quedó al borde del colchón. Sobre el blanco de la cobija que lo cubría, salpicando casi el dibujo del águila pintada con

grana cochinilla, había una mancha de sangre sin el menor rasgo de lavado o frotadura. Él miraba a Isa en silencio, y ella seguía fija en la misma letra del libro, sabiendo lo que había tras aquella mirada. Con el silencio, creció también la tensión, y entonces Isa temió que Él pudiera reaccionar con violencia y habló por decir algo, como si prendiera una vela para tratar de encontrar asidero en medio de aquella explosiva oscuridad.

-Fue ella la que me insultó, que te diga Deyanira.

-Y tú la golpeaste por puro instinto de sobrevivencia, ¿no? -en las venas del cuello comenzaba anotarse ya el pálpito asesino que todos le temían- ¡ Mírame a los ojos!

Isa siguió fija en su silencio: lo esperaba todo y lo que tenía que pasar que pasara de una vez. En eso pensaba cuando oyó las palabras que llovieron como ácido sobre su soberbia.

-¡No eres más que una puta en celo!

-¡Repite eso!

Él lo repitió y al instante se agachó para evitar el impacto del libro sobre la cara. Cuando quiso reaccionar, Isa ya gritaba desde la puerta:

-¡Jamás tendrás tu maldito harén!

Omar intentó un par de veces el recurso de su verborrea. Vladimir y Él le concedieron unos minutos, pero Deyanira fue fría y cortante y el ex guerrillero no tuvo más opción que recoger la bolsa deportiva donde guardaba sus cosas y salir, sin dejar de preguntar una y otra vez qué mierda había pasado allí mientras él estaba fuera.

Tres días después, una mañana azufrosa que caía sobre el ánimo aplastando el menor brote de optimismo, Él hacía su rutina de karate en la sala, poniendo en el empeño el resto de su voluntad. Oyó al fondo un rompimiento de voces y se detuvo. Al pretender fijarlas, el atropello de unos pasos le echó encima a Deyanira.

-¿Qué pasó, Yani? -dijo acariciando con la mano la cabeza que sollozaba sobre su hombro.

-¡Me pegó, me pegó!

-¿Pero por qué?

Ella sólo pudo crecer el hipar de los sollozos.

-¿Qué carajo pasa ahora? -dijo Él violentando el tono para enfatizar el hartazgo.

Ella levantó de pronto la cabeza y se limpió las lágrimas con el dorso de la mano. Después, recuperando por instantes aquel aplomo que parecía hacerla inmune a todo y que Él tanto había admirado al conocerla, lo enfrentó decidida:

-Le dije que desde mañana iba a pasarme a dormir contigo.

Ella estaba completamente desnuda y al abrazarla Él sintió cómo la tersura de aquella piel se fundía con la suya en un mismo estremecimiento. Los dos cerraron los ojos para potenciar el gozo, y cuando Él volvió a abrirlos vio a Vladimir de pie en el pasillo, desnudo y con el revólver en la mano.



Trilce cerró los ojos y comenzó a sentir cómo el sinsabor que le había dejado la lectura se extendía por toda la red de recuerdos hasta detenerse finalmente en el resplandor anaranjado del desierto de El Bernalejo. Bajo el influjo sagrado de esa luz los pensamientos perdieron su gravedad y empezaron a flotar hacia el infinito.

Primero oyó un carraspeo, y después unas palabras le salpicaron la ensoñación. Abrió los ojos y vio sobre sus piernas el montón de hojas que acababa de leer. Disculpe, añadió la voz, no he podido evitar echarle un ojo a lo que leyó. ¿Es usted escritora por casualidad?

Trilce miró de sesgo al tipo que estaba a su lado y lo que vio era mucho menos desagradable de lo que había supuesto.

Me llamo Eugenio Aguirre, dijo al tenderle la mano un sesentón de sonrisa picante pero inofensiva.

A pesar del bigote y la abundante cabellera que la enmarcaban, había en esa sonrisa de seductor azteca algo que le recordó de golpe a Darío Sóstenes, y Trilce no pudo evitar que un esbozo de sonrisa venciera el distanciamiento. Sin decir palabra volteó hacia la ventanilla y justo en el centro distinguió un cor-

púsculo que parecía flotar como una nave cósmica. Se acercó al límite y se quedó fascinada viendo las inútiles piruetas que hacía el mosquito dentro del aprisionamiento de los dos acrílicos de la ventanilla. El tipo de al lado volvió a hablar, pero Trilce sólo pensaba ahora en el significado estremecedor que podía tener la inverosímil visión de aquella danza agónica.

.